



ARTURO ALVAREZ O.F.M.

# GUADALUPE

STVDIVM

El libro GUADALUPE, obra de ese joven erudito y activísimo franciscano, Fray Arturo Alvarez, extremeño de pro —aunque nacido en la provincia de León—, viene a enriquecer la literatura de cierta elevación acerca de ese Real Monasterio de la Hispanidad, un tanto olvidado durante los últimos siglos.

El libro, es un auténtico alarde de esmerada impresión y la profusión de ilustraciones a todo color y en offset, junto con un texto ameno, lleno de notas anecdotarias, datos de gran interés artístico, y su contenido bien enfocado sobre la historia del Monasterio que en realidad refleja los momentos más trascendentales de la historia hispana, llena la laguna, creada por la falta actual de una amplia descripción de Guadalupe, teniendo en cuenta que todo lo que se haya escrito con anterioridad está agotado.

Fray Arturo Alvarez que en diez años de asidua labor franciscana en Guadalupe se ha destacado en incontables reportajes periodísticos y obras monográficas, por la agudeza de su estilo, su clara visión de las causas que mueven las cosas y su ejemplar espíritu extremeño, es sin duda

Fr. ARTURO ALVAREZ, O. F. M.

# GUADALUPE

IMAGEN DE LA VIRGEN DE GUADALUPE ATAVIADA CON UN RIQUISIMO VESTIDO DEL SIGLO XVII, EMPUÑANDO CETRO DE ORO Y EL BASTON DEL REY ALFONSO XIII, CIÑE LA DIADEMA "RICA" DE ORO, PLATINO Y PEDRERIA, CON LA QUE FUE CORONADA EL 12 DE OCTUBRE DE 1928 COMO REINA DE LA HISPANIDAD



Fr. ARTURO ALVAREZ, O. F. M.



# GUADALUPE

## ARTE, HISTORIA Y DEVOCION MARIANA

Prólogo de
DON PEDRO DE LORENZO




EDICIONES STVDIVM
Bailén, 19
MADRID - 13

ILUSTRACIONES:

Fotocolor de la Virgen: G. Garrabella
Transparencias en color: G. García
Blanco y negro: G. García, Archivo
Más, Arribas y Rodríguez


EDICIONES STVDIVM

*IMPRESO EN ESPAÑA, 1964*

*Depósito Legal: M. 11.274-64* —— *Número de Registro: 2.978-64*

Talleres Gráficos de *Huecolor*, Jaspe, 42.—Madrid

# GUADALUPANA

*GUADALUPANA es el libro, este libro, de fray Arturo Alvarez, franciscano, archivero del monasterio de Guadalupe. Guadalupana, estas pocas páginas que el autor del libro ha instado de la amistad, del interés común por el tema; y mi cariño, de familia, a los franciscos.*

*Comprende este libro una suma de situaciones de rango histórico: la sucesión de—santos, reyes, próceres, capitanes—peregrinos del santuario; aquí es enterrado un rey, Enrique IV, y algunas otras reinas; Isabel la Católica firma aquí la partida al descubrimiento de un nuevo camino de Indias; el emperador —Carlos, nuestro único emperador— pide carta de hermandad a los frailes; celebra Felipe II conversaciones con su sobrino el rey don Sebastián; arcabuceada pende en Guadalupe la farola de la nave capitana turca rendida en Lepanto.*

### *TOPONIMIA*

*Seiscientos años de historia soportan muy recamado encadenamiento de cimas del arte: la arquitectura misma de la fortaleza, su pugna de estilos, sus tesoros, pinturas, ornamentos y miniados... Compendio de muchas horas de universalidad, museo de zurbaranes, de cantorales, de bordados, Guadalupe marca un panorama de la piedad increíblemente expansivo: nombre de sierra, nombre de río, nombre de Virgen, nombre de monasterio, nombre de parroquia —la Pue-*

*bla que, trabajando el cobre, se aprieta a la sopa del convento—, Guadalupe es cien veces nombre en la toponimia del mundo hispánico; Guadalupe llama el Almirante en 1493 a la isla Turuqueira; en Guadalupe se levanta la pila bautismal de América; con variante iconográfica, la Virgen de Guadalupe reaparece en Tepeyac; su advocación se extiende —Fuenterrabía, Rianxo, Ubeda— por España; recibe la devoción de Sucre; la rinden culto Coden, bajo los blancos cielos de Polonia, y Goa donde, ultramarina, cálida, parla Portugal.*

### *HE AQUI EL LIBRO*

*Todo ese conjunto de grandezas, de primores, viene a este libro a la manera de aquellas "anas", o articulación de fragmentos de una personalidad: Guadalupana; medio centenar de capítulos breves, de motivos concretos.*

*La construcción es simple, cronológica: de la leyenda de sus orígenes, a la coronación de los reyes ante su imagen en los Jerónimos de Madrid. Son muchos los asuntos, variados: reseña el autor singularidades como el templete mudéjar, o la sacristía, los esmaltes, los cuadros de Lucas Jordán; estudia minucioso un Guadalupe cultural, centro el más literario de los setenta cenobios jerónimos; recuerda las visitas de Vicente Ferrer, Teresa de Jesús, Pedro de Alcántara, Francisco de Borja..., santos. En la Puebla, se detiene frente a la casa de Gregorio López; anda estos alrededores: Arca del agua, palacio de Mirabel, granja de Valdefuentes. Recia evocación anima los capítulos que llamaríamos de las frustraciones: la guarda del testamento de Isabel la Católica; la muerte, salteadora, cerrándole las últimas vueltas del camino al rey Fernando; los matrimonios desechados: el de la propia Isabel de Castilla con Alfonso V el Africano; el de Isabel Clara Eugenia con su primo don Sebastián de Portugal... Capítulo impresionante, el que pinta los tiempos de expolio y depredaciones de la Desamortización: las palabras, en ese capítulo, queman el papel. Capítulo curioso, aquel otro donde 200 carros acarrean grillos y cadenas como saldo de exvotos de los peregrinos del cautiverio. La prosa es rápida; el decir, ameno.*

### *SOLEDAD, UNIVERSALIDAD*

*Este libro lo escribe un fraile de la Orden de franciscanos menores. ¡Qué no debe España, la España de los santuarios perdidos, al*



VISTA PANORAMICA DEL MONASTERIO

*amor sin desmayo, al trabajo de recuperación callada, tenaz, de los franciscos! Guadalupe fue a poco de nacer encomendado a la Orden jerónima; un esqueje de Guadalupe, traspone el Tajo, se yergue y, a la vera de Gredos, enraiza para esta otra plantación: Yuste. A la altura de Navalmoral de la Mata, dan aviso al viajero dos indicadores: el que, mirando a Trujillo, a mano izquierda, manda a Guadalupe; a la derecha, el que señala: Yuste. En el astil de la carretera general esos dos brazos componen el ancla con que en su hora propia Extremadura amarra el gran cuerpo de la patria. Estilo de soledad en Yuste; Extremadura es, en Guadalupe, vocación de universalidad. Abre en Yuste Carlos V la tumba de Europa; en Guadalupe se alza el baptisterio de América.*

*Todo pasa... Exclaustrados los monjes de la Orden jerónima, uno y otro monasterio hundidos por la Desamortización, Yuste es un sofoco denso de yedras con solana para secadero de tabaco; Guadalupe, sesenta y tantos años de abandono. ¡Despojo cruel! El 8 de noviembre de 1908 unos franciscanos suben la sierra, se adentran en la Villuerca, recobran la ruina; pobre era la Orden; la noche, fría.*

## *VOLUNTARIO DE EXTREMADURA*

*El franciscano que escribe estas páginas, fervoroso de la Virgen, fiel a Guadalupe, voluntario de Extremadura, no es de natural extremeño; no participa de aquel tremendo cargo de cabilismo expresado en una décima del siglo* XVIII*:*

> Espíritu desunido
> anima a los extremeños...

*Siente ese amor, extremado, de los voluntarios de una tierra; la pasión misma que, mirando a los hombres y los campos de otro alto, extremo, duro rincón, pone en coplas José María Gabriel y Galán, espejo de voluntarios.*

## *EL AÑO DE GUADALUPE*

*La vida del franciscano, autor de este libro, principia en un paisaje amable, a las puertas del otoño de 1928. Es el año de la coronación de la Virgen de Guadalupe: el 12 de octubre de 1928, Alfonso XIII y el cardenal primado de las Españas, coronan, y honran procesionalmente en las calles de Guadalupe, a esta Virgen, «Hispania-*

*rum Regina», asistidos de un Nuncio, dos arzobispos, once obispos y ministros del Gobierno.*

*Eso, el año. El mes en que el autor de este libro nace, entre sus fechas trae la elegida por la Iglesia para fiesta bajo la advocación de María Guadalupe. Digo ahora 16 de septiembre, y el Santoral propone la beatitud de Juan Macías, pastor a la otra orilla del Atlántico, lego en Lima, desde aquel hemisferio enviando mensajes al destino, quehaceres a la obra, de nuestro autor.*

### *A UNA LEGUA DE PONFERRRADA*

*El cual nace el 16 de septiembre de 1928, en un anejo de Ponferrada. Mineras, luminosas, las tierras le recortan una infancia entre colinas de trabajada vid, negras escombreras y el rojear de los cerezos silvestres; en los cercados, no la flor de nata, la albura tibia, levemente mate, del pomar; cerniendo arenas, el aureiro acecha los arrastres del Sil; rebota un son de taranto, de las entrañas carboneras.*

*Niño en Valdecañada, a una legua de la capital, en sus ojos aún no se ha borrado la imagen de aquel medio centenar de viviendas en la hoya del Bierzo, y todo este derredor: de piedras, que en la Ribera se llaman Bembibre; y se tornan agua de lago en Carucedo, monástico, de arcos rotos y verdes lujuriantes; las idas, las venidas, se condensan en el Camino, el jacobeo eje de la Compostela: ahí se atan los cables de Castilla y de Galicia; al compás de las preces, el peregrino marca el paso: bordón de cerezo, tosca la esclavina, en la escarcela el rubí de la penitencia, la «vieira» al pecho... Términos de reyerta, una copla hace por Castilla:*

No me digas gallega,
que soy berciana...

*Pero Galicia está en los cielos, en esa estrella, Arturo, que preside el nombre de nuestro autor. Alfa del Boyero, guardián de la Osa, Arturo protagoniza, héroe celta, el ciclo de los Caballeros de la Tabla Redonda; personifica Arturo la rastra legendaria de "El Santo Graal", ahí, dos pasos arriba, en el Camino; con su nombre de santo irlandés del siglo* XIII, *casi coetáneo de la invención de Guadalupe, arranca el mes cristiano de septiembre.*

*A la sombra cimera del castillo, Ponferrada afantasma la memoria de aquellos señores de largas capas albas, caballeros del Temple; y desde el siglo* XVI *abre ermita a este culto de naturaleza extremeña: la Encina. Patrona del Bierzo, Nuestra Señora de la Encina ampara las andanzas sureñas de Fr. Arturo Alvarez; Guadalupe le torna al*

*reencuentro —los frescos de una umbría, agua riente, frutales de campiña, los acotados confines— de su Arcadia infantil.*

### *LAS FECHAS CONCORDADAS*

*Años atrás, muchos, a unos exasperados navegantes que bajaron de Guadalupe y en La Rábida se hicieron a la mar, el 16 de septiembre de 1492 entre temblores de fiebre y terror al espejismo, se les revela una primer señal de vida en las olas, de tierra inmediata: los fucos, dándole sentido a la esperanza, razón al desvarío de las estrellas, vísperas al descubrimiento.*

*El 16 de septiembre de 1571 es puesta en marcha esta victoria de la Cristiandad: las escuadras parten de Mesina a la batalla de Lepanto: «la más alta ocasión que vieron los siglos pasados», y que a fray Arturo Alvarez se le representa cuantas veces en Guadalupe ve el fanal de la capitana turca traído por don Juan de Austria.*

*Piensa en América y le parece oír aquel 16 de septiembre de 1810 el Grito de Dolores. la proclama con que el cura Hidalgo pone en pie esta existencia nacional: México; bajo también signo de Guadalupe: que, a su mayor gloria, la Virgen se le presenta al indio en Tepeyac.*

*Naciera en el de su víspera, 15 de septiembre, y cada cumpleaños lo ofrecería a los Siete Dolores de la Virgen; un día después de aquel en que nació, y los calendarios todos lucirían un 17 de septiembre signado por el gran misterio franciscano: la Impresión de las Cinco Llagas que, en el monte Alvernia, estigmatizaran dos años antes de su muerte al «Poverello» de Asís.*

### *REVES DE ALMANAQUE*

*Y bien: desciende fray Arturo, se echa al suelo; como delante de sí, mira los caminos que le son propios. El 16 de septiembre de 1928, ¿qué pasa en Cádiz? ¿Cómo andan los españoles en España? Fuera de España, ¿qué hacen? Los asuntos del mundo, ¿qué tal? ¿De qué manera los hombres se gobiernan? ¿Qué es lo que les divierte?*

*El domingo, 16 de septiembre de 1928, Su Majestad el rey don Alfonso XIII se encuentra en Suecia; es allí día de urnas; la derecha gana las elecciones. En Ginebra negocian Briand y Stresemann la evacuación de Renania. Busca Norteamérica sucesión a la corona de los pesos fuertes, vacante por retiro del campeonísimo Gene Tunney.*

*Primo de Rivera en Barcelona festeja V años de paz... Se ha acercado a la nueva central telefónica; desde la planta 13, ha contem-*

*plado la hermosa perspectiva de la Gran Vía. Ha puesto en marcha el servicio interurbano y, al teléfono, ha podido seguir la jornada en distintas ciudades. Ha hablado con San Sebastián y ha ofrecido sus respetos a la Reina; San Sebastián en final de temporada es una entera fiesta: gana el caballo «Colindres» ese día la copa de S. M. el Rey: en triunfo espectacular, Mateo de la Osa se proclama aspirante al título de los semipesados; Benavente lee dos actos de «Pepa Doncel».*

*Llama el dictador a Sevilla y rinde personal homenaje a los aviadores del «Jesús del Gran Poder», recién tornados de su hazaña trasatlántica. Acude al teléfono en Granada un joven político: Eduardo Aunós, ministro de Trabajo. Triste, luctuosa, es la respuesta de Murcia: cercanías de Caravaca, en tierras de la Cruz, ha caído el globo «Hispania», y su piloto ha perecido por asfixia a 11.000 metros de altitud.*

*El ministro de Instrucción Pública preside en la plaza de toros de Valladolid —Valencia II, Márquez, Villalta, Barrera— la primera de feria; le cuenta el general los escándalos de «El Gallo» en Barcelona. Y todavía en la Telefónica, gusta de comunicar con las pequeñas ciudades, con un pueblo apartado: Valencia de Alcántara, punta de flecha hincada en la melancólica raya de Portugal; pero en Valencia de Alcántara los notables se han ido de feria: en Alburquerque, rejonea Cañero.*

## *EXTREMADURA ADENTRO*

*En ese clima, el 16 de septiembre de 1928, domingo, en Valdecañada, nace un muchacho que, con los años, en seguida, va en Astorga a tomar la Calzada de la Plata y —Zamora, Salamanca, Plasencia, Cáceres, Mérida— paso a paso va a venir a internarse en un mundo virgen, Extremadura, un país desconocido.*

*Ha cumplido diez años, y se ve colegial en Fuente del Maestre: extremos del Priorato de San Marcos, la tierra es de Ordenes, militar y letrada, vértebra de Caballería. A la sombra de la sierra de Los Santos, a la vista Zafra, pintan cercanías de oliva entre las cepas recias del viñedo; las vaguadas hienden el rojo labrantío graso, de barros; bajo las encinas, pastorean de invierno becerros de media casta; las aguas se las lleva esta vena mayor, Guadajira, derechas al Guadiana. Por los cumpleaños de este ponferradino celebra el pueblo su Cristo de septiembre. El censo de población es registrado, a la par, en dos columnas; casan la partida de habitantes y la de ovejas: ocho mil cabezas.*

### *ARCHIVERO EN GUADALUPE*

*Fray Arturo —que a la sazón no es fray Arturo— está en Fuente del Maestre como a las puertas de uno de los motivos de su vida: Hispanidad. De la Baja Extremadura se traslada a Sevilla; toma el hábito en Loreto. Le llevan a Guadalupe los cursos de Filosofía. De Guadalupe baja a la Rábida. Va de convento a convento, de disciplina en disciplina. Para ordenarse, parte de la Península: salta el Estrecho. La fecha es clave insospechada: es el 12 de octubre; de veinticuatro años, ese día, en tierra de moros, fray Arturo Alvarez canta misa. Aquí se cierra un itinerario, rigurosamente hispano, siglo XVI. Desde aquí, fray Arturo se reintegra al calor de los muros de su mocedad: permanece, de asiento, en los archivos de Guadalupe.*

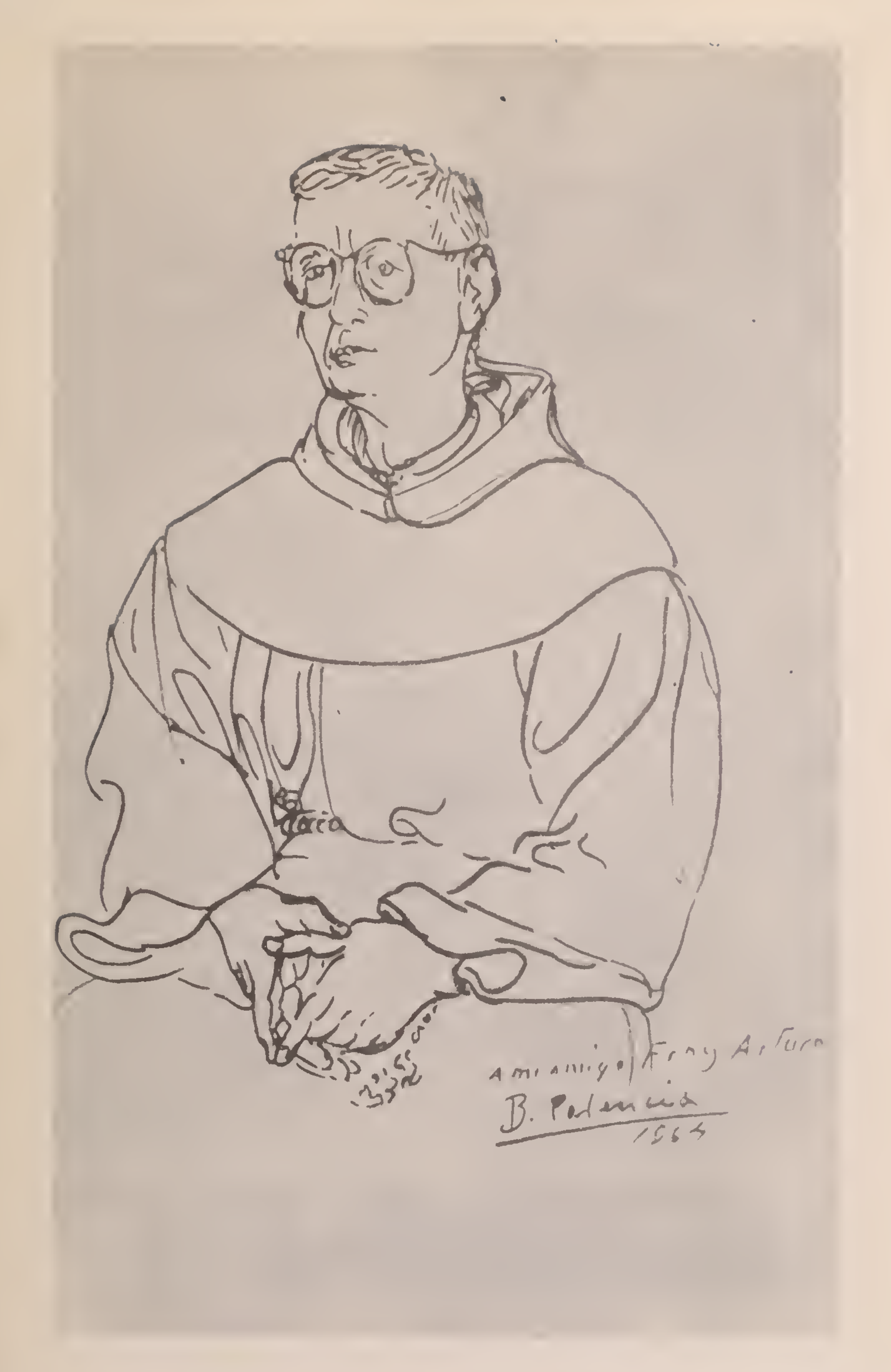
*Es un decir, de asiento; lo que sus pies no toquen, su obra lo completa. Una obra en sólo esta cuerda: Guadalupe, tema con variantes. Pero ese estatismo de creación literaria es compensado por la paradoja, la movilidad, del moderno archivero: no entre las cuatro paredes de su biblioteca y los estantes de legajos, yerto; danzando, valiéndose de los medios, todos, de la difusión. Desde años de coristado, fray Arturo frecuenta el gran diario. la revista especializada; escribe y dirige; estampa folletos, tantea el libro; da su voz a los micrófonos, su figura a la pantalla pequeña de la televisión.*

### *A LO DIVINO*

*Tenaz, polemista, es el último caballero de unas justas a lo divino: sangre rubia del Bierzo, donde los puentes son paso honroso; el doncel, enamorado; y la dama, blasonada de cosmos, virgen y morena: tal la casamentera Virgen de Guadalupe. Evoco y estoy viéndole «nel mezzo del cammin», de treinta y cinco años, su talla menuda, de cráneo delicado, la sonrisa despierta y el ademán vivo. Qué registro de sensación imborrable, la memoria de su voz: no ronca, voz cálida quebrada, enormemente persuasiva. Leo aquí este libro y estoy otra vez viendo esa figura, oyendo esa voz; estas páginas que multiplican su voz...* Ad majorem gloriam Virginis: *Guadalupana.*

Pedro de LORENZO

Madrid, 1964.




* R. P. FR. ARTURO ALVAREZ, O. F. M. (RETRATO DE BENJAMIN PALENCIA.)

# I

## EN LA NEBULOSA DE LA LEYENDA Y EN LA LEJANIA DE LA TRADICION

La imagen de la Virgen de Guadalupe —hallada milagrosamente en las sierras extremeñas a fines del siglo XIII— tiene sus orígenes envueltos con un halo de hermosa leyenda y poética tradición, que si no pueden sufrir el tamiz severo de la crítica histórica, merecen el respeto que tenemos a tantas otras imágenes de María; tanto más que esos orígenes se consignan ya en los primeros historiadores del santuario de las Villuercas y a su favor tienen casi tantos siglos como la tradición del Pilar o de D. Pelayo en Covadonga.

Este primer capítulo de la venerable imagen abarca desde sus orígenes hasta el hallazgo en las márgenes del río Guadalupe; pues desde ese momento entra plenamente en el campo de la historia documentada, que no puede negarse.

Son muchos los que narran el origen de la Virgen de Guadalupe; pero en lo que se refiere a su parte legendaria elegimos el interesante libro del conde de Sapieha, el polaco Juan Federico Luca, publicado en Varsovia el año 1721 y cuyo barroco título —traducido del latín en que está— es "Monumentos de las antigüedades marianas en la antiquísima imagen llamada Gregoriana y de la Virgen de Guadalupe de Coden pintada por San Agustín Romano". Tiene dos partes: en la

primera habla de la imagen española y en la segunda trátase de la copia famosa que se venera en Polonia —y de la que nos hacemos amplio eco en otro capítulo más adelante—.

Dícenos la leyenda que San Lucas —a la vez médico, pintor y escultor—, por singular permiso de la Virgen hizo de ella varias imágenes cuando todavía moraba en la tierra. Una de éstas fue tenida por el escultor en especial veneraeión, y después de la Asunción de María a los cielos, llevóla siempre consigo para más acordarse de tan buena Madre. Tanto estimaba esa imagen que, cercana su muerte, ordenó a sus discípulos la enterrasen con su cuerpo. Ellos así lo hicieron, dando sepultura a ambos en Acaya (Asia Menor).

A mediados del siglo IV fueron hallados los restos de este evangelista, así como la imagen y los cuerpos de San Andrés y Timoteo; y por orden del Emperador Constantino el Grande se trasladaron a su sede de Bizancio (Constantinopla). Muy pronto el icono de María comenzó a ser allí venerado, sobre todo a partir del gran prodigio que obró por los años 446, cuando azotó a la ciudad un espantoso terremoto.

Hacia el año 581, siendo Papa Pelagio II, fue enviado como Nuncio Apostólico ante el Emperador el cardenal Gregorio. En su largo viaje trabó amistad con el español Leandro, arzobispo de Sevilla, que iba a pedir ayuda contra los moros de parte de su rey San Hermenegildo. Durante su estancia en Bizancio murió el Emperador Tiberio II, dejando por sucesor a Mauricio (582), que amaba grandemente a Gregorio. Y al ser éste llamado por el Papa a Roma, el Emperador le regaló, entre otras cosas, la milagrosa imagen, la cabeza de San Lucas y un brazo de San Andrés. Llegado a la Ciudad Eterna, lo depositó todo en el monasterio benedictino de San Andrés, donde Gregorio había sido monje.

El año 590 falleció Pelagio II y para ocupar la Sede de Roma fue destinado Gregorio, desde entonces llamado el Magno. Al trasladar su residencia al palacio papal, llevó consigo la imagen regalada por Mauricio. Años más tarde obró ésta un nuevo milagro, cuando, diezmada Roma por una peste cruel, el Papa ordenó una procesión pública y él mismo llevaba la imagen. Al llegar al castillo —desde entonces denominado de Sant Angelo— apareció un ángel sobre el pueblo, en actitud de limpiar de sangre una espada, cesando entonces la peste, mientras un coro de celestiales espíritus entonaba el "Regina Coeli laetare, alleluja", terminado el cual, el Papa, conmovido, añadió: "ora pro nobis Deum, alleluja".

Al llegar a este momento de la hermosa leyenda encontramos ya la tradición en el primer historiador que tuvo Guadalupe y cuya obra —manuscrita y de fines del siglo XIV—, hállase original en el archivo Histórico Nacional de Madrid, con la signatura moderna 555. Según este precioso códice, el Papa Gregorio mandó la imagen milagrosa a su amigo Leandro, con ocasión de hallarse en la Ciudad Eterna su hermano Isidoro.

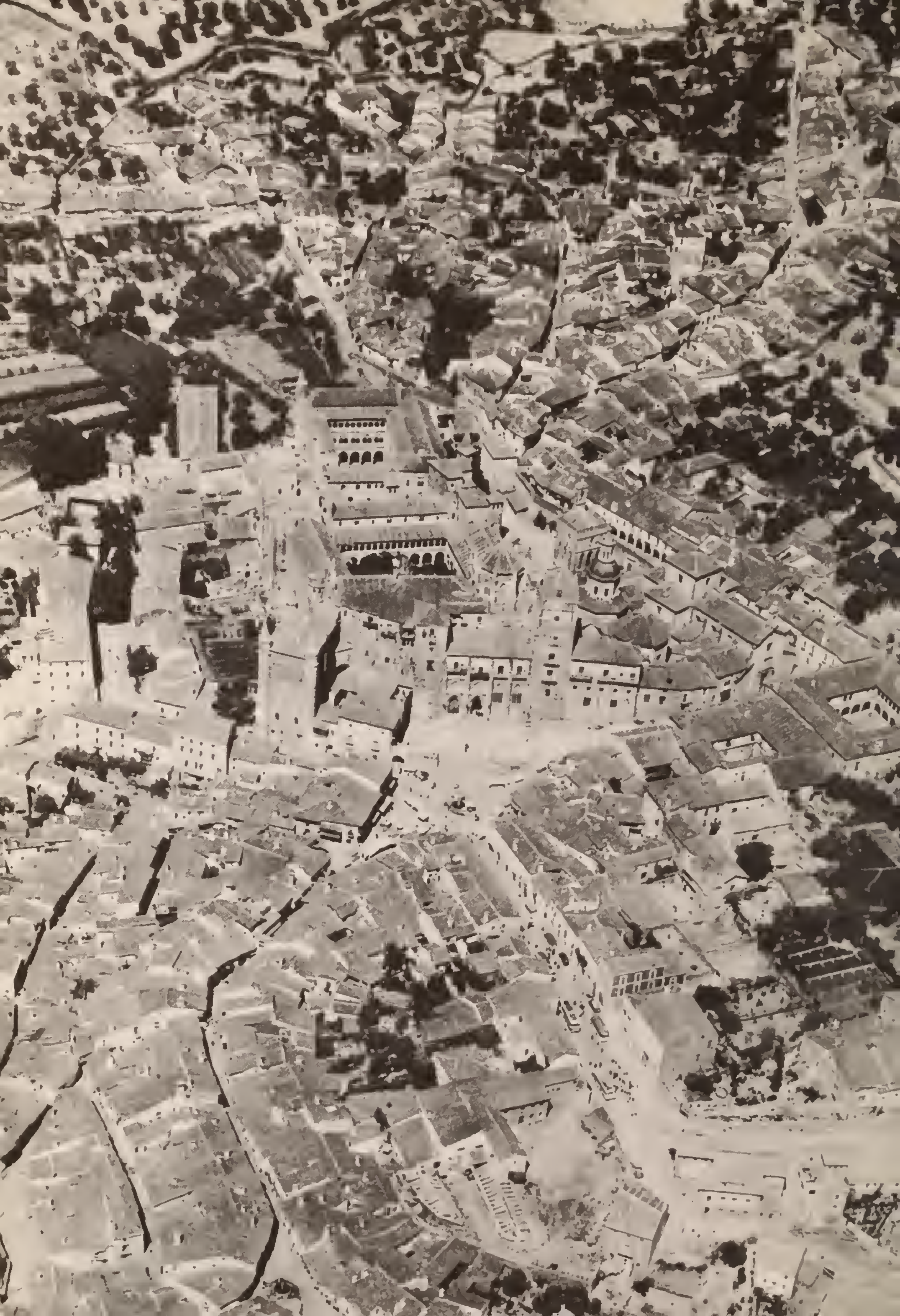
Camino de Sevilla la imagen obró un gran prodigio, amansando el furor de una tempestad; y al llegar a esta ciudad fue recibida por San Leandro, siendo colocada en su oratorio, donde recibió ferviente culto hasta la invasión árabe. —¿Podemos ver aquí algo más que leyenda? El códice citado habla luego de que "fuyeron con ella de seuilla e la escondieron en vnas grandes montañas cerca de vn rrio que ha nonbre guadaluppe e de como la Virgen santa maria aparescio a un pastor e le dixo commo estaua aquella ymajen alli escondida e dixole que lo fuese a dezir a los clerigos que la sacasen de alli e que le fiziesen alli vna eglesia e que alli faria muy muchos miraglos e fizolo ansi".

Efectivamente, el año 711 invadió la Media Luna nuestro suelo y es lógico —y cierto— que los sacerdotes sevillanos, huyendo hacia el norte, llevasen muchas reliquias. La tradición dice que entre ellas sacaron la milagrosa imagen y juntamente los cuerpos de San Fulgencio y Florentina, hermanos de San Isidoro y Leandro, que permanecieron en Sevilla, de donde el primero fue llevado más tarde a León.

Admitiendo que la imagen sea tan antigua —cosa muy difícil—, las circunstancias de su salida de Sevilla y enterramiento en las sierras de las Villuercas, cerca de un pequeño río, serían plenamente admisibles. Teniendo en cuenta que el hallazgo en estas sierras de los cuerpos de San Fulgencio y Florentina es cierto, ¿será fuera de razón pensar que con ellos trajesen una imagen de María y los escondiesen juntos? Si la Virgen que hoy veneramos no es más allá del siglo XI o XII, ¿no pudo otra anterior deteriorarse con los siglos y ser sustituida en el siglo XIII por la actual?

El códice continúa la tradición:

Pasan los siglos, España se va reconquistando a los árabes y la región extremeña queda bajo dominio cristiano otra vez, aunque se dan casos de pueblos árabes que, alejados de los caminos importantes, escapan a la reconquista y cuando se dan cuenta hállanse rodeados de



cristianos. Tal ocurrió con el pueblo de Alía, cercano al río Guadalupe, de nombre árabe y cuyas costumbres todavía en el siglo XX recuerdan a la Mauritania.

El citado manuscrito nos dice con muchos detalles cómo en el reinado de Alfonso X (1252-1284) guardaban sus vacas cerca del lugar de Alía varios pastores y perdiendo uno de ellos una vaca, buscóla tres días y no encontrándola, metióse por entre grandes robledales río Guadalupe arriba y al fin hallóla muerta. Pero al hacer la cruz sobre ella para desollarla, levantóse viva y en aquel momento se le apareció la Virgen María y le dijo fuera a su tierra y avisara a los clérigos y demás personas para que cavasen donde estaba la vaca muerta; porque allí encontrarían enterrada una imagen suya. Ante el milagro de un hijo del pastor de Cáceres que la Virgen resucitó para señal de su aparición, creyó la gente y llegando los clérigos al lugar del milagro y cavando, hallaron la imagen y con ella una campanilla y un pergamino con la relación de todo lo antedicho, hasta que la enterraron en este lugar, y varias reliquias —¿los cuerpos de San Fulgencio y Florentina?—. Entonces levantárole una "casa muy pequeña de piedras secas e de palos verdes e cubrieronla de corchas ca sabed que auia cerca asaz alcornoques".

Hasta aquí la leyenda y la bella tradición, ribeteada de datos históricos. Posiblemente hay fantasía en el milagroso hallazgo —como la hay en todas las apariciones de Vírgenes españolas—; pero tiene gran peso el hecho de que, habiendo ocurrido aquélla a fines del siglo XIII, una centuria más tarde tengamos ya relación escrita de ello.



* VISTA AEREA.



II

## ¿DE CUANDO DATA EL GUADALUPE HISTORICO?

ALUDIENDO al origen histórico así de la venerable imagen como del nombre "Guadalupe", hallamos frecuentes equivocaciones.

Cada uno dice lo que se le antoja al señalar la fecha en que el hecho histórico del hallazgo de la imagen titular ocurrió; y lo más frecuente es que los historiadores señalen el año 1340 como origen de Guadalupe. Sin embargo, esa fecha es palmariamente falsa y para entonces ya la Virgen y su templo eran famosos, entre otras razones porque en ese año le encomendó Alfonso XI la suerte de la batalla del Salado, y esto arguye celebridad en una Virgen que, siendo venerada en un lugar tan apartado, ya había sido visitada por un rey, que ahora deja en sus manos una batalla tan decisiva. El hecho de que Alfonso XI mandase levantar antes de 1340 el actual templo guadalupense —que se acabó a principios del siglo XV en pleno priorato jerónimo—, es una prueba más de que este santuario mariano ya existía antes del Salado, aunque ciertamente fue aquella victoria la que decidió su plena entrada en la historia nacional.

Que el hallazgo —más o menos milagroso— de una imagen que, siendo mucho más antigua, estaba enterrada, y el bautizo, tomando nombre del río Guadalupe, son rigurosamente históricos, consta en el códice escrito en pergamino antes del año 1400 citado en el anterior capítulo. Dada la antigüedad del hecho y la relativa cercanía de su constancia escrita, tienen pleno valor sus afirmaciones, entre las que



* VISTA GENERAL DEL MONASTERIO DESDE EL SUROESTE.

hallamos la fecha del hallazgo, muy anterior a 1340. En efecto, hablando del rey San Fernando III, dice el citado Ms. en su fº 6vº: "E rreyno en españa su nieto el rrey don ferrnando el qual gano la muy noble çibdat de seuilla, e otros muchos lugares e durmio en paz e nuestro señor dios leuo la su anima al su sancto rreyno e rreyno su fijo alfonso el cual gano las algeziras e murio sobre gibraltar. En el tiempo que queste rrey don alfonso rreynaua en españa *aparescio nuestra señora la birgen santa maria a un pastor en las montañas de guadalupe en aquesta manera...*"

De hecho, en esa relación hay un error, ya que no fue Alfonso X sino el onceno quien ganó Algeciras; pero este "lapsus" no implica equivocación en lo demás, y menos cuando la fecha del hallazgo está avalada por otros documentos irrefutables. Y éstos, afortunadamente, existen y son dos escrituras de testamento en pergamino, fechadas, una en la era que corresponde al año 1327 y la otra a 1329. En la primera se cita ya la "eglesia" de Guadalupe y en la segunda, se habla, incluso, de un hospital. Estos dos interesantísimos documentos —que originales se guardan en el archivo guadalupense— tiran por tierra, de un plumazo, la afirmación gratuita de que Guadalupe nació en 1340.

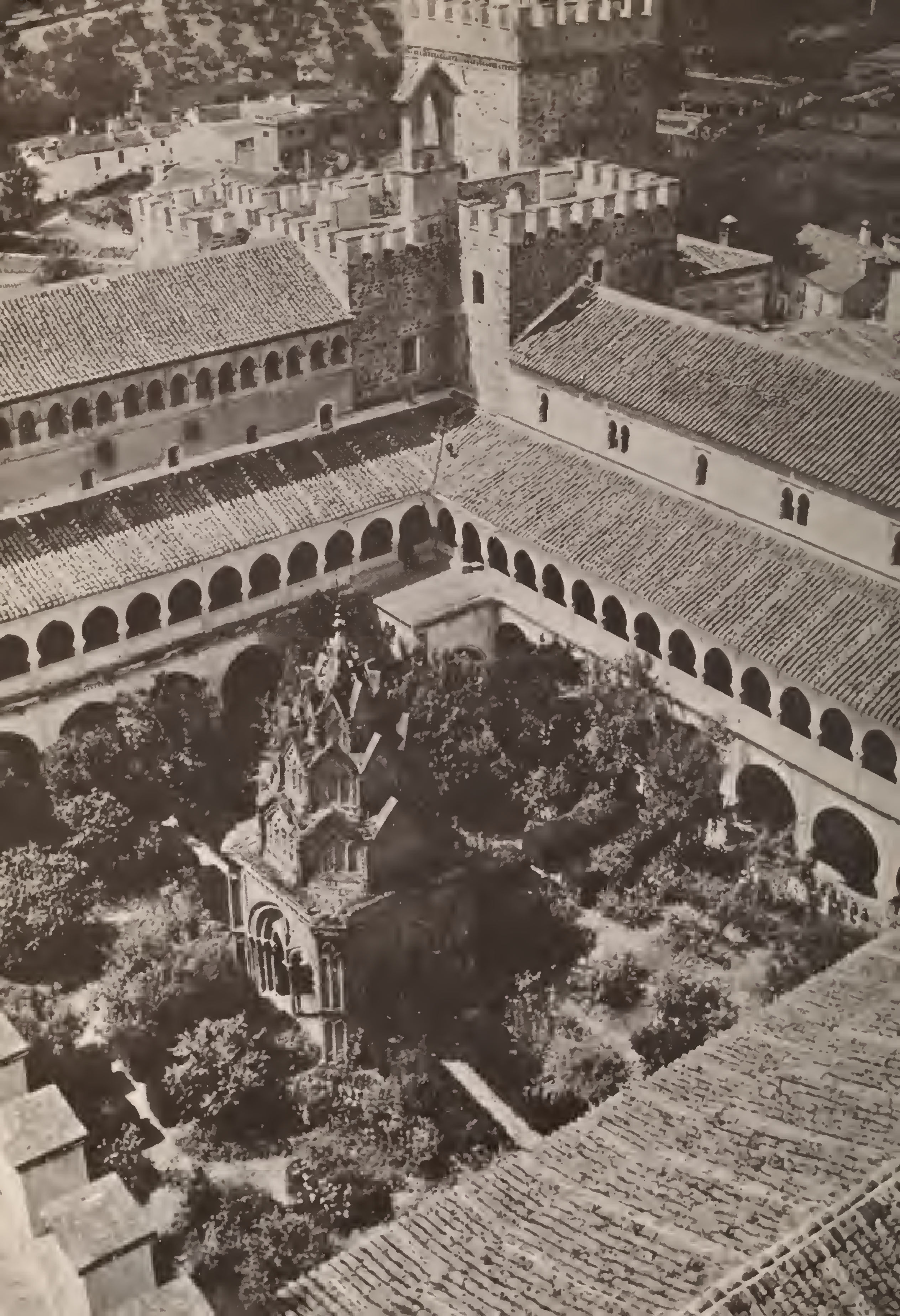
Pero es que ya en 1329 tenía muchos años de vida; pues únicamente eso puede explicar que un lugar apartado, sin caminos, lejos de ciudades —la más cercana era Cáceres a más de un centenar de kilómetros— fuera lo suficientemente famoso y visitado por los peregrinos como para tener ya una iglesia y un hospital, que no se construyen en dos días.

La iglesia a que alude el citado documento era, seguramente, la ermita, no la primitiva de corchas y ramajes que provisionalmente levantó el pastor afortunado al encontrar la imagen, sino la otra que aparece como dependiente del curato de Alía y cuyo sacerdote encargado fue Fray Pedro García. A ella se refiere el rey Alfonso XI en su carta fechada en Cadahalso el 25 de diciembre de 1340 diciendo "era casa muy pequeña y estaba ruinosa" y por ello él había mandado construir otra mucho mayor y labrada. El docto historiador de Guadalupe Fray Germán Rubio cree que la iglesia alfonsina —levantada por su mandato y a la que peregrinó a dar gracias por la victoria del Salado— fue la tercera de Guadalupe, estilo mudéjar y la misma que hoy —ampliada más tarde y con varias reformas—, subsiste, con el ábside mudéjar primitivo bien conservado, aunque casi oculto por construcciones del siglo XV y XVIII. Su parecer nos convence plena-

mente y creemos que la segunda ermita, ampliada por el rey Justiciero, quedó englobada en la actual; y esto nos explica que en 1618, al abrir sus muros para las capillas reales, se encontraran dentro los restos del pastor Gil Cordero, en lo que debió ser ermita segunda.

¿Cuándo se había construido aquélla? Desde luego existía en 1327 y teniendo en cuenta que en esa fecha ya se hallaba estropeada y para su arreglo se dejaban limosnas, podemos asegurar que tenía ya bastantes años. Incluso podemos remontarla al siglo XIII, conclusión muy lógica si pensamos que el citado Ms. afirma que la Virgen fue hallada en el reinado del hijo de San Fernando, Alfonso el Sabio (1252-1284); pues la ermita primera de ramajes y corcho es natural que durara muy pocos años, tal vez ni uno.

Concluyendo, podemos asegurar que el culto en España a Santa María de Guadalupe se remonta con toda certeza a la *segunda mitad del siglo* XIII.



III

## ORIGEN DEL NOMBRE GUADALUPE

Es de gran interés discurrir sobre un nombre —Guadalupe— tan famoso en los anales de España y tan prolífero en la toponimia americana, donde más de un centenar de veces selló con su impronta a pueblos y ríos, montes y templos, dando nombre y fama a una Inmaculada, que hoy invocan veinte pueblos que aprendieron a llamarle Guadalupe de aquellos indómitos conquistadores y valientes misioneros que supieron llevar en lo alto de la espada la fe de Cristo y en el ondeante pendón de Castilla la imagen de Santa María de Guadalupe.

Es clarísimo —y dudarlo equivaldría a poner de manifiesto una imperdonable falta de elemental cultura— que en España existe un santuario mariano de Guadalupe, cuyos orígenes históricos se remontan a los postrimeros años del siglo XIII. Y lo es, igualmente, que en Méjico hay otra Virgen con igual advocación, nacida a mediados del siglo XVI; casi tres centurias posterior, por tanto, al santuario español. Y que el Guadalupe mejicano procede del extremeño es una verdad tan palmaria, que al menos versado en esta cuestión se le ocurre; teniendo en cuenta que el templo guadalupense de las Villuercas fue —en los siglos XIV-XVII— el santuario mariano nacional español y uno de los santuarios más venerados de la Cristiandad, según el testimonio nada sospechoso de viajeros e historiadores —nacionales y extranjeros—, tan celebrados como los alemanes Tetzel y Münzer, el portugués Barreiros y los españoles Pedro de Medina, Cervantes y tantos



* VISTA DEL CLAUSTRO MUDEJAR CON EL TIPICO TEMPLETE EN EL CENTRO.



* CLAUSTRO MUDEJAR. GALERIA ALTA.

otros, que en distintos siglos contemplaron la grandeza y celebridad del santuario de las Villuercas. De otro lado vemos que en la obra colonizadora de América era muy frecuente —y muy explicable— que los descubridores, conquistadores y misioneros llevasen al Nuevo Mundo los nombres de sus pueblos y las devociones que ellos conocían. Pruebas abrumadoras al canto nos las ofrece la simple ojeada de un mapa de aquel continente, donde los nombres de Medellín, La Serena, Trujillo, Santiago, Toledo, Loreto, Montserrat... llenan la extensa geografía americana.

Según eso, es lógico que el nombre Guadalupe fuera el más divulgado, porque su fama era a todos notoria y porque entre los portadores de nuestra religión, cultura y lenguaje al Nuevo Mundo hallamcs una verdadera pléyade de extremeños devotísimos de la Virgen de las Villuercas, entre los que Hernán Cortés fue uno de los paladines más fervientes, según evidencian las visitas que hiciera al santuario extremeño y los regalos que mandó a la Virgen Morenita desde Méjico.

En esto que antecede coinciden cuantos piensan a la luz de la historia objetiva y documentada: pero, refiriéndonos directamente a la palabra Guadalupe, cabe preguntar: ¿Qué significa? y ¿cuál es su origen verdadero? Son dos cuestiones diferentes y tiene interés grande su acertada contestación para disipar equivocadas interpretaciones.

Por lo que respecta al significado etimológico de la palabra Guadalupe, se han lanzado diversas teorías, más o menos ingeniosas, que, por lo general, coinciden en admitir que tal vocablo tiene sus raíces en la lengua árabe; cosa muy natural, sabiendo que del tiempo en que los sarracenos dominaron en España a lo largo de ocho siglos, nos quedan muchos nombres —sobre todo geográficos— enraizados en aquel léxico, tales como Guadiana, Guadalquivir, Guadalajara, Guadalete, Guadarrama...; pero de ahí no pasa la unanimidad entre historiadores y etimologistas, y al llegar a definir el significado preciso de tal palabra, divídense en grupos numerosos, desde los que, con el analista del monasterio extremeño padre Talavera, sostienen que Guadalupe es nombre híbrido del árabe y latín y significa "río de los lobos", (guada = río, lupus = lobo); hasta quienes, pasando por J. Fernando Mendoza, sostienen el significado de "río del cascajo" (wad = río, al = del, lubbyy = cascajo); o aquellos que dicen significar "río de la leche" o "río del amor"; hasta la teoría más común y sólida que le da el significado de "río oculto" o "río escondido" (wada = río, lubben = oculto), haciendo depender este vocablo ente-

ramente del árabe, y rechazando que Guadalupe sea palabra híbrida arábigo-latina, ya que aquella lengua era lo suficientemente rica, sin que necesitase echar mano de la ayuda del latín. Estas interpretaciones —más o menos acertadas— dejan al margen, por creerla absolutamente inadmisible e irrisoria, la moderna teoría divulgada en Méjico, que, empeñada en separar lo más posible el Guadalupe mejicano del español, ha llegado a decir que aquél tiene una etimología diferente y que trae su origen no del árabe, sino de una o varias palabras de la lengua nahuatl y significa "aplastaré la cabeza de la serpiente" aplicado a la Virgen Inmaculada del Tepeyac, que pisa la cabeza del dragón infernal. Creemos que tal interpretación no merece ni ser refutada, porque ¿cómo se explica que, procediendo de España tantos y tantos nombres españoles sembrados por América, sólo Guadalupe —que entonces era universal advocación de la Virgen— tenga origen distinto?

De todas las teorías susodichas parécenos más aceptable la que traduce Guadalupe por "río oculto o río escondido", ya que tal significado cuadra perfectamente al pequeño río que lleva ese nombre: el cual, naciendo en la vertiente sur de las escarpadas Villuercas —que se yerguen allí donde la parda Extremadura y la noble Castilla se abrazan— deslízase parlanchín, saltando por entre blancos guijarros, verdes praderas, llorosos sauces y altos chopos, escondidos en una profunda garganta. Por la belleza de su descripción y clasicismo de su lenguaje vamos a ofrecer las palabras que nos dejó el citado historiador de Guadalupe, padre Talavera, en su obra publicada en Toledo el año 1597. Dícenos:

"Este río, aunque no es muy grande, es continuo su curso en todo tiempo, y dando bueltas hazia el Oriente, dexa de passo aquel sitio por espacio de quatro millas, con tan agradable, abundante y deleytosa ribera, que se puede sin encarecimiento dezir no la tiene España más amena, ayudando al cielo con su clemencia fauorable. Pues fuera de las frutas varias, y altos árboles, que juntando unos con otros las ramas, y dándose abraços amorosos, parece se combidan con sus frutos, ay algunos tan soberbios, y pujantes, que es cosa marauillosa su alteza a la vista, de mucha defensa a los caminantes su sombra, y a los poderosos edificios muy acomodada su grandeza. Aquí se hallan los olorosos Membrillos, los Duraznos, los Granados, las Higueras, los Perales, y las copiosas Oliuas: aquí los Mançanos hermosos, los Ciruelos, los Morales, y assi mesmo los victoriosos Laureles, y Palmas triunphadoras: grandes Castaños, altos Cipreses, fuertes Enzinas, crecidos

Robles, gruesos Loros, verdes Alisos, y altissimos Alamos, donde trepando las Parras los hermosean con sus frutos, y frescas hojas, y ellos las sustentan con su firmeza. También se crían y fertilizan este suelo, muchos Naranjos. Cidros, Limones, Zamboas, Camuesos. Melocotones, Aluerchigos, Auellanos. Quexigos, Nogales, Nebros, Fresnos, Almendros, y otros sin cuento de quien se asen y prenden las yedras ambiciosas: pasando en silencio gran multitud de otros árboles y plantas, y algunas matas de menos cuenta, que la vezindad del agua produce y engendra. con otros mil generos de yerbas medicinales, y odoriferas flores. que adornan y enriquecen el suelo desta fresca y amenissima ribera, y apacientan con su alegre vista los ojos, y coraçon." "...Este río de tanto prouecho va con muchas bueltas y ensenadas culebreando, y antes que entre en Guadiana, y salga de nuestros terminos, son tantos los arroyos. y fuentes, que le acompañan. y dan tributo, que creciendo con pujança vienen a hazer un estanque tan precioso, que parece se le puede dar título de mar. guardando el estilo y termino de la escriptura. Es abundante de sabrosa y regalada pesca. Alcabo del esta una presa muy alta, que atrauesando el valle, pasa de la una a la otra ribera, y reprime el impetu furioso de las aguas. Aquí se leuanta un edificio bien sumptuoso, que los primeros hermitaños, moradores del monesterio, hizieron para molinos; y entre las ruedas que en el se mueuen ay una de tanta velocidad, y presteza, que muele cada hora doze grandes hanegas de trigo y más. Desta verdad fue testigo el Catholico Rey Philippo, haziendose la experiencia, con un relox de arena, delante de Su Magestad, quando pasaua, a la guerra de Granada, el año de mil y quinientos y setenta." ("Historia de Guadalupe", folio 10 r.° - 11 v.°).

Por lo que toca ahora al origen histórico de la palabra "Guadalupe", hallámoslo clarísimo en los analistas antiguos del monasterio extremeño que historiaron las grandezas de la Santa Casa ya en los primeros años del siglo XV. El susodicho padre Talavera escribe: "Nace por la parte que el sol se pone, a la rayz de una fragosa y altissima montaña, el río que dio principio, y origen al nombre Guadalupe; mas por misterio y religion, que por sus caudales y grandeza, famoso por todo el universo."

Es evidente la relación entre el río Guadalupe y los Guadalupes todos nacidos después en el mundo. Efectivamente, al ser hallada a fines del siglo XIII por el afortunado pastor Gil Cordero la imagen románica de la Virgen Morena que se venera en el monasterio de las Villuercas, recibió el nombre del pequeño río en cuyas riberas fue en-



* AMPLIA PANORAMICA DEL CLAUSTRO MUDEJAR CON DIEDIOCHO ARCOS A CADA LADO.

contrada: La Virgen dio, después, su nombre al santuario que en torno a ella se levantó, como lo dio, más tarde, al monasterio fundado a fines del siglo XIV por los Jerónimos y a la Puebla, que en derredor del opulento cenobio se fue construyendo por los criados del convento y devotos peregrinos que deseaban vivir junto a la milagrosa Virgen.

El Guadalupe extremeño convirtióse pronto en frondoso árbol, que extendió sus raíces por todo el mundo hispano, donde brotaron —cobijados bajo su bendita sombra y desde que el almirante Colón bautizó con su nombre, en 1493, a la isla Turuqueira— otros tantos Guadalupes como hoy nos recuerdan en el mundo iberoamericano a la Virgen más española, matriz de todos ellos.





EL MONASTERIO ILUMINADO EN LA NOCHE.





* BELLA INMACULADA RADIADA DE LA ESCUELA DE EGAS. SE COLOCO EN EL CORO EL AÑO 1499.

IV

## GUADALUPE: DOS RETRATOS Y UN SOLO NOMBRE

Uno de los santuarios marianos más célebres en España es el de Guadalupe de Extremadura. La imagen aquí venerada, dejando a discusión de la crítica histórica su tradicional origen hasta llegar a Guadalupe, es románica y data, probablemente, del siglo XI o XII. Su materia es encina y —despojada de los riquísimos vestidos que la cubren—, aparece sentada. Sobre el brazo izquierdo sostenía al Niño, que al ser vestida, prendióse del manto.

Por otra parte, vemos con frecuencia en nuestros templos y a veces en casas particulares, otra imagen mariana con igual título; pero muy diferente en su representación, ya que no es talla, sino un cuadro y simboliza la Concepción Inmaculada y no la Divina Maternidad, como la extremeña. Esta diversidad de traza en identidad de nombres suele llamar poderosamente la atención de quienes en ello paran mientes. Lo inmediato es preguntarse: ¿Por qué se llaman Guadalupe las dos imágenes siendo tan diversas? ¿Tienen algo que ver entre sí?

No es poco lo que sobre estas preguntas se ha escrito; pero desafortunadamente casi todo ello tan falto de objetividad y dejando tan al margen la historia —único juez llamado a descorrernos el velo— que lo conseguido hasta ahora, al menos entre el vulgo y aun entre personas un tanto ilustradas, ha sido oscurecer todavía más las ideas.

Sería muy prolijo buscar solución a esas dos preguntas; por lo que nos limitaremos únicamente a ofrecer unos datos que, por su es-

casa divulgación, son hoy del exclusivo dominio de historiadores y personas de elevada cultura. Con esas premisas creo que nuestros lectores podrán atisbar siquiera las relaciones que pueden existir entre ambas homónimas advocaciones.

Fue enorme la extensión que alcanzó el culto a la Morenita de las Villuercas en toda Sudamérica, donde tuvo y sigue aún teniendo templos tan célebres como el Sucre, Guápulo, Lima, etc. Pero no sólo en el Sur del Nuevo Mundo brotó esta devoción, sino tanto o más en Nueva España. No olvidemos que a esta parte de América fueron varios centenares de soldados y misioneros, sobre todo extremeños, y recordemos que su gran conquistador, Hernán Cortés, era devotísimo de su "paisana" la Virgen de Guadalupe española, a la que se encomendó en la memorable "Noche Triste" y cuando, mordido por un escorpión, estuvo en grave peligro de muerte. Al joyel de Guadalupe envió presentes en 1524, entre ellos un alacrán de oro encerrando en el que le picara; y a sus plantas acudió en 1528 a darle gracias por tan visible protección.

Era muy natural que estos devotos de la Virgen Morenita —que entonces era nacional—, la extendiesen por Nueva España, como la propagaron otros en el resto de América, en Centroeuropa y en el Oriente. Pero en Méjico ocurrió un caso singular, ya que mientras en otros lugares cuajó esta devoción en copias de la Virgen extremeña —más o menos exactas— allí quedó perenne en un cuadro de la Inmaculada, que aparentemente nada tiene que ver con la imagen española, aunque la historia nos explica subradamente las razones que motivaron tal anomalía.

Espigando entre las pruebas de más peso que relacionan los dos Guadalupes con una irrefutable dependencia, recordemos que varios documentos de primer orden, del siglo XVI, nos hacen ver la advocación mejicana como claro trasplante del Guadalupe extremeño. Así tenemos, por ejemplo, dos preciosas cartas escritas por el monje jerónimo Fray Diego de Santa María al Rey Felipe II, dándole cuenta de la que entonces (1574) era pequeña ermita del Tepeyac. En una de esas cartas (que se hallan originales en el Archivo de Indias, de Sevilla) dice: "Los mayordomos desta hermita, que antes se llamaba por otro nombre (el historiador contemporánco a la conquista de Méjico, Fray Benardino de Sahagún, nos dice que el primitivo nombre fue "Tonantzin", tomado de la diosa azteca a la que sustituyó la actual Inmaculada) entendiendo la devoción con que acudían los cristianos a Nuestra Señora de Guadalupe, le mudaron el nombre y pu-



sieron el de Nuestra Señora de Guadalupe, como hoy en día se dice y llama."

Por su parte el virrey de Nueva España, Martín Enriquez, escribía a Felipe II en septiembre de 1577 otra carta (que se halla igualmente en el Archivo de Indias) en que le asegura que el cuadro del Tepeyac estuvo primero en una ermitilla y al curar en 1555 ó 1556 a



* CAPILLA DE SANTA ANA. SEPULCRO DE ALONSO DE VELASCO Y SU MUJER. OBRA DE ANEQUIM EGAS (1473).

un pastor creció hacia ella la devoción popular y "por decir que se parecía a la Guadalupe d'España" le pusieron este nombre. Desde luego no es a la original y verdadera Guadalupe a la que se parecía aquel cuadro colocado en el Tepeyac, sino a una Inmaculada de talla existente en el trascoro de Guadalupe, que con este nombre propagaban los frailes jerónimos del monasterio.

Tenemos, además, que uno de los priores del convento cacereño Fray Gabriel de Talavera, en su valiosa historia de Guadalupe, —editada en Toledo el año 1597—, cita el Guadalupe de Méjico como uno de los lugares en que era más venerada la Virgen extremeña fuera de España. Ni es menos elocuente uno de los libros corales de este monasterio, en el cual se contiene el Oficio Divino concedido a la Guadalupana de Méjico en 1754. Lo adornan cuatro viñetas miniadas, representando todas ellas a la *Virgen de Guadalupe extremeña* y en la última aparece, como tomando origen de ella, la del Tepeyac.

¿Quién no ve ese trasplante en la misma antigua costumbre de celebrar la fiesta de la Virgen de Guadalupe mejicana, no el 12 de diciembre, como hoy se celebra, sino el 8 de septiembre, fecha en que siempre se había celebrado y se ha seguido después celebrando la auténtica y original Guadalupe extremeña?

Otra prueba fehaciente de la devoción que se tuvo a la imagen de las Villuercas en la Nueva España nos la ofrece la célebre "Manda forzosa". Esta se hacía antiguamente en los testamentos ricos a Jerusalén, Compostela y Guadalupe, y nos consta por el "Libro de las Capellanías, Lamparas y Bienhechores" existente en el archivo de este monasterio, que esa costumbre existió en Méjico hasta el mismo siglo XVIII; pues nos dice Mateo Benegas, en carta escrita a Carlos III en marzo de 1773, que en esa fecha "muchas personas que mueren en Nueva España, entre las mandas forzosas dejan una para Nuestra Señora de Guadalupe de España".

Todo esto demuestra que el Guadalupe mejicano nació del extremeño.

Sabemos que esta conclusión contradice a una tradición y creencia muy extendida; pero frente a los documentos no hay réplica. Por lo que se refiere al nombre "Guadalupe" sería ridículo buscar su origen fuera del santuario de las Villuercas. En cuanto al cuadro del Tepeyac, ciertamente no procede de España; aunque sí hallamos —concretamente en Guadalupe— numerosas Inmaculadas que pudieron servir de modelo al artista que la pintó para que en el cerro Tepeyac sustituyera a la pagana "madre de los dioses" Tonantzin.

## V

## REAL SANTUARIO

Entre todos los epítetos que pueden aplicarse a Guadalupe, tal vez ninguno le cuadre mejor que el de "real" monasterio. A la vez creemos que ningún santuario o cenobio español lo es con tanta propiedad.

La realeza es una de las prerrogativas de María; y parece que hasta en eso distinguió la Madre del cielo al santuario de las Villuercas desde que lo eligió para escenario singular de sus misericordias.

Guadalupe nace a la sombra de la monarquía castellana y su afecto a los reyes de España —omitimos las relaciones que tuvo con los reyes casi todos de Portugal y las visitas que le hicieron muchos monarcas extranjeros—, es una de las características que le distinguen. Ellos son los primeros en peregrinar a este apartado rincón; bajo su mecenazgo llega este monasterio a la cumbre de su grandeza; la Santa Casa socórrelos cuando el erario público lo necesita; y un rey es el que —pasado el huracán de la Exclaustración— impulsa el resurgimiento de Guadalupe.

El hallazgo de la imagen titular ocurre en la segunda mital del siglo XIII y años después encontramos ya al rey castellano Alfonso XI orando ante la milagrosa efigie. De los montes de Guadalupe —como excelentes para caza de osos—, nos habla el rey Justiciero en su "Libro de la montería"; y es él quien manda sustituir la primera iglesia, ruinosa, por otra de piedra y mayor. Más tarde acude a encomendar a la Virgen de Guadalupe la batalla célebre del Salado, librada contra



* SEPULCRO DEL PADRE ILLESCAS, LABRADO POR ANEQUIM EGAS (SIGLO XV).

los moros en 1340; y agradecido a la victoria, embellece y agranda el templo, ofrenda a la Señora ricos dones y crea un Priorato Secular para que cuide del solemne culto en el ya famoso santuario.

No le va a la zaga en esta devoción el rey Pedro I, llamado el "cruel". Entre sus pruebas de afecto a Guadalupe tenemos el hospital de peregrinos, edificado a 23 kilómetros del monasterio en un palacio suyo y que más tarde se llamó Hospital del Obispo, porque un prelado de Canarias lo restauró. Y aparte sus repetidas visitas a esta Casa y sus frecuentes regalos, patentizó su amor a la Reina de Guadalupe dejando en su testamento —otorgado en Sevilla a 18 de noviembre de 1362— "para la obra dc Sancta María de Guadalupe mil doblas".

Síguele Enrique II. Para apreciar su amor a Guadalupe baste decir que a él se atribuye la donación del bellísimo frontal flamenco del siglo XIV que se exhibe como una de las mejores piezas del museo de telas ricas y que lleva su nombre.

No menos merece ser citado D. Juan I, el rey que perdió la célebre batalla de Aljubarrota —en 1385— que los portugueses conmemoraron con el grandioso monasterio de Batalha. Antes de esa fecha hallamos a este monarca en Guadalupe; pero fue entonces cuando se vio obligado a pedir ayuda al Prior que regía los destinos del santuario guadalupense, D. Juan Serrano, quien ordenó deshacer el trono de la Virgen para acuñar el oro y plata en beneficio de la corona. Sobre todo ha quedado este monarca ligado íntimamente a Guadalupe porque él fue quien, en 1389, hizo entrega de Guadalupe a la joven Orden Jerónima.

Enrique III "el Doliente", fue tan devoto de Guadalupe que no sólo vino a pasar frecuentes temporadas, sino que incluso antes de morir estuvo en la granja de Valdefuentcs preparándose para dar un paso tan importante. Y fue entonces —y anteriormente en Burgos— cuando ofreció al prior, P. Yáñez de Figueroa, la mitra de Toledo, que el humilde religioso rehusó.

Viene después el rey Juan II, en cuyo reinado podemos decir alcanzó Guadalupe el momento álgido de su importancia nacional. Dc sus visitas nos hablan largamente los historiadores del cenobio extremeño; y sobre todo se ocupa extensamente Hernán Pérez de Guzmán al narrar la que hizo en 1434, acompañado por su hijo el príncipe don Enrique y el Condestable Alvaro de Luna. Dícenos que "comió en el refitorio con los frayles, è comieron en su mesa el Príncipe su hijo,

y el Prior de Guadalupe, que se llamaba fray Pedro de Cabañuelas: è otro dia fué a comer con el Prior á santa Cecilia, que es una casería de Guadalupe".

En tal ambiente no podía menos de heredar su devoción a la Virgen de Guadalupe su hijo el infortunado Enrique IV, al que —con todos sus defectos y debilidad de carácter— no podemos negar un espíritu piadoso demostrado en ocasiones mil. A Guadalupe favoreció con incontables privilegios y el hecho de que pidiera ser aquí enterrado con su madre, dícenos bastante. Pero sobre todo creemos que a él se debió, en gran parte, la devoción inmensa que a la Virgen y Casa de Guadalupe profesó su hermana Isabel y con ella Fernando V de Aragón.

Hablando de los Reyes Católicos, necesitaríamos un libro para referir sus relaciones con el santuario que ellos convirtieron en templo de la Hispanidad y al que Isabel llamaba "mi paraiso". Baste decir que desde 1464 —en que por vez primera fue Isabel llevada a Guadalupe por su hermano Enrique, para concertar la boda con el rey de Portugal Alfonso V—, hasta su mucrte, visitaron este monasterio —juntos o separados— no menos de 20 veces. En Guadalupe aprendieron las primeras letras sus hijos; al prior comunicó Isabel la primera noticia de la Toma de Granada; ante la Virgen ordenan ambos sean entregadas a Colón las naves descubridoras... Por fin, en este monasterio manda Isabel se guarde siempre su testamento original —voluntad que no se ha cumplido— y Fernando fallece camino de Guadalupe. Verdad es que visitaron todas las iglesias célebres de España; pero ¿quién puede ofrecer tantos y tan elocuentes datos como los apuntados?

La devoción a la Virgen de Guadalupe cs ya una herencia obligada que transmiten los reyes a sus hijos. El reinado de los Austrias marca una época de especial fervor, ya que no son los monarcas los únicos que sienten afecto al santuario de las Villuercas, sino toda la real familia, que en el siglo XVI-XVII se ramifica por media Europa. Visita Guadalupe la infortunada Juana "la Loca"; pasa en él toda una Semana Santa el César su hijo y colma a Guadalupe de privilegios; tiene entrañable devoción a la Señora la emperatriz Isabel de Portugal... Pero es el "Rey Prudente" quien lleva este amor al extremo, multiplicando sus peregrinaciones, llevando a sus esposas e hijos para ofrecerlos a la augusta Virgen, ofrendando regalos sin cuento, ordenado sean el prior y monjes de Guadalupe los que den



• UNA TIPICA CALLE DE GUADALUPE.



comienzo a la vida conventual en El Escorial... Y como broche de oro que selle esta devoción, entrega su bellísimo "secreter" para que en el monasterio cacereño guarde al Rey de los que reinan.

Su hijo Felipe III corre por iguales senderos. El inicia una costumbre que seguirán todos los monarcas españoles, jurándose como Príncipes de Asturias ante la imagen de Guadalupe que se veneró en el templo de San Jerónimo el Real de Madrid —y que hoy allí sigue, aunque sin culto—; se interesa grandemente por las obras del altar mayor; y quiere presidir con su corte la solemne inauguración del retablo de la Virgen, que labró en 1618 el ilustre toledano Giraldo de Merlo.

No consta si Felipe IV llegó a visitar Guadalupe, aunque suponemos que sí; pero de su devoción a esta Santa Casa dejó claros testimonios en repetidos privilegios. De él, sin duda, copió este afecto su hijo Juan José de Austria, al que hallamos varias veces ante la Virgen Morenita. Tampoco sabemos si peregrinó a Guadalupe el último austria Carlos II; pero lo que no cabe dudar es su amor a la Señora de las Villuercas. Los libros de bienhechores nos refieren valiosos regalos hechos por él; y sobre todo sabemos que ayudó decisivamente en las costosas obras del hermoso camarín de la Virgen, mandando al pintor Lucas Jordán que decorase sus nueve paños con otros tantos lienzos, que hoy forman una de las mejores colecciones del inmortal napolitano.

Con la venida de la Casa de Borbón decae la secular piedad y afecto hacia Guadalupe; pero no muere su devoción a la Virgen extremeña. Continúan los privilegios a su Casa —a pesar de que los cambios sociales dificultan estas pruebas de afecto—. Sobre todo nos consta que todos ellos siguen jurándose ante la Virgen de Guadalupe, en Madrid.

Son años difíciles, en que los reyes pierden su autoridad y con frecuencia se dejan gobernar por validos, no siempre capaces; Guadalupe sufre las consecuencias de la intentada invasión francesa; y la Exclaustración de 1835 le asestó el golpe de muerte. Sin embargo, su Virgen continúa en pie y sigue en el corazón de sus reyes. Todavía conservamos algunos privilegios de Felipe V y Fernando VI y VII. Y, contra lo que pudiera creerse, la reina que firmó el decreto de Exclaustración, Isabel II, fue una gran devota de la Virgen de sus mayores. Ella fue la que, llorando, dijo en cierta ocasión al extremeño Cástor Amí —que iba a pedirle protección para el abandonado Guadalupe—: "Sí, porque yo soy muy española y ésta es la imagen ante la



• BELLO AJIMEZ ARABE EN LA TORRE DE LA PORTERÍA (SIGLO XIV).



cual juré; sintiendo que las amargas vicisitudes de mi reinado no me hayan permitido ir a ver y adorar a la verdadera." Y a esa reina Isabel II debe Guadalupe y España que fueran restituidos al santuario los tres mantos ricos de la Virgen; y a un real decreto suyo debemos que la colección de Zurbarán y Lucas Jordán no se llevaran a Cáceres para formar un liceo.

No menos digno de nuestro recuerdo es Alfonso XII. No llegó a visitar Guadalupe —que en aquellos años casi había desaparecido de la conciencia nacional, suplantado por el mejicano—; pero supo comprender lo que este santuario pesaba en la historia de España, como lo demuestran aquellas palabras suyas: "¡Quién sabe si los males que nos agobian no son castigos por la ingratitud con que hemos pagado a la Virgen de Guadalupe su protección tan bien marcada!" Y ¿quién duda que él legó a su hijo Alfonso XIII su gran amor al santuario de las Villuercas?

Efectivamente, Alfonso XIII marca un hito fundamental en la historia de Guadalupe. A él debe el mundo que este gran santuario-museo haya resucitado de su olvido y abandono casi totales. El vino a Guadalupe más de una vez y su ejemplo siguiéronlo sus hijos, y su amor a esta Santa Casa halo heredado con decidido fervor su nieto el príncipe don Juan Carlos, quien en sus repetidas visitas a Guadalupe ha sabido comprender lo que este santuario ha sido y debe seguir siendo.

Por amor a la brevedad hemos callado las incontables veces que muchos reyes extranjeros oraron cabe las plantas de Santa María de Guadalupe. Al santuario extremeño peregrinaron reyes de Navarra y Aragón —antes de la unidad nacional—, monarcas franceses, cuatro emperadores centroeuropeos... y hasta el rey del Congo, don Diego, que en el siglo XVI ofrendó una rica lámpara a la Virgen. Hoy las monarquías van camino del exilio; pero aunque su cetro hanlo arrebatado —tal vez a exigencias de la ideología de nuestro tiempo— las dictaduras de los militares, la Virgen de Guadalupe continúa siendo el símbolo de los reyes. Y por eso en pleno siglo XX han orado ante la Virgen de las Españas la reina de Rumanía y varias veces la de Bulgaria, para la que hemos tenido el honor de celebrar la santa misa ante el trono mismo de la Virgen Morenita.

## VI

## UNA MONUMENTAL OBRA HIDRAULICA EN EL SIGLO XIV

Entre los capítulos más bellos, interesantes y curiosos del siete veces centenario Guadalupe, hay uno poco conocido —por su difícil acceso—, pero interesantísimo: la conducción de aguas al santuario y Puebla.

Que la obra fue colosal, se desprende de la importancia que todos los historiadores del monasterio le conceden. Y que nada tiene que envidiar a la tan celebrada perforación hecha por los romanos en el gallego Monte-Furado, para desviar por allí las auríferas aguas del río Sil, lo admitirá fácilmente cualquiera que haya visto ambas realizaciones. Nosotros hemos visitado los dos sitios; y si aquello nos admira, esto nos pasma; bien creídos que muy pocas obras de ingeniería realizadas en el siglo XIV podrán compararsele, como advirtió en la siguiente centuria el Barón de Rosmithal, cuñado del rey de Bohemia, que visitó Guadalupe y esta obra.

Siendo Prior Secular del santuario guadalupense don Toribio Fernández de Mena —que antes sirviera de capellán mayor al rey Alfonso XI—, encontróse con escasez de agua para atender a los incontables peregrinos que ya entonces acudían a venerar la efigie de nuestra Señora de Guadalupe, atraídos por sus ruidosos milagros. Y recorriendo estas montañas en busca del preciado líquido, observó que en las Villuercas nacían cuatro ríos: el Ruecas y el Guadalupe con vertiente



» ARCA DE AGUA (1350) Y ENTRADA A LAS "MINAS" DEL SIGLO XVI.

al Guadiana y el Almonte e Ibor con curso hacia el Tajo. Esto le hizo comprender que agua existía. Sólo quedaba resolver el problema de conducirla al santuario; pues en línea recta había más de una legua y el camino a seguir discurría entre sierras. Pero el valiente Prior no se acobardó; y con un talento y decisión que hoy no comprendemos, condujo el agua a Guadalupe en *1350*. ¿Cómo?

En la falda de la primera Villuerca —a pocos metros del primer brote del insignificante pero de universal proyección río Guadalupe— halló unos grandes manaderos y formando allí una pequeña explanada, construyó una hermosa y grande arca de piedra y ladrillo para recoger el agua, dando, así origen a la famosa "Arca del agua", como aún hoy se llama. Desde allí condujo el agua por la falda de la sierra, abriendo a pico un canal de varios kilómetros. Y viendo que, a mitad de camino, estorbaba "vn gran cerro que llaman Miramontes, no reparo en penetrar sus entrañas, y rompiendo por fuertes y viuas peñas, dar passo a la corriente de cinco caudalosos manantiales, haziendo vna mina tan alta, que cabe vn hombre a cauallo por ella: tan larga que tiene, desde la primera puerta occidental, de donde comiença hasta la oriental, donde se remata, seyscientos pies: tan profunda que tiene encima mas de ocho estados de monte, cubierta y poblada su cumbre de muchas y grandes arboledas" (P. Talavera, en su Historia de Guadalupe, f.º 23).

Desde la salida de este cerro —que luego se llamó Cerro horadado— continuó la conducción hasta el santuario y Puebla, en los que admiró numerosas y bien surtidas fuentes, en el siglo xv, el viajero alemán J. Münzer; y cuyo número en 1798 —a juzgar por un mapa de aguas que hoy se conserva en el Ayuntamiento de Guadalupe— era de *45*.

La gigantesca obra —en que don Toribio F. de Mena gastó ¡30.000 doblas de oro!— se consideró de la mayor importancia en Guadalupe; y esto nos explica se custodien todavía, en el archivo del monasterio, varios interesantes códices sobre su conservación, limpieza, secretos, etc., siendo sumamente curioso y completo el que se escribió en 1540 y que, habiendo sido del monasterio, hállase hoy en el Ayuntamiento de Guadalupe.

Después que en 1350 se hizo la primera conducción de aguas, los priores continuaron gastando enormes sumas en conservar y mejoran la obra: Por los años de 1448 se encañó en recios atanores, que en



parte aún perduran; y en 1498 mandó el Prior Fray Juan Calero unir a esta conducción el agua que, a mitad de camino, nacía en lo alto de Miramontes.

En 1521, notando el Prior, P. Siruela, que los manantiales perdían tres cuartas partes del agua, buscó la causa, hallando una profunda grieta abierta bajo los mismos. Y fue entonces cuando gastó más de 1.500 ducados en la construcción de unas fuertes minas de piedra, cal y ladrillo, que hoy se conservan casi intactas y que, teniendo una puerta común, luego se ramifican, con un total de más de 200 metros de longitud. Es emocionante entrar en esas galerías —abovedadas y que nada tienen que envidiar a los actuales túneles, si no es en dimensiones— y ver cómo brota el agua cristalina, sobre todo en el llamado "caño de Santa María", que se halla en lo más profundo de las galerías.

Al entrar hallamos, lo primero, una lápida de cobre, colocada en 1521 y que dice:

> EN EL AÑO DEL NASCIMIENTO DE NRO SEÑR IHV XPO/
> DE MIL Y QVINIENTOS Y XX Y VNO EL AGVA QVE AQVI/
> NASCE SE HVNDIO CINCO ESTADOS EN HONDO/
> Y NO PODIA YR AL MONESTERIO Y PVEBLO Y EL/
> MVY REVERENDO SEÑOR PADRE FRAY IVAN DE/
> SIRVELA PRIOR DE LA SANTA CASA DE NRA SEÑORA/
> MANDO HAZER AQVESTAS MINAS LAS QVALES/
> ANTES NO ERAN Y AYVDANDO DIOS EL AGVA/
> SE RECOBRO Y PARA LA CONSERVAR ES NECESARIO/
> QVE EN EL SVELO TERRENO DE LA MINA NO CAVEN/
> AHONDANDO POCO NY MAS Y QVE EL RALLO DE/
> HIERRO QVE DESAGVA EL ARCA NO SE TAPE POR VIA/
> NINGVNA POR QVE EN LOS MANADEROS BAXOS NO/
> HAGA EL AGVA PESO LO QVAL FVE CAVSA QVE LA O-/
> TRA VEZ SE HVNDIO Y EL SEÑOR PRIOR DICHO MAN-/
> DO PONER EN ESCRIPTO LOS SECRETOS DE AQVES-/
> TE EDIFICIO LO QVAL MANDO GVARDAR EN EL/
> MONESTERIO.

El primitivo sistema para limpiar de raíces y fusca la cañería —desde el arca del agua hasta el cerro Miramontes—, era llenar el arca y sol



* GALERIA BAJA DEL CLAUSTRO.



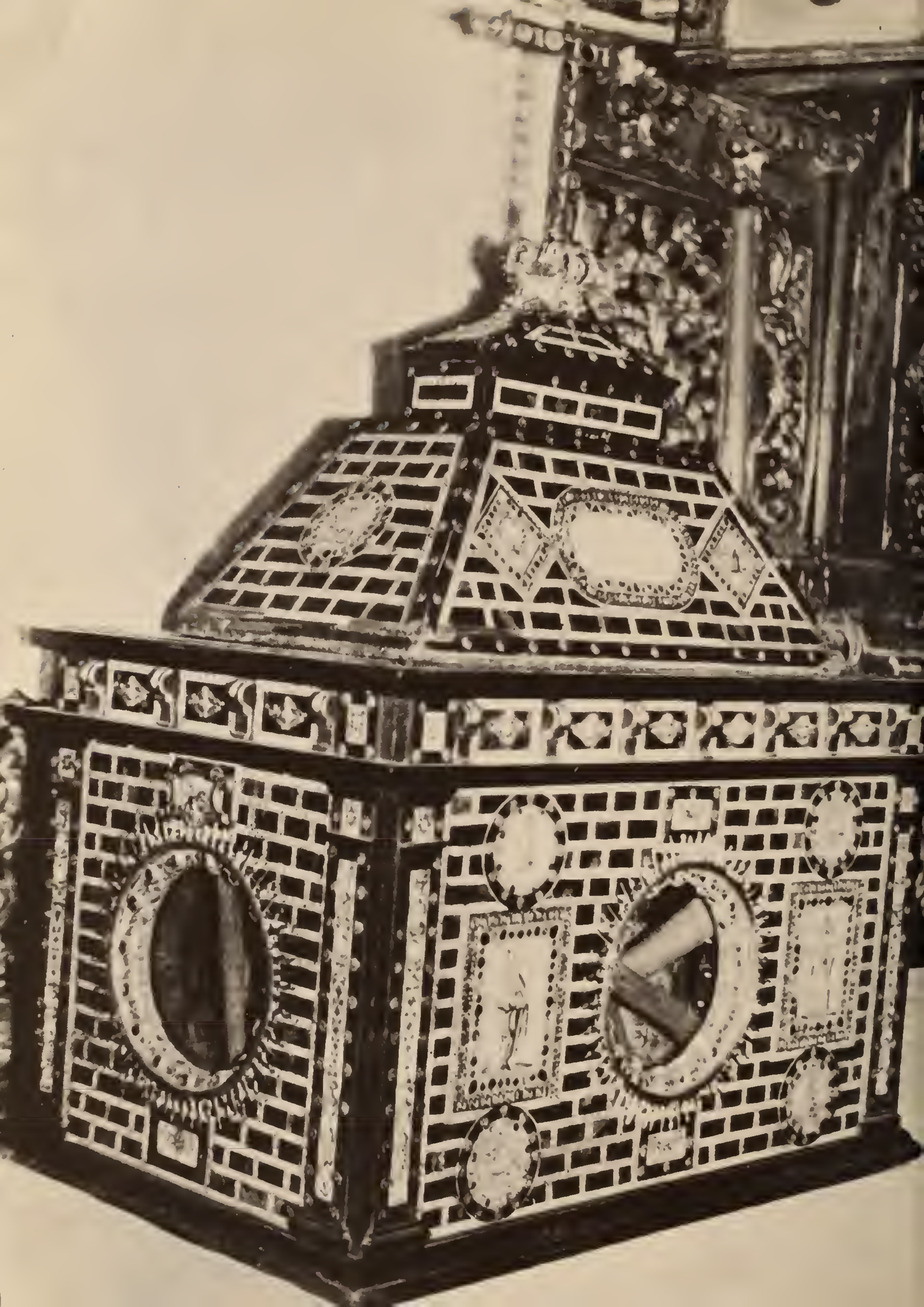
tar luego el agua con toda fuerza; pero al no ser muy eficaz, se idearon en 1589 varias arquetas o registros en el recorrido todo, siendo Prior Fray Diego de Talavera.

Y desde esa fecha la monumental obra hidráulica —que surte de fina y abundante agua al santuario y Puebla— ha seguido como se restauró en el siglo XVI, tanto en el priorato jerónimo como después, al ser entregada en administración al Ayuntamiento de Guadalupe por el gobierno que echó a los monjes y se adueñó de todos sus bienes.

Actualmente se está sustituyendo la antigua cañería de barro cocido por tubos de uralita, para evitar que en su interior crezcan hierbas. A la vez que comprendemos —con pena— que esta reforma se impone, hacemos una llamada al digno alcalde de Guadalupe para que —en aras al respeto de una obra tan célebre— se restaure y vuelva a utilizar la primitiva "Arca del agua", que se conserva íntegra, aunque vacía.



• NAVE DE LA IGLESIA (SIGLO XIV).



## VII

## DOS SANTOS PERDIDOS EN LAS VILLUERCAS

Intimamente ligados a la imagen de la Virgen de Guadalupe están San Fulgencio y Florentina, dos hermanos del ilustre arzobispo de Sevilla, San Isidoro, gloria imperecedera del suelo ibero, hijo predilecto de Cartagena, prez de la Silla hispalense y rico tesoro de la ciudad de León.

Severiano y Turtura eran los nombres de los primeros duques de Cartagena, hijo aquél del rey visigodo Theodorico y su esposa Sancha de Toledo, quien, al ser repudiada por negarse a profesar la secta de Arrio, huyó a Cartagena con su hijo Severiano. En esta ciudad vivieron por espacio de varios años, en los que el cielo concedió al matrimonio cinco hijos que habían de llenar con su ciencia y su virtud las páginas más gloriosas de la España visigoda. Estos fueron Leandro, Fulgencio, Florentina e Isidoro, que brillaron con fulgores de santidad en el cielo del Catolicismo, y Teodora, que no es santa, pero mereció ser madre del gran mártir San Hermenegildo.

Arreciando el furor del arrianismo, fueron los duques de Cartagena despojados de su título y bienes, teniendo que huir con sus hijos a Sevilla, lejos de la persecución encarnizada que promovieron contra los católicos el rey Theodorico y después Leovigildo. Allí, a la sombra del piadoso arzobispo David, crecieron y se educaron estos cinco hermanos, que tan importante papel habían de representar en la segunda mitad del siglo VI en el monacato español, en el cultivo de la ciencia



* VALIOSA ARQUETA DE MARFIL, PEDRERIA Y MADERAS PRECIOSAS QUE GUARDA LOS HUESOS DE SAN FULGENCIO Y SANTA FLORENTINA EN LA VILLA DE BERZOCANA.

eclesiástica y, sobre todo, en la lucha contra el arrianismo, defendiendo la fe que su sobrino Hermenegildo —convertido por Leandro— sellara con su generosa sangre, en Tarragona, el año 585.

---

Han transcurrido muchos siglos desde la muerte de aquellos ilustres hijos de los primeros duques de Cartagena y son incontables las vicisitudes por las que el suelo ibero ha caminado. Todos saben que actualmente los restos de San Leandro se veneran en Sevilla y los de San Isidoro en León; pero hay muchos españoles que ignoran el lugar donde sus dos santos hermanos Fulgencio y Florentina reciben culto, y quizá no pueden ni de lejos suponer el porqué han llegado a sitio tan escondido.

Muchos creen que los restos de San Fulgencio y Florentina descansan en El Escorial, cerca del cuerpo de su sobrino San Hermenegildo, que allí fue trasladado por Felipe II; pero la verdad indiscutible es que dichas sagradas reliquias reciben culto en la pequeña villa extremeña de Berzocana, en una parroquia perdida entre rocosas montañas, que son ramificaciones de la sierra de las Villuercas, donde se levanta el célebre y plurisecular santuario-monasterio de Guadalupe, a cuya sombra se forjaron las páginas más gloriosas de la Hispanidad.

Un códice escrito en pergamino en la primera mitad del siglo XIV —y que hoy se guarda en el Archivo Histórico Nacional de Madrid—, recoge la creencia de que la imagen que había de llamarse Guadalupe estuvo en Roma y fue regalada por el Papa San Gregorio Magno a su amigo San Leandro cuando éste regía la Sede hispalense; y nos dice que en Sevilla recibió singular culto hasta la invasión árabe en que, para librarla de la profanación, fue sacada de allí por unos piadosos sacerdotes y escondida en las Villuercas. Dicho códice habla de otras reliquias; pero explícitamente nada dice de San Fulgencio y Florentina.

Sin embargo, la tradición posterior liga íntimamente a estos santos con el hallazgo de la citada imagen de la Virgen que, por el río en cuyos márgenes fue encontrada a fines del siglo XIII, recibió el nombre de Guadalupe.

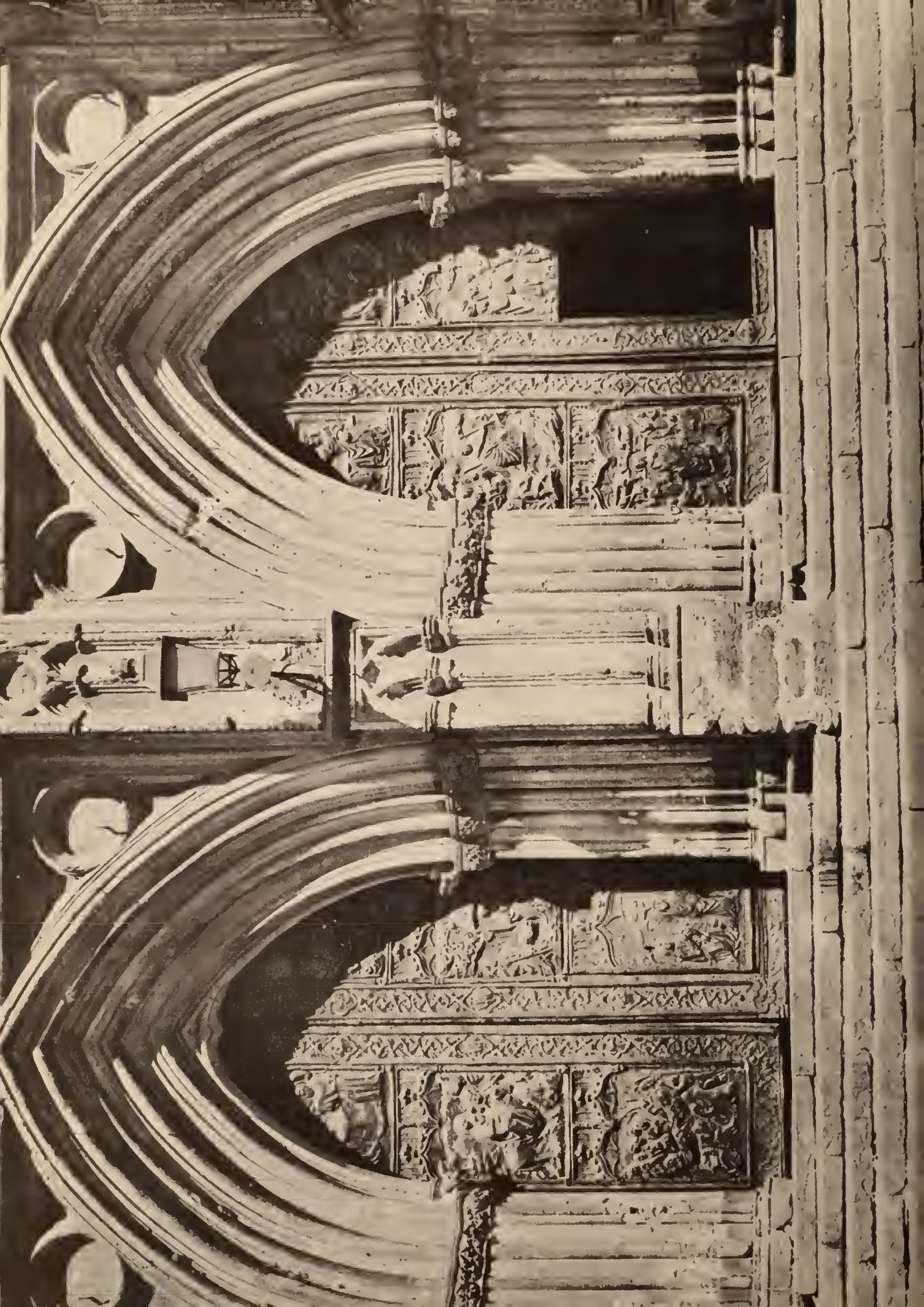
La fuente más antigua en que se hace ver esta relación es la historia que sobre el hallazgo de la Virgen de Guadalupe escribió a principios del siglo XVI el monje Fray Diego de Ecija, quien al narrar cómo los sacerdotes sevillanos escondieron cerca del río la imagen

de la Virgen, dice guardaron con ella una campanilla, y asegura que por tradición antigua de otros religiosos sabemos que también "guardaron huesos del bienaventurado San Fulgencio, que están ahora metidos dentro del altar mayor". Este mismo dato consta en una apostilla que a fines del siglo XV se puso en el códice antes citado.

Sin embargo, es el padre Talavera quien, en su citada "Historia de Guadalupe", y tomándolo del cronista de Felipe II, Ambrosio de Morales, en su vida de San Leandro, nos habla de esto con más detalle. Narrando el hallazgo de la Virgen, dice: "que casi en los mismos tiempos y montañas se descubrieron los cuerpos de San Fulgencio y Santa Florentina, hermanos de San Isidoro y San Leandro, que aora tiene en deuida veneración la Villa de Berçocana, auiendo estado depositados en la iglesia de San Juan Baptista en Seuilla en tiempo que España gozó del reposo: hasta que, temerosos de los enemigos, la escondieron en aquellos ásperos y dificultosos montes".

Parece, pues, que ambos santos fueron sacados de Sevilla cuando los árabes invadieron España en el siglo VIII y, escondidos en Extremadura, se encontraron en la misma época y muy cerca del sitio en que milagrosamente fue hallada la Virgen de Guadalupe. Eso nos indica el padre Ecija, eso afirma el padre Talavera y eso repiten, después, otros varios historiadores que en estas fuentes, directa o indirectamente, bebieron la noticia, tales como Juan F. Luca Sapieha en su "Monumenta Antiquitatum Marianarum" (Varsovia, año 1721), en que habla de la Virgen de Guadalupe de Coden (Polonia), y el franciscano Fray Antonio Herráiz, en la vida de estos cuatro santos hermanos (Valencia, 1764). A esta tradición, escrita y de muy respetable peso, hemos de añadir las circunstancias que rodearon ambos hallazgos: el de la Virgen que se llamó Guadalupe —narrados por el citado códice del siglo XIV y por incontables historiadores que en él se han inspirado— y el de los dos santos que, según tradición popular —no anterior al siglo XVI—, fueron hallados dentro del arca de mármol en que hoy se guardan, cuando un labriego araba en término del actual Berzocana y el arado se enganchó en una de las argollas que tenía la tapa.

Dando como cierto que el hallazgo de estos dos santos fuese a últimos del siglo XIII, como el de la Virgen o poco después, lo cierto es que en la historia del monasterio de Guadalupe —tan cercano al lugar de Berzocana y de tan copiosa bibliografía— nada más volvemos a saber de ellos hasta fines del siglo XVI, como indicaba en 1594 el prior de Guadalupe, Fray Pedro de Santiago, en un informe enviado a Fe-



lipe II. Tampoco sabemos qué incidente pudo ocurrir en el reinado de este Monarca; pero nos dice el citado padre Talavera que en 1592 la ciudad de Cartagena presentó un memorial al Rey Prudente, suplicándole le fueran entregadas las reliquias de estos dos santos, ya que siendo naturales de allí le pertenecían y además recibirían mayor culto en esta ciudad que en una pequeña y casi perdida villa.

Con este motivo debió suscitarse una violenta discusión sobre derechos entre la populosa ciudad de Cartagena y la diminuta villa de Berzocana, que, no obstante su escasa importancia, profesaba a estos santos una devoción singular y no estaba dispuesta a verse privada de tales reliquias. El rey don Felipe encargó al padre Fray Gabriel de Talavera —el mismo que nos lo narra en su citada historia— indagase sobre la autenticidad y estado de las dichas reliquias y él envió una detallada información a García de Loaysa, el maestro que Felipe II nombró intermediario. En Cuaresma de 1593 hizo este monje nueva indagación y envió segundo informe; y a la vista de ambos, el Prudente Monarca mandó quedasen los cuerpos en Berzocana.

El rey pidió a los de este pueblo dos huesos de los santos, y ellos, generosamente, le dieron no dos, sino cuatro de los mayores, los cuales fueron sacados con gran solemnidad, y sellados y autenticados los llevó al rey don Felipe un religioso de Guadalupe, según consta en carta enviada por este Monarca al prior del monasterio en agosto de 1593. Y en otra que escribió el 9 de octubre del mismo año —y, como la anterior, lleva su firma autógrafa y se guarda en el archivo de Guadalupe— le da las gracias más sinceras, diciéndole que "a los de Truxillo y Berçocana daréis vos las gracias de mi parte por la buena voluntad con que han acudido a esto, diziéndoles que con la misma se mirara en las cosas que les tocaren".

El rey don Felipe II quiso dar algún contento a la ciudad de Cartagena, que al fin tenía sobre estos dos santos un cierto derecho, y le envió dos de estos huesos por mano de algunos canónigos que esperaban la solución de este pleito, dejando los otros dos en El Escorial, cerca de su sobrino San Hermenegildo.

---

Este incidente sirvió de lección a la fervorosa villa de Berzocana, que, siendo pequeña y no rica, buscó la manera de levantar a sus Patronos un lujoso mausoleo para que la pobreza del sepulcro no volviese a poner en peligro la posesión de estas reliquias que el propio



• PUERTAS DE BRONCE. (FACHADA DE LA IGLESIA.)



rey amparó, prohibiendo sacar más huesos para cualquier sitio sin especial licencia suya. Y con esta generosidad digna de encomio costeó este pueblo, en 1610, una elegante capilla en el lado del Evangelio para custodiar estos santos cuerpos, cuyos cráneos, con algunos huesos, se guardaron en dos cajas de plata dorada, y las demás rcliquias fueron colocadas en una bella arqueta de ébano con embutidos de nácar y marfil, al estilo de varias urnas que en esa misma época se hicieron para la capilla-relicario de Guadalupe.

Esto es cuanto hemos podido recoger sobre estos dos grandes santos que son Patronos de la diócesis dc Plasencia.

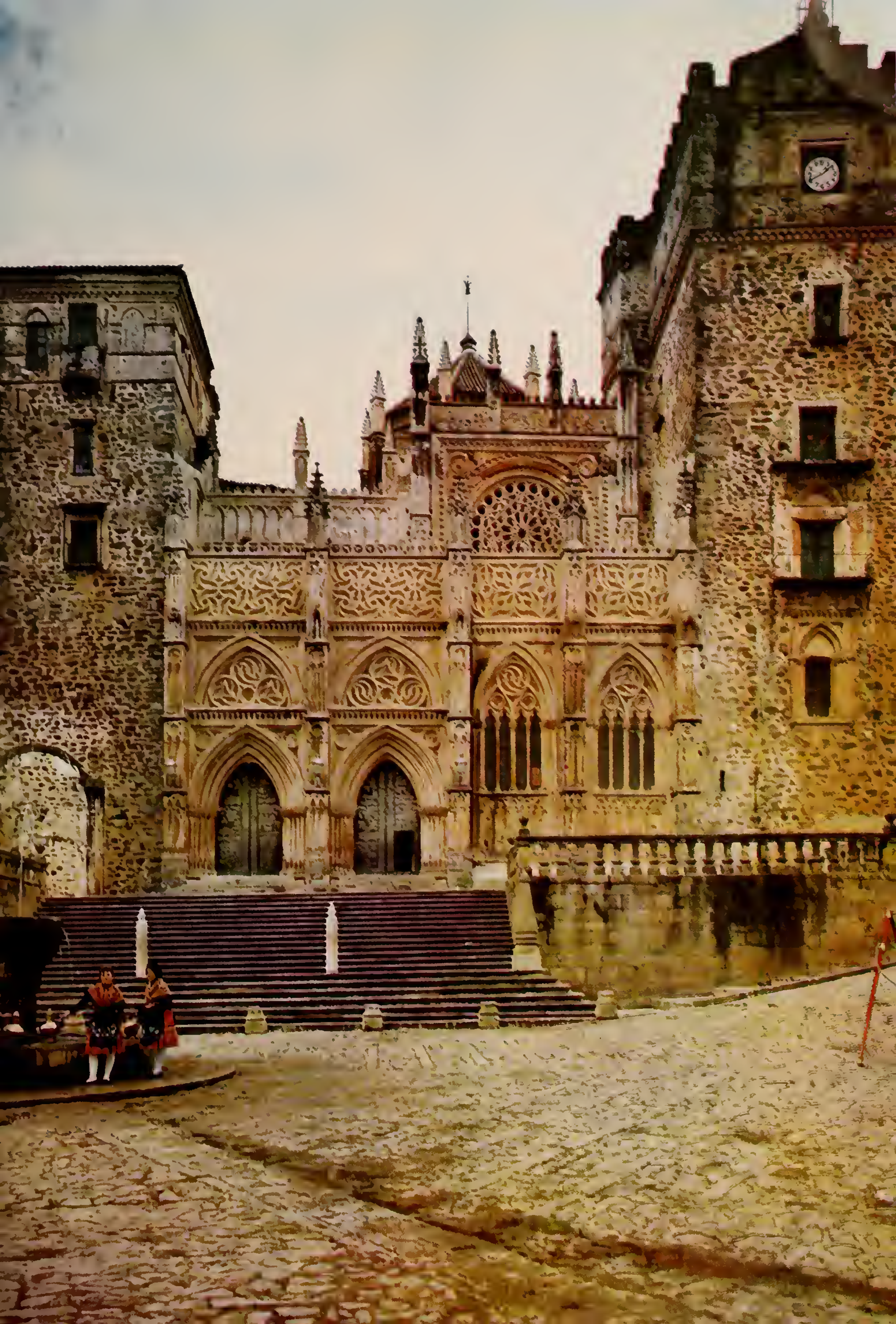


• DEGOLLACION DE LOS INOCENTES. VIÑETA DE UN CANTORAL. (SIGLO XVI.)





CRANEO DE ENRIQUE IV. ENTERRADO CON SU MADRE EN GUADALUPE.



CON LA PILA BAUTISMAL DEL NUEVO MUNDO EN PRIMER PLANO Y FLANQUEADA POR DOS FORTISIMAS TORRES, SE NOS OFRECE LA AFILIGRANADA ESTAMPA DE LA FACHADA QUE LEVANTARA EL PADRE YAÑEZ A FINALES DEL SIGLO XIV Y QUE HOY CONTEMPLAMOS TOTALMENTE RESTAURADA

## VIII

## LA TUMBA DE ENRIQUE IV

POR la gran devoción que profesó a la Virgen de Guadalupe, queremos ocuparnos aquí del último Trastamara, el infortunado Enrique IV, cuyos restos descansan —por voluntad suya expresa— en el monasterio extremeño de Guadalupe, bajo el ataúd de su madre.

Por lo que toca a doña María, hija del rey Fernando de Aragón y primera esposa de don Juan II de Castilla, nos hablan los analistas del monasterio con grandes elogios, destacando la singular devoción que manifestó a la Santa Casa de Guadalupe y, sobre todo, el gran afecto que tuvo al venerable prior fray Pedro de las Cabañuelas, a quien en 1435 eligió por director espiritual. A tal grado llegó su veneración por este santo padre, fallecido cuatro años antes que la reina, que en su testamento, otorgado en 1445, pidió que los huesos de este religioso fueran trasladados a su sepulcro.

Don Enrique IV, hijo del primer matrimonio de esta piadosa señora, heredó la devoción que sus padres y mayores tuvieron al santuario de Guadalupe, visitándolo muchas veces y favoreciéndolo cuanto pudo. El fundó en 1458 el monasterio de El Paso, en Madrid, y por devoción a esta imagen quiso fuera venerada allí una copia suya, como ocurrió desde que en 1463 se llamó San Jerónimo el Real y, sobre todo, desde que Felipe III se coronó ante ella; ejemplo que siguieron todos nuestros reyes hasta el último que empuñó el cetro de España. Y aunque Guadalupe no sea más que la sombra del pasado y sus riquezas artís-

ticas no merezcan otro calificativo —con ser inmensas— que restos del naufragio (ya que por sus claustros pasó el huracán de los franceses y Exclaustración), todavía hallamos el recuerdo del infeliz monarca Trastamara en uno de los mejores frontales del museo de telas y en un precioso *Lignum Crucis* gótico del siglo XIV, que él regaló al monasterio. Enrique IV protegió los derechos de esta Santa Casa cuando su hermano don Alfonso quiso convertir la Orden Jerónima en una Orden Militar y Guadalupe en Maestrazgo; y él fundó varias capellanías. Todo ello nos indica que en medio de una existencia cargada de taras biológicas, heredadas en gran parte de su padre, y de un reinado calamitoso, tuvo el desventurado monarca innegables destellos de piedad y buenos sentimientos, que nos hacen pensar que el epitafio colocado por la historia sobre su persona es, tal vez, demasiado cruel. Con el prestigioso médico y competente historiador don Gregorio Marañón, —cuyo "Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo" nos parece maravilloso y muy objetivo—, creemos que, efectivamente, fue un monarca desdichado, como rey y como hombre; pero no fue su menor desgracia caer en manos de cronistas tan duros como Palencia y otros partidarios de su hermana Isabel. Y el drama de su vida y el enigma de su muerte siguen siendo un misterio, cuyo esclarecimiento tal vez liberara la memoria del llamado "rey impotente" de muchas culpas que hoy cargan sobre él.

*Los enterramientos.*—Los datos que preceden, explican suficientemente que doña María dispusiera ser enterrada en Guadalupe, como lo deseó después su hijo don Enrique. La virtuosa joven reina falleció en Villacastín en 1445 y por los años de 1447 fue trasladada al santuario de las Villuercas, siendo prior el padre fray Juan de Zamora. Colocóse su esqueleto momificado junto al altar mayor, en el lado de la epístola y cerca del sepulcro del primer prior jarónimo, fray Yáñez de Figueroa. La comunidad de Guadalupe labró para ella un rico mausoleo de jaspes y bronce por expreso deseo de su hijo.

En la mañana del 12 de diciembre de 1474, abandonaba este mundo, a los cincuenta años de edad y de forma tan sospechosa que hace pensar en un envenenamiento, el rey Enrique IV. Sintióse mal cuando se dirigía a El Pardo, y regresando a Madrid acabó sus días míseramente, aunque no impíamente, como vengativos cronistas aseguran frente a los más serios, que dicen se confesó y expiró arrepentido de sus faltas. Sobre unas tablas y a hombros de gente alquilada, fue trasladado al monasterio de San Jerónimo el Real, donde estuvo hasta que, años después, y en fecha que ignoramos, fue llevado su cuerpo al





* "LIGNUM CRUCIS" DE PLATA SOBREDORADA DEL SIGLO XIV SOBRE UN PIE QUE LABRO EN LA DECIMOQUINTA CENTURIA FRAY JUAN DE SEGOVIA "EL PLATERO".

monasterio de Guadalupe, colocando su momia en el lado izquierdo del altar mayor, paralelo a su madre, en un fastuoso sepulcro costeado por el gran cardenal Mendoza, quien puso sobre él alusivos y laudatorios versos latinos. Los historiadores del santuario extremeño nos aseguraron ser aquel mausoleo uno de los más lujosos de Castilla, y no faltan indicios que nos inclinen a pensar lo ejecutara el famoso escultor holandés Anequín Egas, que antes labrara los enterramientos del condestable de Castilla en Burgos, el pórtico de la Catedral de Toledo y los bellísimos enterramientos de los Velasco y del padre Illescas, en Guadalupe.

En estos primitivos mausoleos descansaron los restos de aquellos dos reyes hasta principios del siglo XVIII, que parece quiso condenarlo otra vez al indigno abandono que envolvió los últimos instantes del infeliz Enrique IV. Sería prolijo en demasía hablar aquí de los distintos retablos que tuvo el altar mayor de Guadalupe, desde el primero —de oro, plata y esmaltes, deshecho a fines del siglo XIV para la batalla de Aljubarrota— hasta el que se quitó en el siglo XVII. Lo cierto es que después de varios intentos fracasados y de abandonar las trazas que presentaron Juan de Borgoña en 1525, y el Greco después, acometióse en 1615, la construcción del hermoso retablo que hoy admiramos, labrado por el gran escultor toledano Giraldo de Merlo, según trazas de Juan Gómez de Mora y con la ayuda de Gaspar Cerezo, Jorge Manuel, hijo de el Greco, y los marmolistas italianos Semería y Abril. Fue solemnemente inaugurado en 1618 en presencia de Felipe III y su Corte.

*Traslado de los sepulcros.*—Intencionadamente o por exigencias arquitectónicas hubieron de trasladarse los primitivos sepulcros reales, construidos cerca del sitio que ocupaban dos capillas bajas. Sobre éstas se labraron sendos sepulcros de ricos japes portugueses, colocando encima de su frontón los escudos de Castilla y en sus hornacinas las estatuas orantes —labradas por Giraldo de Merlo en madera dorada— de Enrique IV y su madre. Pero en estos sepulcros ni tenían cabida sus restos ni parece probable se construyeran para guardarlos. Y entonces se cometió la desatención de colocar las dos momias reales en indecentes arcones de madera de pino, sin el menor adorno de forro ni pintura. Puestas unas cartelas de pergamino dentro de cada ataúd, con el nombre y fecha de traslado, se depositaron ambas cajas en un antiguo pasillo abierto en el grueso del muro, detrás del retablo y en el lado del Evangelio, cerrando el paso con una puerta de la misma época.

La memoria de esta cripta —si tal nombre merece aquel escondrijo— se fue perdiendo a partir de la fecha en que la Exclaustración de 1835 arrojó de Guadalupe a los hijos de San Jerónimo. Sabíase que estos reyes descansaban en el monasterio; pero solo la casualidad señaló, no hace mucho, el sitio exacto a quien en busca de algo muy distinto se descolgó con una maroma por detrás del retablo, y descorriendo el cerrojo que sellaba una tosca puerta del siglo XVII, pudo contemplar, una sobre otra, las dos cajas que encierran las momias de estos monarcas. Desde entonces se buscó una nueva y fácil entrada. desprendiendo un altorrelieve del banco del retablo en su parte baja izquierda.

*Examen antropológico de las momias.*—Pasaron los años y los tristes y silenciosos claustros del más célebre santuario de la España de Isabel y Carlos I sintieron nuevamente el aliento de la vida monacal, a la vez que las preteridas y olvidadas glorias de Guadalupe eran reivindicadas. Por conducto de personas que no es del caso referir, llegó a oídos de la Real Academia de la Historia la noticia del indecoroso enterramiento que estos monarcas tenían en el templo guadalupense. Y comisionados por la misma se personaron en el monasterio, en marzo de 1947, el doctor Marañón y otras personalidades, que en compañía del superior y varios religiosos franciscanos del Santuario, procedieron a reconocer los dichos sepulcros de Enrique IV y su madre.

Se hizo un detallado examen antropológico de ambas momias. se estudiaron las diferentes telas encontradas dentro de los ataudes. se tomaron fotografías, sacóse el cráneo del rey y fué analizado en el altar mayor —ya que la caja no pudo extraerse a causa de la angosta puerta— y se levantó acta, que firmaron todos los asistentes. Es verdad que los datos obtenidos "de visu" por el doctor Marañón han enriquecido grandemente el valor de su citada obra; pero nada se ha remediado respecto a los irreverentes e indignos arcones donde reposan los restos de aquellos monarcas. tan merecedores de respeto como los reyes que descansan en El Escorial.

*Nueva exhumación.*—Ultimamente han sido exhumados de nuevo estos ataudes a exigencias de la lucha antitermítica iniciada en este monasterio en 1959. Ante el peligro que suponía para el magnífico retablo mayor el hallazgo de numerosos focos de estas voraces hormigas, se creyó conveniente el envenenamiento preventivo y curativo de todo el edificio, comenzando los trabajos, precisamente, por la sacristía y el templo.



Para tratar el retablo y también las momias de los reyes, fueron extraídos sus ataudes, arrancando la puerta de acceso. Y en presencia de varios padres de la Comunidad —entre los que se hallaba el que esto escribe— y del arquitecto señor Pidal, se abrieron las cajas, comprobando cuanto antes dijera Marañón respecto a su conservación —en el rey mejor que la de su madre— y al dato curioso —y hasta ahora no explicado satisfactoriamente— de que la reina tiene las piernas cortadas desde las rótulas.

El desnudo cuerpo de doña María hállase envuelto en una sábana de hilo, con sencillos bordados, que data de la época de su traslado a esta cripta. En la momia de don Enrique llama poderosamente la atención su enorme talla —que hoy mide 1,70 metros—, su recio cráneo, anchas caderas, largas piernas y los curiosos borceguíes moriscos, los mismos que parece llevaba cuando falleció.

De especial interés son las telas halladas en la caja del rey: mangas de terciopelo morado liso, que debieron pertenecer a su túnica; restos medio deshechos de lienzo, que parece eran de su vestido interior; una sábana lisa colocada en el siglo XVII; y, sobre todo, una capa de rico brocado verde con flores y florones bordados en oro, de principios del siglo XV.

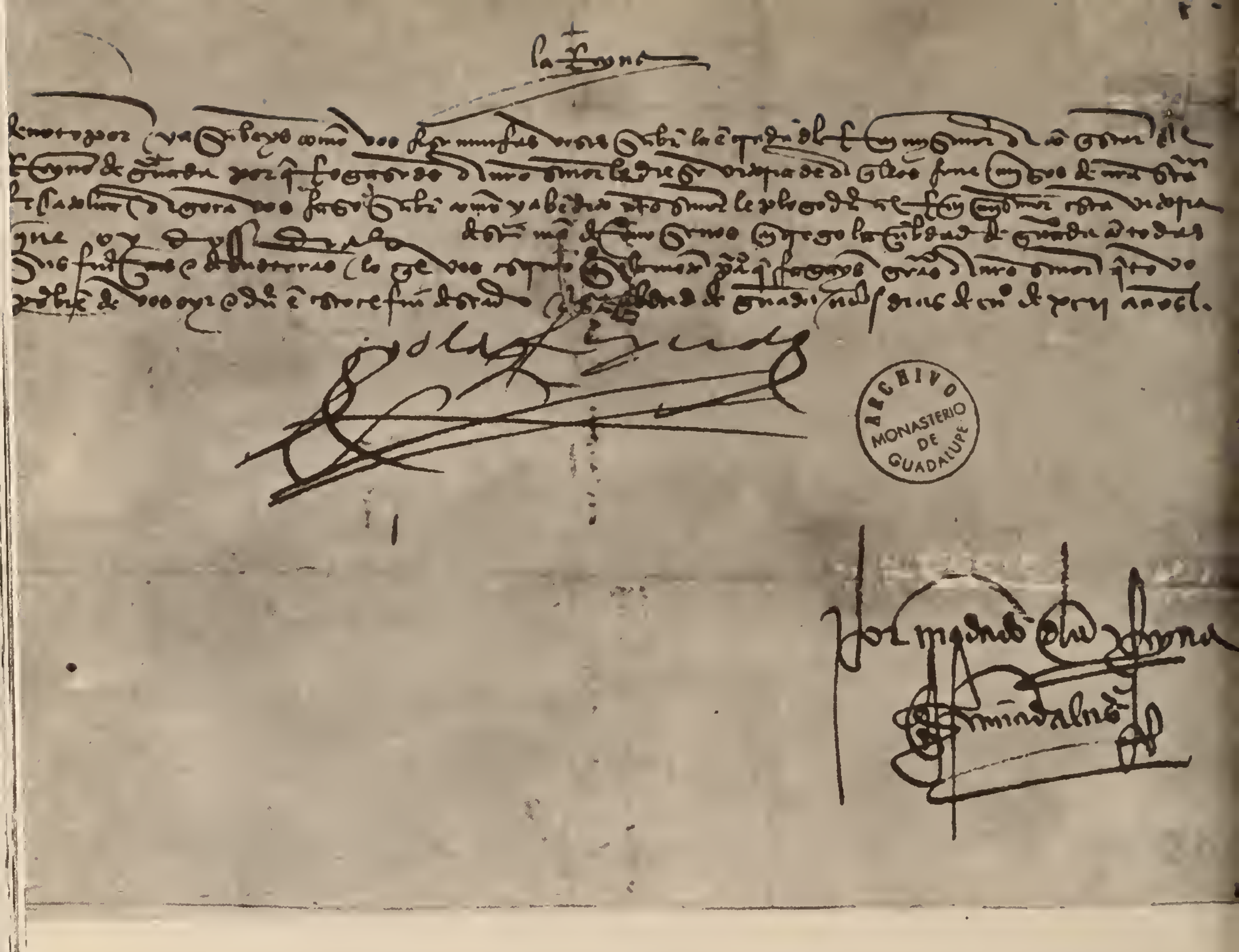
Después de cortar un buen trozo del brocado que envuelve la momia de don Enrique y de la tela blanca que cubre los restos de su madre —que hoy se exhiben en el museo de telas—, procedióse a envolver los restos de ambos monarcas en sendas y amplias sábanas de lienzo empapadas en pentaclorofenol; y rodeando las cajas con una cinta blanca, fueron lacradas y selladas, levantándose acta, que firmaron los antedichos asistentes.

Antes de colocar las cajas en su lugar —cuya puerta fue tabicada—, celebróse un solemnísimo funeral por el eterno descanso de estos dos monarcas, clave de hechos transcendentales en la historia de España y singulares devotos de la Virgen de Guadalupe, que en aquel acto vistió sus mejores galas, mientras los ministros de altar empleaban el maravilloso terno negro del siglo XV y XVII que se guarda en el museo.

Así permanecerán estos dos reyes hasta que España tenga con ellos la debida consideración y quiera trasladarlos a unos dignos mausoleos.



• ESCONDIDO ENTRE VIEJOS TEJADOS PODEMOS VER EL ABSIDE MUDEJAR. EN LA PARTE ALTA APARECE —TABICADO— UNO DE LOS VENTANALES GOTICO-MUDEJARES QUE ABRIO SOBRE EL ABSIDE EL P. YAÑEZ, A FINES DEL SIGLO XIV.




* GUADALUPE Y GRANADA QUEDARON UNIDOS EN ESTA CARTA FIRMADA POR ISABEL LA CATOLICA, QUE ES LA PRIMER NOTICIA OFICIAL DE LA TOMA DE AQUELLA CIUDAD.

## IX

## ¡GRANADA POR LA VIRGEN DE GUADALUPE!

Con tonos de ensueño y sabor de leyenda parécenos oir todavía el alegre y triunfal repique de las campanas que el 2 de enero de 1492 anunciaron festivas a los cuatro vientos la entrada de los Monarcas Católicos en la bella ciudad de Granada, mientras en las altas torres de su Alhambra ondeaba el cristiano pendón de Castilla, allí donde antes flameara la Media Luna mora. Efeméride gloriosa entre las muchas que esmaltan los fastos de la historia hispana, porque ese día marcó con áureos caracteres el fin glorioso de una Reconquista ocho veces secular, al entregarse a Isabel y Fernando la ciudad del Darro, último y más fuerte bastión de la dominación musulmana en España. Con su conquista asentábanse los dos primeros pilares de esa Hispanidad espiritual, en cuyos dominios no se pone el sol, como no se ponía en los territorios del coloso Austria Felipe II, al lograrse la unidad nacional y la libertad completa de la España sojuzgada hasta entonces por fuertes señores feudales y por los seguidores de Mahoma.

Al evocar aquel día memorable, dirijamos nuestra mirada a un rincón de la parda Extremadura, escondido entre enhiestas montañas y profundos valles bañados por las aguas límpidas del alegre Guadalupejo, que al deslizarse veloz hacia el Guadiana entona bellas canciones con notas de cristal. Allí contemplaremos —sentada en su regio trono, cetro de oro en la mano y diadema imperial en sus sienes— a la Virgen Morena que alentó la árdua empresa y capitaneó a nuestros soldados;

porque la Madre de Guadalupe fue la que nos guió a la victoria en Granada, como antes lo hiciera en el Salado y más tarde en Orán, Pavía y Lepanto.

¡Granada por la Virgen de Guadalupe! Sencilla frase que compendia maravillosamente la presencia de esta Virgen en aquella dura lucha, ya que podemos asegurar —con numerosos documentos a la vista—, que los Reyes Católicos pusieron a sus plantas tan difícil tarea y a su protección atribuyeron la victoria.

Desde 1483 —en que ya había comenzado la ofensiva contra el Rey granadino—, hasta 1492, hallamos a los Reyes implorando el favor de Santa María de Guadalupe, para sus armas, no menos de cinco veces. Y siguiendo de cerca los pasos de la conquista del reino de Granada, hallamos que Isabel acude muchas veces al monasterio extremeño en busca de ayuda económica para sufragar los gastos de la campaña y de vasos sagrados para implantar el culto católico en los pueblos que va conquistando, como Loja, Illora, Colomera, Montefrío, Vélez-Málaga y Baza.

Los agradecidos reyes no podían olvidar esta generosa y eficaz ayuda; y después de la victoria de Granada enviaron valiosos regalos a la Virgen y a la Santa Casa de Guadalupe, así como numerosos despojos de la batalla. Las vicisitudes dolorosas por las que atravesó el monasterio extremeño en el siglo pasado, han motivado la desaparición de esos históricos recuerdos.

Sin embargo, y por fortuna, no todo se ha perdido; pues, además de las voluminosas carpetas del archivo que encierran un verdadero montón de cartas de los Católicos Monarcas, testimonio elocuente de su devoción a Guadalupe, tenemos aún otro recuerdo venerable y sagrado de las relaciones Guadalupe-Granada en el terno verde "Tanto monta", que hoy se exhibe en el incomparable museo de bordados del monasterio y que se hizo de un vestido regalado a esta Casa después de la toma de Granada, como lo prueban, además de los documentos escritos, los motivos mismos del rico bordado en que vemos repetidamente en varias cartelas el lema de los Reyes Católicos, sus flechas, yugo y numerosas granadas en flor y abiertas.

Por lo que se refiere al epistolario de estos reyes, conservamos una carta preciosa, que corrobora lo dicho anteriormente y tiene un valor decisivo, ya que está firmada por la reina Isabel y la dirige al prior de Guadalupe el día mismo en que se rindió Granada. Transcrita literalmente —aunque sin abreviaturas—, dice así:

+

la reyna

"deuoto prior ya sabeys como vos fise muchas veces saber la entrada/del Rey mi sennor a conquistar el/Reyno de granada por que rogasedes a/nuestros sennor le diese vitoria de aquellos henemigos de nuestra santa/fe catolica. Agora vos fago saber commo ya bendito nuestro sennor le plogo/dar al Rey mi sennor esta vitoria/que oy doss dias deste mes de Enero se/nos entrego la cibdad de granada con todas/ sus fuerças e de sus tierras./ lo qual vos scriuo solamente para que fagays gracias a nuestro sennor que/tovo/por bien de vos oyr e dar en esto el fin deseado, de la cibdad de/granada a dos dias de enero de xcii annos/.—yo la Reyna.=por mandado de la Reyna, Fernand alvares."

(Al dorso): "Por la Reyna al deuoto Prior del monasterio de Guadalupe."

Es cierto que no fue la única carta con que Isabel anunció la feliz nueva, ya que hemos visto otra igual dirigida al padre fray Juan de la Puebla, hijo de los condes de Belalcázar y fundador de la provincia franciscana de los Angeles, que antes había sido monje jerónimo en Guadalupe y a quien la Reina tenía singular afecto. Sin embargo, esta de Guadalupe tiene un valor especial si consideramos a su lado otros muchos testimonios que evidencian la presencia de la Virgen de las Villuercas en la conquista de Granada.

* PARTIDA BAUTISMAL DE LOS PRIMEROS INDIOS DE AMERICA (1496).

## X

## EN GUADALUPE SE BAUTIZO EL NUEVO MUNDO

La prueba más decisiva en favor de la prócer figura de Cristóbal Colón es, a nuestro juicio, la misma discrepancia de los historiadores al enjuiciar su vida; y el argumento que mejor refleja la magnitud de su obra lo hallamos, precisamente, en la extraordinaria, casi abrumadora cantidad de libros que en torno a ella se han escrito.

Fue tan importante la hazaña colombina, que no hay en ella detalle carente de interés. Y creemos lo tiene —y muy singular— el dato que pretendemos estudiar en este capítulo; tanto más que entrañando en sí un valor trascendental en la cristianización del Nuevo Mundo —primero y principal objetivo de la obra de España en América—, pasa desapercibido en el ambiente popular y apenas se hace eco de él alguno que otro historiador. No es muy justo tal desconocimiento. aunque sí explicable, ya que el monasterio de Guadalupe —famoso durante los siglos XV-XVII en todo el mundo hispánico— arrastra todavía el lastre del olvido e incomprensión a que lo condenó Mendizábal en 1835, arrojando de sus claustros a los beneméritos monjes jerónimos y sumiéndolo en el más completo ostracismo. Del pasado quedan tan sólo los maltratados restos, que siendo muy valiosos, indican lo que sería Guadalupe en la época de su apogeo; y aunque su riquísima biblioteca fue brutalmente expoliada y gran parte de su archivo desapareció, todavía quedan en Guadalupe los fondos más interesantes, en un número de 200 manuscritos, sin incluir en ellos los 89 libros





* FUENTE GRANITICA EN QUE FUERON BAUTIZADOS LOS PRIMEROS INDIOS DE AMERICA Y QUE EN EL SIGLO XIX SE COLOCO EN LA PLAZA DE GUADALUPE.

cantorales miniados y unos 70.000 documentos. En estos ignorados —y a veces maltrechos— papeles se esconden preciosas cartas reales, bulas de singular valor, firmas de ilustres personajes, datos de sumo interés para la historia de España y Europa. Entre ellos está, también —y donde menos podría sospecharse—, el documento precioso y trascendental que va a servirnos de base en este sucinto estudio.

Para enmarcar debidamente el hecho que nos ocupa, hácese preciso que recordemos antes las relaciones que existieron entre el Almirante Colón y el monasterio de Guadalupe.

Sobre ellas poseemos hechos documentalmente probados y una tradición más o menos firme. Esta se refiere, precisamente, a la primera visita del Almirante en 1492, que no puede demostrarse, pero que alega en su favor razones de conguencia muy respetables.

Dejando a un lado la teoría del Colón extremeño —que defendió (entre otros) Vicente Paredes—, haciendo caso omiso de las opiniones que tratan de hacerlo español y siguiendo la corriente tradicional y más común del Colón italiano, nos encontramos con los siguientes hechos ciertos: Presencia en Italia de Gonzalo Fernández de Córdoba, el *Gran Capitán*, cuya devoción a la Virgen de Guadalupe está demostrada; devoción singular a esta milagrosa imagen de los marinos del Tinto-Odiel; la intervención que antes del primer viaje tuvieron en los pasos de Colón el cardenal arzobispo de Toledo, don Pedro de Mendoza, y fray Hernando de Talavera, arzobispo de Granada, ambos tan relacionados con Guadalupe, aquél por haber construido el lujoso mausoleo de Enrique IV y éste porque, siendo jerónimo, tuvo en el monasterio extremeño íntimas relaciones. ¿No es lógico pensar que ellos le hablasen alguna vez de Guadalupe y sus letrados monjes e incluso de una posible ayuda a su empresa?

A estas razones debemos añadir otra de bastante más peso. Nos referimos a la visita que en junio de 1492 hicieron a Guadalupe los Reyes Católicos con sus hijos. Los historiadores de la santa Casa —que extensamente hablan de esta visita— nos dicen que llegaron el día 9 de junio para descansar una temporada de sus fatigas de Granada, de la que trajeron ricos despojos. En esta ocasión inauguraron el palacio de Mirabel y la Hospedería Real, cuya fastuosidad tanto enalteció años más tarde el viajero alemán Jerónimo Münzer. Colón seguía lo más cerca posible a la Corte, y después de muchas gestiones y largas esperas, había logrado ya la conformidad de los reyes con sus exigentes Capitulaciones. El 30 de abril habían firmado éstos varias cédulas en Santa Fe, disponiendo lo necesario para organizar la expedición.





* RINCON DEL MUDEJAR A TRAVES DE UN ARCO.



BELLISIMO TEMPLETE GOTICO-MUDEJAR Y UN CONJUNTO DE MOTIVOS ARQUITECTONICOS TIPICAMENTE GUADALUPENSES

No era fácil reclutar gente para una empresa tan arriesgada e incierta, ni fué cómodo a Colón conseguir embarcaciones. Y temiendo fracasaran sus dorados sueños, acude nuevamente a los reyes. ¿Vino a encontrarlos a Guadalupe?... Lo cierto e indiscutible es que el día 20 de junio de 1492 firman éstos en la Puebla de Guadalupe dos reales sobrecartas —dirigidas una a Juan de Peñalosa y otra al alcalde de Palos— ordenando sean entregadas a Colón las convenidas carabelas y tripulantes que le acompañen. No es del caso ocuparnos de los que se enrolaron en la expedición: pero sí creemos útil traer a colación al "surujano" maese Juan, que al doctor Riquelme recuerda a un maese Juan, físico, vecino de Huelva, que años antes aparece practicando medicina en el Libro de Oficios del monasterio de Guadalupe. ¿Será el mismo?

La segunda vez que en la historia hallamos unidos los nombres de Colón y Guadalupe es al regreso del primer viaje del Almirante. No es preciso acudamos al testimonio de Washington Irving y otros historiadores que narran el hecho: pues tenemos una fuente más autorizada en el *Diario* del propio Colón, que nos dice:

"Jueves, 14 de febrero.—... El ordenó que se echase un romero que fuese a Santa María de Guadalupe y llevase un cirio de cinco libras de cera, y que hiciesen voto todos que al que cayese la suerte cumpliese la romería, para lo cual mandó traer tantos garbanzos cuantas personas en el navío venían, y señalar uno con un cuchillo haciendo una cruz, y metellos en un bonete bien revueltos. El primero que metió la mano fue el Almirante y sacó el garbanzo de la cruz, y así cayó sobre él la suerte, y desde luego se tuvo por romero y deudor de ir a cumplir el voto..."

¿Cumplió Colón su explícita promesa? Documentalmente no podemos asegurarlo; pero es lógico pensar que así lo hiciera, mientras lo contrario no se pruebe. En favor de esta visita tenemos la tradición constante del Monasterio y los testimonios de Lafuente, Washington Irving y otros historiadores, que la suponen, al hablarnos de que el Almirante prometió entonces llamar Guadalupe a una isla que descubriera en el segundo viaje. Por otra parte, el citado y detallista viajero Münzer nos dice que en los palacios reales de Guadalupe halló —en enero de 1495— muchos papagayos de variados y vivos colores. ¿No los traería el propio Colón?

El 25 de septiembre de 1493 zarpaba de Cádiz la segunda expedición colombina, bastante más equipada que la anterior. Llegados a las pequeñas Antillas descubren varias islas, y el 5 de noviembre arribaron

a una mayor que los nativos llamaban Curuqueira o Turuqueira y a la que el Almirante puso por nombre Guadalupe, siendo éste el primer brote del santuario extremeño en el Nuevo Mundo y la primera advocación mariana que de España pasaba a las tierras americanas. Marco Antonio Sabélico, ilustre historiador de Vicovaro (Italia), nos dice en su *Rapsodia Historiarum*, escrita el año 1500, que los españoles llamaron Guadalupe a esta isla por la semejanza de sus montes con los que existen donde está el templo español de Guadalupe; pero si esto pudo influir en que llamaran así a esta y no a otra isla, la razón de tal bautizo fue cumplir con la promesa que Colón hiciera a los monjes de Guadalupe, patentizando con ello su devoción inequívoca a esta milagrosa Señora que amparó los primeros pasos de su inmortal gesta y después dirigió toda nuestra obra colonizadora, mereciendo con toda justicia el título de Virgen de la Hispanidad.

Colón, disgustado con Juan Aguado que fué a la isla Española en 1495 para informarse de los rumoreados desaciertos de gobierno del Almirante, decide venir a España y dar cuenta de ello a los reyes. Arriba a Cádiz a mediados de junio de 1496, y en seguida escribe a los Reyes Católicos, que en carta fechada el 12 de julio en Almazán, le ordenan vaya a verles, como lo hace. En el tiempo que dista entre el 12 de junio y fines de agosto debemos situar la visita —¿tercera?— del Almirante a Guadalupe, según vamos a ver.

Entre los fondos del archivo guadalupense hállase la colección completa de los libros bautismales de esta parroquia, que fué regentada por jerónimos hasta 1835, por curas seculares durantes los años de Exclaustración y por religiosos franciscanos desde 1908. En el libro 1.º, fol. 1.º v.º, hay diez partidas asentadas, y una de ellas dice así:

*Xual y pedro.*

*Vyernes xxlx desde dicho mes se baptizaron Xual e pedro criados / del sennor almyrante don Xual colon, fueron sus padrinos de xual antonyo / de torres e andrés blázquez. de pedro fueron padrinos el sennor coronel e / sennor comendador varela e baptizolos lorenço fernandes, capellan.*

¿Podemos afirmar —con los datos que nos suministra esta partida— que se refiere a los primeros indios del Nuevo Mundo regenerados en España? Creemos que sí.

En primer lugar hemos de advertir que este libro comienza el 11 de junio de 1496 y acaba el 10 de octubre de 1510, con un total de 1.642 bautizos, amén de varios años que faltan. Aparte del valor que

este libro representa para nuestro objeto, ofrece la particularidad de contener las partidas bautismales más antiguas que en España conocemos, ya que las de Acrijos (Soria), tenidas hasta hace pocos años como las primeras, comienzan en 1499. Esto no es extraño, pues aunque hasta el Concilio Tridentino (1545) no era obligatorio el asentamiento de los bautismos, y sólo Cisneros lo había ordenado en el Sínodo de Talavera (1498) para España, sin embargo, los monjes de Guadalupe, tan meticulosos en todo lo referente a la liturgia, se habían adelantado en varios años.

Por el texto de las partidas que anteceden a la que hemos transcrito sabemos que el 29 "deste dicho mes", se refiere a julio de 1496, fecha en que los historiadores pierden de vista a Colón, al que dejaron en Cádiz el 12 de junio y no vuelven a encontrar hasta fines de agosto, cuando es recibido por los Reyes Católicos en Burgos. Vemos no se refiere esta bautismo al primer viaje de Colón, sino al regreso del segundo. ¿Se bautizaron en España los indios traidos en 1493? Que el Almirante trajo a España algunos indígenas de regreso del primer viaje parece indicarlo el mismo Colón en su *Diario*, aunque sin determinar cuántos. Algunos historiadores hablan de nueve, y hay quien dice haber dejado cinco en Sevilla y seguido con los otros cuatro a Barcelona para presentarlos a los reyes.

Sin entrar ahora a discutir el camino de Colón a Barcelona en 1493 y dando por cierto que trajese algunos indios entre las curiosidades del primer viaje, cabe preguntar: ¿Recibieron éstos el bautismo en España? Creemos que no, pues parece lógico que al verse próximos a naufragar cerca de las Azores, los bautizara entonces Colón, si no lo habían sido antes en el Nuevo Mundo. En todo caso, lo que sí podemos asegurar es que hoy por hoy no consta en documento alguno que los indígenas del primer viaje fueran regenerados en España, entre otras razones porque de 1493 no se ha encontrado todavía ninguna partida bautismal, ni autor alguno contemporáneo que lo afirme. Por tanto, los dos criados de Colón de que habla el antedicho documento, son los primeros que —documentalmente— constan bautizados en España.

Ahora bien: que eran criados de Colón es indiscutible; pero ¿vino el Almirante a traerlos? ¿Eran indios? Es lógico pensarlo así; pero, además, podemos demostrarlo con un testimonio que avala enormemente la sobredicha partida.

Se trata de un pequeño legajo de 36 hojas en folio. Escribióse en el siglo XVIII y lleva interesantes adiciones a las clásicas historias de Guadalupe que escribieron el padre Ecija, Talavera y otros.

En el folio 34 v.º y bajo el título "Notizias particulares que hazen al caso para la Historia", hallamos las siguientes notas autógrafas del citado archivero:

"*En 1496, habiendo venido a visitar a Nuestra Señora el Almirante Colón, descubridor de las Indias Occidentales, se bautizaron dos criados suyos Indios: fué padrino el Comendador Barela; lib. 1 de Baptismos Fol. 1, B. —Ofreció a Nuestra Señora una lámpara de plata y varias joyas de oro. Lib. de Bienhechores.*"— Con estas palabras, no cabe duda alguna.

Analizando el texto de la susodicha partida bautismal, encontramos varios nombres. De ellos podemos identificar al padrino de Cristóbal, Antonio de Torres, quien, según Oviedo, era hermano del aya del príncipe don Juan, hijo de los Reyes Católicos. Este y Pedro Fernández Coronel acompañaron a Colón en la segunda travesía. Otro personaje conocido es Lorenzo Hernández, que figura entre los sacerdotes seculares que los jerónimos tenían para la administración de los sacramentos y funciones parroquiales. En el libro primero de defunciones hallamos su óbito el día 21 de junio de 1512, siendo sepultado en la nave mayor de la iglesia.

En relación con este histórico bautizo—que simboliza la regeneración espiritual del Nuevo Mundo—cabe preguntar: ¿Dónde está actualmente la pila o fuente en que se celebró? Con certeza absoluta nada podemos contestar; pero hay razones que nos inclinan a pensar se trata de la fuente granítica que hoy contemplamos en la plaza de Guadalupe, ante la escalinata del grandioso templo. Que esta taza —colocada sobre un fuste independiente—tiene todas las trazas de pila bautismal, es evidente. ¿Desde cuándo y por qué está ahí? En los libros de sepulturas del siglo XVI hácese mención repetidas veces de la pila bautismal colocada al fondo del templo. Posteriormente se puso en el actual baptisterio cuando la capilla de Santa Ana sirvió de Parroquia.

En 1738 trasladóse a la iglesia nueva o de la Santísima Trinidad, costeada por el descendiente de Colón, duque de Veragua, y contruída por Manuel Lara Churriguera, con objeto de independizar el culto mariano de las funciones parroquiales. Allí estuvo hasta que en 1835 fueron expulsados los monjes de Guadalupe y la parroquia pasó a depender de la mitra de Toledo, que envió un sacerdote para asistirla.

El edificio conventual fue destinado a usos profanos, a veces innobles. El antiguo refectorio, en una de las alas del famoso claustro

mudéjar, fue convertido en pajar y la fuente de bronce—labrada en 1402 por Juan Francés—, que servía de lavatorio, se llevó a la iglesia principal para que sirviera de baptisterio. A su vez, era convertida en pajar y cárcel la iglesia nueva, y su pila bautismal llevada —probablemente—a la plaza del pueblo para que sirviera de fuente pública. Desde luego no es fácil sacaran de Guadalupe un objeto tan pesado y que externamente nada valía. En las varias fuentes que hoy existen en la Puebla de Guadalupe, tampoco hemos podido rastrear su paradero. Parece, pues, natural sea la que hemos indicado, tanto más que en un plano de aguas del siglo XVIII no aparece esta fuente en la plaza.

o testamento o codicilo o codicilos mando e mandare posthumamente ... tades que yo aya fecho e otorgado fasta aqui en qualquier manera los quales e cada uno dellos es mi voluntad que parezcan e que no valan ni fagan fe en juizio ni fuera del salvo aqueste que yo agora fago e otorgo en mi postrimera voluntad como dicho es. ITEM mando que luego que mi cuerpo fuere puesto e sepultado en el monasterio de sant francisco de la alhanbra de la cibdad de granada se aluego trasladado por mis testamentarios al dicho monasterio el cuerpo de la reyna e princesa doña ysabel mi hija que aya santa gloria. ITEM mando que se haga una sepultura de alabastro en el monasterio de sant thomas ... de avila onde esta sepultado el principe don juan mi hijo que aya santa gloria para su enterramiento segund bien visto fuere a mis testamentarios. ITEM mando que si la capilla real que yo he mandado hazer en la yglesia cathedral de ... de la cibdad de granada no estoviere fecha al tiempo de mi fallescimiento mando que se haga de mis bienes lo que della estoviere por acabar segund yo lo tengo ordenado e mandado. ITEM mando que para cumplir e pagar las debdas e cargos e otras cosas en este mi testamento contenidas se ... de todas mis ... joyas e cosas de oro e plata e otras cosas de mi camara e persona e que yo tengo en otras partes qualesquier e lo que estoviere en moneda se ... lo pague ... mis testamentarios para que de alli se cumpla e pague como dicho es. E que si los dichos mis testamentarios no lo pudieren todo acabar de cumplir e pagar e executar dentro del dicho año no lo puedan acabar de cumplir e pagar e executar pasado el dicho año segund e como dicho es. E MANDO que este mi testamento original sea puesto en el monasterio de nuestra señora de guadalupe para que cada e quando fuere menester ... lo original ... lo puedan alli fallar e que antes que alli se lleve se hagan dos traslados del signados de notario publico en manera que fagan fe e que el uno dellos se ponga en el monasterio de sant francisco de la alhanbra de granada donde mi cuerpo ha de ser sepultado e el otro en la yglesia cathedral de toledo para que alli lo puedan ver todos los que del se entendieren aprovechar. E porque esto sea firme e non venga en duda otorgue este mi testamento ante gaspar de gricio notario publico mi secretario e lo firme de mi nombre e mande sellar con mi sello estando presentes llamados e rogados por testigos los que lo sobrescrivieron e cerraron con sus sellos pendientes los quales me lo vieron firmar de mi nombre e lo vieron sellar con mi sello que fue otorgado en la villa de medina del campo a doze dias del mes de otubre año del nascimiento del nuestro salvador ihesu christo de mill e quinientos e quatro años.

Yo la Reyna

Yo Gaspar de Gricio notario publico por la actoridad ... [illegible]

[illegible]

XI

# ISABEL LA CATÓLICA MANDO GUARDAR SU TESTAMENTO EN GUADALUPE

En 1504 otorgaba su admirable testamento la gran reina Isabel de España, postrada en el lecho del dolor en Medina del Campo. El 12 de octubre, que doce años antes quedara grabado con letras de oro en la historia de la civilización gracias a la clarividencia de esta mujer, era la fecha que la eximia Reina elegía para legarnos su espíritu y postrera voluntad en ese documento trascendental, que refleja el talento nada común de aquella excepcional soberana, y es la mejor apología de sus virtudes patentizadas en las emocionantes cláusulas en que invoca a los santos de su devoción, hace profesión de rendida fe católica, pide a Dios misericordia por sus faltas, ordena su humilde enterramiento con el sayal franciscano y hace numerosas limosnas a los pobres y cautivos. Ante ese documento singular, caen por tierra los argumentos de cuantos niegan a la Reina Católica una santidad que hoy se analiza con miras a su beatificación; y creemos será ésta una de sus pruebas más decisivas, ya que no hay virtud que en su última voluntad quede escondida y sin manifestarse: las teologales y cardinales, la pobreza y la humildad, el amor a María y una piedad admirable.

Entre las muchas predilecciones que Isabel cultivó en su vida y entre los lugares que en su maravillosa partida de ajedrez jugaron un papel más destacado, es justo que mencionemos el monasterio ex-



* ULTIMA CLAUSULA DEL TESTAMENTO DE ISABEL LA CATOLICA, EN LA QUE MANDA SE GUARDE SIEMPRE EN GUADALUPE.

tremeño de Guadalupe, cuya Virgen titular fue siempre el símbolo de su amor a la Madre de Dios y a cuyos monjes jerónimos—que tan decididamente se pusieron de su parte en las luchas con su sobrina la "Beltraneja" y en los momentos duros de su reinado abrieron de par en par las arcas del opulento cenobio—profesó singular afecto.

Desde que su hermano Enrique IV la lleva a Guadalupe en 1464 —cuando Isabel tenía trece años— para desposarla con Alfonso V de Portugal, la Virgen de las Villuercas comienza a ser el faro luminoso que la guía, y durante su reinado visita muchas veces con don Fernando a esta milagrosa imagen; pues, como nos dice el testigo ocular fray Diego de Ecija, "tuvieron a esta Señora muy favorable en todas sus cosas, porque no comenzaron negocio que fuese arduo, que no viniesen primero a encomendarse a esta Reina de misericordia; y, así, salieron en todos ellos con mucha honra y victoria, siendo librados por Ella de muchos peligros. Y, así, con el amor y devoción que a esta casa tenían, quisieron que las infantas y el príncipe don Juan, sus hijos, se criaran y estuviesen algún tiempo en este monasterio...". Esto nos explica que Isabel llamase a Guadalupe "mi paraíso".

Sin referirnos detalladamente a los hechos en que Isabel patentizó su devoción a la Virgen de Guadalupe, vamos a ocuparnos tan sólo de las pruebas incontestables que nos ofrece su testamento, en el que hace objeto de su recuerdo —al destinar sus mandas forzosas— al monasterio de las Villuercas, y donde manda se guarde siempre dicho documento original, con estas palabras que cierran su postrera voluntad: "E mando que este mi testamento original sea puesto en el monasterio de Nuestra Señora de Guadalupe para que cada e quando fuere menester verlo originalmente lo puedan alli fallar, e que antes que allí se lleue se hagan doss traslados del signados de notario público en manera que fagan fe, e que el uno dellos se ponga en el Monasterio de Sancta Isabel de la Alhambra de Granada, onde mi cuerpo ha de ser sepultado, e el otro en la iglesia cathedral de toledo para que allí lo puedan ver todos los que del se entendieren aprouechar."

Isabel no podía olvidar este rincón que tan gratos recuerdos evocaba en su memoria; y a la vez que legaba su cuerpo al monasterio franciscano de la Alhambra —por ella fundado—, quería que su espíritu, reflejado en la última voluntad, descansara siempre a los pies de la Virgen que amparó las gestas de su reinado y a cuya sombra forjó con su esposo la España una, grande y libre que al morir dejaba a sus descendientes.



• TEMPLETE EN EL CLAUSTRO MUDEJAR, CON EL "LAVATORIUM" DE JUAN FRANCES (1402).



La voluntad de Isabel, en lo que se refiere al depósito de su testamento, está clarísima. ¿Se cumplió? ¿Dónde está hoy este importantísimo documento? No cabe aquí un estudio crítico de tan interesante tema y tan sólo vamos a resumir cuanto sobre el cumplimiento de este mandato de la Reina y las vicisitudes de su testamento hemos podido averiguar, apoyando nuestras afirmaciones en varios preciosos documentos que aún se guardan en el Archivo de Guadalupe.

En primer lugar, está plenamente demostrado que el testamento y codicilo —otorgado éste en noviembre de 1504— "originales" de Isabel la Católica, estuvieron en Guadalupe; como es cierto, igualmente, que hoy se guarda aquél en el Archivo de Simancas y éste en la Biblioteca Nacional de Madrid; teniendo en Guadalupe una copia de ambos, autorizada en la Villa de Santa Marta de Riba de Tera, a 21 de junio de 1506, por el secretario público del Rey, Gaspar de Gricio, el mismo que dos años antes autorizó los documentos originales. Con estos traslados tenemos en el monasterio de las Villuercas la bolsa en fina vitela que guardó los "originales"; y tanto por el tenor de varias apostillas escritas en su cubierta por el archivero del monasterio, como por algunas citas de índices del archivo monacal y otros documentos relacionados con tan importantes papeles, se echa de ver un interés grande por ocultar la verdad sobre si en Guadalupe estaban los "originales" o tan sólo los "traslados".

Sin embargo, es un indicio muy valioso en favor de lo primero la inscripción más antigua de la cubierta, que indudablemente fue puesta por el mismo que los mandó al monasterio. Dice así: "Para Nuestra Señora de Guadalupe. El testamento de la Reyna Doña Ysabel y su codicilo.—A de ser muy secreto y non lo ha de ver nadie, ni se ha de dar syn cédula del Rey commo paresce por las cartas que aquí están del Contador Juan López."

Las cartas a que alude, y que son un argumento decisivo, son dos y originales, van firmadas por Juan López (de Lizárraga), secretario y contador de la Reina, que aparece entre los testamentarios nombrados por ella. Estas cartas van dirigidas al convento y prior de Guadalupe, están escritas en papel y se firman en Vidaurreta a 26 de junio de 1511. En ellas les dice dicho secretario cómo por orden del Rey y por mano de Bernardino de Loarte les envía el testamento y codicilo "originales" de la Reina Isabel, cumpliendo su última voluntad. Y luego les explica cómo van "cerrados o sellados porque el mensagero ni otra persona alguna non los pueda veer ni abrir"; y les aconseja se guarden en un arca con tres llaves "la una que tenga el prior e las

otras dos los dos oficiales principales de la casa, para que cuando se ovieren de veer las dichas scripturas, pues son de tanta ymportancia que non puede ser mayor, se ayan de abrir e cerrar el arca o lograr donde estuvieren, en presencia e por manos e abtoridad de todos tres que tobieren las dichas llabes.—E las dichas scripturas nin cosa de las que en ellas está non se debe veer ni mostrar a persona alguna, sin que aya para ello cédula firmada de su Alteza..."

Al valor de este argumento debemos añadir el que nos ofrece una nota privada —y por ello sincera— que el dicho Juan López de Lizárraga puso a un traslado que antes de remitir los "originales" a Guadalupe mandó sacar del testamento y codicilo y hoy se halla en el Archivo de Simancas, también. Dice: "Traslado autorizado del testamento de la Reina Doña Isabel, nuestra señora, que aya sancta gloria, que se abtorizó en Madrid por Henero de quinientos e onse; y es este traslado el que yo concerté con el "original que se enbió a depositar a Guadalupe", por Junio de quinientos e onse, que lo llevó Bernardino de Loarte.—Juan López" (Firmado).

Probado que los documentos "originales" fueron enviados a Guadalupe en 1511, cabe preguntar: ¿Hasta cuándo permanecieron en este monasterio? Desde luego, tenemos algunas notas escritas por los archiveros de Guadalupe antes de 1538 —en que se trasladó el Archivo de encima del coro a la torre en que hoy se encuentra— y dicen que en el Archivo sólo se hallan unos traslados autorizados y no los originales; pero tales afirmaciones en aquella fecha sólo prueban que ellos no sabían dónde se hallaban guardados; pues contra esas notas tenemos que en 1552 hubo ciertos pleitos entre la Villa de San Vicente de Sonsierra (Navarra) y el Condestable de Castilla don Pedro Fernández de Velasco y su mujer, duques de Frías; y deseando acudir a las fuentes originales, consiguieron aquéllos una Cédula del Emperador para presentarse en el monasterio de Guadalupe y requerir al prior y convento para que exhibiesen el testamento y codicilo de Isabel "que el Registro original diz que estaba en el Monasterio de Ntra. Sra. de Guadalupe", como asegura el mismo Carlos V. Y aunque es cierto —como vemos por el cuaderno de este pleito— que aquí les dijeron no hallarse sino los traslados signados por Gricio —los cuales por orden del Emperador fueron presentados en la Chancillería de Valladolid, a 2 de junio de 1552— podemos pensar fundadamente que los monjes no querían exhibir los "originales", cumpliendo lo ordenado por el Rey al entregarlos y por miedo a que los sacasen de Guadalupe.

Dijimos antes que actualmente se halla el testamento de Isabel en el Archivo de Simancas. ¿Cuándo fue llevado allí? Hay quien piensa que por los años 1543-1545, cuando Carlos V ordenó establecer en Simancas el Archivo de las Escrituras de la Corona y Real Patronato. En cambio, el padre Germán Rubio, O. F. M., en un documentado estudio que sobre el particular publicó siendo archivero de Guadalupe, sostiene que en 1598 todavía estaban los "originales" del testamento y codicilo en este monasterio; y apoya su afirmación en un documento original de 24 de marzo de 1598, en que Juan Gonzalo Durán, escribano público en la Puebla de Guadalupe, certifica haber visto una carta del prior de El Escorial, fray García de Santa María, enviada al ilustre historiador jerónimo fray José de Sigüenza, estando en Guadalupe, y por orden del Rey Felipe II le manda se haga un traslado del testamento y codicilo de Isabel y que él lo corrija "con su original" que está en Guadalupe y lo lleve al Escorial.

Disentimos de ambas opiniones y pensamos que el testamento de la Reina Católica entró en Simancas en 1575; pues, según nos dice en amable carta nuestro buen amigo Ricardo Magdaleno, director de aquel Archivo, en el libro primero, f.º 64 de "Libros de copias de Patronato Real mandados redactar por orden de Felipe II", se cita "el Testamento original de la Reyna catholica" en el "Memorial de las scripturas que por mandado de su Md. embió el secretario Gracián al Archivo de Simancas por hebrero de 1575 años".

* * *

Sin que se nos oculte la seguridad que tan valioso documento encuentra en el Archivo de Simancas —no por fuerte, que el de Guadalupe lo es tanto, sino por ser del Estado al margen de revoluciones anticlericales—, recordamos que la voluntad *terminante y sagrada* de la gran Reina Católica está sin cumplir.

## XII

## CAMINO DE GUADALUPE MURIO EL REY CATOLICO

Al recordar la muerte del gran monarca Fernando V de Aragón, queremos rendir homenaje al excepcional político y piadoso rey que en unión con Isabel de Castilla convirtió en una, grande y libre a la España dividida en partidos, limitada por la Media Luna y llena de rencores, gracias a un maravilloso juego de ajedrez en que supo mover las más diversas piezas con extraordinario acierto.

A la vez pretendemos hacer memoria del pueblecito extremeño que recogió su último aliento en aquella casa que nuestra incuria ha dejado perderse.

Todos los historiadores contemporáneos del monarca nos hablan de los últimos años de Fernando el Católico, sobre todo su analista Galíndez Carvajal. Esos años que, a partir de la muerte de su cara esposa Isabel, se enturbiaron bajo el peso de la suspicacia, de la enemistad con el suegro Maximiliano, de la estéril esperanza en el fruto del segundo matrimonio con Germana de Foix y hasta de la enfermedad que en los postreros días de su vida amargó la existencia del poderoso rey. Los más fieles servidores eran mirados con desconfianza por Fernando y fue injusto el trato que dispensó al Gran Capitán, que tanto favoreció sus intereses en Italia, y al Cardenal Cisneros, elevado antes a las más altas dignidades, resistiéndose ahora en su lecho de muerte a dejarle el gobierno de sus Estados.





• UNA VISTA DEL INCOMPARABLE CLAUSTRO MUDEJAR.

La ininteligencia de Fernando con el emperador Maximiliano de Austria se acentuó tanto, que terminó en franca enemistad, hasta ordenar en su testamento, dado en Burgos el año 1515, que el infante don Fernando, su nieto, fuera heredero de España, dejando a Carlos Flandes, Nápoles y Sicilia. Tampoco la joven sobrina del rey Luis de Francia llenaba el vacío que produjo la pérdida de Isabel. A la diferencia de edad se unió la falta —providencial tal vez— de prole; y no faltan historiadores que aseguren traer origen la grave enfermedad del rey de una bebida que en Carrioncillo —cerca de Medina del Campo— dióle, en 1514, doña Germana, para hacerle fecundo.

La estrella de este singular monarca llegaba a su ocaso: y fue en el otoño de 1513 —en que se hallaba celebrando Cortes de Aragón en Calatayud—, cuando sus médicos le recomendaron fuera a otra tierra más cálida donde se suavizara su mal de corazón. El, entonces, se dirigió a Extremadura, a esa región que tan importante papel jugara desde el comienzo de su reinado, a la que tantas veces visitó y donde tan leales amigos tenía.

Dícenos Prescot que de Madrid hizo viaje a Plasencia, donde se distrajo cazando venados en una finca del Duque de Alba y donde pasó la última Navidad de su vida. Aquí pensó bajar a Sevilla; pero antes quiso presidir, como administrador suyo que era, el Capítulo General de la Orden de Calatrava. Con este objeto convocó a todos sus priores en el célebre, y para Fernando tan querido, monasterio de Guadalupe; allí, a la sombra de aquella Virgen Morena que en su largo reinado fue norte y guía de sus grandes aciertos y al lado de los buenos monjes jerónimos que tanto habían apreciado siempre a la Reina Católica y a él.

El rey aragonés dirigió sus pasos hacia Guadalupe. Bajado en andas por la villa de Jaraicejo llegó a Trujillo, donde pasó el día de Reyes de 1516; pero no pudo continuar su viaje. Allí se agravó de tal manera que a toda prisa tuvo que ser llevado al cercano pueblo de Madrigalejo, donde los monjes de Guadalupe poseían grandes fincas y una buena casa, en que don Fernando fue alojado. Enterada de la grave enfermedad su esposa —que se hallaba celebrando Cortes Catalanas en Lérida—, salió apresuradamente para Extremadura, llegando a Madrigalejo con el obispo de Sigüenza, don Fadrique de Portugal, el 21 de enero. También se presentó junto al lecho del Rey Católico el Deán de Lovaina, quien, encargado para ello por don Carlos, quería arrancar al monarca aragonés el nombramiento del Príncipe como heredero de todos sus reinos. Don Fernando, que desde

el principio mirara con torvos ojos a este emisario de Flandes, le dijo malhumorado: "venís a verme morir", y le ordenó marchara a Guadalupe a esperarle.

Después de consultar largamente a sus consejeros Carvajal, Zapata y Vargas, firmó don Fernando su definitivo testamento en la tarde del 22 de enero, rectificando su anterior voluntad y dejando por heredero de todos sus reinos a su hija Juana y sus descendientes, y nombrando regente de Castilla, durante la minoría de don Carlos, al Cardenal Cisneros.

Aunque se resistió a ello por no creerse tan grave, al fin se dejó convencer por los médicos, y después de confesarse con el dominico fray Martín de Matiuso, y recibido el Viático y la Extrema Unción, entregó su alma en manos del Creador, vestido con hábito dominicano, a las dos de la mañana del 28 de enero de 1516.

Algún historiador afirma que su cadáver recibió inmediata sepultura en la iglesia parroquial de San Cristóbal de Madrigalejo. Lo cierto es que muy pronto fue trasladado —cumpliendo su última voluntad— a Granada, en cuyo convento de San Francisco de la Alhambra fue sepultado con Isabel, hasta que en 1517 quedaron definitivamente colocados en la capilla reai de la catedral, donde su nieto Carlos I levantó después el lujoso mausoleo que hoy contemplamos, labrado por D. Facelli.

* * *

Réstanos ahora un recuerdo para la casa en que dejó este mundo tan esclarecido monarca. ¿Qué sabemos de ella? Documentalmente podemos asegurar que Madrigalejo fue uno de los lugares en que el opulento cenobio guadalupense tuvo más antiguas y mejores tierras de trigo y ganado. Que los monjes tenían allí varias casas, es indudable; y que en todas las grandes fincas poseía el monasterio una casa para el encargado y, a veces, capilla para cuando iban los monjes, también consta; pero en Madrigalejo tenían una casa mejor, a juzgar por las ordenaciones particulares que para ella existían y nos ofrece en 1614 el padre Pablo de Alhobera; y entre las que se manda haya allí cinco camas de frailes, una para el escribano y dos para mozos. En una de estas ordenaciones se habla de una capilla y se dice que "La Cámara del Rey está bien apuntalada".

Todo esto nos hace pensar que, sin ser aquella casa tan lujosa morada para un rey como la Hospedería Real —que en Guadalupe

tenían los Católicos Monarcas— o los Palacios de Mirabel y Valdefuentes —en la sierra de Guadalupe—, tampoco era una mísera casucha, como opinan algunos historiadores. Apoyan nuestra afirmación las palabras del noble bohemio León de Rosmithal de Blatna, que en su viaje a Guadalupe el año 1466 visitó esta casa y dice es "magnífico edificio que aventaja a los demás que forman el lugar de Madrigalejo". Asegura que "suelen posar allí caballeros que pagan su gasto y tiene unas caballerizas en que caben más de cien caballos, porque esta hospedería es casi regia".

En los anales del monasterio cacereño aparece otras muchas veces la Casa de Santa María de Guadalupe en Madrigalejo: y concretamente nos habla de ella la relación que el músico toledano hizo de la visita a este santuario, en 1576, de los Reyes y Cortes de Portugal y España, para tratar graves negocios. En 1580, cuando Felipe II —acompañado de su esposa Ana de Austria, su hija Isabel Clara Eugenia, su sobrino el cardenal Alberto y su Corte— iba a Badajoz, pasó la Semana Santa en Guadalupe y, en su camino hacia la capital extremeña, hizo noche en la casa de Santa María de Madrigalejo.

* * *

Hoy quedan ruinas y muy escasos restos de los primitivos muros. El amplio recinto ocúpanlo varias casas de vecinos y nada resta allí de sus muebles. De la lápida que perpetuó la muerte del Rey Fernando y que en 1597 nos ofrecía en su historia de Guadalupe el padre Talavera, sólo hallamos una copia que en un muro exterior de la casa fue colocada el 23 de enero de 1952, con motivo de los actos centenarios del nacimiento de Fernando de Aragón. Dice así: "Fallecció el muy alto y poderoso Rey don Fernando el quinto de gloriosa memoria, aquí en esta Cámara de Madrigalejo, en la casa de Nuestra Señora Santa María de Guadalupe, miércoles día de san Ildefonso entre las tres y las cuatro de la mañana, que fueron veinte y tres días del mes de enero de mil y quinientos y diez y seis años."



IMAGEN DE LA VIRGEN DE GUADALUPE QUE SE VENERA EN FUENTERRABIA (GUIPUZCOA).

## XIII

## LA VIRGEN DE GUADALUPE EN FUENTERRABIA

### *Juan Sebastián Elcano oró ante Ella*

ENTRE los lugares en que la Virgen de Guadalupe recibe culto ferviente, destácase la histórica ciudad guipuzcoana de Fuenterrabía, en el litoral cantábrico y cerca de la frontera hispano-francesa. Allí, en el monte Jaizkibel —hermoso mirador, desde el que se dominan paisajes tan bonitos como el Valle del Bidasoa, San Juan de Luz, Bidart, Biarritz y tantos otros que ofrecen, a lo largo de la costa cantábrica, deliciosos sitios de veraneo— es festejada el 8 de septiembre la misma Virgen que en ese día celebra su fiesta siete veces centenaria en las escabrosas sierras cacereñas de las Villurcas. Aparte de ser la misma Madre de Dios, poseen ambas imágenes, idéntico nombre, ¿tienen alguna relación y hasta dónde llega ésta?

Como punto de partida hemos de recordar que la existencia documental de la Virgen de Guadalupe en Extremadura se remonta a los últimos años del siglo XIII, ya que el más antiguo códice nos dice fue hallada en el reinado de Alfonso el Sabio y en el documento más antiguo —un pergamino firmado en 1327— se habla no sólo de la Virgen, sino de una iglesia y hospital en Guadalupe.

La Patrona de Fuenterrabía está rodeada de hermosa leyenda: En el siglo XV dos pastores que en el monte Olearso guardan sus rebaños, ven una viva luz donde hoy se levanta el templo: se acercan y encuen-

tran la imagen de María que después se llamará Guadalupe. Como leyenda es bella; pero documentalmente no se hallan datos anteriores al siglo XVI, que nos ofrece una manda del canónigo Miguel Beaumont en 1502 y sobre todo el testamento del inmortal hijo de Guetaria Juan Sebastián Elcano, dado en la nao "Victoria" el 26 de julio de 1526 y en que leemos: "Ytem mando seis ducados de oro para Santa María de Guadalupe." Indudablemente se refiere —aunque expresamente no lo diga— a la Virgen de Fuenterrabía y esta manda testamentaria supone ya entonces celebridad en la imagen ondarrabiarra.

Al buscar su entronque con la Virgen extremeña se impone —como en el caso de Méjico— distinguir el origen del nombre y el de la imagen. En cuanto al primero, no hay duda que el Guadalupe cacereño —así bautizado en el siglo XIII por un pequeño río árabe en cuyas márgenes fue hallada la vetusta imagen— es madre de todos los Guadalupe que le son posteriores y, por tanto, de este de Fuenterrabía. Por lo que se refiere a la imagen —de talla, antiguamente policromada y hoy vestida— nada sabemos con certeza. En el diario vasco "El Tiempo" decía en 1898 P. M. de Soraluce que parece ser obra francesa de los siglos XIV o XV; otros le dan origen románico, y algunos aseguran tener características típicas de la iconografía vasca. Por otra parte, el hecho de que esté serrada desde su mitad inferior y que su espalda se halle ahuecada, ha inducido a muchos a pensar que se labró para ser llevada en el mástil de un barco.

En cuanto a su relación nominal con el Guadalupe de las Villuercas, tenemos datos que no admiten réplica: en el siglo XIV llenó de tal manera los rincones todos de España la Virgen de Extremadura, que Alfonso XI la visitó para encomendarle la batalla del Salado; y en esa misma centuria le dedica unos versos el inmortal poeta vasco canciller Pero López de Ayala, diciendo:

*Señora, por cuanto supe sus acorros*
*en ti espero;*
*e a tu casa en Guadalupe*
*prometo de ser romero.*

En el siglo XV, Guadalupe es el santuario mariano más famoso de España y su nombre vuela a todas las naciones de Europa. Esto no sólo lo evidencian las continuas visitas de los reyes de Castilla, Aragón, Navarra y Portugal; su proyección en la literatura hispana; el peregrinaje a Guadalupe de las figuras más destacadas de aquel siglo, con

Alvaro de Luna, marqués de Villena, Reyes Católicos y Colón a la cabeza, sino —y sobre todo— esos ocho preciosos códices de pergamino encuadernados en tabla cubierta de cuero estampado que son orgullo del rico archivo guadalupense y que narran más de cuatro mil milagros de la Virgen extremeña a favor de gentes de España, Francia, Inglaterra, Italia y Europa entera. Entre ellos hay varios cientos que se refieren al Norte de España y concretamente he podido anotar más de cincuenta que en el siglo xv fueron hechos a devotos de Vascongadas. Allí aparece Zumaya, Orduña, Rentería, Oyarzun, Bermeo, Deva, Lequeitio y el mismo Fuenterrabía; y se hacen constar fechas tan valiosas como el año 1414. Ante ese ingente montón de vascos —la mayor parte hombres de mar— que viene a Guadalupe con sus cadenas de cautivos libertados, con sus mandas ofrecidas en momentos de apuro y siempre con su agradecido corazón, ¿quién podrá dudar que a su regreso llevaban muy honda la dévoción que ya supone el haber invocado antes a la Virgen de Guadalupe?

Siendo cierta esa corriente de devoción de Vasconia a la Virgen extremeña, a la que invocaban cautivos, marineros y soldados ¿será mucho pensar que la Patrona de Fuenterrabía trae de ellos su origen, bien porque la llevaran del santuario extremeño (hipótesis la menos probable), bien porque en sus tierras la encargaran de memoria a la vista de una gran estampa, o bien porque fuera en el mástil de un barco denominado Guadalupe —tenemos datos de muchas naos así bautizadas— y que le dejó ese nombre? Creo que no; y es razonable admitamos una de esas tres soluciones, advirtiendo que los historiadores del monasterio de las Villuercas siempre citan a la Virgen de Fuenterrabía como un brote de la extremeña, y por eso cuando allí fueron derrotados los franceses en el siglo xvii, al Prior del santuario cacereño lo comunica el Conde Duque de Olivares para que den gracias a la Virgen extremeña.

La Virgen de Guadalupe, desde que se venera en su templo de Fuenterrabía, atrae hacia sí las miradas de toda la comarca y su devoción va tejiendo una gloriosa historia en torno a la milagrosa Señora que desde Jaizkibel ha sido estrella polar de los marinos vascos y el amparo de la España que allí termina. Entre sus milagros incontables es famoso el que obró en 1638, dando a los soldados españoles una rotunda victoria contra los franceses; y quedará eternamente grabado en los anales ondarrabiarras la sequía de 1760, que desapareció gracias a la Virgen de Guadalupe.

De su templo primitivo —probablemente del siglo XV en sus finales— sólo perdura el muro en que está hoy la Virgen. El templo actual levantóse en los años 1570-1587, menos su altar mayor, barroco, que se labró de castaño y nogal en 1748, y su torre, que fue construída en 1868.

Fuenterrabía —que en su parroquia tiene un trasunto suyo para venerarla cuando la subida al monte es difícil en invierno— ha bajado a la Virgen de Guadalupe en distintas ocasiones al pueblo —hay constancia de nueve— ora para suplicarle un favor especial —como ocurrió en el cólera de 1855 y en la guerra civil de 1873—, bien para librarla de profanaciones, como en la guerra contra los franceses en 1638 y en la Cruzada de España en 1936.

## XIV

## ESPLENDOR DE UN SANTUARIO EN EL CENIT DE UN IMPERIO

*(Guadalupe y Carlos I)*

La devoción a la Virgen extremeña y el afecto a los monjes de su santuario fue la herencia preciada que los Reyes Católicos legaran al futuro Emperador. Don Carlos supo muy pronto la nombradía del opulento y celebrado monasterio cacereño, que en aquellos Siglos de Oro constituía ruta obligada de peregrinación para toda Europa. Y sobre todo es lógico pensar le informase ampliamente de su fama el deán de Lovaina, Adriano de Utrech, a quien el Príncipe Don Carlos envió como embajador ante el Rey Católico en 1516, con motivo de un proyectado Capítulo de la Orden Militar de Alcántara que don Fernando pensaba tener en Guadalupe y que trajo a este monasterio al futuro Papa Adriano VI, a Cisneros y a tantos otros personajes, aunque luego no llegó a celebrarse por haber fallecido el Rey de Castilla camino del monasterio de las Villuercas.

Carlos I entra por vez primera en España a fines de 1517, y de esa misma fecha hallamos en el archivo de Guadalupe privilegios expedidos a favor del monasterio. En 1525 peregrina el César a Guadalupe con toda la Corte, quedando tan afecto a sus monjes, que repite la visita más tarde con su esposa Isabel de Portugal; y tan



devoto de su Virgen Morenita, que no deja pasar ocasión de favorecer los intereses del santuario cacereño, según nos es dado ver a través de numerosos documentos guardados en Guadalupe.

Por lo que toca a la primera visita de 1525, que duró la semana de Pascua entera, es digno de anotarse el deseo marcado que manifestó don Carlos de construir un suntuoso retablo para el altar mayor de la Virgen, siendo trazados sus planos —que hoy se guardan en el Archivo Histórico Nacional de Madrid— por el famoso flamenco dorador del retablo de la Catedral toledana, Juan de Borgoña.

Pero sobre todo hay en esta visita un dato singular, que nos revela la humilde piedad y sincera devoción del que, obligando muchas veces a sus poderosos enemigos a morder el polvo de la derrota, supo vencerse a sí mismo, trocando el fausto cortesano de Bruselas por el retiro monacal del cenobio jeronimiano de Yuste. Carlos quedó tan edificado del espíritu observante de los monjes de Guadalupe, que les pidió ser admitido entre ellos en la participación de los bienes espirituales de su Orden mediante la concesión de "Carta de Hermandad".

El prior tuvo Capítulo en la bella sala que para este objeto levantara el obispo de Córdoba y ex-prior de Guadalupe, padre Gonzalo de Illescas —inmortalizado por Zurbarán en la maravillosa sacristía guadalupense— y con sumo gusto le concedieron este privilegio, reservado para bienhechores insignes. Muy pocos días después que el César se partió del monasterio, fuéle llevada esta "Carta" con los planos del retablo, y a la vez se enviaron "Cartas de Hermandad" para algunos allegados al Emperador, como los secretarios Cobos, Vázquez, La Torre, etc.

Carlos I amó a Guadalupe y supo infundir este afecto en cuantos le rodeaban. Y así tenemos que en su reinado acuden al monasterio de las Villuercas y hacen valiosos regalos a su Virgen toda la familia imperial: su hermano Fernando, que viene a Guadalupe antes de ser Emperador de Hungría y luego envía ricos presentes al monasterio extremeño; sus hermanas Leonor y María, que regalan a la Virgen de Guadalupe preciosas telas y joyas inestimables; sus hijos Felipe II y Juan de Austria, de cuya acendrada devoción al santuario de las Españas dan elocuente testimonio el rico sagrario donado por el Rey Prudente a Guadalupe y el "fanal" de Lepanto ofrecido por el vencedor de los turcos en aguas del histórico mar... ; y sobre todo su esposa, la emperatriz Isabel, que en vida visitó muchas veces a la Virgen Morenita y en su testamento dejóle diversos regalos, entre los que po-



* CRISTO DE MARFIL, REGALO FELIPE II Y QUE SE ATRIBUYE A MIGUEL ANGEL.



* ESCRITORIO DEL REY FELIPE II, CONVERTIDO EN SAGRARIO.

demos aún admirar el terno rojo "de la Emperatriz" hecho con el vestido con que ella entró triunfante en Sevilla.

El monasterio en que la fe y devoción de muchas generaciones reunieron el joyel más fabulosamente rico que haya podido conocerse y que muchas veces sacó de apuros al exhausto erario nacional, no pudo olvidar al Emperador que tanto aprecio le tenía y en sus necesidades constantes y en sus guerras muy frecuentes socorrióle con generosas limosnas, como lo hiciera antes con don Juan II, con los Reyes Católicos... y después con los infortunados Borbones, que en el decadente siglo XVIII perdieron la grandeza de España y olvidaron la devoción a la Virgen de Guadalupe.

El César agradeció vivamente estas atenciones y cuando pudo lo pagó con creces, ya favoreciendo el establecimiento del arte tipográfico en el monasterio, ya presentando a varios monjes de Guadalupe para honrosos y elevados cargos —como a fray Francisco de Benavides, a quien elevó al obispado de Mondoñedo y envió al Concilio de Trento—, ya llevando de los hospitales de la Santa Casa a varios médicos a su Protomedicato, como a los famosos doctores Ceballos. La Parra y Aguila, enterrados en la basílica guadalupense.

Estas relaciones del más famoso monasterio-santuario de la Europa del siglo XVI con el Emperador más poderoso del mundo, fueron singularmente íntimas en los días postrimeros del César, cuando, en el retiro de Yuste, fue Guadalupe uno de los que más afectuosamente le sirvieron, según el autorizado testimonio del biógrafo contemporáneo del Emperador fray Hernando del Corral, que asistió a don Carlos en sus últimos momentos. Era prior del monasterio de Yuste el monje de Guadalupe fray Francisco de Angulo, y en el tiempo que duró la estancia del César en aquel apartado cenobio, dícennos los historiadores de la Santa Casa que el prior de Guadalupe visitaba a don Carlos cada mes una vez, llevándole ricos presentes, como zamarras y tiernos corderos criados con pan en los rebaños del monasterio y de los que tanto gustaba el Emperador.

Por fin, en la madrugada del 21 de septiembre de 1558 entregaba don Carlos su espíritu cansado en manos del Creador. En Yuste tuviéronse muy solemnes funerales durante varios días, oficiando en ellos los jerónimos de distintos monasterios y los franciscanos y dominicos de Jarandilla. En Guadalupe se ordenaron sufragios muy sentidos por el alma del César y el prior mandó que cada sacerdote celebrase misas por el eterno descanso del que un día lejano —treinta y tres años atrás— pidiera humildemente ser hermano de los frailes de Guadalupe.





* UN DETALLE DEL ESCRITORIO DE FELIPE II.

XV

## EL ESCRITORIO DE FELIPE II, CONVERTIDO EN SAGRARIO

JOYA de arte, reliquia de historia, monumento eucarístico: he aquí condensados los valores de una pieza que en Guadalupe llama la atención de cuantos la ven y cautiva a los que detenidamente la miran. Nos referimos a un bellísimo bargueño renacentista que la piedad del Rey Prudente convirtió en devoto sagrario de la Eucaristía.

Su encuadre en la historia nos lo ofrecen tres cartelas latinas grabadas en el mismo escritorio. Abajo, en su frente, leemos: "Ioanes Giamin fecit in Roma, 1561." En efecto, su autor fue el aventajado discípulo de Miguel Angel, Juan Giamin. Y lo labró expresamente para escritorio del monarca Felipe II, como se colige claramente de las dedicatorias que en elegante latín aparecen grabadas con oro en dos planchas que en fecha reciente se arrancaron del "secreter" y hoy pueden admirarse en el joyel de la Virgen. El padre Gabriel de Talavera, en su historia del Monasterio cacereño (Toledo, 1597, f.º 158), dice que estas dedicatorias estaban en la cubierta e interior del escritorio, y nos las ofrece en romance castellano, aunque muy libremente traducidas. Una dice: "Ninguna cosa ay bastante al ánimo de Philipo, y assi nadie diga es suyo, lo que el no señalare como tal." En la que estaba dentro, dice: "Esta obra perficionó, venciéndose a si mesmo, quien la hizo, aunque no yguala con el animo de quien la dió."

Felipe II fue uno de los Monarcas que mejor patentizó una acendra-

da devoción a la Virgen de Guadalupe y singular afecto a sus monjes jerónimos. Muchas veces peregrinó a este Santuario de las Españas, que en algún tiempo llegó a convertirse en paso obligado de sus viajes a Badajoz y Portugal; y son famosas, entre todas, la visita que hizo en diciembre de 1576, cuando en Guadalupe se unió con su Corte a la de su sobrino Sebastián de Portugal y aquí trataron, por espacio de diez días, problemas tan importantes como el proyectado casamiento del joven rey luso con Isabel Clara Eugenia y su intento de conquistar el norte de Africa; y otra que realizó en marzo-abril de 1580, cuando iba a coronarse Rey de Portugal, ocasión en que le acompañaron su cuarta esposa, Ana de Austria, su hija Isabel Clara Eugenia —que en este Santuario recibió la primera Comunión, de manos del cardenal Alberto, después esposo suyo y Rey de Países Bajos— y el gran arabista extremeño Arias Montano.

La historia del gran santuario extremeño elogia repetidas veces los regalos que el Rey de Austria ofrendó a Santa María de Guadalupe. y el "Libro de Capellanías, Lámparas y Bienhechores", en su folio 30. nos dice:

"El Rey D. Felipe 2.º nuestro Señor embio a esta santa cassa año de 1589 vna arca labrada de Tavgia (ataujía) con hierro y oro, de mucho valor y muy rica en que estuuiesse el Santíssimo Sacramento en el altar mayor; y vn crucifixo de marfil preciossisimo para remate de dicha arca."

No hay duda, pues, que el hermoso sagrario que hoy tiene Guadalupe en su altar mayor es todo un poema de piedad del vencedor de San Quintín; y con entera verdad podemos decir que por sus gavetas —forradas de terciopelo rojo, sin estampación— han pasado los secretos de un imperio en cuyos dominios no se ponía el sol.

Para remate del escritorio regaló también el Rey Prudente un magnífico crucifijo de marfil, que hoy se guarda en el joyel de Guadalupe. Aunque documentalmente nada podemos afirmar, sí hemos de advertir que este Cristo —del más puro Renacimiento— hase atribuido al inmortal escultor Miguel Angel, desde que, en 1743, lo afirmó el prior e historiador del Monasterio fray Francisco de San Joseph. Y teniendo en cuenta su modelación clásica, su maravilloso estudio anatómico, su escasa unción religiosa —muy propia del Renacimiento—, su fecha de entrega a Guadalupe, anterior a la muerte del pintor de la Capilla Sixtina, bien puede ser del famoso maestro italiano.

* * *

Pasemos ahora a describir aquella pieza única:

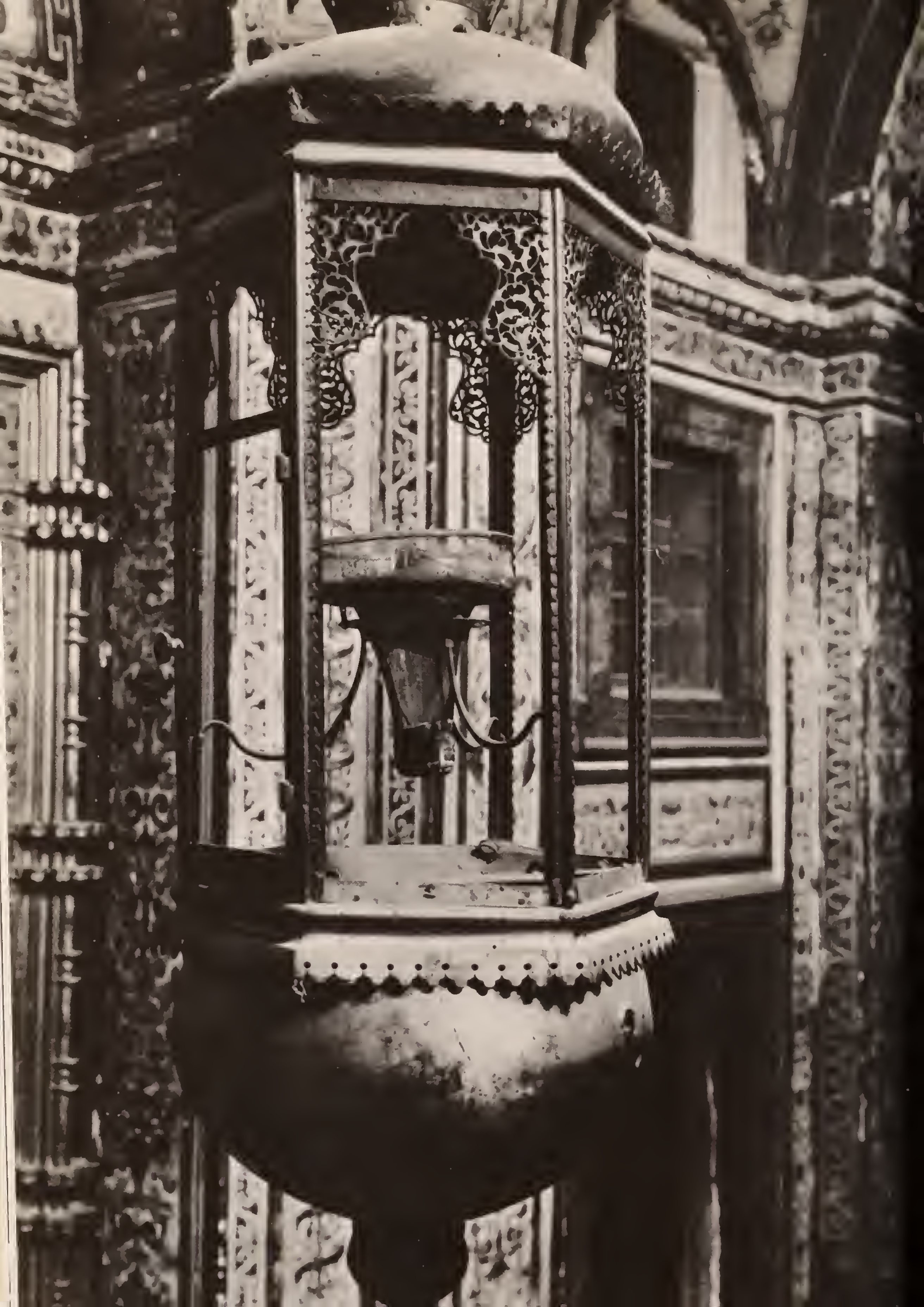
Nos encontramos con una papelera de cedro cubierto de chapa de bronce con fino damasquinado en plata y oro. Su encuadre fórmanlo un basamento y un par de columnas jónicas a cada lado, que sostienen un elegante frontón partido, en cuyo centro vemos dos volutas contrapuestas, sobre las que se recuestan dos figuras masculinas, desnudas, que flanquean una cartela, en cuyo centro aparece el escudo real sustentado por un águila, y nos recuerda los sepulcros de los Médicis, realizados por Miguel Angel.

En lugares que no podemos precisar ahora —aunque nos parece que fue a sus lados—, llevaba este bargueño las dos planchas en que van grabadas las dedicatorias antedichas, ambas encuadradas en el centro y rodeadas de numerosos motivos, preferentemente arquitectónicos, en fino damasquinado.

Su frontis ofrece tres compartimientos, de los cuales el central lleva una portezuela enmarcada en otra mayor, que, a su vez, va formada por dos pares de pilastras toscanas, coronadas por un friso sobre el que descansa un frontón, cuyo tímpano lo ocupa el Padre Eterno en actitud de bendecir, y en cuyas vertientes van recostadas dos figuras aladas, con una palma y una rama de laurel en las manos. Los compartimientos laterales van formados por diez cajoncillos a cada lado —a los que hemos de sumar los tres que forman los netos del zócalo— y cuyos tiradores son cabezas de león labradas en plata.

Lo más interesante del histórico mueble son cinco relieves soberbiamente repujados en bronce dorado, colocados sobre el zócalo y que son un canto victorioso a Cristo resucitado. Comenzando por la derecha, tenemos: en el primero dos figuras femeninas, una que en su mano izquierda lleva el cuerno de la abundancia y con la otra escribe sobre una tabla la palabra "Allelvia". El segundo relieve nos ofrece dos figuras femeninas, una con una calavera en las manos, la otra, con dos largas trompetas. Entre ambas, arriba, leemos "Absorta est mors in victoria." La escena central representa a Cristo resucitado que empuña la cruz victoriosa, y mirando a la Magdalena, que está a su izquierda, le dice: "Noli me tangere." La cuarta escena nos ofrece, asimismo, dos mujeres, una con un laúd y otra con un cráneo en su izquierda y una larga palma en la derecha, leyéndose entre ambas: "Vbi est mors victoria tua." Finalmente, el último relieve ofrece dos figuras femeninas, una de las cuales lleva un libro abierto en que se leen las palabras "Svrrexit DNS, vere Allelvia".

Esta es, a grandes trazos, la descripción de uno de los sagrarios más famosos y originales de España.



XVI

## EL "FANAL" DE LEPANTO, EN GUADALUPE

El recuerdo de aquel imborrable 7 de octubre de 1571 que marca una de las fechas más gloriosas para la cristiandad, en que fue abatido para siempre el poderío de la Media Luna y que engarzó en la corona de la invicta España uno de los triunfos más clamorosos de su historia, nos invita a contemplar el mejor trofeo de aquel hecho de armas. el gracioso "fanal" o lámpara árabe que hoy adorna la sacristía guadalupense, pinacoteca insuperable del inmortal y cada día más cotizado artista de Fuente de Cantos, Zurbarán.

En aquella liga, mitad santa y otro tanto política, en que la cristiandad se enfrentó en aguas de Lepanto con la escuadra turca, España —en vanguardia siempre, cuando de proteger al catolicismo se trata— puso ella sola tanto como el Papa y Venecia juntos; y al lado de Veniero y Colonna mandó por jefe de sus barcos al esforzado italiano —que servía a Felipe II— Andrea Doria.

La formidable Escuadra otomana componíase de 240 galeras y naves, con 120.000 soldados y tripulantes, mientras la armada cristiana del Papa, Venecia y España —con sus aliadas Génova y Saboya— no pasaba de 300 velas y unos 80.000 soldados; pero el valor, fe y disciplina de los nuestros suplieron la inferioridad numérica.

Fue el memorable 7 de octubre de 1571 cuando las dos armadas se encontraron frente a frente en el —desde entonces— histórico mar; la turca al mando de Alí-Bajá, con la Media Luna por distintivo, y la



* FANAL QUE PERTENECIO A LA CAPITANA TURCA EN LA BATALLA DE LEPANTO, OFRECIDA POR DON JUAN DE AUSTRIA A LA VIRGEN.

cristiana, capitaneada por el valeroso Juan de Austria, con las banderas de los coligados y el Cristo, que después se llamó "de Lepanto", en el estandarte del jefe supremo.

Mientras los soldados peleaban, el pueblo cristiano, encabezado por su Pastor de Roma Pío V, elevaba al cielo fervientes plegarias; y éstas, más que su bizarría, decidieron, después de tres horas de rudo combate, la derrota de los turcos, que al ver la cabeza de su jefe en lo alto de una pica se acobardaron y sólo 40 galeras lograron huir con el virrey de Argel, Ulach-Bajá. Murieron, sí, muchos cristianos; pero el triunfo de la cruz fue rotundo, liberando a más de 12.000 cautivos y sobre todo aplastando el poderío de la Media Luna, que amenazaba con dominar todo Europa.

La gran noticia recibióla el Papa en Roma y para agradecer al cielo este favor, estableció la fiesta del Santo Rosario. En su retiro de El Escorial súpolo Felipe II cuando rezaba con los monjes jerónimos en el coro, y por todo comentario ordenó cantar un solemne "Te Deum".

Juan de Austria, digno sucesor de la valentía de su padre Carlos I y heredero de la piedad de sus mayores, no pudo olvidar, en la hora del triunfo, aquellos dos santuarios que polarizaban la piedad mariana de Castilla y Aragón: Guadalupe y Montserrat. A su Virgen Morena encomendó él tamaña empresa y ahora, agradecido, envíales sendas lámparas árabes para que se queme el aceite de la fe cristiana allí donde ardió la grasa de la ley mahometana.

Por lo que se refiere a la que mandó al santuario extremeño, y que, enviada por conducto de Felipe II en 1573, ardió ante la Virgen de las Villuercas al lado de aquellas ciento y más lámparas de ricos metales que reflejaron la devoción secular de reyes, capitanes y nobles a la Virgen de la Hispanidad, hallamos claros testimonios en las antiguas crónicas del monasterio guadalupense, siendo el más curioso y, por antiguo, el más autorizado, el que nos ofrece en 1597 el padre Talavera, que por entonces ya contó más de 70 lámparas en el templo cacereño y nos dice que entre ellas:

"campea aquel vistoso fanal, en su grandeza y obra marauilloso, que se truxo de la galera capitana del gran Bassa, quando el serenissimo Principe don Juan de Austria, hijo del Emperador Carlos quinto, alcanço aquella milagrosa victoria naual, contra la poderosa armada de Selim, segundo Monarcha de los Othomanos. Consagrola y dotola a nuestra Señora de Guadalupe la piedad y deuocion de su hermano el rey Philipo, agradecido de su fauor año de mil y quinientos y setenta y vno." ("Historia de Guadalupe", folio 156 vuelto.)

En el templo estaba aún en 1743, cuando el padre San José escribió su historia de Guadalupe; pero fue por esos años cuando Lara Churriguera llevó a cabo —por encargo de la Comunidad jerónima— la desafortunada restauración que tanto hizo perder al prístino sabor de la basílica gótico-mudéjar de Guadalupe. Y hacia el 1744 o tal vez más tarde, cuando en el reinado de Carlos IV de España se deshicieron casi todas las lámparas para entregar su oro y plata al exhausto erario nacional, trasladóse el "fanal" de Lepanto a la sacristía, donde —pendiente del cupulín de la capilla de San Jerónimo— hoy adorna la grandiosa estancia.

Como podemos apreciar por la adjunta fotografía, trátase de una lámpara de bronce, característica enteramente árabe, y ofrece varias señales de otros tantos impactos, que la hacen más gloriosa.

Sin duda es el mejor recuerdo de aquella célebre victoria, el más valioso argumento de lo que Guadalupe significaba en el siglo XVI y el testimonio más fehaciente de la devoción que a la Virgen "Morenita" de las Villuercas profesó el "Jeromín" que un día lejano, siendo muy niño, y procedente del monasterio cacereño de Yuste, vino por vez primera a postrarse ante la milagrosa Señora con Magdalena de Ulloa.



* VESTIDO DE LA VIRGEN QUE BORDO Y REGALO —EN 1629— LA INFANTA ISABEL CLARA EUGENIA.

XVII

## "LA NOVIA DE EUROPA" ANTE LA VIRGEN DE GUADALUPE

Una de las figuras que, sin duda, han dejado recuerdos más gratos en el pasado de Guadalupe, ha sido la Infanta Isabel Clara Eugenia, hija predilecta del Rey Prudente y fruto de su tercer matrimonio con Juana de Valois.

Entre los muchos detalles simpáticos que esmaltan la no corta vida de Isabel Clara (1566-1633) destacóse —y así lo hacen constar los historiadores un poco metidos en los anales de Guadalupe— una devoción tierna a la Virgen de las Villuercas, a la que visitó en repetidas ocasiones y ante cuyas plantas se puso en juego su porvenir cuando el año 1577 se reunieron en este monasterio el rey de Portugal, don Sebastián, y Felipe II para tratar —entre otros asuntos— del proyectado matrimonio de la Infanta con el monarca luso; proyecto que no cristalizó —a pesar de que el rey portugués llevaba acariciándolo varios años— por razones muy diversas y complejas, entre las que el conde de Portalegre apuntó, en carta privada a Felipe II, la impotencia de aquél.

Esta devoción —entonces universal y tan de la corte— heredóla Isabel Clara Eugenia de sus antepasados todos y lógicamente la fomentaría el trato con su padre, su padrino Juan de Austria... y tantos otros allegados y familiares devotísimos de esta efigie. En Guadalupe la hallamos varias veces y sobre todo en 1580 cuando Felipe II se

encaminaba a ocupar el trono portugués. En aquel viaje le acompañaban su cuarta esposa Ana de Austria, el Príncipe heredero don Diego y las Infantas Catalina e Isabel.

Venía, también, el archiduque cardenal diácono Alberto de Austria, el hijo de Maximiliano II a quien la Providencia tenía reservada una relación con aquella niña de catorce abriles —a la que es fama dio en Guadalupe la primera comunión— que entonces él tal vez ni sospechaba. En efecto, la que ha pasado a la historia como "Novia de Europa"; la que primero interesó al rey de Portugal, y al archiduque Ernesto y otros príncipes europeos después, casó, al fin, con su primo el archiduque Alberto, el año 1598, después de haberle aceptado el Santo Padre la renuncia al capelo cardenalicio. Larga fue esta visita, en que pasaron toda la Semana Santa; y en Guadalupe se dieron cita personas tan ilustres como el gran teólogo dominico fray Diego de Chaves y el famoso arabista Arias Montano, que formaron parte de un grupo de juristas encargados de estudiar los derechos del Rey Prudente al trono portugués.

Felipe II había abdicado los Países Bajos en favor del cardenal su sobrino y de Isabel Clara Eugenia el 6 de mayo de 1598; y ahora ellos iban a ser los primeros reyes de aquella nación que sin desligarse de España alcanzaba una independencia justa. Están ya en los Países Bajos y, sin embargo, de las ocupaciones como reina consorte y no obstante la distancia, su devoción a la Virgen de Guadalupe continuó viva en la piadosa Isabel, procurando, además, fomentarla en el archiduque. Ese amor cristalizó en ricas dádivas mandadas a la Virgen extremeña, como podemos ver en el libro de "Bienhechores", escrito el año 1664. De Alberto nos dice que siendo conde de Flandes, envió a esta Casa una lámpara de plata, de preciosa hechura, que pesó 177 marcos, y con ella mandó 300 ducados para dotarla perpetuamente, a fin de que ardiera ante la Virgen por su Alteza y por la Infanta Isabel Clara, su mujer.

La generosidad de la preclara hija del Rey Prudente merece un capítulo aparte, ya que no una, sino varias veces, es citada en el precioso manuscrito susodicho. De ella refiere que en 1577 regaló a la Virgen de Guadalupe un rico vestido de oro y en 1582 mandóle una saya entera de plata prensada, con guarniciones de oro, que sirvió para hacer a Nuestra Señora dos sayas y un manto; y ese mismo año le mandó otro vestido entero hecho exprofeso para la Virgen. Años más tarde, en 1590, hallándose la Infanta con fiebres tercianas, prometió a la Señora

de Guadalupe un vestido rojo muy rico si curaba; y habiéndola escuchado la milagrosa Virgen, cumplió ella su promesa y envió el vestido, ricamente guarnecido de oro.

Pero donde Isabel Clara Eugenia se manifestó no sólo generosa y singularmente devota de esta imagen, sino como una consumada artista en el arte de bordar, fue en el regalo que a la Sagrada Virgen mandó desde los Países Bajos en 1629: un manto riquísimo y bello en grado superlativo, que por fortuna todavía podemos admirar en el joyel de este monasterio y que luce cada año la Señora de Guadalupe en su triunfal procesión por el claustro mudéjar el día de su fiesta. Ese vestido singular desapareció de Guadalupe cuando la Desamortización de 1835 expolió todo su rico joyel; y lo mismo que el manto "rico" de perlas y el "segundo" de la Comunidad fueron enviados en 1842 por el Regente General Espartero a los Santuarios del Pilar de Zaragoza y Desamparados de Valencia, éste de la Infanta fue llevado al Santuario madrileño de Atocha; pero al fin una orden de la reina Isabel II los devolvió a Guadalupe en 1844.

El valor, tanto material como artístico, de este obsequio de Isabel Clara Eugenia, bien merece una descripción y la haríamos de buen grado; pero ya la tenemos en el antedicho manuscrito de "Bienhechores", al que en 1664 fueron trasladados los datos todos que se contenían en viejas tablas; y con el fin de no desperdiciar ni un ápice del encanto que una descripción contemporánea entraña, preferimos copiarla literalmente. Dice así, en su folio 31v°-32r°:

"La Serenisima Ynfanta de Castilla, D.ª Ysabel Clara Eugenia hija de el Rey D. Felipe 2.° de este nombre fué muy devota de nuestra señora de Guadalupe y la embio desde Flandes vn vestido rico de tela de Milan fina, el manto açul y la vasquiña blanca, y vn vestido blanco para el niño, entrambos sembrados y guarnecidos de piedras de oro y perlas en esta manera: El manto tiene por guarnición sesenta y vna pieças grandes de oro y bien labradas, cada vna con su diamante labrado en punta y quatro perlas; tiene más sesenta y cinco pieças de oro pequeñas cada vna con un diamante en punta, y dos perlas; tiene en el campo mil y ducientas y veinte y vna perlas. La saya tiene por guarnición 42 pieças grandes de oro, cada vna con su diamante en punta y 4 perlas y quarenta pieças pequeñas cada una con su diamante en punta y dos perlas; tiene más el campo 300 y cinquenta y ocho perlas. Todo el campo del manto y saia está muy ricamente bordado de claueles y lirios a manera de punto de encarnación de mucha estima y muchas ss, de canutillo de oro y aljófar; el manto del niño esta labrado

de la misma manera y tiene por guarnición veinte pieças grandes de, oro cada vna con su diamante en punta y quatro perlas, y veinti y vna pieça pequeñas con su diamante en punta cada vna con dos perlas. Tambien embio para nuestra señora vnna toca de hilo de oro sembrada toda de lentejuclas y de nouecientas quarenta y siete perlas, y por orla y guarnición tiene veinti y cinco y ducientas perlas grandes netas, y muy finas, y quinientas y veinti y quatro perlas pequeñas; todo se aprecio en veinte mil ducados. Reciuiose este uestido en esta Santa Cassa en 23 de agosto de 1629 años."

## XVIII

## PORTUGAL Y EL MONASTERIO DE GUADALUPE

Si en España fue Guadalupe el santuario nacional y la fragua donde se forjaron y decidieron hechos trascendentales a lo largo de varios siglos de su historia, Portugal no fue a la zaga en la devoción a la venerada Virgen de la Hispanidad, y el nombre de Guadalupe suena insistentemente en muchas de las brillantes páginas de aquel gran pueblo, cuyas relaciones con el cenobio extremeño comienzan con su rey don Fernando I, que ofreció a Nuestra Señora en el lejano año de 1370 —antes que el blanco y pardo sayal de la benemérita Orden jerónima llenase los ámbitos del ya famoso santuario— la primera de aquellas incontables lámparas de plata que hasta el reinado de Carlos IV de España—que las mandó deshacer para el erario nacional—, reflejaron ante la Virgen Morenita la devoción de muchas generaciones y la fe de ilustres reyes y conquistadores.

Cuando el valeroso hijo de don Juan I de Portugal, Enrique el Navegante, asombró al mundo con aquellos descubrimientos náuticos que revolucionaron la geografía tradicional, era ya vieja la devoción del reino luso a la Virgen de las Villuercas, cuyo nombre volaba por todos los ámbitos de la Península Ibérica y muy pronto iba a cruzar los mares lejanos en el mástil de las naves descubridoras —bautizadas muchas veces con su nombre—, en las corazas de los guerreros y junto a la cruz de los heraldos del Evangelio para amparar los primeros pasos de nacientes civilizaciones, lo mismo en las Indias orientales que



en América. Y una prueba fehaciente de que la devoción a la Virgen de Guadalupe tuvo honda raigambre en el pueblo hermano, nos la ofrecen esos dos enterramientos que hoy contemplamos en la capilla de Santa Catalina y que cobijan los restos del infante don Dionis —hijo del rey don Pedro I "el Severo" y su amiga la legendaria Inés de Castro, y tia de Enrique el Navegante— y su esposa doña Juana de Castilla, hija del monarca trastamara Enrique II. En su testamento pidieron descansar cerca de la milagrosa Virgen, y fue su hija doña Beatriz la que en 1461 costeó su primitivo mausoleo labrado en el centro de la capilla por el ilustre escultor holandés Anequín Egas.

El hecho curioso de que en 1385 sirviera el rico trono de Santa María de Guadalupe para costear la desgraciada batalla de Aljubarrota, que el monarca castellano don Juan I perdió contra su homónimo rey luso, nos revela la importancia que ya entonces tenía Guadalupe y señala una relación con Portugal que fue acrecentándose en los siguientes reinados hasta alcanzar su apogeo en tiempo de Felipe II, cuando los dos cetros hermanos se juntaron bajo una sola corona. Y en la historia de esta devoción desfilan el pueblo, nobleza, conquistadores y reyes, entre los que merecen una especial mención Alfonso V "el Africano", que visitó varias veces a la venerada Virgen y a Guadalupe acudió para buscar el consentimiento de la princesa Isabel de Castilla cuando su hermano Enrique IV buscaba la unión de Portugal y España con ese casamiento, que la futura gran reina desechó decididamente.

Después hallamos en Guadalupe a don Juan II, que ofrendó a Santa María el singular donativo de dos quintales de marfil —que sirvieron para aquel hermoso retablo que tanto elogió en 1549 el historiador Pedro de Medina—; a don Manuel I "el Venturoso", que hizo gracia al Monasterio extremeño del importante privilegio de los pastos de la Estrella, en cuya sierra podían veranear 15.000 cabezas de ganado, y también concedió a este santuario 50 arrobas de azúcar anuales de la isla Madera; la emperatriz Isabel, esposa del gran César Carlos I, cuyo amor a la Virgen de Guadalupe ha quedado reflejado en el maravilloso terno rojo que se bordó con un vestido suyo y hoy admiramos en el sin par museo de telas que atesora Guadalupe; y, sobre todo, el infortunado joven monarca don Sebastián, en cuyo efímero reinado fue Guadalupe el punto de cita de las Cortes castellana y portuguesa para tratar entre el Rey Prudente y su inexperto sobrino problemas tan importantes como el casamiento —fracasado— de éste con su prima Isabel Clara Eugenia y, sobre todo, la ayuda de Felipe II en las so-



• DOÑA JUANA, ESPOSA DE DON DIONIS DE PORTUGAL (¿POMPEYO LEONI?)



ñadas conquistas de Norteáfrica que don Sebastián proyectaba y donde, por no seguir el consejo de su tío, perdió la vida poco después.

Esta devoción de los reyes portugueses siguió en línea paralela con el afecto que a Santa María de Guadalupe profesaron los monarcas castellanos, pudiéndose afirmar que en ambas coronas tuvo éste las mismas vicisitudes, de esplendor en los siglos XIV-XVII y decadencia a partir de la siguiente centuria, cuando los dos reinos iniciaron un marcado ocaso y perdieron su hegemonía en el mundo. Y al igual que a los reyes españoles imitó en esta devoción la nobleza y pueblo, también hallamos postrados ante la milagrosa Señora de Guadalupe incontables peregrinos portugueses y toda una pléyade de nobles y conquistadores que le encomendaron sus problemas y agradecidos le ofrendaron ricos presentes, como aquel Luis de Alencastre, que regaló a Guadalupe los calderos y mangos de escoba para limpieza del camarín: el valiente conquistador de Goa y Cochin Alfonso de Alburquerque, que mandó la bala que pudo matarle y con ella infinidad de joyas; Antonio de Acebedo, Luis Bravo de Acuña y, en época posterior, la ilustre duquesa de Aveiro, María Guadalupe Lancáster, quien no sólo vino a este santuario muchas veces con sus padres, y ella sola, y fue incansable en ofrecer a la Virgen Morenita regalos de singular valor, sino que en su testamento dispuso ser enterrada junto a su madre y un hermano bajo el trono de la Señora después de haber depositado a sus pies la fórmula de esclavitud suya y de sus tres hijos escrita con sangre de sus venas.

Si a todo esto añadimos los incontables milagros que Santa María de Guadalupe obró en favor de marinos y devotos portugueses —que llenan gran parte de los voluminosos libros en pergamino que se escribieron en el siglo XV y hoy se guardan como una valiosa joya en el Archivo de Guadalupe—, comprenderemos la razón que tenían los hijos del pueblo hermano al decir que el Monasterio de las Villuercas, tanto por su proximidad con Portugal, como por la devoción que aquel reino siempre le tuvo, era más de ellos que de Castilla. Y por eso se esmeraron en venerar copias de esta antigua y célebre imagen en Braga, Samora Correia, Evora, Vila do Bispo, Goa y hasta en el Congo, cuyo rey don Diego regaló a la Virgen de Guadalupe una valiosa lámpara en el siglo XVI, como consta en el libro de bienhechores del Monasterio.



• DON DIONIS DE PORTUGAL, ESPOSO DE LA INFANTA DOÑA JUANA (¿POMPEYO LEONI?)



XIX

## LA IMPRENTA EN EL GUADALUPE DEL SIGLO XVI

Hace años llegó a nuestras manos, obsequiado por su autora, la señorita Luisa Cuesta Gutiérrez (q. e. p. d.), un curioso y bien presentado folleto, editado en 1956, que ella intitulaba: "Un interesante hallazgo bibliográfico en la Biblioteca Nacional de Madrid." Trata en él, casi exclusivamente, de la imprenta en Guadalupe; y de este asunto vamos a ocuparnos brevemente en este capítulo.

Es indudable que los monasterios han sido, a lo largo de los siglos, verdaderos centros de cultura en sus diversas manifestaciones, a la vez que han desempeñado un papel muy importante en la conservación del saber humano.

Guadalupe no sólo fue el más importante cenobio de los 69 que la benemérita Orden Jerónima llegó a tener en la Península Ibérica, sino que en muchos aspectos puede, incluso, figurar entre los primeros centros europeos de cultura, ya que, si como santuario mariano fue el templo nacional español en los siglos XIV-XVII, sus hospitales famosos, sus incomparables escuelas de iluminación y bordado y sus talleres de forja y repujado hicieron de este monasterio uno de los más importantes y conocidos de Europa.

En un monasterio que supo rodearse de artistas próceres y de hombres de singular cultura, no podía pasar desapercibido el sensacional



* "MISA MILAGROSA DEL PADRE PEDRO DE CABAÑUELAS". ZURBARAN.

y revolucionario invento de Gutemberg, que tan extraordinariamente facilitaba la divulgación de la ciencia, hasta entonces patrimonio de pocas personas. Es verdad que en el uso de la imprenta no fue Guadalupe a la cabeza, como lo estuvo, por ejemplo, en otros adelantos médicos; pero es una prueba palmaria de su importancia y del alto nivel cultural de sus monjes el que aparezca el arte tipográfico en este rincón escondido de España, en plena mitad del siglo XVI.

A nadie puede extrañar que en el mismo siglo de su invención aparezca la imprenta en Valencia (1474), Barcelona (1475), Sevilla (1477), e incluso en el monasterio de Montserrat (1499), tan cercano a la capital de Cataluña; pero significa mucho que florezca poco después en Guadalupe, tan alejado de grandes urbes. Y tengo para mí que el no haberse establecido antes la imprenta en el monasterio extremeño obedeció, sin duda alguna, al perjuicio momentáneo que su implantación podía ocasionar a la tan floreciente escuela de iluminación de libros, asentada por entonces en Guadalupe; ya que no se explica de otro modo ese retraso, teniendo en cuenta que al introducirse el arte tipográfico en España con los Reyes Católicos, era Guadalupe un gran centro cultural y el santuario predilecto de aquellos Monarcas.

No es éste el tema guadalupense más estudiado, y seguramente se debe a los datos tan escasos que sobre el asunto poseemos. Sin embargo, no hay duda que en Guadalupe existió la imprenta a mediados de la XVI centuria, por conocerse algunas obras impresas en esta puebla y monasterio. Hasta ahora sabíamos que en 1544 habíase comenzado en Guadalupe la obra "Abito y armadura espiritual", del maestro Diego de Cabranes, que se acabó en Mérida, donde el autor era vicario perpetuo, en el siguiente año. También conocíamos, como impresa en Guadalupe en 1546, la obra de San Buenaventura, "Fórmula Novitiorum"; y teníamos noticias de una tercera obra salida de los tórculos de este monasterio, intitulada "Ordenanças del Prior". De todos estos libros nos habla, bien que muy someramente, don Nicolás Pérez Jiménez, en su estudio sobre la medicina guadalupense, publicado en "Virgen y Mártir" (Badajoz, 1895).

Ahora, con el importante hallazgo de la señorita Cuesta Gutiérrez, fíjase un nuevo jalón en el conocimiento de la imprenta en Guadalupe; pues aunque ella no aporta una nueva obra, nos da a conocer la primera edición de las "Ordenanças". El título completo de la obra es: "Ordenança con su glosa, hecha en el monasterio e puebla de nra. señora de Guadalupe por el muy reverendo señor prior Hernando de Sevilla, sobre la manera que se ha de tener en el comprar y vender

de los censos al quitar, según los tolleraron los pontífices Martino quinto y Calisto tercio." De ella hiciéronse tres ediciones, la primera y segunda en Guadalupe, en 1547 y 1548, y la tercera en Medina del Campo, en 1551.

En sus tres ediciones es ésta una obra de singular valor bibliográfico, por su rareza, ya que son muy contados los ejemplares que se conservan, sobre todo de la primera edición, tan sólo conocida por el ejemplar hallado en la Biblioteca Nacional y otro que se guarda en el British Museum, de Londres.

La portada de esta edición descubierta por la señorita Gutiérrez es preciosa. Está impresa a dos tintas, negra y roja, y enmarcando el título vese variado follaje, con el escudo imperial arriba y dos efigies a los lados, que bien pudieran ser el Emperador Carlos I y su esposa, la Emperatriz de Portugal.

Estas "Ordenanças" fueron glosadas por el vecino ilustre de Guadalupe Diego López Pizarro, hijo de una hermana del conquistador del Perú y del famoso jurista Gregorio López, de quien nos ocupamos largamente en otro lugar.

Por el colofón de este libro conocemos, a la vez que el lugar y fecha de impresión, los nombres del prior de Guadalupe y del impresor. El primero se llamaba fray Hernando de Sevilla. De él nos hablan con sumo elogio varias historias antiguas del monasterio, según las cuales era hijo de los ilustres Tellos, de Sevilla, de cuyo monasterio de San Jerónimo fue fray Hernando prior algunos años. En este de Guadalupe ocupó el número 34 entre los priores jerónimos que lo han regido, y duró su mandato desde el año 1541 hasta el de 1548, en que murió, el 22 de agosto. Durante su priorato visitó este monasterio, y en él pasó la Semana Santa, el príncipe don Felipe, con sus dos hermanas, doña Juana y doña María.

Por lo que toca al impresor Francisco Díaz Romano, hase de advertir que en sus talleres se imprimieron también las otras dos obras salidas de las cajas de Guadalupe. Según propio testimonio, había nacido en esta puebla, donde vivió algunos años. Luego pasó a Valencia, y allí, en 1539, es nombrado impresor oficial de la ciudad para que "él y no otra persona alguna pueda estampar e imprimir las cosas y obras que de aquí adelante se convenga por la dicha ciudad, imprimir y estampar". Efectivamente, de su labor en la ciudad del Turia nos habla don José Villarroya al tratar de la imprenta en Valencia.

En 1541 deja la ciudad levantina y vuelve a su tierra con su imprenta, llamado seguramente por los monjes, que no sólo lo conocían,



sino que tal vez le ayudaron a colocarse en Valencia. En Guadalupe trabajó afanosamente en los pocos años que le restaron de vida, ya que un año después de lanzar la segunda edición de las "Ordenanças", fallecía en esta Puebla, según hemos hallado en el libro de sepulturas del archivo de este monasterio, en cuyo f° 72v° dice: "Sexta Renclera. Nave Mayor: En 5 de junio de 1549 se dió esta sepultura para Francisco Díaz Impressor de libros." Por estas palabras vemos que sus restos yacen, como los de tantos otros personajes, en la nave central de la iglesia guadalupense, bajo el relleno con que Lara Churriguera levantó, en el siglo XVIII, el primitivo pavimento.

Por lo que respecta a la familia del impresor, nada sabemos de cierto, aunque presumimos haberle acompañado, al menos mientras vivió en Guadalupe, ya que el citado libro de sepulturas nos facilita otro dato curioso al decirnos en su f° 97: "Oncena Renclera, Nave Mayor: En 7 de mayo de 1559 se enterró aquí una hija del imprimidor de edad de 14 años." No especifica más detalles, pero de seguro se refiere a Francisco Díaz, único impresor conocido en Guadalupe.



• DETALLE DE LA "MISA DEL PADRE CABAÑUELAS". ZURBARAN.



## XX

## JUAN DE DIOS Y EL MILAGRO DE LA SALVE

ALLA por los años de 1495, cuando todavía flotaba en los aires españoles el eco de la victoria granadina, en la lusitana ciudad de Montemayor y en el pobre y campesino hogar de Andrés Ciudad y N. Duarte, veía la luz primera un niño que llenará de gloria a su patria, a España y a la Iglesia.

Eran tiempos aquellos de feudalismo aún no del todo dominado y en la región de Evora muchos carecían de trabajo. Juan, cuando apenas ha cumplido los ocho años, abandona su patria grande y chica. orientando sus débiles pasos a España, hacia la renombrada y floreciente villa castellana de Oropesa, la del célebre castillo condal... Allí no tarda en hallar un salario, sirviendo de criado al carcelero y después como zagal y pastor durante ocho años con los rebaños del rico ganadero Ferruz y Navas.

De natural bueno, no deja de tener Juan un temperamento ardoroso; y cuando ha cumplido los veintidós abriles se alista en las filas militares que, al mando del conde de Oropesa, don Fernando Alvarez de Toledo, acuden en socorro de la fronteriza plaza de Fuenterrabía, sitiada por los franceses.

Regresando a Oropesa, guarda ganado otros cuatro años en sus llanos campos; pero su espíritu guerrero le empuja a trocar otra vez la paz del pastoreo por el fragor de las batallas; y acompañando nuevamente al conde de Oropesa, marcha a Alemania, centro del gran impe-



* CAMARIN DE LA VIRGEN, DECORADO CON NUEVE LIENZOS DE LUCAS JORDAN.

rio del César Carlos que un día buscará sosiego para su espíritu cerca de los campos que Juan abandona en pos de la gloria de las armas. Después de dos años torna a España, y navegando por el norte, desembarca en La Coruña, peregrinando desde allí al sepulcro del Apóstol Santiago, en cumplimiento, tal vez, de algún voto.

Frisa ya los 30 años y su tierra, abandonada hace mucho, le atrae. No tiene domicilio estable y sin rumbo fijo dirige sus pasos al pueblo en que nació y donde ya no viven sus padres, pero visita a un hermano de su madre. Baja de allí al sur y, entrando por Ayamonte, camina a la fértil y populosa ciudad de Sevilla, donde se pone a servir de pastor con doña Leonor de Zúñiga. Pero el campo no le llena, y otra vez deja los rebaños para seguir el camino de las armas, ahora en Ceuta. Luego trabaja de peón albañil; pero no acaba de hallar lo que, tal vez sin saberlo, busca su inquieto espíritu.

Vuelve a España, desembarcando en Gibraltar después de un peligroso naufragio. Aquí busca sustento vendiendo estampas y libros; y cuando menos lo piensa encuentra la contestación a su no centrada vida: El Señor se le aparece en forma de Niño y mostrándole una granada abierta y sobre ella una cruz, le dice: "Juan de Dios, Granada es tu cruz." Dócil a la voz divina, se encamina a la bella ciudad del Darro, y busca otra vez el pan vendiendo libros. Allí conoció al gran apóstol de Andalucía, Beato Juan de Avila, y sus sermones acaban de abrirle los ojos del alma. Cambia de vida e inicia un raro apostolado que le vale ser tomado por orate y llevándole al hospital real de Granada, le azotaron cruelmente. Sólo Juan de Avila sabe hallar a un santo allí donde los demás veían un loco.

Por entonces, pleno siglo XVI, llenaba todos los ámbitos de la Península Ibérica, con su fama y milagros, la extremeña Virgen de Guadalupe, visitada por incontables peregrinos, invocada por reyes, nobles y conquistadores victoriosos y cantada por literatos y poetas. Su templo era el auténtico santuario nacional. El reino luso profesábale singular devoción y era natural que Juan muchas veces en su hogar oyese su nombre y constantes milagros. Algunos historiadores de la Santa Casa creen que desde Oropesa vino más de una vez a orar a la Morena Virgen; y su historia nos dice que en Fuenterrabía se postró ante la Señora de Guadalupe que desde el siglo XV allí se venera, como una de las más célebres copias de la Virgen cacereña. Juan quiere visitarla otra vez en su santuario y ofrecerle el paso definitivo que en su vida está dando. Sale de Granada; pasa por Montilla para ver a su amigo Juan de Avila y, descalzo, sin barba, harapiento y con un ca-



• SAN JERONIMO. IMAGEN DE TERRACOTA. OBRA DE TORRIGIANI. (SIGLO XVI.)



yado por todo equipaje, se dirige a Extremadura después de ser apaleado y metido en la cárcel como loco en la villa de Fuenteovejuna. que inmortalizaría años después el gran Lope de Vega.

Por fin llega a Guadalupe, en 1537 según unos y en 1539 en sentir del historiador del monasterio P. San José. Su facha de mendigo le confunde entre los mil peregrinos pobres que por aquí desfilan en busca de salud, del amparo de María de Guadalupe o de una limosna en el opulento cenobio jerónimo que tenía costumbre de socorrer a todos los menesterosos durante tres días y al marchar les daba un par de zapatos. Juan hubiera pasado desapercibido como más tarde pasaría el Manco de Lepanto, si la Providencia no tuviera ligada su vida al Santuario de las Villuercas.

Tanto los anales de Guadalupe como las biografías del fundador de los Hermanos Hospitalarios, se hacen eco de un singular prodigio ocurrido a Juan de Dios: Un día, cuando todos salieron del templo, quedóse Juan escondido en un rincón, y una vez se creyó solo, dirigió a la Santa Virgen —oculta tras ricas telas— la plegaria de la salve. Y he aquí que al pronunciar las palabras "vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos", las pesadas cortinas milagrosamente se descorren y el humilde Juan contempla el rostro moreno, pero bellísimo y cautivador, de la veneranda imagen. Al oír el ruido de las argollas, el sacristán sospecha que alguno está robando y al ver en el suelo a un mendigo con facha tan sospechosa, creyéndole un ladronzuelo trata de arrojarle del templo, de un puntapié; pero aquí le esperaba Dios: ¡el pie se le queda seco e inmóvil! Al fin, Juan le cuenta lo ocurrido y el pie sana milagrosamente.

Es entonces cuando el hermano sacristán presenta a nuestro santo al Prior Fray Francisco de Santa María, quien, enterado de lo ocurrido, recibe a Juan en el Monasterio, vistiéndole el Hábito de Donado para que sirva en aquellos afamados hospitales que Guadalupe mantenía en favor de los peregrinos enfermos y que tan gloriosas páginas aportaron a la historia de la medicina española.

Juan permanece en Guadalupe una temporada, que unos reducen a veintidós días y otros extienden a medio año. La devoción que ya profesaba a la Virgen de la Villuercas se acrecienta sin medida y para premiársela, le regaló Ella con un segundo prodigio: Un día que ante su imagen oraba, dejósele ver la Madre del cielo con el Niño desnudo en brazos; y hablándole le dijo: "Juan, viste a mi Hijo para que aprendas a vestir a los pobres." Estas palabras completaban el dibujo de su vida: Asistir a los menesterosos y enfermos en Granada.

Guadalupe no está lejos de Oropesa y Juan quiere visitar por última vez aquellos campos que tantas veces recorriera con sus rebaños. De Oropesa baja a Baeza, donde encuentra al Beato Avila; y por fin regresa a Granada, que será la palestra definitiva de su heroica virtud. Como tantas otras veces, dedicóse a vender leña para ganar el sustento, mientras iba perfilando el programa de su total dedicación a los pobres y enfermos.

Por fin, alquila una casa y la convierte en hospital, escribiendo, así, el primero y más emotivo capítulo de esa gloriosa y cuatro veces secular historia humanitaria que, nacida en Guadalupe y comenzada en Granada, se ha formado en el mundo entero con óptimos frutos, bajo el cuidado amoroso de esos hermanos beneméritos que Juan de Dios dejara como heredados de su espíritu y obra cuando, el 8 de marzo de 1550, abandonó este mundo.



## XXI

## LIBERTADORA DE CAUTIVOS

Uno de los frutos más saludables que ha producido en el mundo la doctrina de Cristo ha sido enseñarnos la igualdad entre los hombres y el derecho sagrado que todos tenemos a la libertad, condenando como antihumana la esclavitud. Y preocupó tanto a la Iglesia la triste suerte de aquellos desventurados que caían en manos de los piratas turcos que por odio a la fe católica o en busca de un pingüe lucro acechaban las costas africanas, que en 1198 procuró la fundación de una Orden religiosa especialmente dedicada a libertar con limosnas a los cristianos que gemían en oscuras mazmorras musulmanas, trabajando también más tarde en obra tan humanitaria los franciscanos —que ya en vida del santo fundador iniciaron su apostolado en Marruecos con la sangre de cinco misioneros— y la Orden de la Merced, que en 1218 fundara con este principal fin San Pedro Nolasco.

Al lado de tan beneméritas instituciones religiosas debemos recordar el importante papel que desempeñó el monasterio jerónimo de Guadalupe en esta obra, ya que el rescate de cautivos es uno de los capítulos más gloriosos de su incomparable y siete veces secular historia, sin embargo de que la Virgen extremeña sólo sea conocida como el faro de la obra hispana en el Nuevo Mundo.

La historia de la redención de cautivos bajo la mirada de Santa María de Guadalupe es tan antigua casi como el milagroso hallazgo de esta venerada imagen, que entre los incontables y ruidosos prodigios



* EL CLAUSTRO MUDEJAR Y TEMPLETE, SEGUN UN DIBUJO DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX, DE LABORDE.

que repartió por todo el mundo, acordóse particularmente de los infelices cristianos esclavizados por los moros, quienes al encontrarse en libertad, acudían presurosos a ofrendar sus grillos y cadenas a la que uno de éstos, el inmortal *manco de Lepanto*, Cervantes llamó "libertad de los cautivos, lima de sus hierros y alivio de sus prisiones..."

La mejor apología a este capítulo de la historia guadalupense ofrécennosla esos ocho grandes libros en pergamino que salvados de la rapacidad de la desamortización hoy se guardan en el archivo monacal, y en los que se narran con bellos caracteres semigóticos de los siglos XV y XVI varios miles de prodigios obrados en lugares tan diferentes y lejanos como Galicia, Zaragoza, Flandes, Nuevo Mundo, Africa, Portugal y otros incontables puntos geográficos, que son una prueba palmaria de lo universal que era ya entonces la devoción a Santa María de Guadalupe. Y podemos asegurar que la mayor parte de estos milagros se refieren a cautivos que en las apartadas cárceles del Norte de Africa, y antes de 1492 también en muchas plazas españolas, se encomendaban a esta milagrosa Virgen con súplicas tan emocionantes como esta que hicieron en Granada en 1449, Martín de Osuna y Juan Francés: "¡Oh Señora, Santa María de Guadalupe! Pedímoste la merced que como a otros muchos sacas, nos saques destas prisiones e nos lleves a tu casa. Y si este bien nos faces, nosotros te prometemos de te llevar estos fierros que traemos e los ofrecer ante tu altar, e de servir sendos meses en tu obra."

Como dijimos antes y vemos por las palabras que anteceden, era costumbre entre los cautivos libertados ofrecer su trabajo a la Virgen en las obras del monasterio y entregarle como ex votos sus cadenas y grillos. Y en favor de esta afirmación tenemos el testimonio valiosísimo de ilustres viajeros que en distintas épocas peregrinaron a Guadalupe y nos regalaron sabrosas noticias sobre el particular. Ahí van algunos nombres que recogió el ilustre cronista de Extremadura Vicente Barrantes en su obra "Virgen y mártir":

*Gabriel de Teztel.*—Era patricio de Nüremberg y formaba parte de la comitiva del barón de Rosmithal en el viaje que hizo por España en el siglo XV. Describiendo la iglesia de Guadalupe dice: "Durante todo el año hay una continúa y grande peregrinación a este santuario, y se ven allí, en la iglesia, muchos hierros que han llevado los cristianos cautivos de los moros; los que hacen voto a esta santa iglesia lo hacen con la obligación de traer los hierros que han llevado en su cautiverio,

y cuando se ven libres vienen en peregrinación a visitar a esta Santa Virgen. Figuróseme que el hierro traído aquí por los cautivos no podrá ser transportado ni por doscientos carros."

*Jerónimo Münzer.*—Es otro alemán que nos dejó una interesante relación del viaje realizado en los años 1494-1495 por España y Portugal, y en el extenso capítulo que dedica a Guadalupe dice: "También vimos innumerables cadenas que los cautivos cristianos han llevado allí en agradecimiento a la Virgen, por cuya intercesión se libraron de la esclavitud; algunas de ellas pesaban veinte libras, y otras cuarenta y cinco. Cierto que contrista el ánimo ver y aun oír que gentes cristianas sean obligadas a arrastrar estas prisiones mientras realizaban durísimas labores."

*Gaspar Barreiros.*—Era canónigo portugués y escribió una historia descriptiva del viaje que hizo en 1546 desde Lisboa a Milán. Hablando de lo que vio en Guadalupe dice que "entre las innumerables ofertas y ex votos colgados por las paredes de la iglesia hay muchos milagros certificados en armaduras, cadenas de esclavos y tablas pintadas de diversos acontecimientos".

*Pedro Medina.*—Es un notable historiador que en 1549 publicó en Sevilla un libro de grandezas y cosas memorables de España, dedicando al monasterio de Guadalupe todo el capítulo LXX. Hablando de los milagros de la Virgen dice que los que hay escritos con testimonio de autenticidad pasan de tres mil, y en relación con los cautivos asegura que "están por las paredes y pilares de la iglesia muy gran multitud de hierros y argollas de captiuos; que nuestra señora ha traydo; sacándolos de la tierra y poder de los moros e infieles, y poniéndolos en esta su sancta casa".

*Bartolomé Villalba y Estaña* (*"el Peregrino Curioso"*).—Visitó Guadalupe en 1577, y dice que "hay alrededor de la iglesia novecientas cadenas y grillos que cautivos han dexado allí, sin muchos millares que quitan para las oficinas, las cuales son de casa real; que en sólo la herrería tienen tres mil azadas, ronqueros, azadones, rejas, segures y otros instrumentos para sus haciendas".

Entre los milagros de cautivos obrados por la Virgen de Guadalupe es singular el de la "Buena Cristiana", como llaman los historiadores del monasterio a la mora Fátima, que aleccionada por los cristianos cautivos, a quienes ella socorría burlando la vigilancia de sus familiares, salió de Berbería encomendándose a Nuestra Señora, y al llegar a Vejer de la Frontera, en 1448, se bautizó con el nombre de Isabel Fernández. En Guadalupe vivió en una casa que todavía se conserva

como la casa de la "Buena Cristiana", y su nombre lo hallamos en el libro de sepulturas, que nos dice murió en 1504, con fama de santa. Hay quien la considera como la fundadora de la Esclavitud Mariana, ya que por esclava perpetua de la Virgen de Guadalupe se ofreció en Berbería.

La Beneficencia del opulento cenobio de las Villuercas tuvo su apogeo en los siglos XV-XVII, pero no acabó entonces, ya que en la siguiente centuria todavía entregaban gruesas sumas de dinero con destino a redención de cautivos, como nos es dado ver en papeles del archivo guadalupense. Y aunque en la décimoctava centuria desapareció esa ingente cantidad de hierros —símbolo el más elocuente de las misericordias de María—, convertidos en aperos de labranza y después en instrumentos bélicos, nos queda todavía el recuerdo sagrado de aquellos milagros, y en amarillentos pergaminos, en las mudéjares arcadas del claustro grande, levantado por agradecidos ex cautivos, y en los viejos y tan lastimosamente abandonos cuadros de milagros que adornan sus paredes, perdura aún el ambiente que rodeó este sagrado recinto cuando la Virgen de Guadalupe era redentora de cautivos.

## XXII

## GUADALUPE EN EL PARNASO

Los poetas han sido, en todos los tiempos y en todos los pueblos, los mejores intérpretes de su historia, cantando con bellas trovas las gestas de la patria y los hechos de sus hijos.

Hablando de Guadalupe —cuyas grandezas sin término y sin igual van desfilando por las páginas de este libro— yo me atrevo a decir dos cosas: Que ningún santuario mariano ha tenido tantos ni tan calificados cantores; y que la presencia de la Señora y santuario de Guadalupe en la literatura clásica española son el mejor argumento en prueba de que el monasterio extremeño fue centro nacional de la devoción mariana desde el siglo XIV al XVIII.

Dado el interés del tema y contando con el arsenal de interesantes datos recogidos, merecería la pena dedicar, no un capítulo sino un libro, a tan valioso tema. No descartamos la posibilidad de hacerlo algún día; pero las características de esta obra nos vedan ser prolijos. Por eso tenemos que contentarnos con un somero recuento de las principales figuras de nuestra literatura que han cantado los milagros de la Señora de Guadalupe y las grandezas de su Casa.

### SIGLO XIV

*Canciller Pero López de Ayala.*—Nacido en Alava —otros quieren que en Vitoria—, florece en pleno siglo XIV (1332-1407); y podemos



decir que en la literatura clásica española representa una de las figuras próceres, por antigüedad y por categoría. Su "Rimado de palacio" es la última composición en la primera época de la literatura castellana, y podría situarse al lado de obras tan mundialmente famosas como "El Mío Cid", el "Poema de Alejandro", "Poesías del Arcipreste de Hita", o el "Poema de Fernán González". El "Rimado de Palacio" parece compúsolo Pero López durante el cautiverio de Oviedes (Portugal), a donde fue como prisionero de Aljubarrota (1385). Allí debió recordar a la milagrosa Señora de Guadalupe y con fe ciega en que le librará de la prisión, dícele versos tan primorosos como estos:.

"Si de aquí tú me libras, sienpre te loaré,
las tus casas muy santas, yo las vesitaré,
Monserrat e GUADALUPE, e allí te seruiré,
Alçando a ti las manos, muchas graçias te daré."

Después eleva una canción a las tres advocaciones para él predilectas y entonces más veneradas, Guadalupe, Montserrat y Santa María la Blanca. Comienza por Guadalupe y dice:

"Por mas acresçentar en la oraçion mía,
prometí de tener e yr por mi romería
por mi a Guadalupe a la Virgen María,
De que luego fisiera un cantar que así decía:

"Sennora, por quanto supe
Tus acorros, en tí espero,
E a tu casa en Guadalupe
Prometo de ser romero."

Tú muy dulçe melesina fueste siempre a cuytados
E acorriste muy ayna a los tus encomendados:
Por ende en mis cuidados e mi prisión tan dura,
Visitar la tu figura fue mi talante primero.
En mis cuytas todavía sienpre te llamo, Sennora,
O dulçe abogada mia, e por ende te adora
El mi coraçon agora, en esta grant tristura,
Por él cuydo auer folgura e conorte verdadero.
Tú, que eres la estrella que guardas a los errados,
Amansa mi querella e predon de mis pecados,



* SACRISTIA DEL MONASTERIO. EL REY DON ENRIQUE III DE CASTILLA OFRECIENDO EL ARZOBISPADO DE TOLEDO AL VENERABLE FRAY FERNANDO YAÑEZ DE FIGUEROA, FUNDADOR Y PRIMER PRIOR DE GUADALUPE (ZURBARAN).

Tú me gana, e oluidados sean por la tu mesura,
E me lieua aquel altura do es el plaser entero.

"Sennora, por quanto supe
Tus acorros, en tí espero,
E a tu casa en Guadalupe
Prometo de ser romero."

Si como poeta es figura cumbre, vale más aún como prosista, mereciendo loa eterna sus crónicas de los reyes Pedro I, Enrique II, Juan I y. Enrique III, cuyas vidas él de cerca conoció. Y a lo largo de sus páginas habla muchas veces de Guádalupe, que en el siglo XIV era ya popularísimo.

## SIGLO.XV

*Iñigo López de Mendoza, Marqués de Santillana* (1398-1458).—En Carrión de los Condes (Palencia) nació este gran poeta, autor de las famosas "Serranillas". Buen guerrero y diplomático, fue señor de vastos estados; y su devoción a la Virgen patentizóla en aquellas palabras que siempre figuraban en su escudo: "Dios e Vos." Pulgar en sus "Claros varones de Castilla" traza un elogioso retrato de este prócer hombre, padre del Gran Cardenal Mendoza.

Según Foulché-Delbosc, en su "Cancionero castellano del siglo XV", don Iñigo peregrinó a Guadalupe el año 1455. Y arrodillado ante la Virgen Morena, díjole una bellísima oración en verso, que comienza: "Virgen, eternal esposa..." Y al final acaba con esta plegaria:

"Çelestial lumbre lumbrosa;
nuevo sol en Guadalupe,
perdona, si más non supe,
mi lengua deffectuosa.
Ninguna fué tan verbosa
de los nuestros preçeptores,
sanctos e sabios dottores
qu'en loar los tus loores
non recresçiessen errores,
fuesse rimo, fuesse prosa."

*Juan Alvarez Gato* (1433-1496).—De él dijo Gómez Manrique que "habló en perlas y en plata".



* A TRAVES DE UN ARCO MUDEJAR EN LA GALERIA DEL COLEGIO DE INFANTES (HOY PARADOR DE TURISMO), SE RECORTAN SOBRE EL CIELO LAS TORRES DEL MONASTERIO.



¿Peregrinó, como los anteriores, a Guadalupe? Suponemos que sí. Y ciertamente tuvo noticias de tan célebre imagen; pues en su cancionero hallamos una oración "a Nuestra Señora, en tiempos del rey Enrrique, en que estaban estos reinos llenos de escandalos"; y sus estrofas finales son:

"Y, Virgen de Guadalupe,
ruega, Señora, por mí,
por mí, cautivo que supe
en los pecados que cupe
antes que los cometí;
y cuanto mi no temer
me hizo más pecador,
tanto más he menester
tu defensa, tu poder,
tu socorro y tu favor."

*Crónicas del siglo XV.*—Bajo este epígrafe englobamos las diversas crónicas de Pero Carrillo de Huete, alconero del rey Juan II; Hechos del Condestable Miguel Lucas de Iranzo; diversas Crónicas de Enrique IV, por Mosén Diego de Valera, Diego E. del Castillo y Alfonso de Palencia; Crónicas varias de los Reyes Católicos, etc. Escritas en elegante prosa, hablan con suma frecuencia de Guadalupe, relacionándolo con los reyes, nobles de aquellas épocas y devoción obligada de la España del siglo décimoquinto. Allí vemos cómo don Juan Pacheco fue enterrado primeramente en Guadalupe; cómo el prior Juan Serrano figura como albacea testamentario del rey Juan I; cómo Alvaro de Luna peregrina varias veces a este santuario; cómo los reyes Católicos lo visitan con suma frecuencia; cómo Lucas de Iranzo cumple un voto; cómo Enrique IV proyecta casar a su hermana Isabel con don Alonso V de Portugal en el santuario de las Villuercas...

*Pedro Velez de Guevara* († en 1420).—Fue tío del Marqués de Santillana y nos dejó una "cantiga en loores de santa María de Guadalupe", que recogió en su célebre Cancionero Juan Alfonso de Baena por los años de 1445. De esta Cantiga tomamos la siguiente estrofa:

"Siempre fue la tu costumbre
responder á quien te llama
e catar a quien te ama
con ojos de mansedumbre.

¡Oh mas clara que la lumbre,
lus é puerta de perdon,
santa sobre cuantas son
sey conmigo toda via!"

## SIGLO XVI

Son una verdadera legión los que en esta centuria se hacen eco de Guadalupe en sus obras. Entresacaremos los nombres más salientes:

*Fernando de Rojas* (1465-1541).—Nació en la Puebla de Montalbán (Toledo) y a él se atribuye la tragicomedia de Calixto y Melibea "La Celestina" —que otros creen ser de Rodrigo de Cota o de Juan de Mena—. En la segunda parte (tal vez la menos de Rojas), vemos cómo en boca del criado Parmeo se ponen estas palabras: "En mi vida me acuerdo haber tan gran temor ni verme en tal afrenta, aunque he andado casas ajenas harto tiempo y en lugares de harto trabajo; que nueve años serví a los frailes de Guadalupe."

*Fray Bernardino de Laredo, franciscano* (1482-1540).—Nacido en Sevilla —aunque de padres oriundos de Santander—, fue destacado médico y sobre el arte de Galeno publicó dos importantes obras, una de las cuales la examinó el doctor Romero, de Guadalupe. Tal vez la fama que en toda Europa tenían las escuelas de medicina de Guadalupe decidieran su visita a este santuario, que Laredo conoció, sin duda. Nos lo demuestra su notable obra "La Josefina" (primera edición en Sevilla, 1535), en la que, hablando de las costumbres que había de representar a San José, dice: "Yo vi en el conuento de Guadalupe vna pieça de la Natiuidad digna de muy grande aprecio, en la qual estaua la Ymagen del glorioso san Ioseph jouen, rutilante y hermosissimo, como el gran Gerson lo dize."

*Garcilaso de la Vega* (1503-1536).—Natural de Toledo, peregrinó a Guadalupe, como nos dice el clásico historiador del monasterio Fray Gabriel de Talavera (1597), al narrar algunos milagros obrados por intercesión de esta venerable efigie. Sin embargo, no poseemos cita alguna de Guadalupe en sus obras.

*Fray Antonio de Guevara*, franciscano (1480-1545).—Ilustre hijo de las Asturias de Santander, fue cronista de Carlos I y obispo de Mondoñedo. En sus importantes obras, hallamos varias veces citado Guadalupe; y merece nuestra atención sus "Cartas familiares", entre las

cuales va dirigida la XIV al Guardián del convento de Alcalá de Henares y en ella aparece Guadalupe como lugar célebre de peregrinaciones.

*Cristóbal de Castillejo* (1490-1550).—Nacido en Ciudad Rodrigo (Salamanca) y profeso en la Cartuja, dejó el convento para acompañar al hermano del César Carlos I, Fernando. Teniendo en cuenta la singular devoción y repetidas veces que el Infante —luego Emperador de Romanos— estuvo en Guadalupe, bien podemos pensar conociera también Castillejos este santuario. En una poesía a la Virgen de Montserrat, leemos:

... También haceis vuestra estancia
de Guadalupe en las breñas;
y así en la Peña de Francia;
yo no siento qué ganancia
sacais de andar por las peñas...

*Diego Hurtado de Mendoza* (1503-1575).—Hijo del marqués de Mondéjar, tuvo una vida muy activa y complicada, estudiando para clérigo, peleando en Pavía y en Túnez, etc. A él se atribuye la novela picaresca "El Lazarillo de Tormes", que el historiador jerónimo Padre Sigüenza dice ser del monje Fray Juan de Ortega. En su parte segunda. hablando de cómo Lázaro se embarcó para Argel, cita su promesa de visitar a Santa María en sus "casas de Montserrat y Guadalupe".

*Fray Diego de Ocaña*, jerónimo (1570?-1608).—Nacido en la ciudad manchega de Ocaña, profesó en Guadalupe. A finales del siglo XVI embarcó para el Nuevo Mundo y durante varios años recorrió el Virreinato del Perú, recogiendo limosnas para la Virgen extremeña. Buen escritor y excelente pintor, escribió e ilustró un curioso libro sobre su accidentado viaje. En él hallamos también una linda "Comedia de Nuestra Señora de Guadalupe y sus milagros", que se representó en Sucre el año 1602. El P. Villacampa al estudiar su valor literario, considérala como pieza de gran inspiración (véase "La Virgen de la Hispanidad, Sevilla, 1942).—El códice del P. Ocaña se halla actualmente en la biblioteca de la Universidad de Oviedo.

*Luis de Góngora y Argote* (1561-1627).—Nacido en Córdoba, creemos conoció Guadalupe, a juzgar por las descripciones que de él hace y por la devoción a su Virgen que se transparenta en sus obras. Muchos atribúyenle un romance relacionado con la visita que en 1618 hizo a

este monasterio Felipe III, viniendo de Portugal; pero el culto don Vicente Barrantes, estudiando la bibliografía guadalupense en la obra "Virgen y Mártir" (Badajoz, 1895), dice que "es una injuria atribuir estos versos al eximio Góngora".

En cambio sí es suyo otro romance bellísimo a la Virgen de Guadalupe, que por su encantadora poesía transcribimos íntegro:

"Compitiendo con los cielos
las sierras de Guadalupe,
esmeraldas son sus valles,
plata y aljófar sus cumbres.
Lloraba perlas la aurora
sobre violetas azules,
encubriendo las estrellas
y desterrando las nubes,
cuando más bella Lisarda
las ásperas sierras sube,
dando al mundo y dando al cielo
gloria, envidia, sombra y lumbre.
La nieve desciende al valle,
la estéril tierra produce
mil yerbas que la enternecen,
mil flores que la dibujen.
No hay planta que no se alegre
ni pájaro que no anuncie
el nuevo sol que amanece
aunque el del cielo se turbe.
Lisarda sobre una peña,
venturosa en que la ocupe,
los campos de Calatrava
entre los montes descubre;
y porque apacienta en ellos
un fiel serrano que sufre
memorias que desesperan
y esperanzas que consumen,
mirando campos y sierras
que enternecellas presume,
enamorando los cielos,
hizo que atentos la escuchen:
¡Sierras venturosas de Guadalupe!

¿Qué es de mi esperanza, que en vos la puse?
¿Qué es de mi vida perdida
por gustos de vida incierta?
   Mas lloro esperanza muerta,
¿cómo puedo tener vida?
¿Qué es de mi aleve homicida?
Piedras y árboles, ¿qué es de él?
Mas ¡ay! que un tirano cruel
la luz de mi gloria encubre.
   ¡Sierras venturosas de Guadalupe!
¿Qué es de mi esperanza, que en vos la puse?

*Alonso de Ercilla y Zúñiga* (1533-1596).—Nació en Madrid —algunos creen que en Bermeo (Vizcaya)— y acompañó a Felipe II a Flandes. Después fue a Chile con García Hurtado de Mendoza y allí escribió la primera parte de su famoso poema "La Araucana", que en tres partes fue editada por vez primera en 1569 (1.ª), 1578 (2.ª) y 1587 (3.ª).

En el canto XXXVII, último del poema, describe la entrevista que Felipe II celebró en Guadalupe con su sobrino Sebastián de Portugal, en 1577.

*Bernardo de Valbuena* (1568-1627).—Nació en Valdepeñas y fue obispo de Puerto Rico. Entre sus obras dejónos el poema "El Bernardo ó victoria de Roncesvalles", donde se hacen bellas descripciones de Italia y Francia. En un epílogo sobre las grandezas de España, cita —aunque muy de pasada— a Guadalupe.

*Maestro José de Valdivielso* (1560?-1638).—Nació en Toledo y fue capellán mozárabe de su iglesia catedral. Entre sus obras poéticas destaca la "Vida y muerte de San Joseph", impresa en Lisboa en 1609. Dejando aparte su valor, más o menos grande, discutido y variable de unos cantos a otros, nos interesa destacar la gran relación de este poema con Guadalupe; pues habiéndole invitado el prior del monasterio, Fray Gabriel de Talavera, en 1597, a la solemne inauguración del relicario de Guadalupe en la capilla dedicada a San José, le pidió escribiera algo de ello. Así se explica que el Maestro Valdivielso dedique nada menos que 128 versos en 16 estrofas a cantar la belleza de la capilla y las virtudes del prior que la edificó. Dentro del barroquismo, que es nota característica del poema, hallamos versos inspirados, como éstos:

... Verás, Josef, del claro Guadalupe,
aunque pequeño, grande por su fama,
que por su boca aljófares escupe
entre el cristal y plata que derrama...

*Prosistas del siglo XVI.*—Al igual que en la centuria décimoquinta nos ocupábamos de varias crónicas —verdaderas piezas literarias— en que se cita con frecuencia a Guadalupe, en el siglo XVI debemos destacar, entre otras, la Historia de España del P. Mariana (1535?-1624) y sobre todo a Bernal Díaz del Castillo (1492-1581). Nacido éste en Medina del Campo, pasó en 1514 al Nuevo Mundo con Pedrarias Dávila y fue, después, el mejor cronista de la conquista de Nueva España. Allí habla varias veces de Guadalupe del Tepeyac y describe ampliamente la peregrinación que hizo en 1528 el capitán Hernán Cortés al santuario de las Villuercas.

## SIGLO XVII

*Gonzalo de Céspedes y Meneses* (1585?-1638).—Nació en Madrid. Entre sus obras ha merecido los mayores elogios "El Español Gerardo", escrita en elegante prosa. En sus páginas vemos dos veces el nombre de Guadalupe, como "divina y milagrosa imagen" y como "famosa casa de la Emperatriz soberana de los cielos".

*Tirso de Molina* (1571?-1648).—Nació en Madrid, llamóse Fray Gabriel Téllez y profesó en la Orden de la Merced y entre los cargos que tuvo, el año 1626 fué nombrado Superior del convento de Trujillo. Su proximidad con Guadalupe nos autoriza a pensar lo visitara, tal vez en más de una ocasión. Insigne y fecundísimo dramaturgo, tiene una obra en tres partes sobre los Pizarro, con varias alusiones a Guadalupe. tan bellas como ésta, que pone en boca de Hernán Cortés, en "Todo es dar en una cosa":

Tras sí me lleva el camino,
que Fernando, y Isabel,
reyes nuevos de Castilla,
hacen á la maravilla
de Guadalupe, y en el
busco galas cortesanas...

*Luis Vélez de Guevara* (1570-1644).—Nació en Ecija (Sevilla); y entre sus numerosas obras destaca el drama "El diablo está en Canti-

llana", cuyo argumento es una aventura del rey don Pedro. Haciendo un elogio a Sevilla dice:

... Y por remate de todo
en la perdición de España
dio nobleza a las Asturias
a Galicia y a Vizcaya,
un San Isidro a León,
una imagen soberana
a Guadalupe, al martirio
dos valerosos hermanos
que fueron Justa y Rufina...

*Felipe Godínez* (1588-1657?).—Nació en Sevilla, de ascendencia judía. Fué sacerdote y estuvo perseguido por la Inquisición. Entre sus obras nos dejó un "Auto sacramental de la Virgen de Guadalupe", en que describe la aparición de la Virgen de Guadalupe en las Villuercas y que Cervantes cita en su "Viaje al Parnaso". Dícenos Barrantes que esta obra tiene escaso valor literario; pues con frecuencia prescinde de las tradiciones guadalupenses y echa mano de consideraciones místicas, tan del agrado de aquella época.

*Pedro Calderón de la Barca* (1600-1681).—Nació en Madrid. Fue sacerdote y gran dramaturgo. Entre sus obras, tienen fama universal "La vida es sueño" y "El alcalde de Zalamea". En esta comedia cítase dos veces Guadalupe, relacionándolo con el rey. También encontramos otra vez el nombre de la Virgen extremeña en su comedia "Con quien vengo, vengo", cuando el criado Celio dirige al galán don Juan estas palabras:

¡Desafiados los dos!
Supuesto que yo lo supe,
la Virgen de Guadalupe
hará las paces. Adiós.

Para cerrar esta centuria citemos los nombres gloriosos en nuestra literatura de *Leandro F. de Moratín*, que en su comedia "Los engaños" cita como famoso el reloj de Guadalupe; *Francisco Bances Candamo*, que tiene una comedia a la Virgen de Guadalupe; *Agustín Moreto y Cabaña*, que en su comedia "El lindo Don Diego" cita a Guadalupe como lugar de novenas; y *Juan Pérez de Montalván*, que entre su am-

plia producción tiene una novela famosa —"La doncella de labor"—, donde hallamos citado tres veces Guadalupe.

---

Formando dos capítulos aparte nos ocuparemos de los dos más grandes genios de la poesía castellana: Lope de Vega y Miguel de Cervantes. Si de una parte son las figuras próceres de nuestra literatura, se distinguieron, también, por su devoción singular a la Morenita de las Villuercas. Intencionadamente hemos callado sus nombres para en sendos capítulos dedicarles el espacio que merecen.

Lo más importante lo hemos apuntado; y aunque a trazos muy largos, queda claro el puesto de honor que Guadalupe ocupa en la literatura española. Y aunque también en el siglo XVIII podemos oír más de una vez su eco en la barroca y nada buena poesía castellana; pero es ya hora de poner punto final a este largo capítulo. Mas éste queremos lo marque la hermosa descripción que un gran filósofo y prosista de nuestros días hizo de Guadalupe. *Miguel de Unamuno* (1864-1936), en sus cartas "Por tierras de Portugal y España" escribe:

"Hermosísimo es, sin duda, cuanto el arte humano puede aún ofrecernos en Guadalupe; mas es más humano aún lo que allí la naturaleza nos ofrece... Jamás vi castaños más gigantescos y más tupidos. Y nogales, álamos, alcornoques, robles, quejigos, encinas, fresnos, almendros, alisos junto al regato, y todo ello embalsamado por el olor de perfumadas matas. Desde lo alto de Mirabel, tendido al pie la cruz del Mentidero, contemplaba las líneas de las sierras de los montes de Toledo, como series de bambalinas de diurno teatro y a un lado la llamada de Cáceres encendida por el sol... Y procuraba hartarme de visión de campo, llenar el alma de su verdura secular, como procura hendirse el pecho de aire el que va a hundirse por algún tiempo en el seno de las aguas. ¡Cuántos cuidados se me lavaron con aquella visión de verdura!".—Y en otro lugar continúa:

"Visitando Yuste el pasado año, visitando después Guadalupe, sentí primero toda la épica melancolía del ocaso del imperio de Carlos I y sentí después toda la íntima fuerza de aquel anhelo que lanzó a la recién descubierta América a tantos aventureros extremeños que iban, antes de entregarse al mar, a Guadalupe a despedir a la patria encarnada en aquella Virgen Negra."



## XXIII

## GUADALUPE EN LOPE DE VEGA.—¿LOPE DE VEGA EN GUADALUPE?

Si Lope de Vega es el "Príncipe de la poesía española y pasmo del orbe" (Hartzenbusch); y si Guadalupe pudo llamarse "Santuario de reyes y rey de los santuarios", era lógico que estos dos nombres tuvieran algo que ver. Y, en efecto, nuestro mejor literato oró ante la Virgen de Guadalupe y en sus obras encontró amplio eco su célebre Casa.

Nacido Frey Lope de Vega Carpio en Madrid el año 1652, florece en una época de pleno apogeo religioso, artístico y económico del monasterio de las Villuercas. Como literato —y el más ilustre de cuantos lo han sido— no podía sustraerse al ambiente mariano de su siglo, ni le era fácil salir de lo que entonces tenía ya caracteres de obligada tradición entre los poetas: el amor a santa María de Guadalupe, que se refleja en gran número de sus predecesores, desde casi los orígenes de la poesía castellana, con Pero López de Ayala, como antes hemos visto.

¿Qué circunstancias ligaron a Lope de Vega con Guadalupe? Lo ignoramos; aunque, teniendo en cuenta su presencia en las expediciones militares de las Azores (1583) —con el tan devoto marqués de Santa Cruz— y a Inglaterra con la *Invencible* (1588), bien podemos pensar que, aparte la tradición y el ambiente que le rodeó, estos tran-



* SAN JUAN EVANGELISTA. DETALLE DE UN TERNO ROJO. (SIGLO XVI.)

ces le obligarían a mirar más de una vez a la que Cervantes ofreció sus cadenas de cautivo y a la que entonces invocaban así los guerreros como los navegantes.

Si cada faceta de la azarosa vida del "Fénix de los Ingenios" es digna de estudio, su fecundidad literaria eclipsa a todas las demás. Nadie de cuantos le precedieron y ninguno de los que han florecido tras de él se ha, ni remotamente, acercado a la formidable producción de un genio que a los once años componía el primer drama —"El verdadero amante", dedicado a su hijo—; que a los cuarenta y un años había escrito 230 comedias; que al pasar el medio siglo contaba con 800; y que al morir dejó escritas ¡1.800! comedias, 400 autos y buen número de novelas y poemas. Sólo un fenómeno que en veinticuatro horas era capaz de componer un drama de 2.400 versos, pudo llegar a esas cifras astronómicas.

La presencia de Guadalupe en Lope de Vega es innegable. No podemos ofrecer datos completos porque tampoco es fácil leer cuanto él escribió. Hemos analizado varias de sus obras, publicadas en cuatro volúmenes de la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra y estos bastan y sobran para demostrar nuestro enunciado primero.

Aparece Guadalupe en su comedia "Los novios de Hornachuelos", cuando —en el acto tercero— el rey Enrique pone este santuario como meta de peregrinación a los jóvenes esposos. De parecido interés hallamos otra cita en la comedia "San Diego de Alcalá", donde el fervoroso terciario franciscano Lope de Vega canta las virtudes del humilde lego minorita. El poeta pone en boca de Lorenza, labradora, estos versos:

Notables galas prevengo;
que tengo un ancho listón
que sacar a Pedro supe,
que trujo de Guadalupe,
y de oro las letras son.

Sin duda, quiso Lope de Vega reflejar la riqueza suntuosa que en ornamentos, bordados con ricos materiales, poseía el santuario extremeño.

Más interesante se nos antoja la comedia "El Cardenal de Belén", donde el inigualable poeta madrileño proclama las virtudes del penitente Jerónimo y las excelencias de la Orden que le eligió por padre. Guadalupe fue regido por el blanco sayal jerónimo desde 1389 hasta

la Exclaustración de 1835; y podemos asegurar que, en el seno de la Congregación, fue este cenobio la casa más importante, incluso que Lupiana (Guadalajara) —convento matriz— y que El Escorial —nacido de Guadalupe—. Aquí se celebró en 1415 el primer Capítulo General de la Orden jerónima —y precisamente en la capilla de San Martín, que ahora es redacción de la revista "El Monasterio de Guadalupe" y donde estamos escribiendo este capítulo—; y el prior de Guadalupe ocupaba el segundo lugar entre todos los monasterios.

En el acto tercero, y último, dialogan el ángel y el demonio; y Lope pone en boca del blanco alado bellísimos versos referentes al origen de la Orden Jerónima —con el P. Pedro Fernández de Pecha, enterrado en Guadalupe— y sus principales cenobios. He aquí lo que nos interesa:

... Darales Bartolomé
su nombre en esta primera
casa; que es bien que un Apóstol
tan firme el principio sea.
En la Sisla de Toledo,
monte que el Tajo hermosea,
fundaron segunda casa,
y en Guisando la tercera.
Luego procediendo irán
en la plana de Javea,
en Gandía, en *Guadalupe,*
*donde habrá una imagen bella*
*de la que piso tu frente*
*que vuelva en cielo la sierra...*

Probada la primera parte de nuestro título, ¿podemos hallar, también, a Lope de Vega en el célebre santuario? En un mapa aparecido en el diario madrileño *ABC*, el 8 de abril de 1962 —que tenía por autores a Entrambasaguas y García Cruz—, se ofreció el itinerario de Lope de Vega; y entre sus rutas hallamos una por Extremadura, cuando el vate se dirige a las Azores y luego con la *Invencible* a Inglaterra. Le hacen salir de Toledo y pasar por Talavera, Navalmoral, Almaraz, Cáceres, Alburquerque, Extremoz, Evora, Lisboa. No vamos a discutir si tal ruta es o no exacta y si en ambas ocasiones repitió el mismo itinerario; pero sí notamos que Guadalupe no aparece en esas ocasiones, ni tampoco cuando regresa Lope de Vega de las Azores por Cádiz, Cór-


TELEFONOS

doba, Ciudad Real, Toledo. En el campo de las suposiciones es lógico pensar que Lope visitara Guadalupe, que entonces era el santuario mariano más célebre de Europa. Sus varias citas demuestran devoción a la Virgen de las Villuercas; y además era natural le instaran a conocerlo muchos que hallamos a su lado y que nos consta peregrinaron a este monasterio, por ejemplo el poeta toledano Maestro José de Valdivielso. Pero todo quedaría en el aire si no pudiéramos llegar más adelante. Afortunadamente sí podemos.

Entre las novelas de Lope, es famosa la que intituló "El peregrino en su patria", escrita en bella prosa el año 1604 y que mereció, en el siglo XIX, ser considerada por George Borrow como el mejor cuento escrito. Lope llama al peregrino protagonista "Pánfilo" y en una de sus páginas dice que:

"el mísero Pánfilo comenzó a llamar a la Virgen de Guadalupe. que sólo le faltaba de visitar en España, aunque era del Reyno de Toledo, porque las cosas que están muy cerca, pensando verse cada día, suelen dejar de verse muchas veces."

Después el vate encamina a "Pánfilo" a Guadalupe, seguramente protagonizando el viaje que Lope hiciera, y dice:

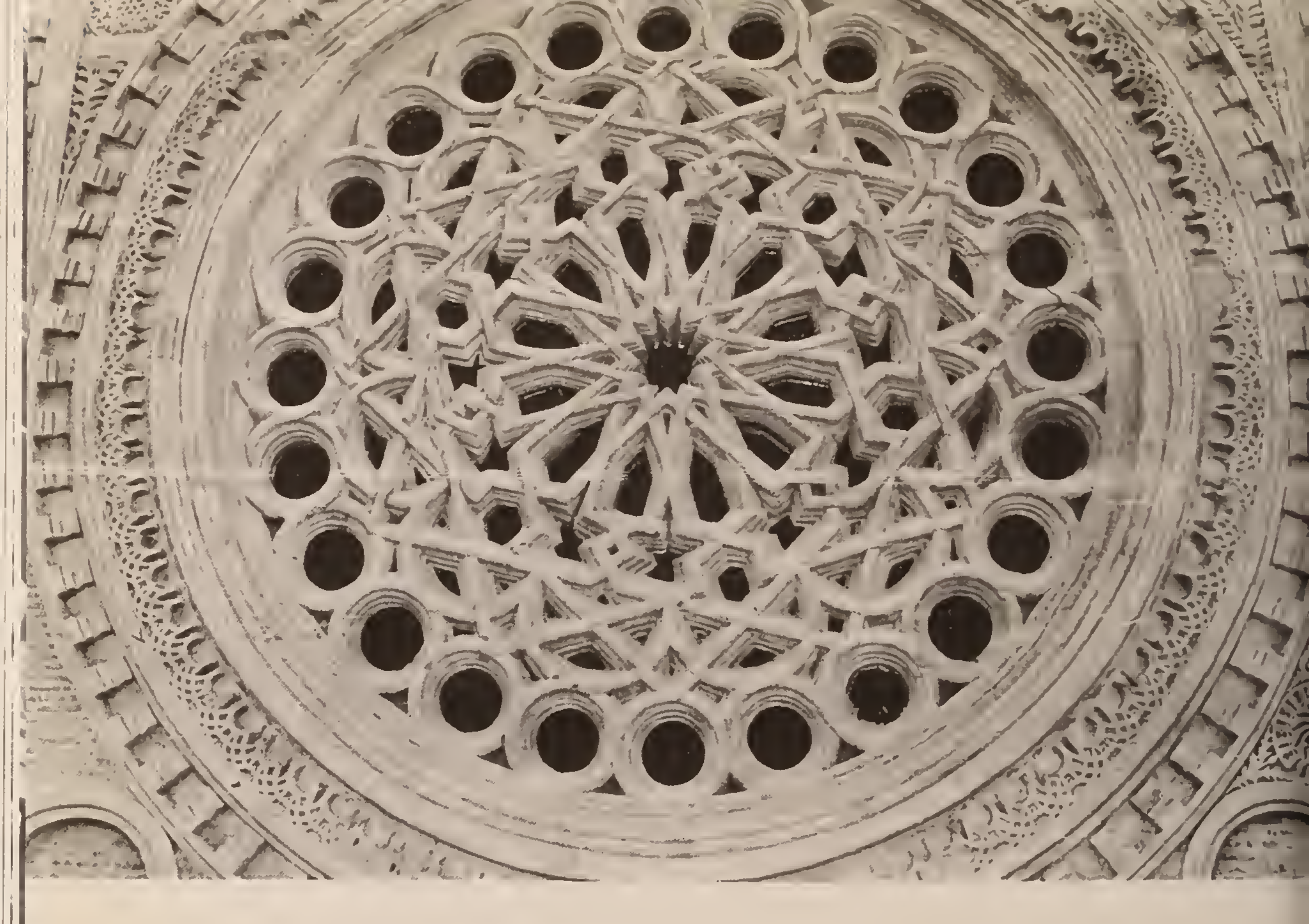
"Por término de la Morena Sierra, están dos montes hacia la banda de Andalucía, que, como dos muros fortísimos, ciñen la villa y Monasterio de Guadalupe, fundados en la profundidad de un valle con tanta amenidad de fuentes, que por las peñas se descuelgan a su centro flores, árboles y caza, que parece que la naturaleza sabedora del futuro sucesso, desde el principio del mundo edificaba aquel palacio a la Princesa del cielo, hija de Joaquín, y esposa de Joseph..."

¿Quién, no conociendo directamente Guadalupe, podía hacer una tan bella y acabada descripción del bravo y pintoresco paisaje que rodea al inmortal santuario extremeño? Creo que estas palabras bastan para demostrar que Lope de Vega conoció Guadalupe, a cuya Virgen milagrosa consagró, en el "Peregrino", estos versos:

O viña de Engadi, no de Naboth,
zarza más defendida que Sidrach,
que Abdénago bellísimo y Misach,
del fuego de Nabuc, luzbel Nemrot...



• UNA TIPICA CALLE DE GUADALUPE.



* LOS OCULOS DEL TEMPLO SON UNA MUESTRA DEL MUDEJARISMO GUADALUPENSE.

## XXIV

## CERVANTES PEREGRINO A GUADALUPE

En la pléyade incontable de personajes que en pasadas centurias oraron cabe las plantas de la milagrosa efigie de Las Villuercas y entre los muchos poetas que en bellas palabras cantaron los milagros de la Señora de Guadalupe, destaca, como un astro de primera magnitud, un prócer peregrino, que en el ocaso del áureo siglo XVI acudió a ofrendar a la Virgen de las Españas los grillos de su cautiverio, colocándolos al lado de aquellos "nouecientos grillos y cadenas que cautiuos han dexado allí, sin muchos millares que quitan para las oficinas de la Santa Casa", como escribiera el "curioso peregrino" Bartolomé Villalba, cuando, en 1577, visitó Guadalupe. Nos referimos a Miguel de Cervantes Saavedra, nacido en Alcalá de Henares el año 1547.

No vino nuestro literato al santuario extremeño con la pompa de reyes, príncipes o conquistadores; y por ello su presencia apenas fué apercibida por los historiógrafos del ilustre cenobio, entre tantos peregrinos que recibían hospedaje gratuito tres días, como obligada limosna. Sin embargo, son las obras mismas del "Manco de Lepanto" las que nos ofrecen el más firme argumento de su acendrada devoción a esta santa imagen y el testimonio de la visita que le hiciera a raíz de su cautiverio de Orán.

El modesto hijo de la inmortal Alcalá, pelea valientemente en aguas de Lepanto el año 1571 en la galera "Marquesa", que le ofrecerá



* CORONA "RICA" LABRADA POR FELIX GRANDA EN 1928.

el marco para el recuerdo más honroso de su vida, al perder su mano izquierda. Lucha después en Túnez y La Goleta, cayendo prisionero de corsarios turcos, que en 1575 lo llevan cautivo a las mazmorras de Orán, en donde permanece cinco años eternos, tratando, en vano, de evadirse de la prisión. Gracias a los favorables informes del trinitario fray Juan Gil y ayudado con la eficaz limosna de 300 ducados que, para su rescate, ofrecieron su madre, doña Leonor, y su hermana, doña Andrea, alcanzó la libertad en octubre de 1580.

Guadalupe quedó patente en sus inmortales obras, donde hallamos alusiones a este santuario e imagen. Merece destacarse una "Comedia de la Soberana Virgen de Guadalupe y sus milagros y grandezas de España" (impresa en Sevilla en 1605, 1607 y 1617). Aunque este "auto" niegan muchos sea de Cervantes. las razones educidas en favor de su paternidad se nos antojan de fuerza casi decisiva; pues aunque no fuera publicada hasta 1605, estaba escrita años antes, como demuestra la licencia para darla a la estampa en 1598. Parece que Cervantes presentó esta obra a un certamen celebrado en Sevilla el 1594; y al no ser premiada, tampoco quiso él apareciera como suya; y por eso no la firmó nunca.

Pero la obra que nos demuestra sin género de duda que el "Manco de Lepanto" visitó Guadalupe y entregó los grillos de su cautiverio a la que él llamaría "libertad de los cautivos, lima de sus hierros y alivio de sus prisiones; salud de las enfermedades, consuelo de los afligidos. madre de los huérfanos y reparo de las desgracias", en su obra póstuma "Los trabajos de Persiles y Segismunda".

Escribió esta novela en 1616, pocos días antes de su muerte ejemplar. En el capítulo V del libro tercero nos describe —a través de fingidos personajes— la emoción que sintió al poner los pies

> "en una de los dos entradas que guían al valle que forman y cierran las altísimas sierras de Guadalupe".

Y nos cuenta que al entrar en el templo,

> "donde pensaron hallar por sus paredes pendientes por adorno las púrpuras de Tiro, los damascos de Siria, los brocados de Milán, hallaron en lugar suyo muletas que dejaron los cojos, ojos de cera que dejaron los ciegos, brazos que colgaron los mancos, mortajas de que se desnudaron los muertos".

Cervantes nos dice que en Guadalupe estuvieron cuatro días "en los cuales comenzaron a ver las grandezas de aquel santo monasterio; digo comenzaron porque acabarlas de ver es imposible". Y se

hace eco, en particular, de las muchas y riquísimas reliquias de santos venerados en el templo; y recuerda con gratitud el abundante regalo con que fue obsequiado por el prior; concluyendo su hermosa relación con unas excelentes octavas reales, dedicadas a la milagrosa Virgen de Guadalupe. Las omitimos en gracia a la brevedad; pero sin resistir la tentación de espigar, entre ellas, algunas estrofas:

...Adornan este alcázar soberano
profundos pozos, perenales fuentes,
huertos cerrados, cuyo fruto sano
es bendición y gloria de las gentes;
cipreses altos, palmas eminentes,
altos cedros, clarísimos espejos,
que dan lumbre de gracia, cerca y lejos.
El cinamomo, el plátano y la rosa
de Hiericó se halla en sus jardines,
con aquella color, y aún más hermosa,
de los más abrasadores querubines.
Del pecado la sombra tenebrosa,
ni llega ni se acerca a sus confines.
Todo es luz, todo es gloria, todo es cielo
este edificio que hoy se muestra al suelo...

Han pasado tres siglos y medio desde aquella memorable romería de nuestro más famoso novelista. Las mil dolorosas vicisitudes por que atravesó Guadalupe en el siglo XIX, hicieron desaparecer el joyel de su Virgen, sus monjes capellanes, las lámparas que ardían ante la Señora... y con todo ello los carros de cadenas y grilletes ofrendados en exvoto por incontables agradecidos ex cautivos —cuyos nombres todavía perduran en los amarillentos y viejos pergaminos del archivo guadalupense—. Entre esas cadenas desaparecieron también las del "Manco de Lepanto"; pero el recuerdo de su peregrinación al santuario extremeño de la Hispanidad perdurará eternamente en sus obras inmortales, timbre y gloria de la rica literatura castellana.

## XXV

## SANTOS, ROMEROS EN GUADALUPE

Aunque muchos consideran a Guadalupe como emporio de arte y relicario de historia, fue y seguirá siendo, ante todo, casa de la Virgen y yunque de santidad. Por eso en su plurisecular existencia, la más bella página de los anales guadalupenses escribiéronla esas almas que en las Villuercas buscaron paz de espíritu y ante la Señora bebieron a raudales ansias de santidad. Esas almas selectas —humanamente confundidas en el anonimato y perdidas entre millares de peregrinos de toda clase y condición— para quienes este rincón agreste fue un hito destacado en su camino hacia Dios.

¿Cuántas de estas almas oraron cabe las plantas de la Morenita de Extremadura? Sólo Ella lo sabe, porque únicamente Dios puede contar el número de sus santos. Ante la faz de la Iglesia lo son cuantos están canonizados; y sólo de estos vamos a ocuparnos aquí.

### VICENTE FERRER

Guadalupe nace en la décimotercera centuria y ya en el siglo XIV peregrina al santuario el más ilustre hijo de la fértil Valencia, gloria de la Religión dominicana y santo confesor de doña Violante, esposa del rey aragonés don Juan I. Ignoramos la fecha exacta en que Vicente Ferrer visitó Guadalupe; pero de esta peregrinación y del ambiente que entonces envolvía a esta Puebla, háblanos su biógrafo Fray



Andrés Ferrer de Valdecebro en 1791: "Pasó a tierra de Extremadura, y llego al célebre Santuario de la Señora Guadalupe, milagrosa hechura que se aparecio en tiempo del rey D. Alonso el Onceno. Encontro a dos leguas de distancia algunas caserías divididas, que las ocupaban Judios y Moriscos, todos Hortelanos, y Labradores. Predicóles, y habiendoles reducido a la verdad de nuestra Fe, les obligo a que viviesen en un Lugar que hoy se llama Cañamero, que era población de Christianos, y fabricaron una Iglesia Parrochial consagrada a Santo Domingo nuestro Padre..."

Ciertamente, en aquella época era Guadalupe un marco donde los judíos y moriscos hallaron propicio ambiente, hasta que los Reyes Católicos ordenaron en 1484 que la Inquisición los persiguiera sin piedad. Y es curioso que en Cañamero todavía se conserve el templo parroquial dedicado a Santo Domingo.

## JUAN DE RIBERA

Muy pocos datos podemos aducir en testimonio de su paso por Guadalupe; pero así consta en una rara obra —"Viaje a Jerusalén" (Sevilla, 1660)— que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid. Nada tiene de particular la devoción de este santo a la Virgen tan ligada a los Enríquez. Por otra parte, ¿cómo no pensar viniese a Guadalupe, tal vez en más de una ocasión, cuando era obispo de Badajoz?

## JUAN DE DIOS

Es, entre todos los santos que peregrinaron al santuario de las Villuercas, el más íntimamente ligado a Guadalupe. El cielo eligió este monasterio para cuna de su benemérita Orden de Hermanos Hospitalarios. Por eso, en otro capítulo hablamos extensamente de él y ello nos excusa de tratarlo aquí.

## TERESA DE AVILA

"La santa de la raza en el santuario de la Hispanidad", era el título acertado de un artículo que el director de la pretigiosa revista "Miriam" —Fray Ismael de Santa Teresita— publicó en "El Monasterio de Guadalupe" con ocasión del centenario de la reforma del Carmelo. ¿Cómo no visitar el santuario más español la santa más castellana? ¿Cómo no hacer esta ruta —aunque pesada y difícil— la incansable



* ESTHER.—UNA DE LAS OCHO "MUJERES FUERTES" DEL CAMARIN.

andarina del siglo XVI? Sí, Teresa de Jesús oró ante la Madre de Guadalupe y aquí buscó fuerzas para su gran obra. El hecho quedó inmortalizado en un bello esmalte del moderno trono de la Señora.

Teresa tenía en el Perú varios hermanos, alistados entre los valerosos conquistadores que en el valle de Jauja se cubrieron de gloria con el Presidente Lagasca —otro singular devoto de la Virgen de Guadalupe—. Por ellos promete peregrinar a la que todos invocaban en aquella época; y, acompañada por su hemana Juana y otros familiares, elige el mes de junio de 1548 para hacer este camino. Avila fue el punto de partida; y atravesando el puerto de Mijares descendieron a Mombeltrán para saludar a unos familiares; bajando, después, por los campos del Tiétar hasta Talavera, de donde se encaminaron a Guadalupe por el puerto de San Vicente y Alía.

Después de encomendar a la Señora la Reforma del Carmelo y agradecer las buenas noticias de sus hermanos, emprendieron el viaje de regreso por el mismo camino hasta internarse en Toledo por Espinoso del Rey, llegando a Montalbán, donde saludó Teresa a un primo suyo, y siguiendo por Torrijos subieron al convento de Avila.

## PEDRO DE ALCANTARA

Teresa y Pedro son dos nombres inseparables: él encauzó su espíritu y ella trazó la mejor biografía del que "parecía hecho de raíces de arboles". ¿Cómo no habrían de seguir igual sendero, tratándose del templo que María eligió para escenario predilecto de sus gracias? Si a Guadalupe peregrinaba Europa entera, con sus reyes, capitanes y pueblo, ¿no habría de hacerlo aquel hombre, para quien no existían distancias ni malos caminos y que, siendo un gran santo, fue ejemplar extremeño? Si los capitanes que habían de conquistar nuevos mundos necesitaban buscar valor ante nuestra mejor capitana, ¿no lo necesitarían los conquistadores de las batallas más difíciles, las que se libran contra las pasiones?

Pedro de Alcántara cruzó mil veces y en todas direcciones su parda tierra; a Guadalupe acudían con frecuencia sus frailes en busca de las generosas limosnas que el opulento monasterio les daba; ¿será mucho pensar viniera alguna vez, también, Fray Pedro? No; y por seguro tenemos que, no una, sino muchas veces, visitó Guadalupe.

Y que no todo queda en conjeturas, dícenoslo la crónica de la Orden Seráfica, en que, al hablar del provincialato de fray Pedro en la Provincia descalza de San Gabriel, se trata del convento de San Bar-



* RUTH.—OBRA DE 1736.



tolomé de Villanueva de la Serena (Badajoz) y de la visita que le hizo Pedro de Alcántara "en su paso a la Santa Cassa de Guadalupe, siendo Prior de aquella Cassa Fray Hernando de Sevilla". Este monje tuvo el priorato de Guadalupe dos trienios (1541-1547) y fue en su primer mandato cuando San Pedro peregrinó al Santuario.

## FRANCISCO DE BORJA

Su amistad con Pedro de Alcántara es innegable; sus viajes por Extremadura, con la corte de la emperatriz Isabel de Portugal, ciertos; ¿cómo no postrarse —quizás muchas veces— ante la Virgen que tanto amaba la Corte de que él era confesor y consejero?

Pero no vamos a contentarnos con suposiciones. Hay un dato cierto: una carta del propio santo, que escribe desde Plasencia, el 23 de marzo de 1555, a Ignacio de Loyola. Dice así:

"† Jhs. Muy Rdo. Padre nuestro en Christo. Pax Christi. En Cordoua dupliqué á 22 de Hebrero vna que haua scripto de Seuilla a 6 del mesmo, y la embié a V. P. por via de Valladolid con copia de la scriuí al Conde de Feria, de Montilla, en que le daua cuenta de lo que se hauia concertado con la señora marquesa acerca de algunas cosas de aquel estado y otras. Despues me parti para esta ciudad, vltimo de Hebrero, y de camino visite a los marqueses de Gibraleon en Benalcaçar, y de allí, passando por *nuestra Señora de Guadalupe*, passé á Oropesa, á verme con el Conde, que me esperaua..."

Y que la devoción a esta efigie continuó en él, lo patentiza otra carta que escribió a Felipe II desde Tordesillas en mayo de 1554, recomendándole que por la salud de la reina doña Juana debían hacerse oraciones "y se enuien algunos peregrinos algunas casas santas, como es Santiago, Monserrate ó Ntra. Señora de Guadalupe..."

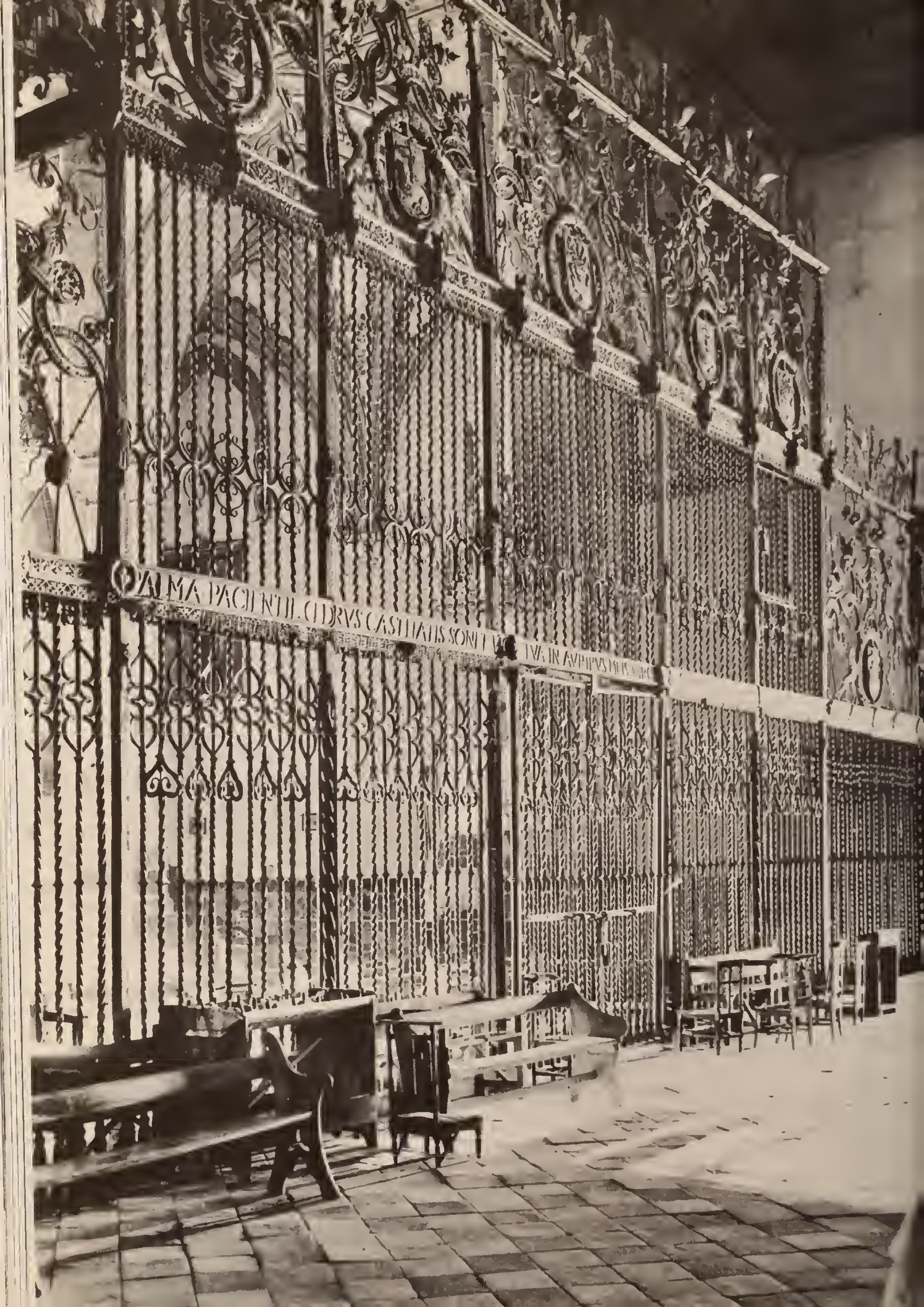
## ANTONIO MARIA CLARET

La fantasía pudiera ir mucho más lejos y... con fundamento; pero deseamos que este libro sea plenamente serio y no queremos estampar una sola afirmación que no pueda demostrarse, como una prueba de que Guadalupe tiene tan larga y gloriosa historia cuanto bien cimentada en documentos. Por eso no añadimos más nombres y cerramos este capítulo con la figura excelsa de un santo que oró ante la Señora de las Villuercas, no en el siglo XV o XVI, cuando Guadalupe era el santuario mariano más célebre del mundo, sino en los años tristes

del abandono a que fue condenado el cenobio extremeño por las leyes desamortizadoras de 1835.

El futuro Padre de los Claretianos nace en la villa barcelonesa de Sallent el año 1807. Cuarenta y dos años tenía cuando es nombrado Arzobispo de Santiago de Cuba y en 1857 llámale la reina Isabel II para que sea su confesor. En 1859 es nombrado Presidente del ex monasterio jerónimo de El Escorial y en mayo de 1867 hace una visita por Extremadura para conocer las numerosas fincas que aquel real sitio poseyó antes de la Desamortización. Fue en aquella ocasión cuando nos consta que visitó Guadalupe, permaneciendo en una posada de la Puebla los días 20-22 de mayo de 1867.

Y ¿quién duda que, al postrarse ante aquella imagen veneranda, despojada de sus monjes y joyel, abandonada, en el suelo porque hasta el trono habíanle robado, convertida en "Virgen y mártir" —como tan acertadamente llamó a la Virgen de Guadalupe el historiador extremeño Barrantes años más tarde—, le pediría perdón por la España que así pagó sus favores y rogaría con todo fervor por la feliz alborada de un nuevo amanecer? El no llegó a verlo, pero la Señora escuchó sus plegarias y antes de medio siglo Guadalupe se levantaría —cual ave Fénix— de sus propias cenizas.


ALMA PACIENTIE CEDRVS CASTITATIS SONET
TVA IN AVRIBVS

XXVI

## UNA REJA MONUMENTAL

Entre las piezas de arte que en la visita al santuario extremeño causan mayor admiración, destaca la grandiosa verja de hierro forjado que, a todo lo ancho de la basílica, separa la capilla mayor del resto del templo. Por su gran valor e importancia en la historia de Guadalupe y en la rejería española, vamos a traerla a este capítulo.

Sin duda alguna el hierro —labrado con más o menos arte— utilizóse en el mundo desde hace muchos siglos, atribuyéndose su descubrimiento a los egipcios en el siglo XV antes de Cristo; y en Europa comenzó a emplearse unos ochocientos años antes de la era cristiana. Por su dureza, abundancia y relativa facilidad de modelado mediante el fuego, tuvo desde antiguo las más variadas aplicaciones, entre las que forman extenso capítulo —sobre todo por lo que se refiere a los templos cristianos— las rejas. Servían para aislar capillas o para separar a los fieles por categorías y esferas sociales, aunque ello fomentara un anticristiano sentido de clases.

El arte de labrar hierros tuvo gran importancia en Europa; y la historia nos ofrece gran número de quienes modelaron este metal en sus más variadas formas: llaves, cerrojos, rejas para usos los más variados...

Parece que las rejas o verjas comenzaron a tener acceso en los templos hacia el siglo X. Al menos a esa centuria se remontan los



• REJA CENTRAL DE LA IGLESIA-MONASTERIO, OBRA DE FRAY FRANCISCO DE SALAMANCA Y FRAY JUAN DE AVILA.

ejemplares más antiguos que conocemos y que son de estilo románico. Ejemplos: las de Canterbury y Lincoln (Inglaterra), la de Notre Dame de París —labrada en 1250 por los catalanes Blay y Suñol—; y muchas en Cataluña y Navarra, en León, Segovia, etc. Sin embargo, es el siglo XIII quien define el arte de la rejería; y aunque tal vez fuera Italia quien más influyó, en España revistió características propias y tuvo un florecimiento insospechado. Los siglos XIV-XVI invaden nuestros templos con hermosas rejas góticas; y en la centuria decimoséptima todavía se labran bellos ejemplares con barrocas labores. Los nombres tan conocidos de Juan Francés, Muñoz Cuenca, Maestro Bartolomé, Cristóbal de Andino, Fray Francisco de Salamanca, Villalpando, Céspedes..., son el primer capítulo de una lista interminable de afamados rejeros españoles.

Y, claro está, no podía faltar esta manifestación del arte en el cenobio guadalupense, que los monjes jerónimos convirtieron en admirable escuela de artes y en taller laborioso de oficios. Aquí floreció, con esplendor insuperable, el bordado, el miniado de libros, la orfebrería, la escultura y pintura... ¿Cómo podía faltar el arte de la forja?

No poseemos datos anteriores al establecimiento de los jerónimos en el cenobio extremeño (1389); pero creemos que ya en el priorato secular (1340-1389), debió trabajarse el hierro en Guadalupe; pues nos consta que por entonces abundaban los cautivos que ofrecían a la sagrada imagen sus grillos, y el mismo Alfonso XI envió armas y utensilios de este metal, como gratitud por la victoria del Salado (1340). Pero en los últimos años de la centuria cuatrocentista, y sobre todo en el siglo XV, abundan los nombres de monjes herreros. Todavía podemos identificar como de este siglo varias llaves y cerrojos diseminados por el amplio edificio, mereciendo nuestra atención la cerradura y llaves que tiene la puerta de hierro del archivo documental y la hermosa lucerna que se utilizaba para el facistol del coro —labrada por el afamado rejero mudéjar Fray Hernando de Orense y que hoy se exhibe en el museo de miniaturas—. A su lado podemos citar los nombres de Fray Bernabé —uno de los primeros a quienes dio el hábito el P. Yáñez y cuya muerte tuvo lugar en 1430— y Fray Juan de Córdoba, fallecido en 1457, autores de bellas rejas. Aún se conservan, por fortuna, la verja —o "red", como son llamadas por los antiguos historiadores del monasterio— de la capilla de Santa Ana y las dos pequeñitas que se hallan a uno y otro lado del arco ercarzano que da acceso al templo y que protegen dos trozos de piedra, tradi-



LA VENIDA DEL ESPIRITU SANTO. PANEL TOMADO DEL "FRONTAL RICO" QUE BORDARA CON MANOS DIVINAS EN EL SIGLO, XV FRAY DIEGO DE TOLEDO

cionalmente tenidos como restos de la urna en que fue hallada la imagen de la Virgen de Guadalupe. Faltan otras muchas, entre ellas la mudéjar del coro, las de los antiguos púlpitos, etc.

Pero, gracias a Dios, ha perdurado el más notable trabajo de hierro: la reja grandiosa del templo, objetivo de este capítulo.

Era prior de la Santa Casa el P. Fray Juan de Azpeitia (1509-1512). Y "como viniese por esta casa en romería —el señor don García de Toledo, hijo mayorazgo del duque de Alba Don Fadrique, cuando iba a la conquista de los Gelves, donde el y los mas que el llevo fueron muertos por los moros— y viese que la reja que estaba delante del altar mayor de Nuestra Señora era muy pobre y tosca de labor, dio 300 ducados para que comenzasen a labrar la que ahora esta, con voluntad que cuando volviese pagaria todo lo que costase, lo cual no se hizo por su muerte; y, así, lo pagó la casa, porque costó mucho: y, cuando se hizo, era la mejor que había en España". Así escribe el P. Ecija a principios del siglo XVI en su "Libro de la Invención de Santa María de Guadalupe".

Hecha la limosna por el valeroso capitán, acordó el monasterio encargar su labra al famoso rejero dominico Fray Francisco de Salamanca. Esta decisión molestó grandemente al acreditado maestro de la Casa fray Hernando de Orense, de quien escribió un cronista era "muy grande oficial de cerrajería y buen herrero; y así dejo de su mano labradas muchas cosas en este monasterio, de muy hermosas cerraduras y otras piezas muy pulidas, y la reja de hierro que está en el coro". También era relojero famoso; y sabemos compuso un reloj para el monasterio de Yuste en 1499 y otro para el monasterio de La Luz (Huelva) en 1502. Pero el Capítulo no le escuchó; y fue entonces cuando dicen que exclamó: "Plegue a Dios que yo no vea esta reja terminada." Antes de acabarse, quedó ciego y no la vio. El lego dominico Fray Francisco de Salamanca —autor, también, de la reja que existe en la catedral de Sevilla— trabajó esta reja en Valladolid, ayudado por su hermano de hábito Fray Juan de Avila —algunos llámanle de Segovia—. Contratada en 1510, diéronse tanta prisa en acabar su parte central, que en julio de 1512 se colocaba en Guadalupe; pues en esa fecha mandó el Capítulo del monasterio gratificarles con 100 ducados de oro, amén de los 637.000 maravedises que había importado el contrato. Y suponemos que, tal vez, también les facilitó el convento todo o parte del hierro; pues en aquellas fechas se deshicieron enormes cantidades de cadenas de cautivos— colgadas por todos los muros y columnas del templo.



Agradó tanto el trabajo, que los monjes decidieron derribar el muro que separaba los altares laterales de San Pedro y Santiago y en su lugar poner rejas; pero al llegar los maestros, en 1514, con la obra terminada, se cambió de parecer y fueron colocadas delante de los dichos altares, a derecha e izquierda de la reja central, quitando otras viejas que allí había. Y en vista del resultado, labráronse después otros dos cuerpos más bajos y estrechos en las herrerías del monasterio y con ellos se cerró todo el crucero del templo, separando el presbiterio o capilla mayor del resto de la iglesia.

Hablando de esta monumental reja, dícenos en su historia de Guadalupe el P. Talavera, en 1597: "Diuide la capilla mayor, y los altares que le tienen en medio, atrauesando las tres naues de la iglesia, vna reja, en estremo bien acabada, de singular proporcion, y marauilloso artificio. Distinguen y diferencian su hermosura, muchos y muy galanos relieues, vistosas molduras, luzidas hojas, y perfectos ramos: y otras mil diferencias, que el arte peregrinal esculpió, con tan marauillosa traça que pone justa admiración a quien la contempla."

Al llevarse a cabo, en los años 1742-1744, la desastrosa reforma de Lara Churriguera, el templo guadalupense sufrió una transformación radical. Entre otras cosas arrancaron la bellísima reja mudéjar del coro, labrada por Fray Hernando de Orense, y la del templo retiráronla unos tres metros hacia atrás, para dejar la puerta claustral dentro de la capilla mayor, a la vez que elevaron la reja y pavimento un metro. Y fue entonces cuando se le añadieron restos de la reja del coro, como pájaros, figuras de ángeles y sobre todo una delicadísima crestería mudéjar, que es lo que más llama la atención.

La mejor descripción de esta monumental reja es su fotografía, y a ella nos remitimos.



← DETALLE DE LA REJA CENTRAL.



XXVII

## GUADALUPE Y SU ESCUELA DE MEDICINA

La existencia y fama de las Escuelas de Medicina y Cirugía de Guadalupe es un hecho plenamente demostrado después de los profundos estudios del doctor Nicolás Pérez Jiménez ("Escuela de Medicina del Monasterio de Guadalupe", Badajoz, 1895), de fray Germán Rubio, O. F. M. ("Historia de Nuestra Señora de Guadalupe", Barcelona, 1926) y del doctor Víctor Escribano García ("La cirugía y los cirujanos españoles del siglo xvi", Granada, 1939); amén de otros numerosos autores antiguos, fuentes directas de las obras antedichas. Con todo lo cual se corroboran las someras noticias que el doctor Hernández Morejón nos da sobre la Escuela Médica de Guadalupe en su "Historia bibliográfica de la medicina española" (Madrid, 1842) y se rebaten con sobrados argumentos las falsas y arbitrarias negaciones del doctor Chinchilla ("Anales históricos de la medicina en general y biográfico-bibliográficos de la española en particular"; en "Historia de la Medicina española", Valencia, 1841), que al censurar a Morejón de poco crítico en este asunto, cae él en un error mucho más grave al no admitir una verdad tan clara como la luz meridiana. Nuestro propósito es tan sólo espigar algunos datos que ilustren a los lectores de este libro sobre un tema tan importante y, a la vez, tan desconocido, ya que apenas tienen noticias de estas famosas Escuelas Médicas de Guadalupe algún que otro historiador.

El principio y origen de los hospitales de Guadalupe no pudo ser



* CLAUSTRO GOTICO O DE LA "BOTICA" (SIGLOS XV-XVI) EN QUE ESTUVO ANTIGUAMENTE LA FAMOSA ESCUELA DE FARMACIA DEL MONASTERIO.

más sencillo: un modesto asilo para atender a los enfermos que desde los albores del milagroso hallazgo de la sagrada imagen de la Virgen Morenita acudían a impetrar su protección. Esto no era cosa nueva, ya que tales dispensarios, más o menos primitivos, los tenemos, siglos antes que en Guadalupe, en el camino de Santiago de Compostela y otros lugares. Pero en este monasterio no quedó todo en ese cuidado elemental hacia los pobres y enfermos, sino que a través de los años y en línea paralela a los progresos de la santa Casa, llegó a convertirse en práctica admirable de la ciencia de Galeno.

No hay duda, por tener de ello afirmaciones categóricas en historiadores del monasterio, que el primer hospital de Guadalupe se erigió a raíz mismo del hallazgo de la santa imagen. En un documento en pergamino que se guarda en el archivo de Guadalupe, háblase de un hospital ya en 1329.

Con el carácter y finalidad de su origen siguieron estas casas de beneficencia durante todo el priorato secular del monasterio, que se extiende desde la batalla del Salado (1340) (que introduce plenamente a Guadalupe en la historia de España) hasta el año 1389, en que don Juan Serrano, último prior secular, hizo entrega del santuario a la joven orden de San Jerónimo.

Guadalupe toma entonces nuevo impulso y comienza pronto a ser el verdadero santuario mariano nacional, visitado y protegido por reyes y grandes de España.

Esto hace que el número de peregrinos que a diario acuden a postrarse ante la milagrosa Virgen de las Villuercas vaya aumentando en proporciones insospechadas. En consecuencia, los monjes se ven precisados a pensar en un centro médico mejor atendido y más amplio, para socorrer con presteza y cumplidamente a cuantos enfermos llegan a las puertas del caritativo monasterio. Para ello invierten grandes cantidades de las limosnas llegadas a la Santa Casa, establecen escuelas de enseñanza y práctica y traen a los hospitales de Guadalupe a los mejores médicos de España, gratificando su trabajo mejor aún que los mismos reyes; y consiguen de los Papas privilegios especiales para ejercer la medicina los mismos monjes no ordenados "in sacris", convirtiendo así a Guadalupe en uno de los centros médicos más famosos de todo el mundo.

En 1442 tenemos ya noticias de la existencia de aprendizaje de medicina y cirugía en esta casa por un breve de Eugenio IV y en los años siguientes hallamos, incluso, estadísticas de los cirujanos y ayu-

dantes que ejercen en los hospitales guadalupenses y del instrumental y enseres de las aulas precursoras de los modernos quirófanos.

Y no es tan sólo admirable el hecho de que existan Escuelas de Medicina en un monasterio perdido entre escarpadas sierras. Hay algo más que da fama imperecedera a Guadalupe, ya que a la antigüedad de sus hospitales hemos de añadir los adelantos maravillosos que allí se observan, como fue el uso de "coser" heridas en plena mitad del siglo XV y, sobre todo, la cura de la sífilis o "mal francés" antes que fuera descubierto el Nuevo Mundo: lo cual obligó a edificar además de los hospitales ya existentes, otro separado para el tratamiento de las "bubas", donde se practicaban unciones durantes los meses de abril y mayo, así como las famosas fumigaciones que el mismo Francisco Arceo aprendió en Guadalupe.

Más importante aún que esto fue la práctica de autopsias de cadáveres, hechas en Guadalupe por especialísimo privilegio de la Santa Sede a mediados del siglo XV, según testimonio autorizado del Padre Gabriel de Talavera, prior del monasterio ("Historia de Nuestra Señora de Guadalupe", Toledo, 1597). Todavía vemos en uno de los edificios que sirvieron de hospital, los subterráneos donde eran depositados los cadáveres destinados a tal fin.

Esto explica esa pléyade de famosos médicos y cirujanos seglares que estudiaron y ejercieron en las escuelas de Guadalupe, tales como el doctor Ceballos, Moreno, Yerto, Arceo —considerado como el mejor cirujano de la Europa de su tiempo—, Francisco Hernández —enviado por Felipe II en 1570 a estudiar las plantas medicinales de Nueva España—, etc. Ni faltan tampoco celebrados galenos entre los mismos monjes, mereciendo destacarse fray Pedro de Guadalcanal —siglo XIV—, fray Rodrigo de Córdoba —siglo XV— y fray Luis de Madrid, cuya fama de cirujano fue tanta, que en 1503 pedía la Reina Isabel de Castilla fuera a Portugal a curar a su hija.

Fruto de esta cultura médica tan admirable, fueron varias obras salidas de la pluma de profesores de los hospitales guadalupenses, algunas de las cuales sirvieron de texto en universidades españolas. Así tenemos, entre otras, los tratados de "Cirugía práctica de Guadalupe", escrita por Diego Antonio de Robledo (Barcelona, 1686, y Madrid, 1687); la "Medicina práctica de Guadalupe", del doctor Francisco Sanz de Dios (Madrid, 1730) y la curiosa obra de uno de los últimos afamados médicos de los Reales Hospitales de Guadalupe, doctor Forner y Segarra, que escribió "Las virtudes medicinales de la

fuente del Loro, nuevamente descubierta en las sierras de Guadalupe" (Madrid, 1780).

Como necesario complemento de las Escuelas de Medicina y Cirugía, funcionó en este Real Monasterio hasta el siglo XIX una excelente botica, instalada en el actual claustro gótico. Con grandes elogios nos la describen varios historiadores antiguos de esta Santa Casa, advirtiendo que los monjes gozaban de numerosos privilegios para traer a ella, de Portugal y España, toda suerte de medicinas sin impuesto alguno, así como gran cantidad de mercurio de Almadén para el tratamiento de la sífilis. Y era tal el cuidado de esta botica —a cuyo frente estaba siempre un religioso del monasterio—, que en ella no faltaba ungüento o medicina por cara y costosa que ella fuera, guardándose todas en vasos de plata para evitar el aspecto y desagradable olor de los medicamentos. En esta oficina hallamos, al igual que en las Escuelas de Medicina y Cirugía, famosos boticarios, tanto seglares como religiosos, de alguno de los cuales nos dicen las historias del monasterio que poseían los secretos todos de las plantas medicinales.

Hoy poco más que el recuerdo perdura de aquellos establecimientos humanitarios que en los anales de la medicina escribieron páginas brillantes.

El abandono que se abatió sobre Guadalupe cuando el siglo XIX arrojó a los jerónimos de sus claustros, acabó con las célebres Escuelas de medicina y cerró las puertas a los varios hospitales que el monasterio mantenía gratuitamente. Hoy —convertidos en viviendas particulares— podemos aún contemplar notables restos en los que se llamaron hospital de San Sebastián, Casa de niños expósitos, hospital de mujeres, hospital de la Pasión y hospital del Obispo —a 32 km. de Guadalupe, en el antiguo camino de Castilla—. El más importante —el hospital de San Juan Bautista, levantado en 1402 por el P. Yáñez— conserva perfectamente su capilla gótico-mudéjar. Juntamente con el Colegio de Gramática se halla en obras de reforma para instalar en sus amplios claustros un Parador Nacional de Turismo.

El claustro de la botica o gótico (siglos XV-XVI), se restauró por los franciscanos a principios de este siglo y es utilizado actualmente para hospedería monacal. Conserva íntegra su primitiva arquitectura y la bellísima portada mudéjar que daba acceso a la farmacia en que tantos secretos se arrancaron a la flora guadalupense.

## XXVIII

## EL GUADALUPENSE DOCTOR CEBALLOS, PROTOMEDICO DEL CESAR CARLOS I

Muy poco más que el nombre nos ofrecen de este hijo benemérito de la Puebla de Guadalupe los analistas antiguos del monasterio y los historiadores modernos de la Medicina. El clásico prior del cenobio guadalupense padre Talavera, lo cita como uno de los médicos que trabajaron en los hospitales de la Santa Casa ("Historia de Nuestra Señora de Guadalupe", Toledo, 1597, folio 221); y el benemérito don Nicolás Pérez Jiménez, historiando la medicina guadalupense, nos dice que no podemos precisar siquiera en qué cubículo real trabajó el doctor Ceballos, aunque él presume fuera con Carlos V o su hijo Felipe II ("Virgen y Mártir", II, pág. 84, Badajoz, 1894).

Afortunadamente hemos hallado, entre los ricos fondos del Archivo de Guadalupe, algunos datos inéditos que nos permiten perfilar un tanto la personalidad de este galeno, a la vez que esclarecen su nombramiento de protomédico; título muy honroso, creado por los Reyes Católicos y amparado, después, por Carlos I, Felipe II y sucesores. La primera vez que nos encontramos con el nombre del doctor Diego Ceballos es en un acta capitular tenida por el prior y monjes de Guadalupe en 31 de mayo de 1510. En ella se dice cómo este médico trataba de marcharse a Bugía con García de Toledo; intento que estorbó la Comunidad jerónima, amparada por el con-



trato que Ceballos hiciera de servir al monasterio por espacio de diez años.

En otra reunión capitular, celebrada el 22 de marzo de 1519, aparece nuevamente Ceballos, quien, ganando en los hospitales de Guadalupe cada año 50.000 maravedises de sueldo, pedía a los monjes se lo aumentaran; pero estos "ovieron del muy mal exemplo de las mudanças que habia fecho e hazia, y en especiàl y sobre todo, que sin licencia de su Reuerencia de nuestro padre se yva a donde quería y quando quería ni tampoco demandaua licencia al hospitalero, e que cuando vía que se le ofrescía algund puesto en otra parte no miraba ni temía ni guardaba la obligación e concierto que tenía fecho syno que luego quería dexar al conuento commo de fecho tenia concertado con el señor don garcía de toledo quando yba a bugía, e otras cosas no lícitas a su oficio. E la mayor parte del conuento vino e quedo concertado que su reuerencia no le diese más de quarenta mil maravedíses con las otras cosas que con ellos le solían dar y no más" (Libro primero de actas capitulares, folio 119 vuelto).

Sin embargo de la aparente dureza que estas palabras reflejan y que nos hacen pensar que el monasterio quiso en aquella ocasión vengarse del ilustre médico que planeó dejar Guadalupe, en el fondo los monjes debían estimar sobremanera a Ceballos y por esto, y porque era un estupendo médico, sentían saliera del monasterio en que tan buen papel desempeñaba.

Este nuestro modo de pensar lo deducimos de dos cartas enviadas al arzobispo de Granada y al príncipe don Fernando —hermano de Carlos I— por el prior de Guadalupe, fray Juan de Siruela, en octubre de 1521.

En el Archivo del monasterio guadalupense se guardan las "minutas" de ambas misivas y aparte de otras cosas allí tratadas y que no hacen al caso, tienen de común estas cartas la recomendación que el prior hace al arzobispo y sobre todo al emperador de Hungría para que se interesen en que don Carlos admita en su Protomedicato al doctor Ceballos "que es yerno del doctor de la Parra, casado con una hija suya el cual ha que esta y sirue en esta sancta casa de médico muchos años y está tan experimentado y tiene tanta ciencia de la medicina como quantos ay en el Reyno, y por esto y por ser muy limpio de sangre y por los seruicios del doctor su suegro cabe muy bien en él este oficio...". Frases tan laudatorias reflejan, sin duda, el aprecio en que era tenido por los monjes este médico.

Ignoramos la fecha exacta en que Ceballos entró a servir al César



* MARAVILLOSO JUEGO DE LUZ Y SOMBRAS EN LAS ARCADAS DEL CLAUSTRO DE LA FARMACIA.

como protomédico; pero tuvo que ser entre los años 1521 —en que el padre Siruela lo recomendaba— y 1537, en que escribe una carta al prior de Guadalupe desde Valladolid, que lleva en su dorso esta apostilla: "a 26 de octubre de 1537 del doctor Ceballos, protomédico del Emperador".

Tampoco sabemos cuántos años estuvo al servicio del César, aunque es posible permaneciera en su Protomedicato hasta los días últimos de don Carlos; pues tengo idea que algún biógrafo del Emperador cita a este médico al tratar de la enfermedad postrimera del César, no obstante que en Yuste sólo hallamos al doctor Matisio.

¿Cuándo regresó Ceballos a Guadalupe? Es probable que los días últimos de su vida los pasara a la sombra del monasterio que tantos recuerdos guardaba para él, y tenemos por seguro que en esta Puebla falleció.

Lo indudable es que sus restos descansan en la basílica guadalupense, bajo las esbeltas bóvedas del amplio templo gótico-mudéjar que el Rey Justiciero mandara levantar poco antes de la victoriosa batalla del Salado (1340), ganada por intercesión de la Virgen Morena de las Villuercas; y debajo, también, del cnlosado de mármol con que Lara Churriguera cubrió el primitivo pavimento de interesantes sepulturas en la desdichada décimoctava centuria. Esto nos consta por uno de los códices más valiosos del archivo del monasterio, escrito en el siglo XVI y que lleva por título: "Libro de sepulturas de seglares y religiosos extraños a Guadalupe." En su folio 81, v.°, leemos:

"Nave Mayor, Octaua Renclera, quinta sepoltura. En XII de noviembre de MDXXXIX enterraron en esta sepoltura una hija del doctor caballos de XX años y más. En XX de agosto de DXLII enterraron en esta sepoltura a María (?) muger del Señor doctor caballos. En XV de abril de DLX enterraron en esta sepoltura a la suegra del comendador caballos, de edad de LX años. En XIIII de enero de DLXI se enterraron aquí los huesos del doctor Caballos."

Es verdad que en esta curiosa nota no se dice que Ceballos falleciese en Guadalupe e incluso parece hacer distinción entre su familia y él, puesto que mientras en los casos anteriores habla del enterramiento de sus cuerpos, tratando de Ceballos se concreta a los huesos, que pudieron ser traídos de otro lugar en que antes estuviesen enterrados.

La incuestionable es que Ceballos fue médico en el monasterio guadalupense, miembro del Protomedicato del Emperador Carlos I, y sus cenizas descansan cabe las plantas de la Reina excelsa de la Hispanidad.

## XXIX

## UNA JOYA ARQUITECTONICA: EL TEMPLETE

En El Escorial extremeño, como alguien ha llamado acertadamente al monasterio de Guadalupe, hay muchas cosas de indiscutible valor, tanto en su arte como en su historia; pero entre los mil motivos que aquí podemos admirar, hallamos algo inconfundible que caracteriza la fisonomía arquitectónica de esta inmensa mole grisácea que ha visto desfilar ante sus ciclópeos muros la historia española de siete centurias y ha visto forjar en su recinto los pilares más firmes de la Hispanidad de que Guadalupe es templo augusto. Algo que jamás se borrará de la mente del turista o devoto que lo contempla una vez, aunque sea en una "tournée" relámpago, tan de moda en nuestra era atómica en que queremos viajar, estudiar, ver... con la misma velocidad de los aviones supersónicos. Este algo tan singular de Guadalupe es su bellísimo templete, construcción gótico-mudéjar de los primeros años de la décimocuarta centuria. Levantólo, para coronar la obra del amplio claustro mudéjar, el alarife jerónimo fray Juan de Sevilla, según rezaba una inscripción grabada en la fuente de bronce que existió en el centro de esta pequeña capilla y que el prior de Guadalupe fray Gabriel de Talavera nos ha conservado en su celebrada y clásica historia del siglo XVI. Decía así: "Año de mil y cuatrocientos y cinco, leuantó esta fuente fray Iuan de Seuilla, por mandato de fray Fernando, primer fundador y Prior deste monasterio".

¿Quién fue este fray Juan de Sevilla? Por desgracia poseemos



muy escasas noticias de él, ya que su nombre no figura todavía entre las interesantes "limpiezas de sangre" de monjes profesos de Guadalupe, debido a que tal costumbre data de 1486, a raíz de los famosos autos de fe contra herejes y judíos tenidos hacia esa fecha en esta Puebla de Guadalupe. Sabemos, sin embargo, que fue uno de los primeros monjes jerónimos venidos a Guadalupe y uno de los que en 1406, poco después de acabar su inmortal obra, salieron de esta casa por mandato del Rey Doliente Enrique III, a causa de ciertos disturbios habidos en Guadalupe contra el santo prior padre Yáñez, y que luego fundaron el monasterio de Montamarta, cerca de Zamora.

¿De dónde era oriundo el padre Juan? Nos gustaría poder determinarlo con pruebas documentales; pero en ningún historiador ni documento del archivo hemos tenido la suerte de hallarlo. No obstante, creemos fundadamente que su patria chica fue Sevilla o alguno de sus pueblos, de los que tantos religiosos salieron para Guadalupe. Y pensamos así, a la vista de lo que nos dice el citado padre Talavera: "Es bien aduertir ha sido costumbre recebidissima, desde los principios de nuestra religión, que sus professores dexen los titulos y renombres de sus pasados, *mudandolos en los de sus pueblos;* deseando con esta santa institución, oluiden muy de proposito el mundo, començando por lo que en el mas se ama, que es la sangre y descendencia; y que con la memoria del nombre de sus patrias, se animen a ennoblecerlas con sus virtudes." Es cierto que tal costumbre tuvo excepciones, como observamos en algunas "limpiezas de sangre" conservadas en el archivo; pero fueron raras y no han de suponerse, sino probarse. Y es sumamente curioso hallar en las labores de este templete un notable parecido con el Alcázar de Sevilla, construido medio siglo antes. Ello hace pensar no sólo que el arquitecto de la obra guadalupense conoció la construcción sevillana, y en parte quiso imitarla, sino tal vez toda la obra mudéjar del claustro tenga influencia sevillana.

Sea de ello lo que quisiere, es lo cierto que este primoroso templete en ladrillo y "terracotta" en que se dan cita, para entrelazarse y combinarse admirablemente, el gótico y el mudéjar, dos estilos tan diferentes, es lo más notable y típico de la arquitectura del monasterio de las Villuercas. Colocado en medio de un gran patio-jardín, es el remate y corona del grandioso e incomparable claustro mudéjar (llamado también de los milagros, por los cuadros que, representando varios prodigios de la Virgen de Guadalupe, penden de sus muros), levantado a fines del siglo XIV. En derredor de este espacioso claustro, tan cargado de historia, ha girado gran parte de la vida del



* UN ENCANTADOR MUDEJARISMO ENVUELVE LA ARQUITECTURA GUADALUPENSE. BELLO CONJUNTO DE TEMPLETE, ROSETON, TORRES Y ARCADAS.

monasterio, ya que en sus alas estuvo el antiguo refectorio, ennoblecido por reyes y otros personajes; la célebre capilla de San Martín, primera sala capitular en que se celebró el más antiguo Capítulo general de la Orden Jerónima en 1415; su elegante portada plateresca, que da acceso a la entrada y escalera principal; sus notables capillas; sus enterramientos de priores, entres los que descuella el del padre Illescas, labrado por Anequín Egas y representado más tarde por Zurbarán en su obra maestra de la sacristía..., y, sobre todo, el emocionante paso por sus iluminadas galerías de la Reina de las Españas, que cada año, en su fiesta del 8 de septiembre, sale en triunfal y majestuosa procesión, acompañada de una delirante y enardecida multitud de peregrinos y devotos que la aclaman.

Este bellísimo templete, que ya en 1495 llamó poderosamente la atención del viajero alemán Jerónimo Münzer, podemos decir se conserva todavía íntegro y lleno del encanto que le prestan la luz estival al reverberar en sus polícromos y variados azulejos y mosaicos, la blanca nieve que mansamente cae sobre sus picos en las frías noches de enero, o la blanquecina luz rielante de luna llena al proyectar su grácil figura tras los arcos de herradura formando caprichosas siluetas, mientras el agua —de su fuente— entona dulces canciones con notas de cristal.



LA ADORACION DE LOS REYES MAGOS, TRIPTICO EN TABLA ATRIBUIDO AL PINTOR HOLANDES A. ISEMBRANDT

## XXX

## LA "ARQUETA DE LOS ESMALTES"

Entre las piezas que mejor nos evocan hoy la singular solemnidad que en el santuario de las Villuercas revistió en pasadas centurias la celebración de la Semana Santa, hay una joya que, sobre todas, merece nuestra atención. Se trata de un arca que el Jueves Santo sirve para custodiar a Jesus Sacramentado en el monumento y vulgarmente es conocida como la "arqueta de los esmaltes". Nos hallamos ante una valiosísima obra que en los anales de la orfebrería española se destaca en primer plano, que es unánimemente elogiada por cuantos entendidos la contemplan y que los cronistas del monasterio guadalupense han celebrado siempre con gran ponderación. En verdad es toda una síntesis de historia, de riqueza y de arte —pasionario por los motivos que la decoran y eucarístico por su destino— esta incomparable pieza del siglo xv, guardada en el relicario de la basílica desde que en el priorato del Padre Talavera —a fines de la décimosexta centuria— construyó esta preciosa capilla el maestro mayor de la catedral de Toledo, Nicolás de Vergara.

La forma geométrica de esta arqueta-sagrario —como puede apreciarse en la adjunta fotografía— es la de un paralelepípedo, que mide 1'32 metros de largo por 1 de alto y 0'55 de fondo. Es de madera de pino y va forrado con planchas de plata sobredorada y esmaltes, que en sus tiempos llenaron los 24 compartimientos del frontis y respaldo y los ocho laterales, así como los de su coronamiento. Estas casillas



* ARQUETA DE MADERA RECUBIERTA DE PLANCHAS DE PLATA Y ESMALTES. OBRA DE FRAY JUAN DE SEGOVIA. (SIGLO XV.)

van separadas por fajas de metal amarillo, guarnecidas de clavos y rosetones y sobre los que corre una crestería de cardinas, enmarcado todo por cuatro agujas góticas, del mismo metal, que arrancando del pie se elevan en sus cuatro esquinas. Arriba lleva un remate a cuatro vertientes, con un plano rectangular encima. Las vertientes laterales tienen dos compartimientos cada una, tres el frontis y parte posterior y pensamos los tuvo también en el plano de remate, aunque hoy ni señales queden de los esmaltes y repujados que debió tener.

Lo más antiguo, y a la par interesante, de esta arqueta son los seis lindísimos y grandes esmaltes, de bello color y notable profundidad, que alternado con otros tantos repujados, han sobrevivido a los siglos y al abandono casi secular del Guadalupe exclaustrado. Sin duda la primitiva arqueta tuvo no menos de 20 esmaltes, que han desaparecido lo mismo que varias planchas repujadas.

Estos maravillosos esmaltes —que Tormo y Mélida creen oriundos de los famosos talleres de Limoges— acusan una marcada influencia italiana y son del siglo XIV. Proceden del primer trono que tuvo la Virgen de Guadalupe, labrado por el tercer prior secular don Diego Fernández, y deshecho en 1385 por don Juan Serrano para entregar su plata al rey don Juan I de Castilla, que la acuñó en monedas para los gastos de la infortunada batalla de Aljubarrota.

El susodicho Juan Serrano, al ser nombrado obispo de Segovia en 1389, hizo entrega del ya célebre santuario guadalupense a la joven Orden de San Jerónimo, que muy pronto lo convirtió en taller de artes bellas y suntuarias, entre las que fue cultivada con particular perfección la orfebrería. En 1398 nos habla ya el necrologio monacal de fray Juan de Ciudad Real, sacerdote y platero; y que este arte floreció hasta los últimos años del priorato jeronimiano lo prueba un dibujo de aguas hecho en 1798 y en el que todavía aparece la fuente de la "platería", cerca del atrio.

En estas oficinas trabajaron muchos, así monjes como seglares amaestrados por ellos, y nos legaron valiosas pruebas de su habilidad; pero ninguno logró tanta nombradía como fray Juan de Segovia, llamado por antonomasia "el platero"; figura cumbre de la orfebrería guadalupense que mereció una semblanza tan elogiosa como ésta que hizo de él, pocos años después de su muerte —acaecida en 1487— el arquero y cronista del Monasterio, fray Diego de Ecija: "Fray Juan de Segouia fue varón digno de toda veneración por su uida loable en uirtudes y sancta conuersaçión, cuya memoria durara para siempre en este monasterio a causa de las muchas pieças de plata que dexo en el



* LA ANUNCIACION. BELLISIMO ESMALTE DEL SIGLO XIV PROCEDENTE DEL PRIMER TRONO DE LA VIRGEN DE GUADALUPE, QUE SE ADMIRA EN LA "ARQUETA" DE LOS ESMALTES.

labradas de su mano como parescen oy en día, porque todo lo bueno y Rico que de plata esta labrado en la sacristania labro el." Enumera después, el diligente cronista andaluz, algo de lo mucho que salió de

manos de este monje y dice: "Syn otras muchas que dexare de poner, el arca para el Jueves de la çena que se pone en el monumento que es de vnos esmaltes que quedaron del Retablo del altar mayor que era de plata muy Rico el qual se deshizo para dar la plata del al Rey don Juan el primero y en pago della dio las escriuanias de truxillo, de la cibdad y su tierra."

No hay duda que la valiosa cita se refiere —y así lo han afirmado todos los historiadores de la Santa Casa— a la arqueta que nos ocupa y que siempre fue destinada para guardar el Santísimo Sacramento el Jueves Santo; así en aquel lujoso monumento de antes, adornado con innumerables reliquias conservadas en valiosos cofres, como también en el actual, que, sin tanta suntuosidad, aparece bellamente adornado con ricas telas de terciopelo verde regaladas en el siglo XVIII por el marqués de Sofraga.

Además de la arqueta de esmaltes, nos queda del maravilloso orfebre segoviano el pie gótico de plata sobredorada en que se colocó el "Lignum Crucis" regalado al Monasterio por Enrique IV de Castilla, un lindo portaviáticos, un rico y fino broche de la Sagrada Cena en la "capa rica" y tal vez —así lo sugirió Tormo— la parte central de oro purísimo que admiramos en la famosa custodia toledana de Arfe.

La celebrada arqueta de Guadalupe —con huellas inequívocas de un largo abandono y que necesita de urgente restauración— nos ofrece todavía numerosas escenas de la vida de Cristo y sobre todo de su Pasión, así en los esmaltes como en los repujados. En los esmaltes está representada la Anunaciación de María —el más bello de todos y que recuerda grandemente a fray Angélico—, los Reyes Magos camino de Belén, la Adoración de los Magos, Jesús en el templo hablando a los doctores, el Sermón de las bienaventuranzas y la entrada de Jesús en Jerusalén el Domingo de Ramos. En los seis repujados del frontis —que van intercalados con los esmaltes— vemos: La Oración del Huerto, la Flagelación, Jesús con la Cruz a cuestas (se repite en dos planchas), el Descendimiento y la Sepultura de Cristo.

Todos los esmaltes del reverso, laterales y remate faltan, así como varios de los repujados. Los que aún quedan nos ofrecen diferentes escenas de la Pasión —con frecuencia repetidas— menos dos que representan a María con el Niño rodeada de ángeles tañendo el laúd, que vemos en las vertientes laterales.

Esta es, a grandes trazos descrita, la arqueta célebre que representa uno de los máximos valores artísticos de Guadalupe y a la vez se ofrece entre los más interesantes monumentos pasionarios de España.



## XXXI

## LA REINA DE LAS SACRISTIAS DE ESPAÑA

IGNORO quién fue el primero que así llamó a la más acabada y bella pieza arquitectónica del monasterio extremeño de Guadalupe; pero, ciertamente, son muchos los que hoy suscriben esta afirmación. En el siete veces secular santuario de las Villuercas, que atesora tantos valores de arte —enlazados casi siempre con brillantes páginas de historia española—, es la sacristía lo que más atrae la atención de los eruditos y la obra más acabada del extenso edificio.

Para contemplarla en toda su hermosura debemos hacer nuestra entrada por la pequeña pieza situada como umbral, la antesacristía, labrada en la torre de Santa Ana —o del reloj—, que, desde el siglo XIV, sirvió para sacristía, y en la décimoseptima centuria fue un tanto reformada al destinarse a "lavamanos". Contemplando su grandiosa pila de jaspes, los notables retratos de Carlos II, su primera esposa y el cardenal Milini, ejecutados por Carreño Miranda; otros tres lienzos anónimos de no escaso valor, dos buenos cobres y otros tantos espejos con grandes marcos de ébano, nuestro espíritu se va preparando insensiblemente para introducirse, reverente, en el "sancta sanctorum" del celebrado monasterio extremeño: *la sacristia,* que aparece, al fondo, tras una majestuosa portada de negros jaspes, en cuyo elegante frontón vemos la dedicatoria de tan importante pieza a "Dios Optimo Máximo, a la siempre Virgen Madre y al Divino Jerónimo".

Las obras de la sacristía guadalupense dieron comienzo a media-



• SACRISTIA DEL MONASTERIO (1638-47).



dos del año 1638, según planos diseñados por un carmelita descalzo cuyo nombre no ha llegado hasta nosotros. Regía, a la sazón, los destinos del cenobio, el benemérito padre fray Diego de Montalvo; y fueron los padres fray Martín de San Jerónimo (1639-1642), fray Ambrosio de Castellar (1642-1645) y fray Juan de Toledo (1645-1648) los tres priores que —prosiguiendo la idea del padre Montalvo—, dieron cima a las obras en 1648, como rezan los dípticos colocados en dos marcos de las ventanas que dan luz a esta sala.

La arquitectura no es aquí lo más importante, con representar una obra de extraordinaria belleza, acabada unidad y simetría perfecta. Su principal valor radica en ser el marco ideal para esa gran colección de lienzos que, inmortalizando al hijo ilustre de Fuente de Cantos, han unido de tal forma su nombre con el monasterio extremeño, que Zurbarán sin la sacristía guadalupense sería incomprensible, y Guadalupe sin Zurbarán resultaría incompleto. Mutuamente se complementan y explican.

Francisco de Zurbarán —desestimado hasta que Elías Tormo quitó el polvo que envolvía su memoria, y al que hoy se considera como uno de los maestros próceres de la pintura española— nació en Fuente de Cantos (Badajoz), el año 1598, y fue llamado a trabajar en Guadalupe cuando se hallaba en plena madurez artística. Es el año 1638 cuando firma sus mejores obras en la cartuja de Jerez, y ésa es la fecha en que comienza a pintar los grandes lienzos para la sacristía guadalupense, en cuya decoración —y sobre todo en sus pinturas murales de bóveda— muchos quieren ver su pincel. Podemos decir que lo mejor que él tiene en Guadalupe se halla en la sacristía: ocho enormes lienzos colocados en lujosos marcos que, al representarnos escenas vividas por los primeros monjes que santificaron los claustros de Guadalupe, traladan nuestro espíritu al siglo xv.

De los ocho lienzos, seis están firmados por Zurbarán, en los años 1638-1639; pero no hay duda que son también suyos los restantes, a juzgar por su técnica y sobre todo sus blancos inconfundibles. Los ocho lienzos representan —comenzando por el último de la izquierda, según hemos entrado en la sacristía—:

1.º—*Padre fray Fernando Yáñez de Figueroa*, monje profeso en la casa matriz de la Orden jerónima, Lupiana, y primer prior del naciente monasterio guadalupense, donde falleció en 1412. El rey Enrique III de Trastamara le impone su birreta, ofreciéndole la mitra de Toledo, que él, humildemente, siempre rechazó. Detrás del rey aparece un caballero de la Orden de Santiago, que bien pudiera ser —Tor-



• HUIDA A EGIPTO. CUADRO DE LUCAS JORDAN.

mo no lo descarta— el autorretrato del propio Zurbarán. Está firmado en 1639.

2.º—*Padre fray Pedro de Valladolid o de las Cabañuelas*, muerto en 1441. Representa el famoso prodigio eucarístico que el Señor obró para recompensar la combatida fe de este virtuoso prior, que dirigía el espíritu de la reina madre de Enrique IV, doña María de Aragón. La Sagrada Hostia se eleva en el aire y, descendiendo luego sobre el cáliz vacío, gotea sangre divina y mancha los corporales que, a partir de entonces, se guardan en el relicario del monasterio. Está firmado en 1638.

3.º—*Padre fray Gonzalo de Illescas*, muerto en 1464. Fue confesor del rey don Juan II, prior de Guadalupe y después obispo de Córdoba. Su sepulcro, de alabastro en el claustro mudéjar, fue labrado por el famoso holandés Anequín Egas. Es el mejor cuadro de la sacristía, si a técnica atendemos, y en la cabeza del monje logró Zurbarán un maravilloso retrato. Está firmado en 1639.

4.º—*Padre fray Andrés de Salmerón*, muerto en 1408. Representa el momento en que este santo varón recibe las bendiciones del Señor. Es la suprema inspiración del pintor extremeño; y los detalles de plegados en los vestidos, sombras, etc., hacen de él una obra perfecta. La mano de Jesucristo sobre la cabeza del prior es tan maravillosa que por contemplarla "¡debieran los artistas emprender viaje a Guadalupe!", como escribió don Elías Tormo. Está firmado en 1638.

5.º—*Padre fray Diego de Orgaz*, muerto en 1465. Representa al demonio que, en forma de jabalí, de león o de mujer, distrae al virtuoso monje en su oración. Este cuadro es el de menos calidad, por su excesivo tenebrismo, por el sitio y por que se halla junto a los que tienen más luminosidad. No está firmado.

6.º—*Padre fray Diego de Salamanca*, muerto en 1479. El pintor recoge aquí una visión que fray Pedro muestra a otro monje, aterrado al contemplar el reflejo de un voraz incendio. No está firmado.

7.º—*Padre fray Martín de Vizcaya*, muerto en 1440. Es un lienzo, con magnífico estudio de blancos y oscuros, que representa al caritativo portero dando limosna a los pobres. Está firmado en 1639.

8.º—*Padre fray Juan de Carrión*, muerto en 1416. Es otro de los mejores lienzos de Zurbarán, que lo firmó en 1639. Representa al padre Carrión, que, avisado por el cielo de su muerte, se despide de los monjes en el coro. Está firmado en 1639.

Pasando después a la capilla de San Jerónimo, nos encontramos nuevamente con el gran artista de Fuente de Cantos. De su pincel salió

el bello cuadro de la apoteosis de San Jerónimo —colocado en el ático del altar y llamado por muchos "perla de Zurbarán"—, de extraordinaria gracia y perfecta composición. También parecen ser de él los ocho cuadritos (eran diez, pero dos fueron arrancadas en los años de la desamortización), del estilóbato y pedestales del altar. Finalmente, se le atribuyen los dos grandes lienzos apaisados laterales, que representan las "tentaciones" de San Jerónimo en el desierto de Siria y los "azotes" que en sueños creyó recibir el santo, por el gusto desmedido con que leía a los clásicos paganos. Mucho se ha discutido sobre la paternidad de estos dos buenos lienzos; y, por nuestra parte, creemos —con el gran zurbaranista Gaya Nuño y enfrente de otros que sienten lo contrario— que ambos son de Zurbarán. Sin duda alguna lo es el lienzo de las "tentaciones", en sus figuras femeninas, en su bodegón que tanto recuerda el del P. Illescas y hasta en su San Jerónimo, que, con rasgos duros que recuerdan a Ribera, encaja perfectamente en el espíritu de Zurbarán.

Un historiador del monasterio —P. San José— afirmó en 1743 que el lienzo de los "azotes" era de Ribera. Ignoramos el fundamento de su rotunda afirmación; y —confesando que está muy mal restaurado— vemos en él a Zurbarán, sobre todo en los ángeles.

Completa esta pieza —diminuta, pero de gran balleza— una magnífica escultura de San Jerónimo, labrada en "terra cotta" por Pedro Torrigiani. Contra los que afirman pertenecer a su escuela o ser una copia del San Jerónimo que dicho artista labró para el monasterio sevillano de San Jerónimo de Buenavista —y que hoy se halla en el museo de pinturas de la ciudad andaluza—, tenemos el claro y terminante testimonio de los historiadores del monasterio guadalupense, que nos dicen haber sido labrada esta talla por Torrigiani en 1522, cuando se hallaba en Sevilla. En 1526 se colocó en el retablo mayor de Guadalupe, debajo de la Virgen titular, y allí estuvo hasta su traslado al sitio que hoy ocupa en la sacristía.

Como antes insinuábamos, alguno ha visto la mano de Zurbarán en las pinturas murales de la bóveda, que representan escenas de la vida de San Jerónimo. El citado P. San José así lo afirma, pero hoy, a la vista de recientes documentos por nosotros hallados, podemos asegurar que el autor de la total decoración de la sacristía fué Manuel Ruiz.





RETABLO DEL ALTAR MAYOR, DE GIRALDO DE MERLO. (SIGLO XVII.)

## XXXII

## EL RETABLO MAYOR.—¿MONTAÑES EN GUADALUPE?

PODRÍAMOS añadir el nombre del ilustre escultor sevillano Martínez Montañés a la extensa lista de artistas que ya conocemos en Guadalupe? Nadie —que sepamos— afirma su paso por el monasterio guadalupense; pero no falta quien haya insinuado —¿fundadamente?— la posible intervención del célebre imaginero en obras del monasterio extremeño.

Desde luego, hemos de advertir desde un principio que tal posibilidad se refiere únicamente al actual retablo mayor, labrado a principios del siglo XVII, ya que fuera de eso, ningún indicio existe que nos permita suponer a Montañés trabajando en Guadalupe; pues si bien en el relicario contemplamos dos bellos Niño Jesús que recuerdan no poco su arte y estilo, parécenos que no pasan de ser obras de su escuela, puesto que están trabajados en metal, cosa en él rarísima o desconocida. En todo caso, nada puede sobre esto afirmarse documentalmente, y sólo caben suposiciones más o menos fundadas.

En cuanto al retablo, conviene anotar que el actual templo guadalupense —antes de éste existieron una rústica ermita y una pequeña iglesia— ha tenido varios en la capilla mayor de la Virgen, sin que podamos precisar con exactitud cuántos han sido. Sabemos que el tercero de los priores seculares, don Diego Fernández, labró para la Virgen de Guadalupe un bello trono o "retablo" con donativos del rey Enrique II de Trastamara; el cual se deshizo para entregar





• DETALLE DEL RETABLO MAYOR.

su plata al rey don Juan I de Castilla cuando acudió a Guadalupe en busca de ayuda con motivo de la desdichada batalla de Aljubarrota (1385). Debía ser muy rico, a juzgar por seis preciosos esmaltes y varias planchas repujadas en plata dorada que se guardaron y en el siglo xv sirvieron a fray Juan de Segovia, "el platero". para labrar la célebre "arqueta de los esmaltes", de que ya hemos hablado.

A fines del siglo xv cita otro valioso retablo en dicho altar mayor el viajero alemán Jerónimo Münzer, quien dedica todo un sabroso capítulo al monasterio de Guadalupe en la interesante relación que escribió de su "Viaje por España y Portugal en los años 1494-1495". Dice a este propósito: "El retablo del altar mayor es muy grande y elevadísimo, todo hecho de oro y marfil, en medio del cual devotamente reluce esta sacratísima escultura —la imagen de la Virgen— encontrada por el Pastor." En 1549 hallamos al historiador vecino de Sevilla Pedro de Medina, que en su "Libro de grandezas y cosas memorables de España" trata ampliamente del entonces famosísimo monasterio de Guadalupe, y nos asegura que "en el altar mayor es un muy rico retablo; y en medio del está el bulto de la Sanctissima Imagen de Nuestra Señora la madre de Dios...". Pensamos, fundadamente, se trata de una misma obra; y a este retablo se refiere también el "Pelegrino curioso" Bartholomé de Villalba y Estaña, vecino de Xérica, que en 1577 visita el santuario de las Villuercas y, describiendo sus maravillas, dice: "El cabo del altar es muy rica pieza; el qual es enterramiento de reyes. El qual está adornado de cincuenta y quatro lámparas de plata lindíssimas, que una que hacía entonces el Rey nuestro Señor, de dos mil ducados de plata, no sé si será la mejor."

Sin embargo, de esta riqueza tan celebrada, el Emperador Carlos I, al visitar por vez primera —en 1525— el monasterio guadalupense, manifestó deseos de construir un retablo más lujoso para la Virgen, según vemos por la minuta de una carta que pocos días después de haber salido don Carlos de Guadalupe le envió el prior fray Miguel de Villahoz. Dicha carta está fechada el día 8 de mayo de 1525, y con ella le enviaron al César la "Carta de Hermandad" que él humildemente solicitara y la "traça del Retablo que por seruicio de Nuestra Señora tiene mandado hacer para el su sancto Altar y capilla mayor desta sancta casa; el qual, commo el obispo de Osma, su confessor, de parte de Vuestra Magestat mandó, se començó a traçar luego, en partiendose de aqui Vuestra Magestat; y halo traçado Juan de Borgoña, que biue ay, en Toledo, que es uno de los buenos oficiales que el día de oy se hallan, porque segund quien se lo manda hazer que es Vuestra

Magestat, y segund para donde se haze que es la muy deuota y insigne cassa del mundo, ansí él izo que se busque para tal obra los mejores oficiales...".

Esta traza, hecha por el insigne estofador y dorador del retablo de la catedral primada Juan de Borgoña, hállase hoy en el Archivo Histórico Nacional de Madrid; y aparte de contener curiosas anotaciones sobre la clase de madera que había de emplearse, precio de la obra, que serían más de seis mil ducados de oro, porque había de ser "uno de los mejores retablos que hasta oy se han visto en España y será quasi tan grande commo el de Toledo", nos demuestra el interés que el Emperador tuvo por Guadalupe desde el principio mismo de su reinado.

Desgraciadamente, no llegó a realizarse el deseo de don Carlos, debido a los apuros pecuniarios del Emperador, metido en costosas guerras durante su largo reinado. Y aunque su hijo Felipe II acarició la idea de su padre, e incluso ajustó la obra en 1596, a "el Greco" por un costo de 16.000 ducados —aparte los materiales—, tampoco se llevó a cabo, a pesar de que el Rey Prudente hizo merced al monasterio —por Cédula de 14 de agosto de 1598— de 20.000 ducados para tal fin. Creemos que el obstáculo nació de la discrepancia entre los monjes, ya que algunos optaban por un retablo de piedra, que hubiera sido, lógicamente, mucho más caro.

Al fin llegóse a un acuerdo en 1614, y se decidió labrar un nuevo retablo y a la vez reformar la capilla mayor, modificando los sepulcros reales de doña María de Aragón y su hijo Enrique IV, levantando varias tribunas, etc. La obra se calculó, por lo bajo, en más de 20.000 ducados, y para reunir fondos salió, a prinicipios de 1615, el padre fray Juan de Siruela a vender plata y alhajas de la Virgen en las ciudades de Madrid, Sevilla y Toledo.

En primer lugar, era preciso reunir gran cantidad de madera de cedro; y en busca de ella fue el citado padre a Sevilla. Esto lo sabemos por un interesante documento existente en el Archivo Histórico Nacional de Madrid, que lleva por título: "Memoria de la madera que es necesaria para la fábrica del retablo de Nuestra Señora de Guadalupe". Al final de la Memoria encontramos la siguiente nota:

"Digo yo, Juan martinez montañes escultor y vezino de seuilla que auiendo el padre fray Joan de siruela de nuestra señora de guadalupe hecho todas las diligencias posibles en esta dicha ciudad para hallar las partidas de cedro en esta memoria contenidas ansí en los almacenes de las maderas como con los capitanes de las naos y ultimamente

i nost



BELLO EJEMPLAR DEL MINIADO GUADALUPENSE ES LA VIÑETA QUE NOS OFRECE ESTA ADORACION DE LOS REYES MAGOS, Y QUE PERTENECE AL SIGLO XVI

conmigo en presencia de dos señores de nao llamados melchior de aça y Juan alvarez osorio no se a hallado en esta ciudad ni por junto ni por menudo el cedro que la memoria pide. Porque tenía no mucho y se ha gastado, y ansí soy de parecer que se encomiende esta cantidad algunos señores de nao que lo traigan de la havana y encargandose esto por horden de los señores de la contrataçion. Podrá uenir muy barato y tener buen efecto esta pretension y ansi me parece, en seuilla a Veynte y dos de abril de 1615. Juan Martínez Montañés (rubricado)."

Si el padre Siruela trató o no con Montañés de la ejecución del retablo, no lo sabemos; pero documentalmente sólo la antedicha intervención hallamos, referente a la compra de madera.

Las dificultades para conseguir el cedro no debieron resolverse, ya que por el "Libro de los gastos del Retablo que se haze en esta santa Casa de nuestra señora de guadalupe este año de MDCXVII" (archivo del monasterio, sign. C-111), vemos que el retablo se labró en madera de borne traída de Suecia y desembarcada en Sevilla, excepto las puertas, que se tallaron en madera de nogal y pino.

La obra —diseñada por Juan Gómez de Mora en Valladolid el año 1609— dio comienzo en junio de 1615 y quedó acabada en tres años, con gasto total de 42.952 ducados. Trabajaron en ella, según vemos por las cuentas del citado libro de gastos: los escultores Giraldo de Merlo, Jorge Manuel Teotocópuli, hijo de "el Greco" y Juan Muñoz; Gaspar Cerezo y Gonzalo Marín, que por mitad doraron el retablo; el solador Miguel Sánchez, que puso el pavimento con losas de Carrara, y los marmolistas italianos Juan Bautista Semería y Bartolomé Abril, autores de los oratorios reales, labrados con ricos jaspes de Portugal; los pintores italianos Vicente Carducci y Eugenio Caxés, que trabajaron los seis grandes lienzos de los intercolumnios, y Bartolomé Rodríguez, que labró en Toledo las rejas de las dos capillas bajas. En realidad, el principal artista fue Giraldo de Merlo, ilustre y afamado maestro toledano que ya había trabajado fuera de Guadalupe en importantes obras y aquí labró las estatuas reales, las esculturas de Santa Paula y Santa Catalina de la real capilla de este nombre, y muchos de los bellos relicarios en el santuario.

La obra del altar mayor terminóse en 1618 y fue inaugurada con solemnes fiestas el día 20 de octubre de dicho, en presencia del rey Felipe III y su Corte. Hoy es una de las obras más bellas de Guadalupe.



## XXXIII

## EN LA ANTELASA DEL CIELO CON LUCAS JORDAN

Por el autorizado testimonio del prior de Guadalupe, padre Talavera, sabemos que antiguamente no tenía acceso al trono de la Virgen más que el sacristán mayor —que era siempre un sacerdote—. En su tantas veces citada historia del monasterio, dícenos: "Al trono de esta sagrada Señora suben por vna escalera, embebida artificiosamente en la pared, sin que por defuera parezca escalon ninguno. Aqui solo tiene licencia de llegar el sacristán mayor, a vestir y desnudar la imagen santa."

Estas palabras son clarísimas. A fines del siglo XVI no había más que una escalera de subida al sitial de la Virgen. Dicha subida —abierta en el macizo del muro— perdura; y aunque la santa efigie bájase ahora —para su fiesta, el 8 de septiembre,— por la regia escalera del camarín, y es llevada a la "Cama de la mora" —antiguo sagrario— por detrás del ábside; sin embargo, el día 9 es subida al trono por la antigua y oculta escalera.

A pesar de la reserva en que, por respeto, era tenido el lugar do tiene sus reales la veneranda Morenita, es lo cierto que desde hacía siglos flotaba en el ambiente del monasterio el sueño de levantar a la Virgen de Guadalupe un suntuoso camarín, que sirviera de antesala a su trono. Sin duda eran los peregrinos quienes más fomentaban esa idea, en ansias de acercarse a la milagrosa Señora.

Y al fin llegó ese día, siendo el padre fray Francisco de San Cle-



* PRESENTACION DE MARIA. (LUCAS JORDAN.)

mente el decidido prior que en el segundo trienio de su mandato (1686-89) comenzó las obras "con mucha fe y poco dinero", como dicen sus biógrafos. Y aunque es cierto que el Monasterio de Guadalupe tenía en el siglo XVII la mayor riqueza de su historia, en ganados, joyas, y grandes fincas, tampoco deja de ser verdad que no se atrevía a enfrentarse con una obra tan costosa; y si lo hizo fue porque confiaba en la ayuda de algún bienhechor y con el generoso donativo de 6.000 ducados que en 1676 diera para este fin la ilustre devota y singular benefactora doña María Guadalupe Lencáster, duquesa de Aveiro. Aparte de eso, al comenzar las obras en 1687, se vendieron algunas joyas de la Virgen, se deshizo bastante plata y se pidió al rey Carlos II la creación del título de Vizconde de Guadalupe, que fue adquirido en 6.000 ducados por el sobrino del prior, don Luis de Torres.

Las costosas obras duraron hasta el año 1696, interviniendo, después del padre San Clemente, los priores fray Juan de Villahermosa, fray Francisco de León y fray Juan de Trujillo, en cuyo mandato se acabó el camarín. Hízose en estilo barroco; pero aunque se construyó en época de decadencia, es de gran belleza, esbeltísimo y sumamente recogido. Muchos llámanle "antesala del cielo" y lo consideran como el más bello camarín de España.

Intimamente ligado a esta majestuosa obra está el último austria, Carlos II, cuya devoción a la Virgen de sus mayores patentizó en varias ocasiones, mandando sacar la imagen en procesión por la plaza en 1682, 1688 y en 1696, con ocasión de la peste que asoló a España y Nápoles y cuando él estuvo a las puertas de la muerte. Y sin embargo de que no consta documentalmente visitara él Guadalupe, es lo cierto que se interesó por las obras del camarín, mandando a trabajar en él a su mejor pintor de cámara, el napolitano Lucas Jordán (1638-1705).

La arquitectura de este monumental octógono tiene dos cuerpos: el propiamente dicho camarín y bajo él una cámara que recuerda extraordinariamente al real panteón de El Escorial, y que tal vez se pensó dedicar a enterramiento de personas nobles y bienhechoras del monasterio, aunque de hecho no llegó a utilizarse para tal fin, sino que, decorado a medias con jaspes de Extremoz (Portugal) en 1726, construyéronse durante el priorato del padre Almadén (1729-1730) siete altares que sirvieron hasta la Exclaustración para celebrar la santa misa. Hoy albergan varias esculturas de escaso valor, si exceptuamos un Nazareno del siglo XVI y sobre todo un Cristo yacente, flamenco y probablemente de fines del siglo XIV.

Al camarín de la Virgen súbese por una regia escalinata de rojos jaspes, que en su parte superior tiene una lujosa baranda de cobre. Le dan acceso dos puertas de olorosas maderas, que labró en el siglo XVIII el monje jerónimo fray Alonso de Valparaíso. Ya en él, podemos admirar sus zócalos y suelo de limpios jaspes y todo su cuerpo bajo pintado al fresco, aunque la pintura de la parte superior haya casi desaparecido a causa de la humedad que tuvo durante los años de abandono por la Exclaustración.

Lo más importante en esta lujosa sala es la maravillosa colección de Lucas Jordán, compuesta por nueve grandes lienzos que representan otros tantos pasajes de la vida de María: Natividad, Presentación, Desposorios, Anunciación, Visitación, Sueños de San José, Huida a Egipto Taller de Nazaret y Asunción. Forman una de las más acabadas colecciones del gran pintor italiano, que parece trabajó en el mismo Guadalupe; y aunque en todos destaca su fuerte colorido, sus maravillosos azules y un gran relieve, estas características son extraordinarias en los cuadros de la Presentación. Huída a Egipto y Taller de Nazaret. En el de los Desposorios hay quien ve un autorretrato del artista en la figura que asoma detrás de San José.

Por los bastidores, lienzos y pinturas pagáronse. en 1696. 19.068 reales. Y tan contentos debieron quedar los monjes, que a Lucas Jordán diéronle en regalos 907 reales.

En las cuatro pilastras —y en dos cuerpos— contemplamos ocho bellas figuras femeninas. Son las ocho Mujeres Fuertes que en el Antiguo Testamento figuraron a la Madre de Jesús: Judit, Abigail, Rut y Jael (abajo); Sara, Débora, María y Ester (parte alta). Se han hecho tan populares estas figuras, que hasta en el folklore extremeño aparecen:

Tiene Guadalupe hermoso
lo que no tiene Madrid:
las ocho Mujeres Fuertes
arriba, en el camarín.

¿Quién es su autor? Lo ignoramos; aunque sí consta fueron labradas en madera policromada, con vestidos hechos de telas prensadas —y con estas ocho la Santa Magdalena y Santa Cecilia, que se llevaron a las granjas de Mirabel y Valdefuentes—, en el año 1738, siendo prior el padre fray Francisco de San José. Muchos han atribuido estas esculturas a La Roldana, tal vez porque tienen cierto aire a sus obras y porque la ilustre hija de Roldán coincidió con la obra del camarín.



Sin embargo esta paternidad es falsa, por la razón sencillísima de que La Roldana falleció en Madrid el año 1704 y, como vimos, estas esculturas se labraron en 1738. Pudieran ser, eso sí, de escuela sevillana.

Digno remate de tan maravillosa estancia es una bellísima araña de cristal de roca de Bohemia, que la duquesa del Infantado regaló en 1738 y que primeramente estuvo luciendo ante la sagrada imagen en la capilla mayor, como tantas otras ricas lámparas; pero al ser muchas deshechas para regalar su plata y oro al rey Carlos IV (1789) y las restantes saqueadas durante la guerra de la Independencia (1808), trasladóse ésta al camarín, como pobre recuerdo de uno de los más bellos capítulos de la historia guadalupense.



* CASA DONDE NACIO Y MURIO EL JURISCONSULTO GREGORIO LOPEZ.

## XXXIV

## GUADALUPE, CUNA Y TUMBA DEL JURISCONSULTO GREGORIO LOPEZ

El día 1 de abril de 1960 era conmemorado solemnemente en Cáceres y Guadalupe el IV centenario de la muerte de este gran jurista de la España de Carlos I. Con tal motivo publicamos una amplia biografía de Gregorio López de Córdoba, dando a conocer datos inéditos y despejando varios errores que en torno a su persona corrían en boca de sus biógrafos. Aquí ofrecemos un resumen de su vida y obra.

Hijo de Alonso López de Valenzuela, natural de Baeza, y de Lucía Sánchez de la Cuadra, oriunda de Ubeda, nació Gregorio López —al que muchos llaman de Tovar, confundiéndole con un nieto de ese nombre y apellido— en la célebre Puebla extremeña de Guadalupe, creemos que por los años de 1496, cuando allí florecía en todo su esplendor el renombrado cenobio jerónimo. Poco sabemos de su familia; pero de seguro Gregorio López era hermano del afamado platero guadalupense Alonso López "el mozo" y, según algunos, también del admirable bordador Pero López, de cuyas manos salieron los ornamentos más bellos del museo extremeño.

Entre las benéficas instituciones que el opulento monasterio de Guadalupe mantuvo en la Puebla, nacida a su sombra, se destacó el Colegio de Infantes o de Gramática, en cuyas aulas estudiaron las primeras letras los hijos de los Reyes Católicos y por sus amplios claus-

tros mudéjares desfilaron figuras tan gloriosas como el cardenal arzobispo de Sevilla García de Loaysa, fray Juan de la Puebla, que fundó la Descalcez Franciscana en España, y tantos otros. Allí cursó, también, sus primeros estudios nuestro Gregorio López.

Muy joven aún, trasladose a Salamanca, en cuya célebre Universidad estudió con singular aprovechamiento por espacio de doce años Filosofía, Cánones y Sagrada Escritura, obteniendo el título de bachiller —que ya ostentaba en 1513— y después el grado de licenciado en Leyes.

Años más tarde regresa a su pueblo natal, donde en 1520 es nombrado —por voto favorable del Capítulo del monasterio celebrado en la hermosa sala que hoy es museo de libros miniados— alcalde mayor de la Puebla de Guadalupe, suponiendo que influiría en ello su tío, fray Juan de Siruela, que por aquel entonces desempeñó dos trienios el cargo de prior. Un lustro ejerció nuestro licenciado aquel importante cometido, con singular acierto y competencia como nos dice la historia del cenobio jeronimiano.

Respetando la opinión contraria, creemos que Gregorio López casó con una hermana de Francisco Pizarro, el capitán que pocos años más tarde habría de cubrir de gloria su persona y apellido en las tierras del Perú. Y aunque la historia sólo nos habla de tres hijos, por el libro de sepulturas del monasterio guadalupense sabemos que a éstos han de añadirse otros siete, fallecidos a los pocos días de nacer y enterrados en la "Quinta Renclera" de la nave mayor, en la sepultura cedida por el padre fray Diego de Villalón para los herederos de don Diego Pizarro y su mujer, Marina López, que también yacen en este sitio. De los tres que sobrevivieron, fue Diego López Pizarro el más ilustre, llegando a ejercer la abogacía en los Reales Consejos y la Alcaldía Mayor de Guadalupe, donde comentó las "Ordenanças del Prior", impresas en esta Puebla el año 1547 por Francisco Díaz Romano. Hermanas de éste fueron María y Lucía, que casaron, respectivamente, con el caballero trujillano Juan de Orellana y con el oidor de Valladolid, Tovar.

Al cumplir su cargo de alcalde mayor de Guadalupe —hacia el año 1526— ya Gregorio López gozaba de merecido prestigio como jurisconsulto; y después de gobernar los Señoríos del duque de Béjar —en cuyo favor defendió brillantemente un difícil pleito en Granada—, fue enviado por el César Carlos I a la Chancillería de Valladolid; nombrándole más tarde Oidor del Consejo de Indias —donde trabajó con



* A TRAVES DE UN AMPLIO ARCO DE HERRADURA APARECE EL BELLO ROSETON MUDEJAR Y LA ESBELTA FIGURA DEL TEMPLO GUADALUPENSE.



el ilustre Juan Bernardino Díaz de Lugo, que después fue obispo de Calahorra— y fiscal del Consejo de Castilla.

En estos años realizó Gregorio López el difícil y paciente trabajo que le ha granjeado fama imperecedera, glosando las "*Partidas*" que ideara el glorioso Rey San Fernando III y que escribió su hijo, Alfonso el Sabio. Fruto de este concienzudo trabajo —que le mereció ser llamado el Acursio español por Jerónimo de Ceballos y después por Nicolás Antonio— fue su obra "Las Siete Partidas del Sabio rey don Alonso el nono, nuevamente glosadas por el licenciado Gregorio López del Consejo Real de Indias de su Magestad".

Falto nuestro jurista de recursos para imprimir su monumental estudio, acudió a las Cortes de Madrid en 1552; y aunque se opuso un hijo del doctor Galíndez Carvajal, la obra de Gregorio López fue examinada por el Real Consejo y se dio a la estampa, en tres abultados volúmenes y otro de índice, en Salamanca, el año 1555, por el impresor Andrés de Portonaris. Ese mismo año obtuvo su autor un privilegio para imprimir las leyes de Partida sin la glosa, dándose a su texto —que devolvía todo su valor primitivo a esta corrompida obra— carácter oficial, que mantuvo en exclusiva hasta el año 1818, en que logró igual privilegio la edición preparada por la Real Academia de la Historia, muy inferior a la del jurista guadalupense, en sentir de Gómez de la Serna. Una Real Orden dictaminó que ambas ediciones podrían usarse indistintamente; pero en caso de discrepancia habría de ser preferida la de Gregorio López.

La glosa del jurisconsulto extremeño ha tenido diversas ediciones, la segunda y la tercera en Salamanca en 1565 y 1576. Gregorio López la había escrito en latín para mejor salvar el texto primitivo; pero después fue publicada también en castellano bajo el título "La glosa al Código de las Siete Partidas, vertida al castellano por Diego Ordovás".

Cansado del bullicio cortesano en que necesariamente tenía que ejercer sus honrosos cargos, y agobiado por los años y el trabajo, retiróse Gregorio López a su pueblo natal en busca de sosiego para sus últimos días. Aún se conserva en Guadalupe la casa que los monjes cedieron a nuestro jurista para que en ella viviese; y sobre la hermosa portada de granito vemos su escudo con el de los Pizarro. Visitando un día de 1570 esta humilde morada el Rey Felipe II —que en su retiro había nombrado a Gregorio López presidente del Consejo de Indias—, pronunció aquellas tan gráficas palabras: "Pequeña jaula para tan gran pájaro."

Cargado de años, de trabajo y de méritos, entregó su alma al Señor

nuestro ilustre jurista en 1560, después de hacer testamento y ordenar que "se dixexen por su ánima y por las ánimas de sus padres y muger y hijos y por otras personas a quien tenía cargo trezientas misas" —según leemos en el libro segundo de fallecimientos de la parroquia de Guadalupe—. Y un acta capitular nos dice que a su entierro asistió toda la Comunidad, atención especial que rarísima vez se tenía.

Nadie discute el año en que este renombrado jurista pasó a la eternidad; pero es curioso observar la discrepancia que existe cuando de fijar la fecha exacta se trata. Generalmente señalan los historiadores el día 12 de marzo, y no falta quien, con una ligereza pasmosa, indique el 10 de ese mes. Frente a tales afirmaciones tenemos el testimonio fehaciente y claro del citado libro de fallecimientos, en cuyo folio 63 v° leemos: "El señor licenciado Gregorio López fallesció en esta puebla de guadalupe lunes primero de abril de 560 años. Enterróse en su capilla fueron testamentarios el Ldo. Piçarro su hijo y don Graviel de orellana y el doctor tovar sus yernos..."

*

Al recordar a uno de los juristas más preclaros de nuestro Siglo de Oro, visitemos el monasterio de Guadalupe; entremos por esas grandiosas puertas de bronce repujado que labró Pablo de Colonia en el siglo XIV y al subir la escalinata de Santa Ana, fijemos nuestros ojos en la fría losa sepulcral colocada a nuestra izquierda y leamos: "AQUI YACE EL CVERPO DEL LICENCIADO GREGORIO LOPEZ, NATURAL DESTE LVGAR. RVEGUEN A DIOS POR EL."



## XXXV

## LA FIESTA DE LA VIRGEN DE GUADALUPE Y SU FAMOSO JUBILEO PERPETUO

Más de una vez hemos aludido a la confusión que existe respecto a la fiesta de la veneranda Virgen española de Guadalupe, la original y auténtica. Según hemos podido verlo en las más antiguas historias del monasterio extremeño y en sus libros de Actas Capitulares, celebróse siempre esta fiesta el día 8 de septiembre, fecha en que también era festejada la advocación guadalupana de Méjico en el siglo XVI, antes que una bella leyenda tratara de separar ambas *inseparables* advocaciones, asignando a la Virgen del Tepeyac como fiesta titular el 12 de diciembre.

El santuario de las Villuercas, que durante siglos fue conocido en todo el mundo, cuando su Virgen Morena era —según autorizado testimonio de notables historiadores— una de las advocaciones marianas más famosas de la Cristiandad, antiguamente convertíase por esta fecha, en verdadero centro de peregrinaciones, venidas de toda Europa, y que traían a los pies de Santa María de Guadalupe "de veinte y quatro a veinte y seis mil personas", como nos dice en su historia del monasterio el prior de esta santa Casa, padre San José. Muchedumbre en que se confundían reyes, magnates, guerreros y humildes peregrinos, y que significaba mucho si pensamos que Guadalupe se halla lejos de grandes ciudades, escondido entre agrestes sierras y comunicado entonces por tortuosos y difíciles caminos.



• APARICION DE JESUS AL PADRE ANDRES DE SALMERON (ZURBARAN).

Repetidas veces hallamos disposiciones capitulares ordenando se utilicen para esa fiesta de la Virgen los ornamentos más ricos del Monasterio y mandando adornar con preciosas colgaduras y paños franceses el claustro mudéjar por cuyas galerías pasaba la sagrada imagen en procesión. Aún hoy, cuando Guadalupe es una sombra de lo que fué en los siglos XV-XVIII, emociona profundamente el paso de la milagrosa Virgen por ese claustro tan cargado de recuerdos históricos y devocionales.

Esa pléyade de peregrinos y la solemnidad de los cultos que en su fiesta dedicaban a la Señora los monjes jerónimos de Guadalupe, reunieron en torno a ese fecha incontables privilegios y gracias espirituales, otorgadas por diferentes papas, cardenales y obispos. Queremos hacernos eco especial de una de esas gracias singulares concedidas en favor de cuantos visitan en esta fecha la imagen celebérrima de la Virgen de Guadalupe extremeña. Con ello daremos a conocer una noticia importantísima y casi envuelta entre el polvo del olvido y honraremos la memoria de Isabel de Portugal, esposa del César Carlos I, que alcanzó para Guadalupe esta gracia.

Se trata de un "Jubileo Plenísimo y Perpetuo" concedido por el Papa Paulo III en favor de todos los fieles cristianos, de uno y otro sexo, que de cualquier parte del mundo acudan a postrarse ante la imagen de la Virgen de Guadalupe extremeña, desde las vísperas del día 7 de septiembre, hasta el ocaso del sol del día 8. El Santo Padre concede a cuantos en esta fecha —arrepentidos, confesados o con ánimo de confesarse— recen ante esta imagen "tres padrenuestros y tres avemarías", la misma plenísima indulgencia y remisión de sus pecados concedida cada "veinticinco años" a los que visitan durante quince días las "cuatro basílicas mayores de Roma".

Esta concesión extraordinaria —seguida de otras importantes gracias en favor de los que mueren en los hospitales de Guadalupe y sobre la absolución de excomuniones y censuras por cualquier sacerdote que en esas fiestas se encuentre esta Puebla—, se contiene en un Breve en pergamino, bellamente miniado y con hermosa orla, en que vemos la imagen de la Virgen Madre, de San Jerónimo y los escudos papal e imperial. Mide 87 × 70 centímetros, lleva pendiente el sello de autenticidad en lacre y se guarda en el rico archivo del Monasterio guadalupense. No ha mucho enseñábamos el original en la televisión de Madrid, en un programa dedicado a Guadalupe.

Aparte de su inmenso valor espiritual, tiene este Jubileo una pro-



• PADRE ANDRES DE SALMERON. DETALLE. ZURBARAN.



funda significación histórica, ya que nos demuestra palmariamente lo que el Santuario de Guadalupe pesaba en el siglo XVI; la devoción sincera que a esta santa Casa profesó la ilustre Emperatriz Isabel de Portugal (cuyo nombre cita elogiosamente el Breve) y, sobre todo, pone de manifiesto lo universal que era entònces la Virgen de las Villuercas, a cuyo templo "acude numeroso concurso de gente de diversas partes del mundo", como textualmente dice el precioso documento.

Por diversos datos encontrados en el archivo del Monasterio, sabemos que los priores trataron, en diferentes ocasiones, de alcanzar para la fiesta de la Virgen un Jubileo, en los años de 1510-1513, y por un acta capitular vemos que el Gran Capitán, Gonzalo Fernández de Córdoba, se ofreció a costear los gastos que ello originase; pero tenemos la impresión de que tal Jubileo no fué concedido hasta Paulo III, aunque si otras muchas indulgencias.

Durante el cuarto trienio prioral del padre Luis de Toledo (1533-1536) movióse nuevamente tan importante asunto, y en decisión Capitular tenida el 20 de diciembre de 1533, diéronse poderes a fray Hernando de Sevilla para que fuese a Roma a interesarse por esta concesión y entender en los demás negocios tocantes al Monasterio de Guadalupe. Efectivamente, fray Hernando trasladóse a la Ciudad Eterna; pero comprobó muy pronto la dificultad en conseguir tan extraordinaria gracia, y entre varias cartas que mandó al prior de Guadalupe hallamos una, fechada en Roma en 1534, en que le dice cómo a causa de la reciente herejía de Lutero, el Papa era reacio a conceder tales indulgencias.

Entonces es cuando interviene la esposa de Carlos I, interesada como la que más en lograr esta gracia, y no ceja hasta conseguirla. Ya anteriormente sabemos había enviado cartas de recomendación —en noviembre de 1531— al embajador de España en Roma, Micer May; al Papa, al cardenal de Osma, García de Loaysa (que había estudiado Gramática en el colegio de Guadalupe), y al cardenal de Santa Cruz, Francisco de los Angeles; pero nada se consiguió de Clemente VII, que se negaba a tal concesión, a pesar de que el Datario se la había pedido cuatro veces, según afirma fray Hernando de Sevilla.

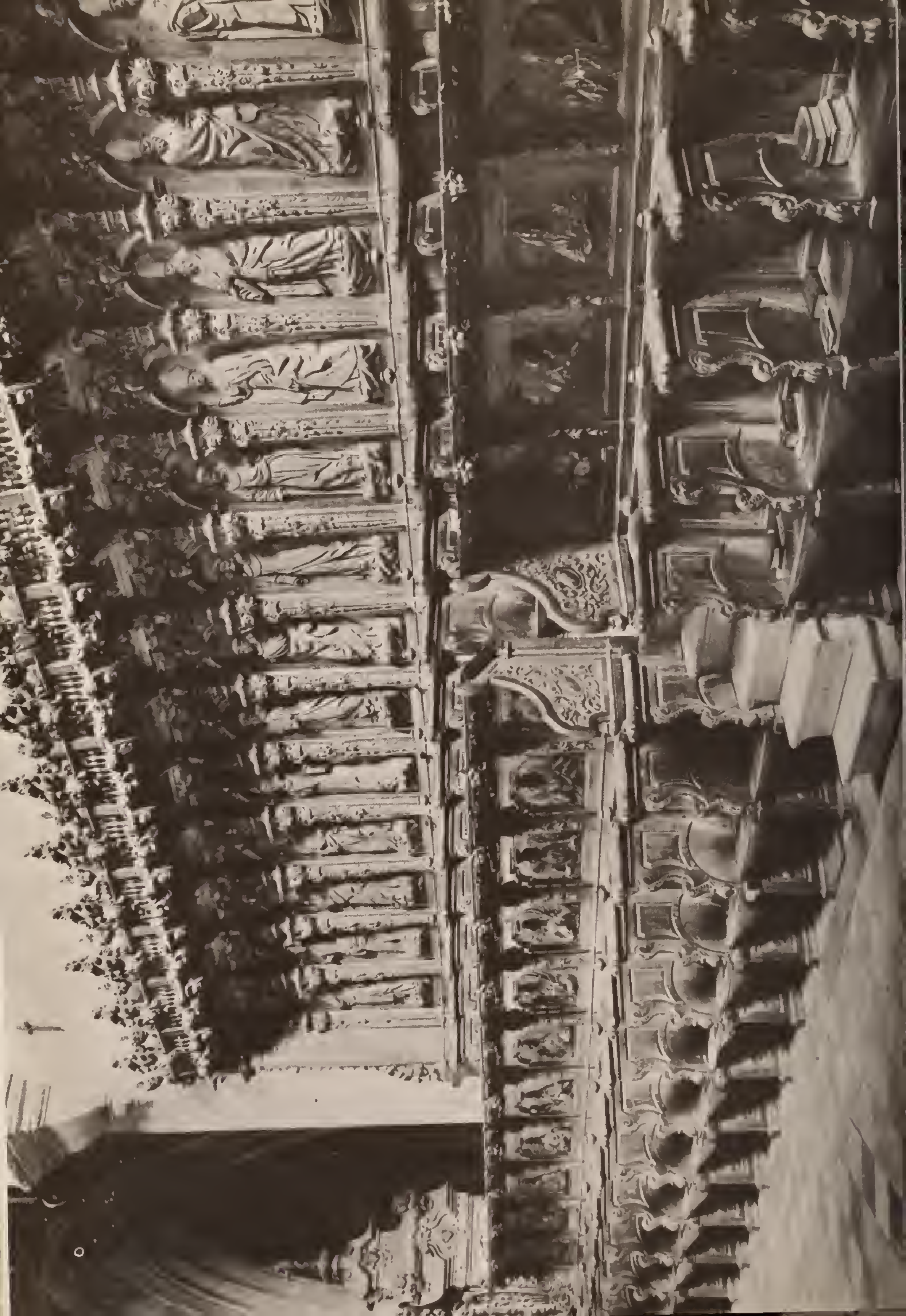
Isabel no se desanima, y en 1534 dirige nuevas cartas al Papa, y al cardenal de Santa Cruz, al de Médicis y al embajador de España, conde de Cifuentes. A poco de llegar estas misivas a la Ciudad Eterna fallece Clemente VII, sucediéndole en el Solio Pontificio el Papa Paulo III, quien, haciéndose cargo de tan altas recomendaciones y por el singular aprecio que siempre tuvo al Monasterio de Guadalupe( concedió gene-



CUADRO DE LOS ANGELES, VULGARMENTE LLAMADO "PERLA DE ZURBARAN". REPRESENTA LA APOTEOSIS DE SAN JERONIMO

rosamente el ansiado Jubileo plenísimo y perpetuo, por Breve dado en Roma, junto a San Pedro, bajo el Anillo del Pescador, el 28 de enero de 1536, siendo recibido en Guadalupe con inmenso júbilo y solemne procesión.

Afortunademente no pereció este valioso documento en el abandono a que Guadalupe fué condenado por la Exclaustración de 1835, durante setenta y tres años. Y aunque hasta hoy apenas se han parado mientes en él, conserva todo su valor, aumentando los atractivos que para todos los españoles debe ofrecer la fiesta de la Virgen más española, la de Guadalupe, a cuyas plantas se postraron nuestros mayores y cabe la cual se creó la España Una, Grande y Libre de los Reyes Católicos y se forjó el inmenso Imperio de Carlos de Europa.



XXXVI

## MISCELANEA DE PERSONAS Y COSAS

En los capítulos que preceden, hemos podido ver cómo Guadalupe ocupó un sitial de honor en la historia de los monasterios españoles y en la vida de los santuarios europeos. Hemos evocado las más gloriosas páginas de su plurisecular existencia, comprobando que el cenobio extremeño es una maravillosa conjunción de arte —en sus manifestaciones más variadas—, de historia y de piedad mariana. Han desfilado por las páginas de este libro los reyes, los capitanes, los literatos, los santos...

Sin embargo no está todo dicho. Es imposible reflejar una tan fecunda vida en las reducidas columnas de un libro . Quedan temas para llenar otros tantos capítulos. No podemos continuar... Mas como, por otra parte, tampoco es justo pasen por alto muchos gloriosos timbres que Guadalupe posee, en este capítulo quisiéramos hacer un ligero recorrido, primero por los fastos de su historia, recordando nombres y efemérides hasta ahora no apuntados; y luego una breve visita por el monasterio, fijándonos en muchas obras de arte que, mereciéndolo, no se han visto honradas con un apartado especial.

El catálogo de próceres figuras que han peregrinado a Guadalupe es interminable, y aunque no podamos recordar a todos, ¿cómo olvidarnos del valido del monarca castellano Juan II, don Alvaro de Luna; del altivo marqués de Villena, de quien nos dicen las historias que ofreció una vez costear todos los gastos del monasterio de Guadalupe



• VISTA PARCIAL DE LA SILLERIA DEL CORO LABRADA EN NOGAL POR LOS CARNICEROS DE SALAMANCA EN EL SIGLO XVIII.

durante un año, y era tal lo que esta santa Casa daba a los pobres y gastaba en culto, arte y hospitales gratuitos, que toda la hacienda del marqués no bastaba, y tuvo que pedir al Papa le dispensara la promesa; del ilustre purpurado franciscano Cisneros, que pleiteó muchas veces con los monjes de Guadalupe, pero tuvo singular devoción a su Virgen; del que fué maestro del César Carlos I y después Papa Adriano IV, el Deán de Lovaina Adriano de Utrech? ¿Cómo no recordar al Gran Capitán, Gonzalo Fernández de Córdoba y su fervor guadalupense, compendiado en visitas y suntuosos regalos de ricas telas; a los valerosos capitanes Andrea Doria y Pedro Navarro, cuyas lámparas de plata llamaron la atención entre las muchas que ardieron cabe la Virgen Negra? ¿Cómo no mentar a la famosa mora Fátima, la que fué sacada milagrosamente de su tierra por la Virgen, que en Guadalupe fundó la "Esclavitud mariana" y en esta Puebla murió con fama de santa, en la casa que todavía se conserva como la "Casa de la Buena Cristiana"? ¿O el aguerrido duque de Béjar, Zúñiga Sotomayor, que murió en el asedio de Buda el año 1686 y mandó sepultar su corazón en el templo de las Villuercas; los duques de Medinasidonia y su costumbre de mandar al monasterio, en limosna, cada año, buen número de atunes de sus almadrabas; a los duques de Frías, tan ligados a Guadalupe desde que Alonso de Velasco y su mujer mandáronse aquí enterrar; a los de Fernán Núñez y los grandes cirios miniados que todos los años mandaban a la Virgen para que ardieran ante ella en su novena? ¿Cómo no dedicar un recuerdo a la piadosa Sor Margarita de la Cruz, hija del Emperador Maximiliano II, que se hizo monja en las Descalzas Reales de Madrid y al tomar el hábito quiso que su rico vestido fuera para un manto a la Virgen de Guadalupe? ¿Cómo pasar por alto a esa pléyade de conquistadores españoles y portugueses que llevaron la devoción y nombre de la Virgen cacereña a las Indias de Oriente y Poniente, con Alburquerque, Pizarro, Soto, Cortés... a la cabeza? Y en ese largo centenar de brotos que Guadalupe tiene por todo el mundo ibérico, ¿quién no ha oído hablar de los santuarios del Tepeyac en Méjico, Guápulo en Ecuador, Pacasmayo en Perú, Goa en la India, Sucre en Bolivia, Rianjo, Fuenterrabia y Ubeda en España...? Por fin, ¿cómo olvidar los privilegios reales sin cuento y las gracias innumerables que los Papas concedieron en favor del santuario de Guadalupe, y de las que son perenne testimonio esa ingente cantidad de Bulas y Breves, todavía conservados en el archivo monacal?

Hagamos ahora un ligero recorrido por el cenobio, para admirar tantas cosas que todavía no hemos visto:

¿No merece la pena contemplar la gran sillería del coro, labrada en nogal y con multitud de relieves del santoral, por Alejandro Carnicero? No tiene comparación con la que precedió, labrada por Montenegro y pintada por Juan de Flandes; pero en estilo barroco es una de las buenas que España posee.

En el mismo coro podemos admirar otras tres piezas de arte: una Inmaculada del siglo XV, modelo iconográfico de la Guadalupana de Méjico; un grandioso facistol o atril de bronce, que antiguamente sirvió para los cantorales del rezo coral y que, siendo muy anterior, se reformó en la centuria décimooctava; y un magnífico "tenebrario" para los oficios de Semana Santa, obra bellísima del siglo XV, aunque con aditamentos barrocos. Esto sin dos grandes lienzos que muchos atribuyen a Zurbarán.

Bajando al patio mudéjar hallamos una majestuosa escalera plateresca de granito (siglo XVI); y una vez en el claustro, podemos contemplar el valioso sepulcro en alabastro del P. Illescas; admirar la hermosa portada de la antigua ropería y entrar en la célebre capilla de San Martín —sala capitular desde el siglo XV, tumba de un Gran Maestre de la Orden de Alcántara, sede del primer Capítulo General de la Orden Jerónima y tal vez marco donde se firmaron las cartas descubridoras del Nuevo Mundo—. Hállase bajo el coro, al fondo de la nave central de la basílica.

Veamos, en el coro de la capilla de Santa Ana, el hermosísimo ajimez árabe con triple arco; y en la capilla admiremos una de las obras más bellas de Guadalupe y una de las realizaciones más acabadas del famoso escultor holandés Anequís Egas, que trabajó en Bruselas. Compostela, Granada... y, sobre todo, en la catedral toledana. En Guadalupe estuvo por los años de 1473 y labró los desaparecidos enterramientos de los reyes de Portugal, el sepulcro del padre Illescas, varias esculturas para capillas claustrales y el enterramiento que nos ocupa, del Presidente del Consejo de Castilla Alonso de Velasco y su esposa Isabel de Cuadros, cuyas estatuas orantes de belleza suma allí vemos, con los admirables pajes, los ángeles músicos, la Virgen gótica que corona el sepulcro y dos ángeles que guardan la entrada. A todo esto añádase el valor documental que representan el contrato auténtico, cartas de pago y los dibujos autógrafos de Egas, hechos a pluma; todo lo cual se conserva en el archivo guadalupense.

En el templo hemos visto la reja, el retablo, el escritorio del Rey Prudente...; pero no hemos caído en la cuenta de que en antiguos arcosolios —tapiados por Churriguera en el siglo XVIII— y bajo el





* RELICARIO. SIGLO XVI.

actual pavimento de mármol de Carrara, descansan incontables personas. Más de diez mil enterramientos hemos numerado en el libro de sepulturas del siglo XVI, sin contar los que antes y después se enterraron y dejando aparte el cementerio monacal del claustro mudéjar, el camposanto del atrio y el que le sustituyó en la "viña mayor" en el siglo XVI. Y entre tanto sepulcro hallamos médicos, boticarios, señores de título, juristas afamados y otros muchos que dejaron marcado su paso por la tierra.

En la sacristía vimos a Zurbarán en su propia salsa; pero dejamos esas magníficas cajonerías de nobles maderas, que están llenas de ricas telas bordadas, por no caber en el museo. Y no reparamos en una diminuta habitación, contigua a la antesacristía, que fue lavamanos, que una popular leyenda bautizó como el "pulguero de los frailes" y que está decorada con finísimo alicatado del siglo XIV.

En el relicario hemos admirado la preciosa "arqueta" de los esmaltes; pero también merece nuestra atención su cerámica talaverana del siglo XVI —esta capilla labróla un prior de Talavera, en 1586—; su decoración al fresco, con escenas de la vida del titular San José; su enorme colección de relicarios en formas variadísimas de bustos, conos, brazos, manos...; la estatua del esposo de María, salida de manos del artista toledano Giraldo de Merlo, y, por fin, la fantástica colección de espejos de cristal de roca, en artísticos marcos de bronce dorado a fuego, que regaló el marqués de la Mejorada en 1687.

¿Qué más? El joyel de la Señora, excavado en el macizo de la torre de las campanas en el siglo XVII. Son los restos del naufragio; pero así y todo guarda piezas de inestimable valor. Ya hablamos de los cuatro mantos ricos de la Virgen —sin otros muchos que valen la pena—; pero nada hemos dicho del bellísimo "Lignum Crucis" del siglo XIV, que regaló Enrique IV y fue colocado sobre un pie gótico que en plata dorada labró fray Juan de Segovia, el "Platero", autor de un finísimo portaviáticos del siglo XV que, por fortuna, se guarda aún en el sagrario. Tampoco hemos citado dos maravillosos bargueños, de coral y finos embutidos de piedras policromadas que forman vistosos animales, regalo valiosísimo del marqués de la Mejorada (poco antes citado), que tiene su tumba junto a la reja del templo. Y no es pequeño el mérito de un Niño Jesús —¿de la Roldana?— y de un "Ecce Homo" de escuela flamenca, colocados sobre la vitrinas del joyel. En la parte central de éste, hallamos cuatro crucifijos de marfil, uno de ellos regalado por Felipe II y que tradicionalmente se atribuye al inmortal Miguel Angel. Pero lo que más atrae y admira es la corona "rica" de la Virgen, que

labró en oro, platino y pedrería el orfebre asturiano Félix Granda, en 1928. Costeada por suscripción nacional, tiene un valor artístico, material e histórico imponderables. Sirvió para coronar a la excelsa imagen de la Virgen de Guadalupe como Reina de la Hispanidad el memorable 12 de octubre del dicho año.

Hemos dejado la gran sala convertida en el primer museo de miniados de España. Allí hay algo más que ver, aparte la extraordinaria colección de grandes cantorales. Tenemos un precioso bargueño, en estilo granadino, del XVI; un expresivo "Ecce Homo" atribuído a Pedro de Mena; una hermosa Virgen de marfil, procedente de Filipinas y que data del siglo XVII; una tabla del Bautismo de Jesús, que se cree del pincel de Juan de Flandes; un auténtico Goya, que representa una escena de cárcel y lleva como señal X-9; una interesante tabla del Nacimiento de Jesús, que parece ser del monje jerónimo del Parral fray Correa (siglo XVI); y, sobre todo, un valioso tríptico que representa la Adoración de los Magos. Atribúyese al notable pintor holandés Adrián Isembrandt y comúnmente es llamado "tríptico de los Reyes Católicos". A esta pieza creemos se refiere una nota que hallamos en el "Libro de Capellanías, lámparas y bienhechoras" —citado muchas veces en nuestro libro—:

"Juan de Aranda, mercader, veçino de Sevilla ofreció a nuestra Señora en esta su casa un Retablo flandres de muy perfectas Imagenes de pincel, el qual es pieça de mucho precio, de la istoria de los reies magos, que se cierra con dos puertas y esta colgado en la Sacristía" (archivo de Guadalupe, cód. 90, fol. 33).

Para terminar demos un paseo por la vieja Puebla, nacida y acurrucada a los pies y sombra del ciclópeo santuario. Todas sus calles son un poema de tipismo; pero tiene un encanto extraordinario la calle Sevilla, con sus talleres de cobre y la granítica portada de la casa en que vivió el jurista Gregorio López; la fuente de los Tres Chorros, cargada de siglos y poesía; la calle Real, que ha presenciado el paso de tantas generaciones y donde perdura el hospital de mujeres —convertido en casa particular—; la calle de la Pasión, por donde llegamos enseguida a lo que fue horno crematorio de la Inquisición... Como final, subamos a la era de la Horca, donde eran ajusticiados los herejes en aquellos duros siglos; o vayamos a contemplar la primera visión del santuario, desde las ermitas de San Blas y Santa Catalina, donde los peregrinos, embargados de emoción, rezaban la salve.

## XXXVII

## POR LA RUTA DE LOS CONQUISTADORES

QUISIÉRAMOS hilvanar unas ideas que flotan en nuestra mente en relación con la Ruta de los Conquistadores, tan de actualidad desde que la empresa turística Iberoturs bautizó con esa feliz denominación uno de sus circuitos; esa gira que resume uno de los capítulos más admirables de nuestra grandeza nacional; esos conquistadores que son el bastión más firme de cuantos sustentan la Hispanidad; esa ruta que nos trae a la mente un puñado de solares en la parda Extremadura engarzados en la historia con un pasado brillante y con un presente de olvido y ostracismo; ruta que fácilmente podía ser una de las más emotivas e interesantes de España en el momento que una buena carretera enlazase dignamente esos lugares y dos o tres paradores o albergues ofrecieran al turista o al peregrino de la historia y del arte un mínimo de comodidades.

En una España sembrada por todos sus rincones de valores espirituales, con su colección de grandiosas catedrales, de museos variados, de monumentos arquitectónicos en todos los estilos y épocas, de paisajes para todos los gustos; en un pueblo enaltecido por hombres de virtud y que puede ofrecer al mundo pléyades incontables de sabios en todos los ramos de la ciencia; en un suelo que para nuestras gestas de allende los mares y allende los Pirineos dio valerosos capitanes; en una nación cuyas provincias todas han escrito su libro de grandes hazañas... es difícil hablar de superación. Y, sin embargo, ésta existe, y



* ILUSTRACION TOMADA DE LA OBRA "VOYAGE PINTORESQUE ET HISTORIQUE DE L'ESPAGNE", DE ALEJANDRO LABORDE. PARIS, 1806-1820.

precisamente allí donde menos podía esperarse: en Extremadura; la olvidada tierra que hoy se levanta de una postración que le valió ser llamada "la cenicienta" y en cuyas llanuras baldías y agostadas por el sol hubo quien encontró la Siberia española; la región a la que espera un brillante porvenir porque éste se forja en el pasado, como diría Bergson, y el pasado de la noble tierra extremeña fué tan extraordinariamente fecundo que su historia no tiene remedo. La arqueología y arquitectura son, no hay duda, argumentos de elocuencia irrebatible, y éstas nos hablan de Emérita Augusta, Castra Cecilia, Norba Cesarina..., Trujillo, Guadalupe, Plasencia, Yuste... Los nombres de Arias Montano, el Brocense, San Pedro de Alcántara, Gregorio López y mil más, nos dicen que Extremadura tuvo algo que hacer en el pasado; y los varios centenares de conventos de monjes que en los siglos XV-XIX poblaron los rincones más apartados de esta hidalga tierra, hablan muy alto a favor de su espiritualidad.

Sin embargo, no es eso, con ser mucho, lo que hace singular a Extremadura; pues, al fin, son capítulos que también otras regiones españolas escribieron con más o menos amplitud. Donde las hoy provincias gemelas de Badajoz y Cáceres dieron al mundo una lección y enarbolaron la bandera allí donde nadie llegó, fue en la hazaña hispánica, tanto del Viejo como, y sobre todo, del Nuevo Mundo, en cuya historia trazaron los capítulos más bellos, valientes y gloriosos.

Extremadura es llamada "tierra de conquistadores" porque ella sola arrulló a gran parte de los titanes que llevaron el nombre de España a las regiones que el genio de un ligur al servicio de Castilla engarzó en nuestra corona, y a los esforzados misioneros que allí transplantaron la fe de Cristo. Por eso, cuando el turista penetra en Extremadura, todos los otros valores quedan eclipsados ante la evocación de la gesta americana, obra casi exclusiva de la tierra que mandó al Nuevo Mundo no el deshecho —como una leyenda negra ridícula y que ya es hora vaya dejando paso a la historia objetiva, trata de enseñarnos—, sino lo mejor; hombres conscientes de lo que hacían y de los peligros a que se abrazaban; hombres aventureros, sí, porque el espíritu aventurero es necesario para superar la rutina; hombres tal vez pobres —y no todos—, pero de una gran entereza, que supieron aprovechar su escasa fortuna para despertar un valor que entre riquezas hubiese quedado ahogado.

Hoy la Ruta "turística" de los Conquistadores se extiende tan sólo por la Alta Extremadura; pero la Ruta "histórica" de los Conquistadores —la verdadera— es mucho más amplia; y ya que resulte difícil

meterla toda en un itinerario turístico porque es tan extensa como Extremadura, al menos sería lógico que en la Ruta "turística" entrasen los pueblos y lugares en que vieron la luz del mundo los adalides de la conquista.

Nuestra evocación de la gesta americana —saliendo de Madrid y entrando por la región deliciosa de la Vera— puede iniciarse en el monasterio de Yuste, cuyos muros aún están saturados por el ambiente que envolvió los últimos días del César Carlos I, y seguir hasta la bella e histórica ciudad de Plasencia, bañada por el feraz Jerte, llena de palacios, templos y casonas señoriales. Pero es en Cáceres donde saludamos al primer conquistador y donde frey Nicolás de Ovando nos recuerda que estamos ya en ruta; él, que enviado por los Reyes Católicos para gobernar las islas descubiertas por Colón, abrió un camino —con 32 naves y 2.500 hombres—, que habrían de seguir incontables paisanos suyos. Cáceres, ciudad monumental, fue llamada "Plaza mayor de la Hispanidad" por el director de Cultura Hispánica, don Blas Piñar; y como tal ha levantado —aunque con excesiva modestia para sus méritos— un monumento a los conquistadores.

Por buena carretera nacional bajamos a Mérida, la ciudad romana que hoy es centro del amplio "Plan Badajoz", esa gran realización de la España del siglo XX que redimirá a una rica pero abandonada parte de España. De allí, siguiendo la ruta Madrid-Lisboa nos acercamos a Badajoz, para recordar en su ciudad natal al valeroso Pedro de Alvarado, el que en la "Noche Triste" de Otumba, al ahogársele su caballo, salvóse en aquel salto de 18 pies que inmortalizó su fama; y el que después en Guatemala se distinguió como excelente gobernante, dictando sabias leyes contra los crueles encomenderos.

Extremadura, que lo dio todo, nada ha pedido para sí, y por ello no tiene a veces ni carreteras dignas de su interés. En Badajoz hemos abandonado el buen camino de Portugal y por una ruta de tercer orden bajamos a Barcarrota, cuna del ilustre conquistador de La Florida Hernando de Soto, audaz viajero que recorrió increíbles distancias por la cuenca del Mississipí y en su lecho halló grandiosa tumba. A pocos kilómetros encontramos a Jerez de los Caballeros y allí, donde Vasco Núñez de Balboa viera por primera vez alumbrar el sol extremeño, podemos evocar la gesta de ese coloso de la conquista americana, que en 1513 descubrió el Mar del Sur con 190 españoles y 1.000 indios; que después de cubrirse de méritos, tuvo virtud y grandeza para acatar por gobernador a quien lo merecía menos que él, Pedrarías Dávila.

Por Zafra entramos nuevamente a la carretera nacional, y por buen firme regresamos a Mérida para dirigir nuestros pasos a la patria del más grande de los conquistadores: Hernán Cortés, el sin igual capitán que regaló la ciudad de los aztecas a la Corona de Castilla; el que se inmortalizó en la "Noche Triste"; el que, regresando a España nimbado de gloria y coronado de laureles, peleó aún en Africa; el que un día pudo decir al César que simulaba desconocerlo: "Yo os he dado más reinos que vuestros padres y abuelos os legaron"; y el que —contrastes de la vida— acabó sus días casi abandonado en Castilleja de la Cuesta (Sevilla).

Medellín está en La Serena, y muy cerca de la patria de Cortés se hallan Villanueva, Campanario o cualquiera de los pueblos en que nació otro prócer capitán de la conquista americana: Pedro de Valdivia. Primero se distinguió en las campañas guerreras de Italia y Países Bajos, y pasando luego al Nuevo Mundo, estuvo en Venezuela, Perú y Chile, donde fundó la Nueva Extremadura como un recuerdo sagrado a su tierra; donde luchó con los bravísimos araucanos, a los que venció en la batalla de Biobío (1550), y por los que fue vencido en Tucapel, siendo asesinado en 1553 por Caupolicán, prototipo de esa raza indómita que tan bellamente pinta en su "Araucana" el poeta de sangre extremeña Ercilla.

Entramos nuevamente en la ruta Lisboa-Madrid y encaminamos nuestros pasos a Trujillo, cuna por antonomasia de capitanes y conquistadores, ciudad cargada de monumentos, de tipismo, de historia... y solar ella sola de un verdadero escuadrón de valientes soldados. Esta ciudad de la Alta Extremadura, que no debiera desconocer ningún español y que debieran visitar todos los hispanoamericanos, envuelve entre los muros de sus palacios, castillos y templos las esencias más puras de la historia del Nuevo Mundo. Trujillo —que arrulló la cuna del Sansón extremeño García de Paredes, famoso en los campos guerreros de Ceriñola, Garellano y Sicilia— fue también casa solariega del famoso descubridor del Amazonas, Francisco de Orellana; del fundador de Santa Cruz de la Sierra, en Bolivia, Nuño de Chaves; y, sobre todo Trujillo es la patria bendita del inmortal capitán de la epopeya americana Francisco Pizarro; no el Pizarro tirado en la puerta de una iglesia y amamantado por una cerda, como una repugnante y falsísima leyenda nos ha querido presentar; ni el Pizarro perseguido por su padre, que huye de sus iras; ni el Pizarro porquerizo que incluso historiadores amantes de España admiten —como Ch. Lummis—, sino el Pizarro noble, hijo ilegítimo, sí, pero al fin hijo del hidalgo Gonzalo

Pizarro, quien lo dedica al cultivo de las armas, cuyo amor le llevó tal vez a Granada con su padre y después a Italia, a las órdenes del Gran Capitán, enrolándose para América en la expedición que en 1502 organizara frey Nicolás de Ovando. Al fin es lo de menos su origen y niñez cuando lo que pudo tal vez manchar su buen nombre él supo borrarlo con su bizarría, que le llevó a conquistar el Imperio de los Incas después de tres expediciones erizadas de sufrimientos y privaciones, que demostraron de qué era capaz un hijo de Trujillo; que fundó en 1535 la Ciudad de los Reyes (Lima); que fue amable con Atahualpa, generoso con su rival Almagro y, por encima de todo, fue un ferviente cristiano que supo morir besando la cruz que trazara con su propia sangre.

Por una carretera estrecha, pero buena, árida primero y pintoresca en su última parte, caminamos hacia Guadalupe, santuario de la Hispanidad y síntesis de toda la gesta americana. Allí vamos a recordar siete siglos de historia de España; vamos a saciarnos de arte en sus manifestaciones más diversas; pero, sobre todo, vamos a rezar una salve ante la Virgen Morena, que presidió la hazaña colombina; que amparó la conquista y colonización del Nuevo Mundo; ante cuyas plantas se templaron los aceros de nuestros soldados y bebieron santidad nuestros misioneros; ante esa Virgen milagrosa, cuya mirada a la vez impresiona y subyuga; ante esa Madre, a la que rezaron todos nuestros mayores, cuya devoción llevaron al nuevo continente Colón y los conquistadores; la Virgen que hoy es invocada en todos los ámbitos del mundo isabelino; la que salvará a la América de hoy, como tantas veces salvó a España; la que se viste de gala con los colores de las banderas hispánicas que le rinden pleitesía, al ver cabe sus plantas a los representantes de aquellos pueblos a los que España dio el ser y les dejó en herencia la fe de Cristo, la devoción a María, la cultura europea y la sonora lengua de Castilla.



• VISTA GENERAL DEL MONASTERIO DESDE EL ALMIJAR.



## XXXVIII

## LOS PILARES DE LA HISPANIDAD SE FORJARON EN GUADALUPE

En las páginas de la historia quedó grabado con indelebles caracteres aquél inmortal 12 de octubre que unió en abrazo fraterno a dos mundos, y derribando con valentía las ciclópeas columnas de Hércules, levantó un gigantesco monolito con las palabras "PLUS ULTRA", que abría nuevos horizontes a la civilización y señalaba derroteros inmensos e ignotos a la geografía conocida.

No creemos fácil definir con precisión y en pocos palabras la Hispanidad, y seríamos mezquinos si quisiéramos fijarla en un hecho o localizarla en una época. Alguno ha dicho que la Hispanidad es el enaltecimiento de los valores de la nación española. En tal sentido habría que buscar los orígenes de esta idea en los mismos albores de los pueblos iberos, que comenzaron a perfilar ya las características de lo que habría de ser España. Y serían valores de Hispanidad las grandes figuras que en el correr de los siglos escribieron gloriosas páginas en nuestra historia y cada una de las brillantes gestas de nuestro pasado; lo serían Aníbal y Sagunto, el Cid y San Hermenegildo, las Navas de Tolosa y las Cruzadas a los Santos Lugares, la floreciente vida monacal y esa pléyade de almas santas que esmaltaron el suelo español con heroicas virtudes, los poetas y artistas que en todo tiempo brotaron en nuestra patria y todos y cada uno de los reyes que empuñaron el cetro de la Monarquía o los jefes de Gobierno que han regido nues-



* IMAGEN DE LA VIRGEN DE LA HISPANIDAD EN SU RICO TRONO LABRADO EN 1953, EN ORO, PLATA Y ESMALTES.

tros destinos, la guerra de la Independencia y el glorioso Alzamiento contra el comunismo. Todo esto ¿puede ser llamado Hispanidad o, mejor, la denominaríamos "Hispanismo", por darle un nombre?

La Hispanidad que hoy celebran España y las naciones a las que ella dio el ser, es inconcebible sin América y Filipinas, y por ello nos parece mucho más adecuada la definición de quien dijo que era "la proyección de España hacia el mundo por ella colonizado". En este sentido la Hispanidad no es una palabra vacía y con un valor pretérito, sino una realidad tan llena de vida como en los siglos XV-XVII, ya que no fueron las posesiones de América y Filipinas el valor único, ni siquiera principal, de la obra colonizadora de nuestra patria. Por encima de eso, que ya no existe, y al margen de las diferencias político-económicas que separan a España de sus antiguas posesiones, hay valores mucho más dignos y estables. La madre patria dio a sus hijas de allende los mares la sangre noble de sus venas, la religión de Cristo. que inspiró sus maravillosas Leyes de Indias, y la sonora lengua de Castilla. Y estos tres valores espirituales siguen hoy pensado y miemtras ellos no mueren, la Hispanidad tendrá vida y no será palabra de archivo donde se guarda lo que ya pasó.

Toda obra necesita una base, tanto más firme cuanto mayores sean sus proporciones. La Hispanidad es una obra gigantesca y no pudo ser creada en un día ni determinada por un hecho aislado. Sin embargo. debió asentarse sobre gestas trascendentales de nuestra historia, que bien pudieron ser la Unidad Nacional, Conquista de Granada y Descubrimiento del Nuevo Mundo, hazañas que grabaron en el hermoso escudo de España las palabras UNA, GRANDE y LIBRE. Estos son los verdaderos pilares de la Hispanidad; y a ellos podemos añadir el maravilloso Testamento de nuestra gran Reina Católica, que encauza los pasos de un imperio que comienza a perfilarse, así como aquellas próceres figuras que llevaron al mundo hispano nuestro pendón y en España encarnaron el más genuino sentido de la Hispanidad, destacando de ese batallón los nombres inmortales de Pizarro y Cortés, Doria y Cisneros, Juan de Austria y el Gran Capitán, Teresa de Jesús y Pedro de Alcántara, Ignacio de Loyola y Lope de Vega, Cervantes y Góngora, Murillo y Zurbarán....

Mirada así la Hispanidad —y creemos es la manera más razonable de hacerlo, no podemos pasar por alto un nombre sonoro y sagrado, bajo cuyo signo amparó el cielo esa obra de titanes e irradió esplendores de luz sobre sus pasos. Guadalupe, con su milagrosa Virgen Morena y su ciclópeo y plurisecular monasterio, es el verdadero Tem-



• BUSTO DE LA SAGRADA IMAGEN CON LA "CORONA RICA".



plo de la Hispanidad. Esta afirmación no es aún popular, aunque tampoco suena tan extraña como hace medio siglo; pero es un aserto que se apoya en la verdad incontrovertible de probados documentos, que si durante algún tiempo estuvieron escondidos bajo el polvo del olvido, hoy vuelven a brillar con toda la fuerza que en sí encierran, paralelamente al resurgir, lento, pero firme, del santuario mariano que durante casi cinco siglos fué nacional y tuvo la mayor resonancia en el mundo hispánico, como lo acreditan un centenar, casi, de Guadalupes que hoy en él florecen y tienen raíces enterradas en los siglos XV y XVI, cuando la advocación del Pilar —que muchos españoles creen Patrona de la Hispanidad por la coincidencia de ésta con la fiesta de la Patrona de Aragón, ignorando que mientras Colón descubrió el Nuevo Mundo en *1492*, el Pilar no se celebró el 12 de octubre hasta *1613*—, apenas era conocida en América y sólo eco regional tenía en España.

Si la Hispanidad tuviese como punto de partida la Guerra de la Independencia, podríamos llamar Templo de la Hispanidad a la basílica zaragozana; pero es precisamente a partir del siglo XIX cuando el Pilar comienza a ser devoción nacional y extenderse por el mundo, y cuando —peregrina casualidad— decae y se pierde el influjo espiritual de nuestra patria en América y Filipinas.

Lo que no es accidental ni expuesto a mudanzas, sino esencialmente decisivo en la Hispanidad y su Patronato histórico, son la visita de Isabel la Católica a Guadalupe para decidir su matrimonio a las plantas de la Virgen de las Villuercas; la carta que la Reina envió al prior y monjes de este santuario el mismo día que entraban en Granada, anunciando tan grata nueva y agradeciendo la generosa ayuda que este monasterio les ofreció durante aquella larga y dura jornada; las sobrecartas firmadas por los Reyes Católicos en Guadalupe el 20 de junio de 1492 urgiendo la entrega de las carabelas a Colón; las tres visitas que el Almirante hizo a la Virgen extremeña; el nombre de Guadalupe con que bautizó Colón a isla Turuqueira en el segundo viaje; la partida bautismal de los dos primeros indios regenerados en España, que el propio marino genovés trajo a Guadalupe para en ellos simbolizar la regeneración espiritual del Nuevo Mundo; el admirable Testamento de Isabel la Católica, en cuya última cláusula ordena se guarde siempre original en Guadalupe; el paso por este monasterio en devoto peregrinar de todos nuestros Reyes, desde Alfonso XI hasta Carlos II y de innumerables misioneros, conquistadores y nobles, según podemos ver en el libro de "Capellanías, Lámpa-

ras y Bienhechores", que se guarda en el archivo monacal, y que desde el siglo XIV hasta el XVII van señalando la presencia de Guadalupe en la Hispanidad como otros tantos hitos.

Estos son valores cargados de siglos; y aunque intereses bastardos envolvieron la gloria del monasterio extremeño entre sombras de olvido e incomprensión, al fin se desvanecieron las brumas del horizonte, y fue un descendiente de los Reyes que tanto amaron y protegieron al santuario de las Villuercas, quien reivindicó la verdad, proclamando solemnemente como Reina de la Hispanidad a Santa María de Guadalupe.



## XXXIX

## LA INMACULADA Y SU PROYECCION EN EL SANTUARIO DE GUADALUPE

El monasterio jerónimo de Guadalupe fue, ante todo y sobre todo, santuario mariano; y como medios de esta razón de existir podemos señalar su pujante vida monacal, su brillante tradición artística, sus famosas escuelas de medicina y su misma riqueza material. Como templo mariano —y uno de los más famosos del mundo— era lógico que en todas las manifestaciones de su vida ocupara un lugar principalísimo el culto a la Madre de Dios en sus misterios. Así fue. en efecto; y dentro del marco de tradición concepcionista en España. podemos afirmar que María, en su misterio más bello, encontró un eco extraordinario en la vida del monasterio de las Villuercas, reflejándose, sobre todo, en sus artes tan variadas.

El culto a la Pura Concepción fue tan antiguo en Guadalupe como el establecimiento mismo de la orden jerónima en el santuario extremeño, ya que es su primer prior, padre Yáñez de Figueroa, el que implanta la devoción sabatina en honor de la Inmaculada a principios del siglo xv. En 1477, el Nuncio del Papa en España, Nicolás Franco, concede indulgencias a cuantos visiten en Guadalupe la capilla de Santa Ana en las fiestas de la Concepción y Natividad de María. Es en 1506 cuando se empieza a celebrar en el santuario de las Villuercas la fiesta de la Inmaculada con rito doble mayor. Y de 1511 data el acuerdo capitular de pedir a Roma indulgencia ple-



• INMACULADA RADIADA. VIÑETA DE UN CANTORAL DEL SIGLO XVI.

naria para los que visitaren el templo de Guadalupe en la fiesta de la Virgen titular y de la Inmaculada Concepción. En fecha posterior se incrementa esta devoción a la Virgen sin mancilla.

Una prueba del auge que en Guadalupe tuvo el culto concepcionista nos la ofrecen numerosas fundaciones, capellanías y privilegios reales de que tenemos constancia, mereciendo ser citada la fundación que en su testamento de 1445 hizo la piadosa reina María de Aragón —enterrada con su hijo Enrique IV en este monasterio— de 27.000 maravedises para casar a "nueue moças pobres", en honor de la Concepción de Nuestra Señora. También tiene gran importancia el Albalá que Isabel la Católica dio en Sevilla el año 1477, destinando 40.000 maravedises cada año para que "el Prior e frailes e conuento ayan de çelebrar e çelebren por el día de la Concepción de nuestra Señora del mes de disiembre de cada año, una solepne fiesta a honor e reverençia suya disiendo bisperas con su vigilia e misa en su día e segundas bisperas, todo solepnemente". Y queremos destacar el regalo —uno entre muchos— que hizo a Guadalupe su gran devoto Felipe II, consistente en "una imagen de Nuestra Señora de la Concepción, de plata blanca, maravillosamente labrada, que tiene de peso cuarenta y cuatro marcos y medio y vale mil ducados".

A todo esto hemos de añadir la solemnidad con que —a juzgar por los cantorales miniados— se celebraba desde el siglo XV la fiesta de la Pura Concepción en Guadalupe; y viene al caso hacer memoria de las numerosas fundaciones testamentarias que en honor a este misterio dejaron en Guadalupe muchas personas, según es dado comprobar todavía en varios abultados legajos de su archivo. Y no podemos silenciar a fray Francisco de Santiago, hijo de la franciscana provincia descalza de San Gabriel, quien por indicación de la Virgen de Guadalupe trabajó incansable en el movimiento concepcionista que en el siglo XVI promovieron en Sevilla Vázquez de Leca, padre Bernardo de Toro y tantos otros adalides de esta causa.

Guadalupe es, todavía hoy, un emporio de arte. Y fue en su variado campo donde la devoción a la Virgen sin mancilla mejor se proyectó.

*Bordado.*—Por lo que se refiere a nuestro asunto, tenemos, principalmente, el "frontal rico" que bordara con manos divinas el monje guadalupense fray Diego de Toledo en el siglo XV. De sus cinco grandes paneles ocupa el centro una bellísima Inmaculada Asunta, sostenida por seis ángeles, de los que una pareja coloca sobre su cabeza una corona. A la fabulosa riqueza material sobrepuja el colorido de

las sedas y pasma la delicadeza y perfección del bordado, sobre todo en las manos y rostros.

Nada desmerece otra Inmaculada Asunta —representación muy frecuente en el arte concepcionista de los siglos XV-XVI— que hallamos en un "capillo" de principios del siglo XVI, en que la Virgen —con las manos juntas, larga cabellera partida y lujoso manto— lleva bajo sus invisibles pies una cabeza alada de ángel, mientras otros cuatro la sostienen y coronan. Y es notabilísima una "hazaleja" o paño de atril del siglo XV, en que se nos ofrecen dos modelos concepcionistas: una Inmaculada Asunta al modo de las dos anteriores y el "Radix Jesse", en que María aparece —con Jesús en brazos— como un cogollo que, a través de varios reyes, va a enraizarse en el pecho del patriarca Jesse, que aparece dormido.

Por fin, es digno de citarse otro símbolo concepcionista, el que aparece en el "frontal rico de San Jerónimo", bordado en el siglo XVII por el monje guadalupense fray Francisco de Sigüenza. El centro lo ocupa el santo doctor, y entre las diversas escenas de la vida de María representadas en el sobrefrontal, ofrécesenos el "Abrazo" de San Joaquín y Santa Ana ante la puerta de Oro; modo en que frecuentemente era simbolizada la Inmaculada Concepción de María.

*Miniado.*—El actual museo de cantorales —86 grandes y tres pequeños, todos labrados en piel de cabra y ternera, con tres ruedas, herrajes de bronce, encuadernaciones de tabla forrada de cuero repujado con labores mudéjares— forma la más valiosa o una de las más ricas colecciones de España y es, a su vez, el mejor exponente de la altura que el arte de iluminar libros alcanzó en Guadalupe.

En ellos no podía faltar el arte concepcionista, que hallamos derrochado en muchas viñetas algunas deliciadísimas—, ofreciéndonos a María Inmaculada en diversas representaciones, desde el "Abrazo" de sus padres en la Puerta de Oro hasta el tipo definitivo del siglo XVIII, pasando por la Inmaculada Asunta, que abunda, como en el bordado, y la Virgen —sola o con Niño— radiada. De las catorce y más viñetas concepcionistas tienen especial interés la que se contiene en el códice 2 (siglo XV), y que es una Inmaculada Asunta levantándose del sepulcro, elevada por ángeles y coronada por el Padre Eterno; la que en el códice 4 (siglo XV) representa el simbólico "Abrazo" en la Puerta de Oro; la que en el códice 23 (siglo XVI) nos muestra a la Virgen sentada, radiada, con el Niño en brazos y rodeada de símbolos inmaculistas; la que en el mismo libro nos ofrece otro "Radix Jesse"

parecido al que vimos en la "hazaleja", y la que en el códice 46 (siglo XVI) aparece convertida en Virgen de las Nieves.

En el cantoral 73 (siglo XVIII) se inserta el oficio de la Virgen de Guadalupe en Méjico, y aparte otras viñetas en que vemos distintas estampas de la Virgen extremeña —como origen de aquélla—, se nos representa la Inmaculada que desde la anterior centuria pasó preferentemente al arte cristiano.

*Escultura.*—En este campo del arte hallamos varias interesantes representaciones de la Limpia Concepción: una bella Inmaculada de marfil —con la forma arqueada de un colmillo de elefante—, que bien pudiera ser del siglo XVII, y que para algunos procede de Filipinas; una Purísima de madera policromada que suponemos del siglo XVII en sus finales, y que se halla, con la anterior, en el museo de miniaturas; una Inmaculada Asunta en la contraportada plateresca que se labró en el siglo XVI y da acceso a la escalera del coro, desde el claustro mudéjar; y sobre todo, una Purísima que desde 1499 preside en el testero del coro y es el mejor monumento inmaculista del arte guadalupense.

Se trata de una hermosa talla de tamaño natural y que el ilustre crítico de arte E. Tormo adscribió a la escuela bruseleso-toledana de Anequín Egas, el famoso holandés que trabajó en Compostela, Toledo y Guadalupe en el siglo XV. Esta imagen sustituyó al escudo de los Reyes Católicos, que en la fecha arriba indicada fue colocado en la hospedería real de Guadalupe. Aparece con Niño, rayos dorados, ángel a sus pies y luna como escabel, siendo un anacronismo churrigueresco el dosel que desde el siglo XVIII la afea. A esta imagen —y no a la auténtica y original Virgen de Guadalupe— se refería en 1577 el virrey de Méjico Martín Enríquez cuando escribió a Felipe II que la Virgen del Tepeyac fue llamada Guadalupe "por decir que se parecía a la Guadalupe de España" (su carta original se halla en el archivo de Indias).

*Otras manifestaciones.*—Recorriendo con detención el monasterio de Guadalupe, todavía hallamos otras varias representaciones concepcionistas; un lienzo del siglo XVII en la capilla de San Gregorio; un dibujo lineal en una cruz de plata y carey del siglo XVI; un portapaz de bronce del siglo XVIII, y un esmalte en la tapa de un libro de rezos del siglo XVIII, todo ello guardado en la vitrina central del museo de cantorales.

Y terminamos con una joya de arte en que se alude también a la Inmaculada, por más que no esté allí representada. Nos referimos a

la grandiosa reja de hierro forjado que separa el templo del presbiterio y corre las tres naves de la basílica guadalupense. Omitiendo su descripción —que hacemos en otro capítulo—, sólo queremos ofrecer aquí los dos letreros que en ambas caras corren a lo largo del cuerpo central. Mirando a la iglesia, leemos: SALVE VIRGO PVERPERA TEMPLVM TRINITATIS (S)ACRVM GAVDVM CELA PVRITATIS SOLAMEN MERENTIVM ORTVS VOLVPTATIS (Salve, Virgen Madre, templo de la Trinidad, gozo sagrado, celda de pureza, consuelo de los tristes, huerto de placer). En el lado que mira al altar mayor dice: PALMA PACIENTIAE CEDRVS CASTITATIS SONET VOX TVA IN AVRIBVS MEIS VIRGO DEI GENITRIX VOX ENIM TVA DVLCIS ET FACIE (S)... (palma de paciencia, cedro de castidad, suene tu voz en mis oídos, Virgen Madre de Dios, pues tu voz es dulce y (tu) rostro... (falta la palabra "DECORA").





PATIO DEL PALACIO DE MIRABEL.

## XL

## EL PALACIO DE MIRABEL

Unos cinco kilómetros de Guadalupe y entre frondosos bosques de castaños, hállase este antiguo Palacio, como frecuentemente es llamado en las historias del monasterio, que tan repetidas veces se hacen eco de él. El Padre Talavera, nos lo describe en el siglo XVI de esta manera: "La Granja de Mirabel, dedicada desde su principio a la gloriosa Magdalena, puesta entre dos valles amenos, de mucha frescura, en sitio alto, y vistoso, mirando al cierço que la recrea: y por su temple, vistas, arboledas y frescas aguas, viene a ser esta granja en el verano, y especial en lo rezio del estío, un retrato de aquel terreno, y deleytoso jardín, morada uenturosa de los padres primeros." Efectivamente, una de las jiras más encantadoras que hacerse pueden por los alrededores de Guadalupe, es a esta granja, sita en una suave plataforma entre dos valles dominados "Valdegracia" —por su hermosura y deleitosa situación—, e "Infierno", por el retorcido y áspero bosque que lo cubre. Allí se levanta un caserío que evoca, envuelto entre el suave aleteo del tupido follaje del bosque mecido por la tenue brisa, recuerdos sagrados de mejores edades.

La primera noticia que de esta granja encontramos, nos la ofrece el monje de Guadalupe fray Diego de Ecija, en un interesante manuscrito de fines del siglo XV, en que habla de los orígenes y fundación de esta santa Casa y vida de algunos de sus moradores. Al narrarnos el largo priorato del padre Fernando Yáñez de Figueroa —que rigió los des-

tinos del monasterio desde 1389, en que se hizo cargo de él la Orden Jerónima, hasta su muerte en 1412—, nos dice que para ayudarle en las gigantescas y costosas obras del edificio dióle el "noble cauallero Martín Cerón Alcalde Mayor de Seuilla tres mill doblas de oro moriscas y muchas joyas de oro y plata y seda para seruicio y ornato de la Iglesia y altar. Y dió asimismo la granja de Mirabel onde está una iglesia de la bienaventurada Santa María Magdalena".

Este generoso bienhechor del monasterio y gran devoto de la Virgen de Guadalupe quiso ser enterrado en su templo, donde todavía podemos ver un azulejo, en el muro de la nave del Evangelio, que dice: "Hic jacet el Caballero Martin Hernández Cerón, Alcalde mayor de Sevilla." Hállase su enterramiento junto a la grandiosa verja de hierro forjado que separa el presbiterio del resto de la basílica y muy cerca del esbelto arco peraltado que da acceso al hermoso claustro mudéjar del siglo XIV. Es uno de los muchos personajes cuyos enterramientos quedaron bajo el desacertado relleno que Churriguera puso en el siglo XVIII sobre el pavimento primitivo, todo él cubierto de losas sepulcrales.

Suponemos que la dedicación de esta granja a la Santa Penitente debió obedecer a especial devoción del noble alcalde sevillano a la bendita Magdalena, ya que, según el citado padre Ecija, don Martín mandóse enterrar precisamante bajo un arco en que estaba pintada esta santa, y en su fiesta se celebró, durante mucho tiempo, un aniversario en sufragio de tan liberal donante.

Teniendo en cuenta el privilegiado sitio de esta casa, destinóla la Comunidad para lugar de reposo de monjes enfermos o cansados; y la historia nos ofrece, entre otros, el caso del prior padre Alonso de Córdoba, que allí falleció en 1453, en la víspera de Santa Magdalena, siendo enterrado en el claustro de los priores del Monasterio.

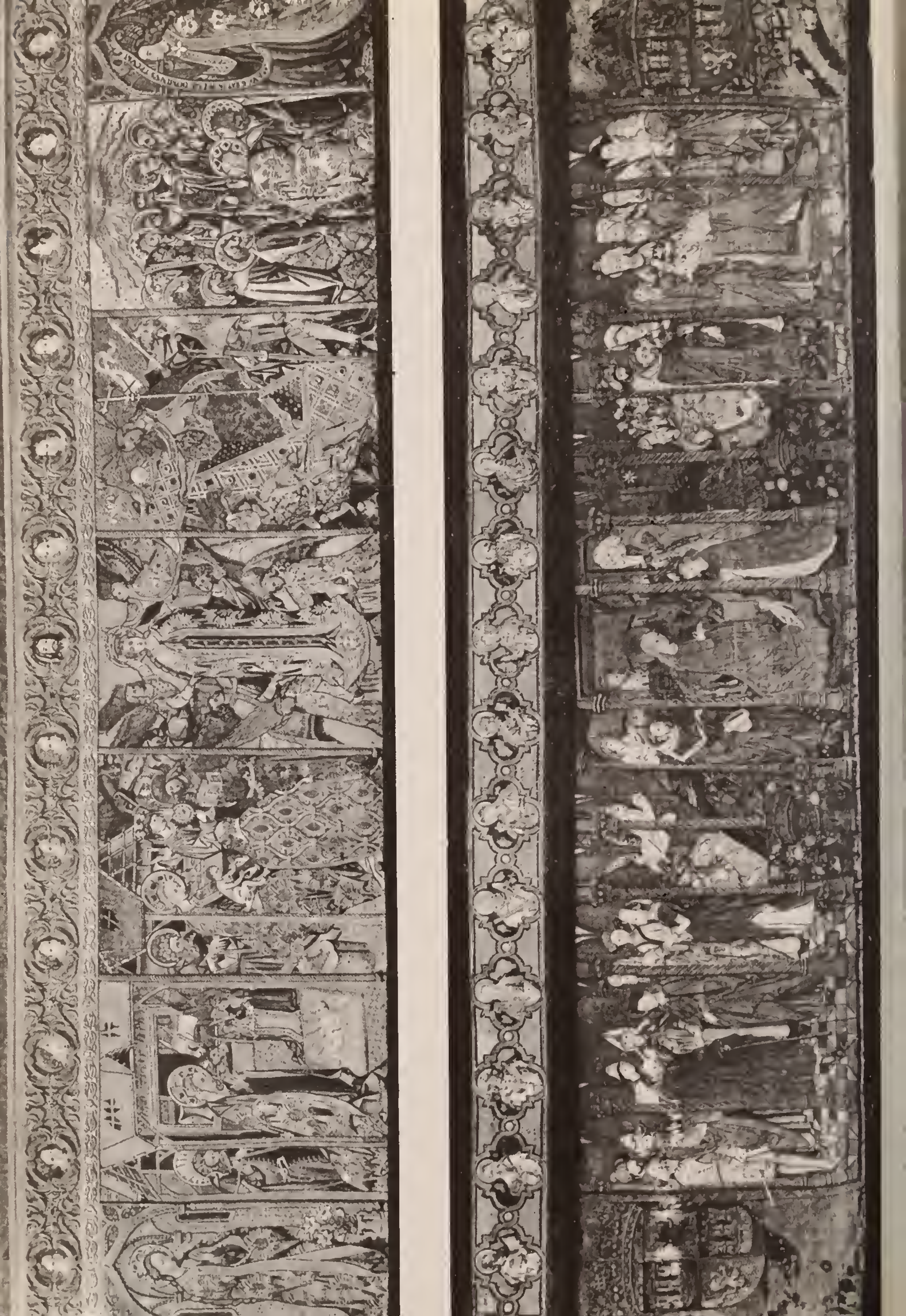
Posteriormente el padre Nuño de Arévalo (prior desde 1483 hasta 1495) hizo allí notables y bien ejecutadas obras; y viendo con cuánta frecuencia venían a este santuario (que Isabel denominaba "su paraíso") los Católicos Monarcas, decidió destinarlo a palacio de recreo de reyes tan esclarecidos y queridos por esta Casa de Guadalupe. Y sabemos que en junio de 1492, cuando, conquistada la ciudad del Darro y arregladas las cosas en Andalucía, vinieron los Reyes Católicos a este monasterio con sus hijos para dar gracias a la Virgen Morenita por tan señalada merced y al mismo tiempo descansar una temporada en Guadalupe, lo inauguraron pasando en Mirabel varios días de los muchos que estuvieron aquí. Y parécenos que después del reinado de los Reyes

Católicos, Isabel y Fernando, continuó sirviendo de lugar de veraneo a otros monarcas, ya que el padre Ecija nos dice que "los reyes van allí a recrearse cuando vienen a Guadalupe".

Años más tarde levantó una capilla dentro de este palacio el prior padre Juan de Siruela, obra que fue posteriormente modificada bajo las reformas de Churriguera, que tan desastrosos recuerdos artísticos dejó en Guadalupe. De aquella fecha data la actual fisonomía de sus altares y aun del edificio todo, el cual ha sido, después, nuevamente restaurado según las exigencias de sus destinos.

En su capilla se venera desde hace muchos años un devoto Cristo yacente, al que los pueblos circunvecinos acuden con mucha fe en casos de pertinaz sequía y en cuyo honor se organiza cada año una romería el 3 de mayo. Pero lo más notable es una escultura en "terracotta" de Santa María Magdalena, muy venerada también. Aunque desconocemos el autor de tan preciosa talla, nos consta, sin embargo, que fue labrada en 1738, durante el priorato del padre San José, juntamente con la Santa Cecilia del palacio de Valdefuentes y las ocho Mujeres Fuertes, figuras de la Virgen, que tanto embellecen el hermoso camarín de Guadalupe.

En la época en que comenzó a decaer la gloria de Guadalupe (y con ella la de España) volvió la granja de Mirabel a servir de lugar de reposo a los monjes, continuando con ese destino hasta la fecha luctuosa de 1835, en que las leyes arbitrarias e injustas de Mendizábal arrojaron del monasterio a la Comunidad, cometiendo el más desvergonzado latrocinio de cuantos conmemora la historia española. Al venderse por el Estado los bienes monacales, esta Casa y finca circundante pasaron a los marqueses de la Romana. Uno de ellos, don Pedro Caro, restauró cuidadosamente el edificio; allí pasaba largas temporadas y en Mirabel nació, en su magnánimo corazón, la idea de un Guadalupe franciscano, que afortunadamente vio convertida en feliz realidad antes de su muerte, acaecida en 1911.



## XLI

## LA GRANJA DE VALDEFUENTES

En anterior capítulo hablábamos del caserío de Mirabel donado al monasterio de Guadalupe por el piadoso Alcalde Mayor de Sevilla Martín Cerón.

Más antiguo que Mirabel y de un encanto no menor es la casa y granja de Valdefuentes, situadas una legua al Sureste de Guadalupe, cerca del antiguo camino que seguían los peregrinos de Portugal y Sur de España para venir a postrarse ante la Morenita de las Villuercas. Al contrario que Mirabel, que se halla en la sierra, la granja de Valdefuentes está en un frondoso y pintoresco valle, resguardada del frío invernal y del agostador verano, entre verdes encinares y risueños prados, reverdecidos por las riquísimas y finas aguas que allí por doquier brotan —ellas dan nombre a este lugar "Val de Fuentes"—, formando numerosos riachuelos que al correr buscando el río Guadalupe unen sus melodiosas cadencias con las alegres notas de juguetonas avecillas que, saltando por entre olorosos tomillos o columpiándose en las ramas de los árboles, tejen con sus arpadas lenguas un himno a la próvida naturaleza, que en este sitio derramó a manos llenas sus dones. Saliendo de Guadalupe es dura la subida hasta alcanzar la cumbre de los cerros que sirven de muralla a esta granja; pero el panorama maravilloso que desde la altura se domina compensa con creces el pequeño sacrificio: a nuestra izquierda, la carretera de Cáceres, las obras gigantescas del ferrocarril Madrid-



* ARRIBA: FRONTAL "RICO" BORDADO EN EL SIGLO XV POR FRAY DIEGO DE TOLEDO.
* ABAJO: FRONTAL FLAMENCO QUE REGALO AL MONASTERIO EL REY ENRIQUE II.

Badajoz —en construcción—, el ciclópeo monasterio rodeado de casucas que se apiñan en su derredor, y al fondo las enhiestas Villuercas, que se yerguen hasta el cielo con extensas ramificaciones que amurallan al vetusto monasterio; a la derecha, una inmensa llanura cuyo fin no llegan a medir nuestros ojos; y abajo, a nuestros pies, escondido entre lujuriantes encinares, el histórico Valdefuentes, cuya primera visión, envuelta entre recuerdos de pasadas centurias, nos emociona.

Al siglo XIV se remontan las primeras noticias que de esta granja poseemos en las historias del monasterio, que nos dicen haber sido edificada allí una casa en el priorato del Padre Yáñez de Figueroa —primero que rigió los destinos del naciente monasterio (1389-1412)—, con cien marcos que le diera el conde de Haro.

Su apacible situación, la comodidad del edificio y lo devoto de su capilla —dedicada a la Santa Virgen Cecilia, con bellísima alfarjería mudéjar en sus techos y preciosos mosaicos en su pavimento— convidaban al descanso y meditación. Por eso no ha de extrañarnos que "frecuentemente" honraran este lugar los reyes de Castilla en sus muchas visitas al monasterio de Guadalupe.

En 1402 viene a este Santuario Enrique III, poco antes de morir, y en Valdefuentes descansa varios días, acompañado de algunos monjes, personas de su cortejo y, sobre todo, del prior, padre Yáñez, a quien el Rey Doliente ofrece repetidas veces la Mitra de Toledo: asunto que dio motivo a uno de los magníficos lienzos de la sacristía guadalupense debidos al pincel de Zurbarán.

Años más tarde —en 1435—, cuando regía los destinos de esta santa Casa el venerable padre fray Pedro de Cabañuelas —inmortalizado también por el artista de Fuente de Cantos, que supo plasmar maravillosamente en un cuadro el milagro eucarístico de que nos hablan las crónicas del monasterio—, vinieron a pasar en Guadalupe la Semana Santa el rey don Juan II de Castilla con su primera esposa María de Aragón y el Príncipe Enrique. Estuvieron en Valdefuentes, donde se le hicieron brillantes fiestas. Entonces conoció la devota reina la santidad del padre Cabañuelas, al que eligió por confesor suyo, quedando tan afecta al monasterio que en su testamento ordenó ser enterrada en Guadalupe, como lo mandaría, después, su hijo Enrique IV.

Una prueba de la popularidad y fama de este palacio y su devota capilla, la tenemos en un documento firmado en Guadalupe el año 1525, por el cardenal diácono Juan, legado del Papa Clemente VII. En él concede para siempre siete años y siete cuarentenas de perdón

a cuantos ayuden a reparar, conservar y mantener dicha capilla o la visiten en la fiesta de Santa Cecilia y en la octava de Epifanía.

A fines del siglo XV había rodeado este palacio de campo con una hermosa viña el Padre Arévalo; y más tarde, a mediados de la decimosexta centuria, los priores fray Juan de San Fulgencio y fray Miguel Gamarra llevaron a cabo notables obras de reforma y embellecimiento del edificio, levantando un gracioso patio renacimiento, con su fuente en medio. Sabían cuánto gustaba este lugar al príncipe Felipe y quisieron ofrecérselo cuando viniera siendo rey.

Efectivamente, Felipe II visitó muchas veces esta santa Casa de Guadalupe y particularmente tenemos memoria del año 1578, cuando vino a entrevístarse en este monasterio con su joven sobrino Sebastián de Portugal, para tratar de la empresa temeraria de Africa a que el inexperto monarca portugués quería lanzarse. También vino a Guadalupe acompañado de su corte, a pasar la Semana Santa de 1580. Venían con el rey Prudente su esposa doña Ana de Austria, el príncipe heredero don Diego, las princesas Isabel Clara Eugenia y Catalina y el Cardenal Alberto de Austria, hermano de la reina consorte y que casó después con Isabel Clara Eugenia, siendo los primeros reyes de Bélgica. Todos estos personajes salieron de Guadalupe pasada la Pascua y fueron a pernoctar la primera noche al palacio de Valdefuentes, descansando la segunda en el caserío del Rincón y la tercera, en la casa que el monasterio poseía en Madrigalejo, donde el año 1516 falleciera el rey Católico, bisabuelo de Felipe II.

En siglos posteriores, cuando la devoción de los Borbones hacia Guadalupe se enfrió y encauzaban sus pasos más a San Jerónimo el Real de Madrid donde era venerada una copia de la Virgen extremeña —que hoy, para baldón de España, está allí arrinconada—, la granja de Valdefuentes sirvió para descanso turnado de los monjes, que allí lograron tener una de las mejores fincas que poseyó el monasterio. la famosa "dehesilla". Por eso vemos que aún en el siglo XVIII continúan realizándose obras de reforma en el caserío y capilla, para la que en 1738 se labró una bella escultura de Santa Cecilia por el mismo artista que tallara las ocho figuras bíblicas que adornan el camarín de la Virgen de Guadalupe y la Santa María Magdalena que se venera en Mirabel.

Después, cuando las leyes desamortizadoras de 1835 arrojaron del monasterio a los frailes jerónimos y el Estado se incautó de sus joyas. enseres, caseríos y fincas, la granja de Valdefuentes salió también a subasta en pública almoneda, siendo comprada por diversas perso-

nas. Hoy queda todavía el caserío bastante bien conservado, con amplias galerías góticas y bellísimas chimeneas mudéjares, y en la capilla vemos el notable artesonado mudéjar, azulejos del pavimento y altar, etcétera; pero desgraciadamente faltan las hermosas tablas de la vida de Santa Cecilia y otros cuadros de mérito que un día adornaron esta histórica casa, sita en uno de los más pintorescos alrededores de Guadalupe.

* BELLISIMO FRONTAL DE LA PASION, BORDADO EN LOS TALLERES DEL MONASTERIO EN LA DECIMOQUINTA CENTURIA.



## XLII

## MOTIVOS NAVIDEÑOS EN EL ARTE GUADALUPENSE

La Natividad de Jesucristo ha sido, indudablemente, una de las fuentes más fecundas de inspiración para el arte, que en sus más variadas manifestaciones ha bebido a raudales en ese manantial inagotable. Y creemos que ello es una lógica consecuencia de la profunda raigambre que la conmemoración de los misterios navideños tiene en el Cristianismo, que desde los primeros siglos de nuestra Era ha sabido captar maravillosamente todo el profundo significado que para su vida entraña la Encarnación del Hijo de Dios; completando lo que nos enseña la Sagrada Escritura con poéticas tradiciones que nos permiten seguir paso a paso todos los primeros años de Cristo.

Podemos asegurar que no hay época ni pueblo que haya dejado al margen de su existencia la Navidad, desde la viva representación del Nacimiento del Salvador en los populares "belenes" —tan felizmente ideados por el que a sí mismo se llamaba "el loquillo de Belén", San Francisco de Asís—, hasta la sublimación de tan dulce misterio en la literatura y artes bellas. Vamos a concretarnos a un lugar, el Monasterio extremeño de Guadalupe, ya que en él tuvieron estas manifestaciones una floración singular, como nos demuestran innumerables datos sembrados en su larga existencia.

No entra en nuestros cálculos extendernos a historiar las solemnes funciones litúrgicas que este Santuario tenía en las fiestas navi-

deñas. Tampoco es nuestro propósito profundizar en el estudio de las representaciones escénicas que en la noche del Nacimiento de Jesús tenían lugar en el coro del Monasterio, actuando los mismos monjes hasta muy avanzado el siglo XVIII; ni pretendemos destacar la parte que estas festividades ocupaban en la tradición musical del gran cenobio extremeño, donde todavía hoy —después de los mil avatares que en la pasada centuria amenazaron con borrar hasta la existencia misma del Monasterio de las Villuercas— se conserva un numeroso repertorio de villancicos navideños. Todo esto existió, y una prueba de ello nos la ofrecen varios cronistas portugueses y españoles que narran extensamente la histórica entrevista que en Navidad de 1576 celebraron en Guadalupe los reyes don Sebastián de Portugal y su tío Felipe II, y cuyo objeto fue tratar del proyectado matrimonio de aquél con la hija del Rey Prudente, Isabel Clara Eugenia, y sobre todo de la conquista de Africa, tan cándidamente soñada por el bisoño monarca portugués. Aparte de contarnos estos cronistas cómo el rey Felipe II llegó a Guadalupe el 20 de diciembre y el 23 salió a esperar a su sobrino a "Puertollano"; cómo la Comunidad jerónima los recibió saliendo procesionalmente al atrio; de los aposentos lujosos, adornados con ricos paños franceses y buena tapicería ofrecidos al monarca portugués y su Corte en la Hospedería Real y los otros severos y menos adornados que eligió Felipe II en el claustro gótico; de los diez días que ambos monarcas permanecieron en Guadalupe celebrando diversas conversaciones; los selectos banquetes que se tuvieron; los valiosos regalos que mutuamente se ofrecieron ambas Cortes y los que —mejores aún— obsequió a los ilustres huéspedes la Comunidad...; nos dicen que "la Navidad se pasó en fiestas exclusivamente religiosas, máxime advirtiendo que los maitines del 25 de diciembre habían durado hasta las dos de la mañana, con asistencia de los reyes al coro en sendas sillas de fraile. Infiérese que oían misa y comulgaban todos los días; y de Felipe II se dice claramente". Así habla un cronista contemporáneo, según vemos en un manuscrito existente en la Biblioteca Nacional de París, que nos ofrece Barrantes en su obra "Virgen y Mártir". Y el historiador del Monasterio, fray Joseph de Alcalá, nos dirá después que "para estas fiestas trájose al famoso predicador jerónimo Fr. Juan de la Cruz desde Salamanca, cantores de Plasencia y Toledo, tañedores de órgano y corneta que solemnizarán la Natividad de Cristo con la Capilla musical del Monasterio, que en el Coro representó una comedia ante los reyes, cantando villancicos con cuerdas".

En estas cuartillas pretendemos tan sólo destacar en forma breve las singulares manifestaciones que este tan simpático misterio despertó en el arte guadalupense. Para ello vamos a recorrer en rápida visita el amplio Monasterio, que si es cierto que sólo conserva hoy restos de lo que Guadalupe fue en sus años de esplendor, también es verdad que aún contiene obras de extraordinario mérito para nuestro caso.

Hacemos nuestra entrada en la Basílica por el atrio granítico que domina la plaza principal de Guadalupe y ante nuestros ojos encontramos dos grandes puertas dobles, repujadas en bronce, en el siglo XIV, por Pablo de Colonia, según una cartela nos indica. Cada hoja tiene seis paneles con motivos diversos de la vida de Cristo, y de carácter navideño son las escenas de la Anunciación, Nacimiento del Salvador, Adoración de los Reyes Magos, Circuncisión y Huída a Egipto, que labradas en gran tamaño y con un ingenuo realismo contemplamos en la puerta izquierda.

Dentro ya del templo y antes de subir la escalera bajo atrevido arco escarzano, podemos contemplar la lápida que encierra el sepulcro del famoso jurisconsulto guadalupense Gregorio López de Córdoba, y sobre él una gran tabla que ya de antiguo nos elogian los historiadores del Monasterio como muy buena. Representa el Nacimiento de Cristo, y aunque ignoramos quién sea su autor, parece de escuela española.

En el lugar más digno del templo encontramos el retablo mayor —uno de los varios que Guadalupe ha tenido— labrado en los años 1615-1618 por el escultor toledano Giraldo de Merlo y el hijo del Greco, Jorge Manuel. Aparte de sus bien labradas esculturas, merecen nuestra atención los seis grandes lienzos colocados en los intercolumnios y que salieron del pincel de los italianos Vivente Carducci y Eugenio Caxés. De aquél son los tres del Evangelio, y en los dos más bajos se representa la Adoración de los Reyes y el Nacimiento del Salvador —por cierto, nada bien conservados—.

Subimos luego al camarín de la Virgen. En los lienzos intermedios contemplamos nueve maravillosos cuadros de Lucas Jordán, todos ellos de tema navideño: Visitación, Anunciación, Desposorios, Presentación, Natividad, Sueños de San José, Asunción, Taller de Nazaret y Huida a Egipto.

Otro motivo navideño de gran valor lo hallamos en el Relicario, la hermosa capilla que elogió Cervantes en su obra póstuma "Trabajos de Persiles y Segismunda" al describirnos el Santuario de Guadalupe

a donde peregrinó el Príncipe de los Ingenios después de su cautiverio de Orán. Aparte de sus valiosas arquetas y variados relicarios del siglo XVII, tenemos una pieza de singular valor para nuestro asunto. Se trata de un arcón de plata dorada que labró en el siglo XV fray Juan de Segovia "el platero", adornándola con seis bellísimos esmaltes que procedían del primer trono de la Virgen, deshecho en 1385 para la batalla de Aljubarrota. En las bien trabajadas planchas de



plata sobredorada se nos ofrecen motivos pasionarios y uno de los esmaltes representa la Adoración de los Magos y es de belleza única por su composición y colorido.

Aparte de lo hasta aquí enumerado, aún tenemos en el museo de miniaturas dos interesantes obras navideñas. Se trata de un valioso tríptico, atribuido por el gran crítico de arte Elías Tormo al flamenco Isembrand, y es llamado de los Reyes Católicos, tal vez porque en algunas figuras se ha querido ver el retrato de estos dos monarcas. tan sumamente devotos de Guadalupe. En la parte exterior de sus puertas vemos la Anunciación, y en las tres tablas interiores contemplamos la Adoración de los Magos siendo admirable el trabajo de los incensarios, cofres de ofrenda y el vestido de cendal que lleva el Niño. Junto a este tríptico se halla una buena tabla de fray Correa. en que se representa el Nacimiento en su parte central. y San Jerónimo y los pastores en escenas laterales más pequeñas.

Sin embargo de que todo lo dicho encierra un valor singular. donde hallamos los motivos navideños más numerosos y encantadores es en los bordados y miniados, dos ocupaciones predilectas de los monjes guadalupenses.

En la escuela de bordado trabajaron, por igual, monjes y seglares; pues de unos y otros tenemos noticias y hallamos varios enterramientos. Ricos brocados italianos, paños franceses, telas moriscas y valencianas eran por lo común el marco donde se encuadraban esas labores de bordado tan fantásticas que dejan perplejos a cuantos visitan Guadalupe, no sabiendo qué admirar más, la riqueza material del oro, plata, sedas, perlas... o el arte incomparable de quienes bordaban un rostro o unas manos con una delicadeza y colorido tan grandes como podría lograr un pintor. Dejando aparte y sin referencia las telas que se guardan en la sacristía, vamos a ocuparnos tan sólo de lo que hoy se exhibe en el museo que inauguró Alfonso XIII en 1928.

La riqueza principal de esta gran sala-exposición, son los frontales, entre los que ofrece motivos navideños el de Enrique II (por algunos tenido como de Enrique IV), que es un bordado flamenco con diferentes motivos de la vida de Cristo, entre los que destaca un gracioso Nacimiento que nos recuerda un cuadro del pintor alemán Holbein, e incluso nos hace pensar que el artista se inspirara en este frontal de Guadalupe. Otro frontal es el "rico", salido de las manos divinas de fray Diego de Toledo, en el siglo XV, aunque en el XVII, al enriquecerlo, lo estropearon lastimosamente. Contiene este frontal cinco escenas de la vida de Cristo y María, de las que tienen carácter



* PADRE GONZALO DE ILLESCAS, EX-PRIOR DE GUADALUPE Y OBISPO DE CORDOBA (ZURBARAN).

navideño el Nacimiento de Cristo y la Adoración de los Reyes. Un tercer frontal es llamado de San Jerónimo, por ocupar su centro el gran penitente de Belén. Fue trabajado en el siglo XVII por fray Francisco de Sigüenza y entre las diversas escenas de pequeñas figuras que admiramos en el sobrefrontal, hemos de anotar un hermoso cuadro del Nacimiento de Cristo. Las demás piezas de este museo comprenden capas, casullas, mangas de cruz procesional y dalmáticas. Por lo que se refiere a nuestro asunto, hemos de fijarnos en un bellísimo "Capillo" del siglo XV —que bordó el antedicho fray Diego de Toledo—, donde vemos el Nacimiento de Jesús y otro de la misma centuria y del mismo artista que nos ofrece la Anunciación. También son dignas de tenerse en cuenta las escenas del Nacimiento, Circuncisión y Adoración de los Magos, que admiramos en el famoso "Trapo viejo", o manga de cruz procesional que bordara en el siglo XVI Pero López y que durante los años de Exclaustración sirvió a los niños para jugar.

Réstanos, por último, visitar el museo de miniaturas o de libros cantorales escritos e iluminados en pergamino. Fue otra de las actividades fundamentales de los monjes de Guadalupe, que en su maravilloso y bien organizado "scriptorium" escribieron libros en pergamino y papel e iluminaron preciosos códices. Ya en pleno siglo XV hallamos noticias de una colección completa de libros iluminados para el rezo coral; pero en la siguiente centuria se vendieron casi todos y se minió nueva colección, que, completada en los siglos siguientes, ha llegado hasta nuestros días. Suman en total 89 libros y a través de esa colección podemos seguir el miniado español desde el siglo XV al XVIII. Como características generales, todos estos libros de gran tamaño van encuadernados en tabla cubierta de cuero estampado y herrajes de bronce, amén de llevar tres ruedas para trasladarlos de un lugar a otro. Van escritos todos en pergamino y tienen profusión de viñetas, orlas, arabescos y letras mudéjares.

Si quisiéramos hacernos eco de todas las viñetas navideñas que en estos 89 libros aparecen, seríamos interminables, ya que hay libros que encierran cuatro o cinco. Bástenos citar —como botón de muestra— las delicadas viñetas que se encuentran en el Libro de Horas (siglo XVI) y en los números 1, 2, 3, 24 y, sobre todo, el 37 (siglo XV-XVI), advirtiendo que, mientras en las demás obras que hemos analizado, casi siempre se repite el Nacimiento y Adoración de los Magos, en las viñetas encontramos otros muchos motivos, como la Degollación de Inocentes, Huida a Egipto, etc.

## XLIII

## POR AQUI DESFILO MEDIA HISTORIA DE ESPAÑA

Entre las varias rutas que, desde sus orígenes, encaminaron a los peregrinos hacia el santuario de Guadalupe, adquirió muy pronto especial importancia el camino que venía de Puente del Arzobispo. pasando por Villar del Pedroso, Navatrasierra, Hospital del Obispo y subiendo por el valle del naciento río Ibor, alcanzaba el puerto que forma la unión de las Villuercas y la sierra Altamira, para bajar desde allí a Guadalupe; caminó éste que don Francisco Coello admitió como posible senda de herradura romana, que entroncaría en "Puerto llano" con la calzada Mérida-Toledo. Otros caminos —menos importantes, aunque en ocasiones más frecuentados— llegaban al santuario extremeño desde la Serena, desde el sur y desde Toledo, por el Puerto de San Vicente y Espinoso del Rey.

El P. Yáñez tuvo, en su largo priorato (1389-1412) la feliz idea de levantar sendas ermitas en todos los lugares en que por vez primera se divisaba la Casa de la Virgen. Cuando los peregrinos, jadeantes y cansados del largo camino —a veces procedían de remotas naciones europeas— contemplaban el santuario de la venerada efigie cuya fe ciega les hacía emprender tan duro viaje, su alegría y devoción eran inenarrables. Y postrándose de hinojos en estas ermitas, rezaban la salve.

Aunque estas capillas eran vulgarmente llamadas humilladeros



y en forma de simples cruces —de hierro o piedra, más o menos artísticas—, abundaban en toda España, sobre todo en Galicia, en Guadalupe se ha dejado la palabra "humilladero" para designar la más bella e importante de las tres ermitas edificadas en los diferentes caminos, la que se dedicó a la Santa Cruz.

Dejamos dicho arriba que entre todos los caminos de acceso al santuario de Guadalupe, era el más importante el que, pasando sobre el Tajo por el Puente del Arzobispo, salvaba las Altamiras en Navatrasierra por el puerto de Arrebatacapas, para descender luego por un pintoresco camino hasta la cuenca del río Ibor. Precisamente porque eran parajes bellos y buenos para la caza, mandó el rey don Pedro I al prior de Guadalupe, don Toribio de Mena (1348-1367), que en medio de un monte llamado Cereceda —a 23 kilómetros del Santuario— levantara una casa para él, siendo después donada para hospital de peregrinos. Hablando de la medicina en Guadalupe, dícenos el P. Montalvo, en 1631, que el tercer hospital hállase "sentado tres leguas desta Casa, en vn yermo grande, y despoblado, antiguo palacio del Rey Don Pedro a proposito para el exercicio de montería, y caça: Reduxole a venta para aluergue de los pobres passageros el Rey Don Enrique, fauoreciendo a los pobladores con su carta de priuilegio. Ensancho y acomodo para lo que aora sirue, este palacio Don Diego de Muros Obispo santo de las Canarias, enriqueciole de camas, ropa, y ajuar, y nombrole en su testamento por su legitimo, y uniuersal heredero".

Al llegar este célebre camino a la línea divisoria de las vertientes Tajo y Guadiana, levántase una pequeña explanada en la conjunción de dos elevadas sierras, atalaya que domina al sur un panorama tan extenso que no puede medirse con la vista y cuyos horizontes se desdibujan en las sierras lejanas de Herrera del Duque. La visión del frondoso y dilatado valle del río Guadalupe y Ballesteros no puede ser más bello; y la estampa que desde aquí ofrece el ciclópeo monasterio, con sus elevadas y fuertes torres, sus policromados capiteles, sus agujas y cúpulas..., es impresionante y —por inesperado y tan de una vez—, causa en el ánimo del que mide desde lejos la ejecutoria del escondido santuario, una emoción inexplicable. Si esto ocurre ahora, cuando las distancias han desaparecido y los caminos no pueden compararse con las rutas medievales, ¿qué emoción no sentirían aquellos incontables romeros que durante largas jornadas recorrían cientos y miles de kilómetros, a pie o en modestas caballerías, cuando



• PADRE GONZALO DE ILLESCAS (DETALLE). ZURBARAN.

aquí divisaran por vez primera la Casa de esta imagen tan milagrosa, a la que nadie acudió sin hallar socorro?

En este sitio, de belleza suma, entre tupido bosque de castaños, levantó el P. Yáñez una bellísima ermita en los primeros años del siglo xv. Afortunadamente se conserva bastante bien, gracias a la solidez de sus materiales. Y ello nos permite adivinar cómo era antes de la Exclaustración.

De líneas góticas, tiene en sus cuatro lados sendos arcos rebajados, que debieron tener, quizá, rejas de hierro y sirven de apoyo a cuatro esbeltos ventanales de ojiva, que pensamos nunca estuvieron calados. El material es, fundamentalmente, ladrillo —como en el templete del claustro mudéjar—, aunque sus machones van reforzados con sillería granítica. En el priorato del P. Siruela (1515-1519 y 1521-1524) lleváronse a cabo obras de embellecimiento en esta ermita, labrando de cantería las gradas centrales y en forma de pirámide, con azulejos, la cúpula. En las obras de restauración que hace unos años se iniciaron por el arquitecto señor Pidal —y están totalmente estancadas—, se hallaron restos de una cruz granítica de estilo gótico, y que nos hace pensar pertenecieron a una gran cruz de piedra colocada en el centro de la ermita y no como remate; y más bien creemos que sobre la cúpula debió tener una cruz de hierro.

De esta ermita nos hablan infinidad de veces las historias de Guadalupe y la citan, también, las crónicas de España, cuando hablan de las romerías reales al santuario de las Villuercas. Era el camino, si no obligado, sí el más frecuente para llegar a Guadalupe desde la mitad norte de España. Por aquí bajaron todos los reyes trastamaras y austrias, entre los que sabemos hizo escala Carlos I, cuando en 1525 pasó en Guadalupe la Semana Santa con su Corte. Este venerable Humilladero presenció el paso de aquella España de los siglos XIV-XVIII que miró a Guadalupe como centro de su fe mariana y como el trono de los favores de la Madre de Dios. Por aquí peregrinaron, y en esta ermita oraron, toda esa pléyade de cautivos a quienes la Virgen Negra limó los hierros y cuyos nombres y sus tierras —Vascongadas, Santander, Asturias, Galicia...— quedaron perpetuados en los libros de milagros. Por este camino desfilaron Lope de Vega y Cervantes, Antonio María Claret y tantos más. Entre los que pasaron por el Humilladero, cuéntase el "Pelegrino curioso" —Bartolomé de Villalba y Estaña—, que en 1577 visitó Guadalupe y nos dice que "llegaron al humilladero primero de Nuestra Señora de Guadalupe, que es muy devoto, y se cuentan deste lugar muchos milagros, y ellos y

otros peregrinos se descalzaron, y con devoción baxaron aquella media legua a pie y llegados a la cassa questá baxa, fue tanto el gozo, quel trabajo y las muchas leguas daban por bien empleado a trueque de ver esta santíssima casa. Vian venir unos de rodillas, otros descalzos, otros azotándose, otros cargados con niños enfermos, otros pobres con otros en hombros; otros coxos ximiendo. Otros dándose en los pechos entraban en aquella quietud de aquella iglesia donde los frayles cantaban, los pobres gritaban, los afligidos lloraban, los tristes sospiraban, los músicos y mujeres dezían canciones, y todo hazía concordancia que parecía un concierto del Cielo".

Hermosa descripción de lo que era Guadalupe en el reinado de Felipe II. Descripción que nos recuerda lo que dice el "Manco de Lepanto" y corrobora lo que tantas veces leemos en las crónicas del monasterio guadalupense, en que se habla del Humilladero y se dice que al llegar a él, los reyes bajábanse de sus caballos y andaban a pie el resto del camino; que los devotos bajaban descalzos y que muchas veces la Virgen prodigiosa trasladó a los cautivos desde oscuras mazmorras a esta ermita.

Ei célebre, histórico y pintoresco camino de Puente del Arzobispo a Guadalupe perdió interés cuando Portugal se independizó de España en el reinado de Felipe III; y aunque los peregrinos seguían frecuentándolo, la Exclaustración condenólo al olvido; pues al trazar en el siglo XX la carretera de Navalmoral y la de Oropesa-Guadalupe por la Estrella y Puerto de San Vicente, todo el movimiento del Norte se orienta por allí. Esto es lamentable, porque el camino Guadalupe-Puerto del Arzobispo por Villar del Pedroso y el Humilladero, aparte de ser más corto y mucho más pintoresco, es la ruta histórica que condujo a la España de cinco siglos ante la Morenita de la Villuercas.



* MANTO "RICO" DE LA VIRGEN, BORDADO CON ORO, PERLAS, PIEDRAS PRECIOSAS Y APLICACIONES DE PIEZAS DE ORO. (SIGLO XVI.)

## XLIV

## ORIGEN DEL "PALIO" EUCARISTICO

El culto al Santísimo Sacramento, favorecido por los Sumos Pontífices y alentado por los más eximios doctores de la Iglesia Católica, halló en España un campo propició para su desarrollo. La historia eucarística nos ofrece una de las páginas más bellas de toda la tradición devocional española, desde los ruidosos prodigios de El Escorial y Daroca hasta los magnos Congresos internacionales de Madrid y Barcelona, sin olvidar la fervorosa Adoración Nocturna Española, tan querida por el Papa de la Eucaristía, San Pío X.

El culto eucarístico echó en Guadalupe profundas raíces y tuvo una espléndida floración en todas las manifestaciones artístico-litúrgicas del renombrado cenobio extremeño.

Las valiosas historias del santuario, que escribieron los padres Ecija (siglo XV), Talavera (siglo XVI) y San José (siglo XVIII) nos hablan del esplendor con que eran celebradas en Guadalupe, desde sus mismos orígenes, las procesiones de Cristo Sacramentado, tan fomentadas por la Hermandad del Santísimo Sacramento, de cuya existencia hallamos vestigios en el siglo XVI y sabemos tenía vida en pleno año 1823, cuando se decretó la primera Exclaustración.

Y si pasamos a recorrer las diversas manifestaciones artísticas del monasterio, nos encontramos con argumentos tan decisivos como el célebre y poco conocido prodigio eucarístico del padre fray Pedro de las Cabañuelas, quinto prior jerónimo de Guadalupe, que murió en

los primeros años del siglo XV y fue inmortalizado por Zurbarán en uno de los mejores lienzos de la sacristía guadalupense, donde se representa el momento en que la Sagrada Hostia se eleva en el aire y gotea sangre divina sobre el cáliz, manchando los corporales, que hoy se guardan en el relicario. La arqueta de hermosos esmaltes del siglo XIV, labrada en la siguiente centuria por el notable orfebre fray Juan de Segovia, para custodiar el Santísimo en el Monumento de la Semana Santa. El precioso escritorio de cedro y chapa damasquinada que trabajara el discípulo de Miguel Angel, Juan Giamín, en 1561 para "secreter" de Felipe II, quien más tarde lo donó para sagrario de Guadalupe. Los incomparables cantorales en pergamino, en que podemos admirar numerosas viñetas bellamente miniadas alusivas al oficio y misa del Corpus, sobresaliendo la Sagrada Cena, que iluminó en 1589 fray Julián de la Fuente del Saz. Y las mismas ropas sagradas —el valor máximo de Guadalupe, que atesora hoy el museo más completo de Europa— donde hallamos piezas tan elocuentes como el "capillo" de la Sagrada Cena, bordado en oro y sedas en el siglo XV por el monje guadalupense fray Diego de Toledo.

A todo esto vamos a sumar un dato que bastaría por sí solo para demostrar la profunda devoción que en el monasterio de las Villuercas se tuvo al Santísimo Sacramento. Se trata del "palio" o pequeño dosel bajo el que se acostumbra sacar a Jesús Hostia el día del Corpus Christi y demás procesiones eucarísticas. ¿Cuándo y dónde nació esta costumbre, extendida hoy por toda la Cristiandad? Fundadamente pensamos que en Guadalupe.

No se nos oculta lo difícil que es demostrar tal aserto, ya que lo mismo que en otros usos, las iglesias particulares se adelantan muchas veces a la costumbre general, como ocurre —por ejemplo— en las partidas bautismales, que mucho antes que Cisneros lo ordenase para España y el Concilio Tridentino lo impusiera a toda la Iglesia Católica, se anotaban en la pequeña parroquia de Acrijos (Soria) y antes que allí en Guadalupe, donde están las más antiguas que hoy se conocen, como advertimos en otro lugar. Sin que pretendamos decir la última palabra, hemos registrado numerosas liturgias y tratados eucarísticos y el dato más antiguo que hallamos respecto al "Palio" del Santísimo, se refiere al año 1598 cuando el Papa Clemente VIII llevó la Sagrada Hostia sobre un caballo blanco y bajo un dosel de seda rodeado de muchos cirios encendidos (Cr. Mario Righetti en "Storia Liturgica", III, p. 505. Milán, 1949). La costumbre de que el Papa asistiera a caballo en las procesiones es mucho más antigua y



• FRAY JUAN DE CARRION SE DESPIDE DE LA COMUNIDAD ANTES DE MORIR. (ZURBARAN.)



tenemos datos en 1146; pero nada anterior a 1598 hemos podido hallar respecto al "palio" o dosel eucarístico fuera de Guadalupe; y por eso creemos que tal costumbre nació en el cenobio extremeño, tanto más que lo encontramos en 1506 cuando era "cosa nueva" y por eso muchos padres capitulares del monasterio se oponían a que tal uso fuera admitido. Es verdad que la introducción de este dosel en Guadalupe no fue precisamente para la fiesta del Corpus; pero al fin con un destino eucarístico, ya que tuvo origen en las procesiones del Santísimo a los enfermos.

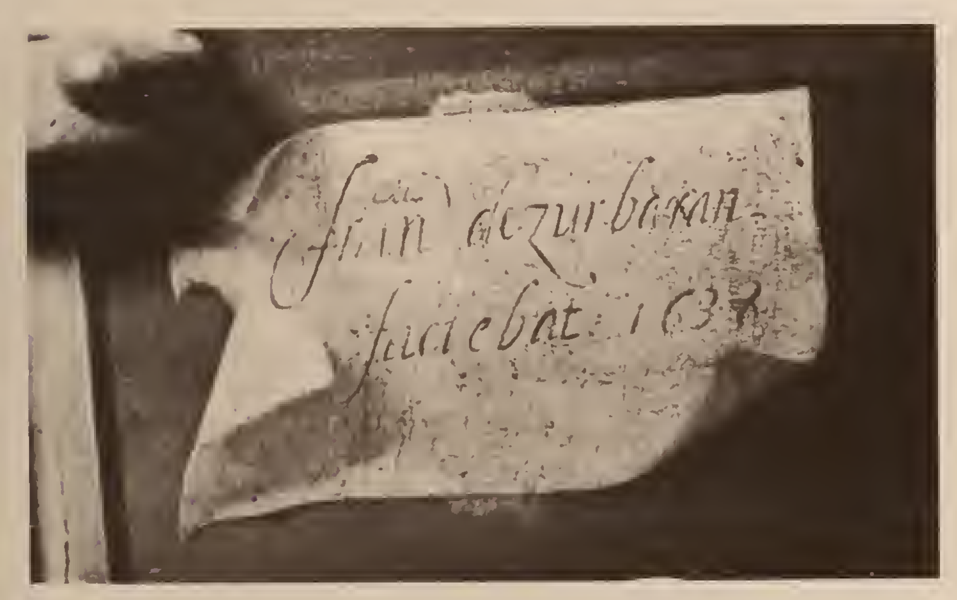
Entre la pléyade incontable de personajes que en los siglos XIV-XVIII acudieron a postrarse ante Santa María de Guadalupe, hallamos a la ilustre dama doña Teresa Enríquez, descendiente del rey Alfonso XI y prima hermana de Fernando el Católico, como hija que era de don Alonso Enríquez, hermano de la madre de Fernando y reina de Aragón, doña Juana Enríquez. Esta virtuosa señora vivió por los años 1450-1529 y tuvo tal devoción a la Eucaristía, que el Papa Julio II le dio el nombre de "la Loca del Sacramento". Por obedecer a sus padres, el citado don Alonso —almirante mayor de Castilla— y doña María Alvaro, casó doña Teresa en 1470 con el comendador mayor de León, don Gutierre de Cárdenas, quien, al morir el año 1503 en Alcalá de Henares, le dejó tres hijos.

Al quedar viuda, consagró su vida y riquezas a fomentar y favorecer la devoción de Jesús Sacramentado, enviando valiosos regalos a diferentes iglesias, entre los que figura un rico "paño de brocado con sus varas y aparejos para lo llevar encima del Sacramento quando lo llevasen a comulgar los enfermos", donado a Guadalupe. Así decía esta piadosa señora en una carta que envió al prior del monasterio, fray Juan de Guadalupe, poco antes de su muerte, cuando estaba en Burguilla, extensa finca que el cenobio guadalupense poseía en tierra de Talavera. En dos actas capitulares se nos habla de este "paño". La primera es de 13 de marzo de 1506 y se dice en ella que el prior mandó la carta de doña Teresa al vicario del monasterio, fray Rodrigo de Villarreal, y vemos cómo se entabló discusión entre los padres capitulares sobre recibirlo o no; pues que siendo una cosa devota era cosa "nueva". Al fin se inclinaron los votos favorables y se recibió dicho "paño".

El 22 de mayo del mismo año tornóse a tratar de nuevo el asunto y el padre prior ordenó que "se provase a faser e que se fiziese en las fiestas, porque habría gente para llevar las varas, y que el predicador lo dixese en el púlpito el domingo siguiente; y así se hizo".

La costumbre de llevar el Santísimo bajo palio continuó en Guadalupe, según podemos colegir de los varios que hoy quedan, bordados en diferentes épocas. Entre ellos podemos aún admirar el que regalara doña Teresa Enríquez, maravillosa pieza de rico brocado de oro, plata y sedas, que se guarda en la sacristía, bien que retirado del uso a causa de lo deteriorado que se encuentra.

La devoción que tan piadosa señora profesó a Jesús Sacramentado y el amor que siempre tuvo a la Casa y Virgen de Guadalupe, supo inculcarlos en sus hijos, uno de los cuales —el adelantado de Granada, don Diego— dio al monasterio, por devoción al Sacramento del Altar, "renta para el pan e vino que se gasta en esta Casa en las Misas, para las hostias. E pedia en limosna e caridad le tuviesen en el memento todos, cada y quando dixesen misa...", según consta en un acta capitular de 9 de marzo de 1511.



FIRMA DE ZURBARAN EN EL CUADRO DEL PADRE CABAÑUELAS.



## XLV

## LA PASION EN EL ARTE GUADALUPENSE

El drama sangriento de Jesús ha sido fuente inagotable de culto e inspiración artística, manifestado de mil formas. Tal vez el pueblo español sea quien mejor ha sabido interpretar aquellos misterios, y buen exponente de ello lo tenemos en las vivas representaciones que en Semana Santa desfilan por las calles de Sevilla, Zamora, Valladolid, Málaga, y en general, de todas las ciudades y pueblos españoles.

Por eso no podía faltar el solemne recuerdo de la Pasión y Muerte de Jesús en Guadalupe, que a la vez fue monasterio, santuario mariano y parroquia. Aun hoy, pese a las incontables vicisitudes que en el siglo XIX oscurecieron su esplendor y casi borraron su memoria, perduran vivos destellos de aquella majestuosa solemnidad con que era celebrada la Semana Mayor del año en este rincón pintoresco de Extremadura.

Con marcada insistencia nos hablan de esos fervientes cultos la historia del monasterio, sus libros de costumbres y, sobre todo, los meticulosos rituales en que tan al detalle se describen las ceremonias que ya desde el siglo XV habían de observarse en el coro por una comunidad que, en medio de la polifacética y pujante vida del monasterio, siempre consideró como razón primordial de su existencia la solemnidad del culto divino.

Un síntoma inequívoco de la importancia que desde muy antiguo tuvo la Semana Santa en el cenobio de las Villuercas, nos lo ofrecen



• JESUS MUERTO EN BRAZOS DE SU MADRE VIÑETA DE UN PASIONARIO DEL SIGLO XV.

los varios reyes que en esos días acudieron a Guadalupe para aquí, en el santuario que Isabel la Católica llamaba "su paraíso", acompañar a los monjes en sus rezos. El monasterio extremeño es conocido como el "Santuario de reyes y rey de los Santuarios" —precisamente porque a lo largo de varios siglos, a partir de Alfonso XI en 1340, ha sido ruta obligada de peregrinaje de todos los monarcas castellanos Trastamaras y Austrias, de varios emperadores, muchos reyes portugueses y no pocos extranjeros— fue honrado durante los días de Semana Santa por Isabel y Fernando en 1486 y 1502; por Carlos I en 1525, cuando visitó por vez primera a la Virgen de su Imperio; y sobre todo por Felipe II, que entre otras veces se recogió en esos santos días con toda su corte de paso para Badajoz en 1580.

El monasterio de Guadalupe fue verdadera escuela de artes y oficios, como lo prueban, aún hoy, sus maravillosos museos. Y en las producciones de sus artistas —monjes y seglares— es donde mejor se reflejó la devoción que el cenobio extremeño tuvo a los misterios de nuestra Redención. Hoy es Guadalupe una tenue sombra de lo que fue en los siglos XV-XVII y lo que actualmente conserva, con ser todavía riquísimo, podemos denominarlo como los despojos de los repetidos saqueos que en el fabulosamente opulento santuario mariano perpetraron las manos vivas de la Exclaustración. Y, sin embargo de ello, podemos todavía admirar notables manifestaciones del arte pasionario.

Ahí está el museo de telas —antiguo refectorio monacal honrado varias veces con la presencia de reyes y grandes personajes— formando la más completa y rica colección de bordados de Europa, donde el arte, en sus más variados estilos, y la riqueza se entrelazan admirablemente. Además del "frontal rico" o de Nuestra Señora, ejecutado en el siglo XV por el monje guadalupense fray Diego de Toledo y en una de cuyas escenas se representa la Resurrección del Señor; además de la "capa rica" trabajada en las centurias decimoséptima por Audije de la Fuente y en la que admiramos magníficos broches de oro con escenas de la Pasión labrados en el siglo XV por el notable orfebre del monasterio fray Juan de Segovia "el Platero"; además de un precioso "capillo" con la Sagrada Cena, tenemos el sin par "frontal de la Pasión", bordado en el siglo XV, con varios motivos del calvario de Jesús, en gran tamaño, donde el arte e inspiración hacen maravillas conjugando las sedas y varios terciopelos.

Pasando luego a otro museo no menos interesante, el de libros corales o miniaturas —antigua Sala Capitular edificada en el siglo XV— encontramos otra rica manifestación de motivos pasionarios que la



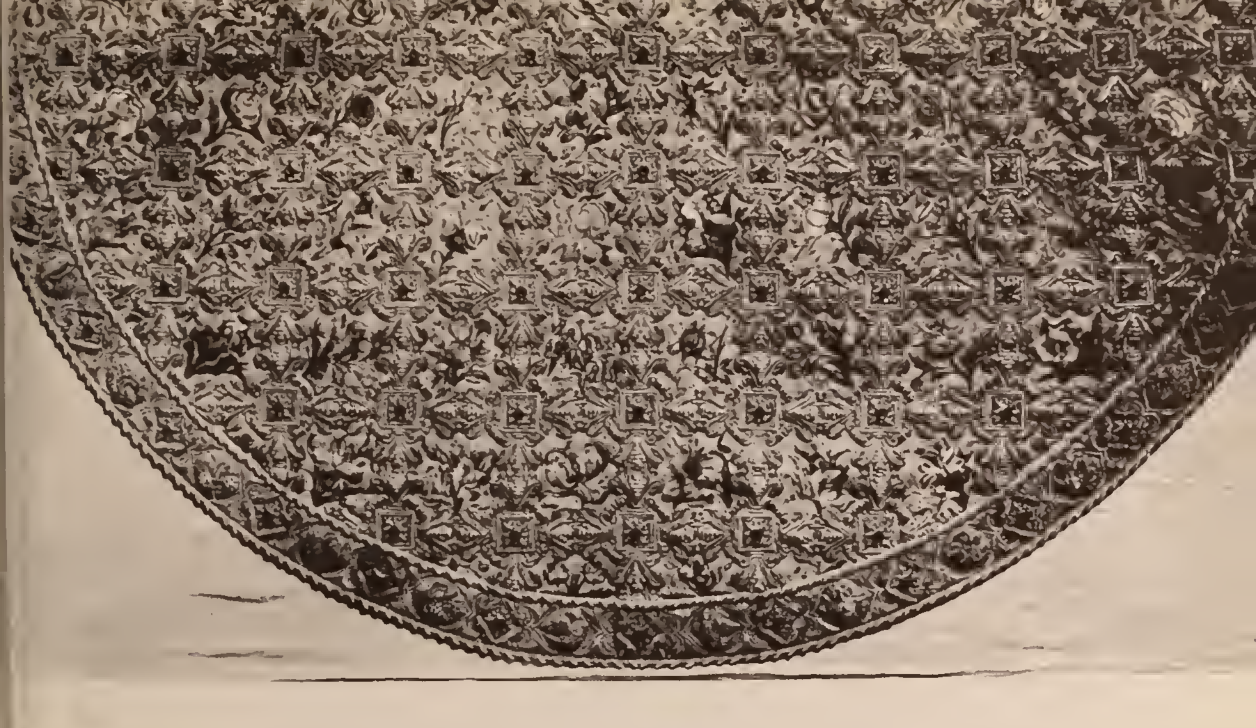


* CASULLA DEL "TERNO RICO" BLANCO, QUE BORDO EN EL SIGLO XVI PERO LOPEZ.

péñola de elegantes pendolistas y acabados maestros en el arte de iluminar pergaminos supo interpretar magistralmente. Por lo que toca a nuestro asunto, veamos, por ejemplo, el cantoral del siglo XV en el que se contiene el Oficio de Viernes Santo, o los dos "pasionarios" de la misma centuria que se exhiben en la vitrina central del museo, con finísimas viñetas y orlas en cada una de las Pasiones narradas por los cuatro Evangelios; o dos hermosas viñetas firmadas a fines del siglo XVI por el notable iluminador de El Escorial —hijuela de Guadalupe— fray Julián de la Fuente Saz, que representan la Sagrada Cena y la Resurrección del Señor; o el expresivo busto del "Ecce Homo" salido de la gubia de Pedro de Mena.

Si de aquí pasamos a recorrer las diversas dependencias del inmenso monasterio, nos encontramos con otros nuevos y valiosos monumentos pasionarios. Así, en el claustro mudéjar vemos restos de antigua estación penitencial, un Cristo crucificado con la Magdalena y a su lado (aunque sin formar parte de la composición) un maravilloso grupo escultórico labrado en el siglo XV tal vez por el inmortal Anequín Egas, que representa a San Juan y dos Marías; en el templo tenemos un gran lienzo de la Resurrección de Cristo pintado por Eugenio Caxes y, sobre todo, unos bellísimos y acabados altorrelieves con seis escenas pasionarias en la parte inferior del retablo renacimiento; en el coro está el majestuoso tenebrario para el Oficio de Tinieblas en el triduo último de la Semana Santa labrado en el siglo XVIII; el santuario, bella pieza octogonal, levantada a fines del siglo XVI por Nicolás Vergara, para allí guardar las incontables reliquias de santos, que a Guadalupe regalaban reyes, cardenales y príncipes y entre las que historiadores de aquella centuria enumeran varias de la Pasión.

En esta capilla merece destacarse, sobre todo, la "arqueta de los esmaltes", entre los que hay varios referentes a la Pasión. Tenemos el joyel, donde admiramos un "Ecce Homo" de escuela flamenca; valiosos Cristos de marfil, entre ellos el que regalara Felipe II con su escritorio y que labró Miguel Angel, y, por fin, el devoto "Lignum Crucis", preciosa obra cuajada de arte, historia y devoción, donada por Enrique IV y puesto sobre una peana de plata dorada gótica del siglo XV, obra también de fray Juan de Segovia. A todo esto podríamos añadir otros motivos pasionarios de notable devoción: así, la "Sábana Santa", tocada a la de Turín en el siglo XVI y donada a Guadalupe por Carlos Margarita; la "Pietá" de la antesacristía; el Santo Entierro, interesantísimo Cristo Yacente del siglo XV o tal vez anterior y de escuela flamenca, que sale en procesión el Viernes Santo.



* MANTO DE LA VIRGEN LLAMADO "SEGUNDO DE LA COMUNIDAD" QUE BORDARON LOS JERONIMOS EN EL SIGLO XVII.

Y si tal vez hoy han parado muchas de estas obras de arte en museos para que el turista las admire, hemos de pensar que un día fue arte vivo, ya que durante varios siglos sirvieron para el fin que las motivó y que no era otro que dar esplendor a los solemnes cultos de la Semana Santa que nos evoca y recuerda los años en que Guadalupe era el santuario mariano nacional más célebre y escenario de las páginas más gloriosas de nuestra historia.



LA VIRGEN DE GUADALUPE DE SUCRE.

## XLVI

## LA PATRONA DE SUCRE, EN EL VIRREINATO DEL PERU

ENTRE tantas advocaciones marianas como reciben culto en el Nuevo Mundo, preside la de Guadalupe, llamada por ello con plena razón Virgen de la Hispanidad; y entre sus copias, difundidas por todo el continente, destaca la que desde hace más de tres centurias y media es venerada en Sucre y ha sido proclamada Reina y Patrona de toda la República de Bolivia.

El erudito y ampliamente documentado estudio del padre Villacampa, O. F. M., ha disipado la nebulosa que cubría los orígenes de este bello cuadro, copia exacta de la Virgen extremeña, tan venerada entre los mismos indios, que frecuentemente la reproducen con admirable maestría en piedras y las llevan consigo por doquier en pequeños cajoncitos.

Superados ciertos errores históricos por la crítica moderna, podemos asegurar que el verdadero autor del interesante cuadro de Sucre fue el fraile jerónimo guadalupense fray Diego de Ocaña (1570-1698).

El 3 de enero de 1599 salía del monasterio de Guadalupe, acompañado de fray Martín de Posadas, con rumbo al nuevo continente, fray Ocaña. Su misión era propagar el culto a la Virgen de las Villuercas, visitar sus cofradías, fundadas con frecuencia por conquistadores, y recoger las "mandas" o limosnas que los ricos eran obligados a dejarle en sus testamentos, igual que hacían con Jerusalén y Com-

postela, y de cuya existencia en Méjico, aún en pleno siglo XVIII, tenemos irrefutables documentos en el archivo de Guadalupe.

El padre Ocaña, poseedor de no pequeña cultura, nos ha dejado una detallada e interesantísima relación de su viaje, que por muerte de su compañero acaecida en el puerto peruano de Payta, debió hacer solo. Contiénese en un precioso códice inédito que estuvo en Guadalupe y hoy se guarda en Oviedo. Por él sabemos que en sus correrías por Sudamérica iba divulgando pinturas de la Virgen de Guadalupe que él mismo hacía y de las que poseemos todavía algunas, tales como la que pintó en 1600 para la iglesia de San Francisco de Potosí. Hizo escalas en Panamá, Ecuador y, sobre todo, en Perú, llegando a Lima el 23 de octubre de 1599 y deteniéndose allí a pintar un cuadro para la capilla de la Virgen de Guadalupe, que levantaban don Alonso Ramos Cervantes y doña Catalina de la Serna, su mujer.

Después de recorrer a pie y a caballo cientos de kilómetros por Chile, Paraguay y Tucumán, llegó el padre Ocaña a Potosí en julio de 1600, permaneciendo en Bolivia hasta julio de 1603, en que salió nuevamente para Lima, con el fin de reponerse y descansar de sus trabajos. A principio de agosto de 1604 salió rumbo a Méjico, concluyendo con esta noticia su manuscrito. Desde entonces le perdemos de vista hasta el año 1608, en que el necrologio del monasterio de Guadalupe nos da cuenta de su muerte con estas palabras: "En 17 de noviembre de 1608 vino la nueva de la muerte de Fray Diego de Ocaña, sacerdote, que murió en las Indias, en la Nueva España. Hízose por él el oficio de presente, septenario, treintenario y cabo de año."

Hallándose en Potosí el padre Ocaña, en las solemnidades que se celebraron en 1601 ante la imagen de Guadalupe por él pintada, fuele encargado hiciera otra copia para la catedral de Sucre, por el ilustrísimo señor obispo de esta ciudad, don Alonso Rodríguez de Vergara. Así nos lo dice el propio padre Ocaña, advirtiendo que este prelado, como extremeño que era, profesaba singular devoción a su Patrona.

La imagen de Sucre, pintada por fray Diego en la ciudad de las Charcas, a fines de 1601, es de lienzo y de ella nos hace el autor una descripción detalladísima. Sobre la pintura fuéronle colocadas infinidad de valiosas joyas, recogidas por toda la ciudad de La Plata. Hablando de ellas un testigo ocular, aseguró ser más ricas y numerosas que las guardadas en el joyel de Guadalupe, a pesar de que éste era fabuloso entonces.

Preparada así la imagen, con tanta riqueza que algunos plateros presentes calcularon en más de 14.000 pesos de plata buena, y concluida la capilla en que había de ser colocada —la cual costeó el sobredicho obispo Vergara, en más de 30.000 pesos— tuvo lugar la solemne entronización que, juntamente con los brillantes festejos que la acompañaron y siguieron, nos describe fray Ocaña en su interesante relación.

En las fiestas recitáronse interesantes composiciones poéticas del presbítero don Sebastián de Mendoza y a la solemne procesión con la imagen asistieron el obispo, ambos Cabildos, religiosos todos de San Francisco, Santo Domingo, San Agustín, frailes de la Merced y padres de la Compañía, así como los Oidores y demás autoridades en pleno, acompañados de numerosísimo público. Luego se representó en la plaza mayor de Sucre una "Comedia de Nuestra Señora de Guadalupe y sus milagros", escrita para este fin por el padre Ocaña.

Por la noche, llegada la imagen al templo catedral, dio comienzo la solemnísima novena, predicando el día primero el padre Ocaña y diversos oradores en los siguientes. Cada tarde se representaba una comedia y varios días de la novena hubo corridas de toros, resultando las fiestas lucidísimas y dando ocasión para establecer en la ciudad de Los Charcas una ferviente y numerosa Cofradía de la Virgen de Guadalupe, que aún hoy perdura.

Posteriormente, ante el peligro de que la tela del cuadro se rasgara con el peso de las joyas, fue cubierta totalmente la imagen con una plancha de oro y otra de plata, ambas cinceladas y en forma de manto, colgando de ellas todos los donativos regalados por los devotos.

El culto a esta sagrada efigie, copia exacta de la original Guadalupe extremeña, no ha muerto con los años; y hoy, al cabo de varias centurias, continúa pujante y vigoroso en toda Bolivia, sobre todo a partir del año 1926, en que el franciscano arzobispo de Sucre, fray Francisco Pierino, reorganizó la Cofradía y revisó los inventarios de sus joyas. El 8 de septiembre, coincidiendo con sus fiestas en Extremadura, es honrada aquella imagen con solemnes cultos.




* CUADRO DE LA VIRGEN DE GUADALUPE DE CODEN, EN LA FRONTERA RUSA.



INCOMPARABLE RINCON DEL CLAUSTRO MUDEJAR, FORMANDO UN ARMONICO CONJUNTO DE ARCOS, ROSETON Y TORRES

## XLVII

## LA VIRGEN DE GUADALUPE TRAS EL TELON DE ACERO

Solo entrando en la íntima historia jerónima del vetusto santuario extremeño de las Villuercas es posible comprenderlo; pero es cierto que por razones muy diversas sus antiguos monjes se oponían a que la imagen de la Virgen de Guadalupe se copiara, sobre todo en esculturas; y buena prueba de ello ofrécenosla el ruidoso pleito suscitado por los frailes del monasterio cacereño contra los de San Jerónimo el Real de Madrid en 1612. Ello explica algo que a muchos parece inexplicable: por qué habiendo sido la devoción a la Virgen de Guadalupe tan universal en los siglos XIV-XVIII, existen proporcionalmente escasas imágenes suyas antiguas.

Entre éstas es famosísima —a pesar de que por su lejanía muy pocos en España la hayan oído— la que se venera desde el siglo XVII en Polonia, donde es casi tan célebre como su Patrona la Virgen de Czestochowa. A partir de su llegada a Coden, la bibliografía en torno a esta imagen es numerosísima en el reino polaco, y de aquella imagen se hacen amplio eco las crónicas del monasterio extremeño, su matriz. Entre todas las obras que sobre la Virgen codenense han visto la luz pública, es famosa la ya citada que el año 1721 dio a la estampa en latín y en Varsovia el conde de Sapieha, Juan Federico, y que traducido al castellano, lleva por título: "Monumentos de antigüedades marianas en la imagen antiquísima, vulgarmente llamada gregoriana, pintada por San Agustín Romano, de la Inmaculada Virgen Madre de Dios de Guadalupe de Coden..."

El solo título de este libro —del que su autor envió un ejemplar con expresiva dedicatoria al prior del Monasterio extremeño de Guadalupe en 1739— resume el origen encantador y tradicional de aquella imagen, que el conde de Sapieha hace depender directamente de la Virgen cacereña. Según el autor, al regalar a fines del siglo VI San Gregorio Magno a San Leandro de Sevilla la imagen, que en Roma se llamó Gregoriana, en la ciudad del Betis Virgen de Regina Coeli y al ser encontrada en las Villuercas extremeñas Guadalupe, el Papa, por no verse privado de aquel devoto trasunto de María, mandó al monje benedictino —abad de San Andrés, y más tarde arzobispo de Cantorbery y apóstol de Inglaterra— Agustín, sacar una copia que en la capilla papal continuó muy venerada. Esa copia mandóla sacar procesionalmente por la Ciudad Eterna en 1350 el Papa Clemente VI, para que cesara la peste, lo mismo que hiciera en el siglo VI con la original el gran Pontífice Gregorio; y de entonces data, precisamente, el nombre Guadalupe en la pintura romana, ya que en aquella fecha era famosa esta advocación en el icono de las Villuercas, como nos lo demuestran varios milagros obrados en diferentes lugares de Europa, y la visita del rey castellano Alfonso XI, que a la Virgen de Guadalupe encomendó la batalla del Salado en 1340.

Los datos que rodean el poético origen de la Virgen romana son rigurosamente históricos, aunque la fecha de su pintura sea legendaria; pues si hoy existe indudable parecido entre aquel lienzo y la Virgen extremeña de Guadalupe, no pudo ser ésta modelo suyo en el siglo VI, por la sencilla razón de que hasta la centuria décimocuarta no se vistió como ambas hoy aparecen. Más bien creemos que fue una copia hecha en Italia hacia el siglo XVI, eso sí, tratando de ser trasunto de la Virgen española de Guadalupe y nunca de la mejicana, como alguno equivocadísimamente ha escrito.

En el siglo XVII tiene lugar su traslado a Coden. Aquí empieza su rigurosa historia, que nos ofrecen varios escritores contemporáneos al suceso, y cuyos datos fueron sacados de los archivos del Vaticano y de la casa de la familia Sapieha.

El año 1631 llegó a Roma para visitar los sepulcros de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, Nicolás Sapieha, conde del Sagrado Romano Imperio y alférez del Gran Ducado de Lituanhia. Su afecto a la Iglesia Católica le mereció ser recibido por el Papa Urbano VIII quien, incluso, le invitó a oír misa en su capilla privada, ante una Virgen de Guadalupe, copia de la que entonces era tan venerada en Europa. La imagen le inspira devoción y de ella consigue ser curado

de grave dolencia, razón que aumenta su deseo de tenerla y hace brotar en su corazón la idea del robo. Consigue sobornar al sacristán y con el célebre ícono sale apresuradamente para sus estados de Polonia.

Conocedor el Papa del robo, se indigna y lanza contra él la excomunión y otras graves penas; pero su inquebrantable adhesión a la Iglesia de Roma —y sobre todo el servicio que en 1632 le hizo evitando con su decisivo voto que el católico rey de Polonia, Ladislao IV, se casara con la princesa protestante del Palatinado del Rhin—, suavizó el enojo del Padre Santo, quien, a ruegos del Nuncio suyo en aquel reino, le perdonó el robo y levantó las penas, imponiéndole como penitencia edificar un templo a esta Virgen de Guadalupe y visitarle a él en Roma; obligaciones ambas que gustosamente cumplió el piadoso conde Nicolás de Sapieha.

En 1636 fue trasladada la imagen por el obispo Buguslao Radoszc al nuevo templo para ella levantado; templo que debió ser grandioso, a juzgar por la descripción que en 1743 nos ofrece en su historia de la Virgen extremeña de Guadalupe el ex-prior del monasterio fray Francisco de San Joseph, quien dice que la basílica de Coden fue honrada con singulares privilegios y su Prepósito gozaba de las insignias episcopales.

Las repetidas invasiones sufridas por el reino polaco de rusos y alemanes han influido para que la populosa ciudad de Coden —sita en una fértil región que baña el río Bug, afluente del caudaloso Vístula— y con ella la célebre iglesia, hayan venido a menos, ya que en diversas ocasiones fue robado el tesoro que la generosidad de los polacos y rusos reunió en torno a la milagrosa imagen. El zar Alejandro II de Rusia confiscó en 1863 la basílica, entregándola a los cismáticos; pero lograron salvar la Virgen, llevándola al templo de Czestochowa, cerca de Varsovia, donde estuvo oculta hasta 1926, en que el obispo de Podlaquía la devolvió a Coden, que la recibió jubilosamente el 4 de septiembre de 1927.

Actualmente regentan su templo —el antiguo, pero despojado de sus riquezas— los oblatos de María Inmaculada, y en su nombre el dinámico don Antonio Pestka, quien nos dice que se le continúa profesando singular devoción, no obstante la dominación rusa. Desde aquí le agradecemos sinceramente los valiosos datos que nos ha mandado, pidiendo a la milagrosa Señora de Guadalupe que mantenga en pie la fe tan probada de la católica Polonia y desde Coden mire con ojos de misericordia a la nación rusa.



## XLVIII

## LA "RIANXEIRA"

El mismo día que las siete veces seculares arcadas del bello claustro mudéjar guadalupense contemplan con emoción el paso triunfal de la Reina de las Españas y Patrona de Extremadura, aclamada por miles de peregrinos llegados de toda la Península y confundidos en un solo corazón, las pintorescas rías gallegas de Rianjo, acariciadas por la brisa mansa del mar inmenso que un inmortal doce de octubre abrazó a dos mundos bajo el signo de Guadalupe, arrullan con blandos movimientos la "barquiña" en que la "Rianxeira", escoltada por todas las embarcaciones del pequeño puerto, se pasea airosa por el idílico mar, mientras una nube de gaviotas le aclaman desde los aires.

Rianjo, enraizado en la España romana, tiene todo el encanto de sus calles típicas, de un sano ambiente marinero, de su mar azul, sus verdes bosques de pinos resineros, y los amenos valles pcr donde ruedan veloces límpidos riachuelos entonando dulces canciones a la Patrona. Pero todo eso quedó orillado; y cuando la pintoresca villa del Atlántico quiso que España y el mundo conocieran a su Virgen, entonóle una canción que entraña todo el arte de un pueblo músico por esencia y poeta por naturaleza; canción que refleja el amor sin medida que Rianjo profesa a la "Santiña":

A Virxen de Guadalupe
cando veu para Rianxo



• ERMITA DEL HUMILLADERO. (SIGLO XV).

a lanchiña que a trouxo
era de pau de naranxo.
A Virxen de Guadalupe
vai no yate de Baltar
lévan'a os rianxeiros
a pasear pol'o mar.
Que guapa estabas rapaza
cando che vin na ribeira;
tiñal'a a cara morena
como a Virxen rianxeira.

Estas y otras coplas, que en la comarca de Rianjo cantan todos, "vellos, mozos, señors, aldeans, frades, obreiros e cregos; nos onnibus, parques, restaurantes, casinos ou tabernas", como dijera el director de la Polifónica de Pontevedra Antonio Iglesias, han transcendido los límites de aquella región, extendiéndose por Galicia entera, por España y por el Nuevo Mundo, ocupando un puesto de honor en el rico folklore español, a pesar de que apenas si tiene un decenio de existencia.

¿Cuándo nació en Rianjo la devoción a la Virgen de Guadalupe y de qué fecha data la imagen que allí es hoy centro de tanta atracción?

No es preciso mucho tiempo ni largo espacio para demostrar que se trata de un transplante de la devoción e iconografía extremeña y en modo alguno es copia de la Guadalupe concepcionista de Méjico, a pesar de que a la Nueva España emigraron incontables gallegos en siglos pasados. Esto no es una revelación llamativa. Muchos que sobre la "Rianxeira" han escrito, así lo piensan, y esto admitió siempre la tradición popular, que en este caso no va errada.

No es difícil contestar a la primera pregunta; y yo me atrevo a decir que en la comarca de Rianjo y en toda Galicia la devoción a la Morenita de las Villuercas extremeñas se remonta por lo menos al siglo XV, cuando Guadalupe era un nombre extendido por toda Enropa y la devoción a esta Virgen prodigiosa invadía los más apartados rincones de España; cuando Colón ponía a sus plantas la odisea más atrevida de los siglos; cuando Sebastián Elcano le dejaba una manda testamentaria en Fuenterrabía; cuando el inmortal alavés Pero López de Ayala la invocaba desde su prisión de Portugal; cuando Iñigo López de Mendoza, marqués de Santillana, cantaba sus milagros y cuando millares de cautivos del Cantábrico, del Atlántico y del Medite-

rráneo acudían a llevarle las cadenas de su, por Ella, roto cautiverio. En prueba de esto tenemos un testimonio irrefutable; los libros de milagros de la Virgen de Guadalupe escritos en el siglo xv y en que se hallan consignados más de *cuatro mil*, escritos en pergamino y que hoy se guardan en el archivo guadalupense. Por sus folios venerables desfilan todas las regiones de España y es curioso que hallándose Guadalupe en lo más interior de la Península Ibérica, sean el Cantábrico y costas del sur donde más devoción se le tenía. En una rápida hojeada hemos visto muchas veces el nombre de Santiago de Compostela, Finisterre, Muros, Villagarcía de Arosa y tantos otros pueblos comarcanos a Rianjo como escenario de los milagros de Santa María de Guadalupe. Y esto ya en la primera mitad del siglo xv.

En relación con la imagen venerada hoy en las rías gallegas de Rianjo —y que no es la única imagen de Guadalupe conservada en Galicia— también tenemos datos ciertos y concretos en demostración de que la "Moreniña" gallega tiene entronque directo con su matriz de Extremadura, y no en la forma que soñó hace años Carlos Caba, que la hace salir de Cáceres a Méjico y volver de Nueva España a Rianjo.

Afortunadamente poseemos la primera edición de un valioso folleto, que sobre copias de la Virgen de Guadalupe española, publicó en Murcia el año 1775 el alférez de fragata granadino Juan Vicente Yáñez. Nos dice que un monje de Guadalupe, llamado José e hijo de Rianjo "hizo sin principio alguno de Escultura, ni Pintura, dos Imagenes de bulto. Copias perfectísimas de nuestra Señora de Guadalupe, que él mismo ha llevado y colocado este presente año de 1773; colocó la una en el Reyno de Galicia, en la villa de Rianjo, en una Hermita del Sr. S. Joseph; colocó la otra en la Villa de Requejo, de la Sanabria, donde halló una ermita a términos de acabarse su fábrica, con la advocación de nuestra Señora de Guadalupe..." (pág. 27). ¿Qué mejor testimonio que el de un historiador que nos cita el hecho en la misma fecha en que tuvo lugar?

En la revista "Rianxo", suplemento de "Sonata Gallega", en su número de septiembre de 1952, dedicado a las fiestas de la Virgen de Guadalupe, se dice que la ermita de San José en que se colocó la imagen, estaba a un kilómetro del pueblo y se llamaba la "Floresta"; y allí permaneció la Virgen de Guadalupe desde el 29 de junio del dicho 1773 hasta el fatídico año del cólera 1854, en que fue trasladada a su actual devoto santuario, dedicado hasta entonces a la Cruz: y que sin duda es del siglo xvii —por su estilo y porque en el frontis



aparece la fecha de 1671—. Aquí es venerada con gran fe por los rianxeiros, que en el día de su fiesta la sacan en fervorosa procesión por la apacible ría, mirando al mar que tantas veces Ella cruzó, llevada por descubridores y apóstoles del Evangelio.



* FERNANDO VII ES CORONADO ANTE LA VIRGEN DE GUADALUPE EN SAN JERONIMO EL REAL, DE MADRID. (L. PARET.)

XLIX

## CUANDO LOS REYES SE CORONABAN ANTE LA VIRGEN DE GUADALUPE EN MADRID

Entre los timbres de gloria que más honraron al monasterio de Guadalupe, es uno singular haber dado vida a numerosos conventos jerónimos, tales como San Lorenzo de El Escorial, el Parral de Segovia, San Jerónimo de Granada, San Jerónimo de Buenavista de Sevilla, Nuestra Señora de la Luz de Huelva, y, sobre todo —para nuestro propósito—, San Jerónimo el Real de Madrid, convertido hoy en una de las mejores parroquias de la capital de España.

Según testimonio del padre Talavera tuvo este monasterio dos fundaciones, llevadas a cabo por Enrique IV —que antes levantara el monasterio del Parral para custodia de sus joyas—, y los Reyes Católicos. La primera edificación, con título Nuestra Señora del Paso, tuvo lugar camino de El Pardo, junto al río Manzanares y al norte de la ermita de San Antonio de la Florida. En 1463 hízose cargo de él la Orden Jerónima y dos años más tarde, a instancias del rey Enrique IV, se le cambió el nombre por el de San Jerónimo de Madrid. Integraban la primera comunidad 30 monjes, procedentes, en su mayoría, de Guadalupe, a cuyo monasterio pertenecían el prior, fray Gonzalo de Madrid, y el vicario, fray Juan de Cervatos.

El lugar resultaba malsano a causa del cercano Manzanares y los Reyes Católicos decidieron trasladarlo a mejor sitio en el Retiro. Efectivamente, por los años 1503 se llevó a cabo la segunda fundación, re-

cibiendo entonces el nombre definitivo de San Jerónimo el Real, título que le cuadraba muy bien tanto por sus fundadores como por las mercedes que los monarcas castellanos y la Corte le dispensaron en todo tiempo.

Poco sabemos de su vida íntima, ni es mucho lo que nos interesa internarnos en ella en el presente caso. Sólo queremos destacar un hecho de suma importancia en la historia nacional, por lo que significa y, sobre todo, por el olvido en que España hoy lo tiene: el culto que allí recibía la Virgen extremeña de Guadalupe.

Por la detenida lectura de un abultado legajo de interesantes documentos guardados en el rico archivo de Guadalupe sabemos que en aquella iglesia recibió culto una imagen de María con título Nuestra Señora de los Angeles. Esto ocurría en el siglo XVI cuando en San Jerónimo el Real vivían muchos frailes profesos de Guadalupe y sobre todo cuando la devoción a la Virgen del santuario extremeño era nacional en España y la más extendida por Europa y el mundo hispánico. Sus ruidosos milagros, la fama del opulento monasterio de las Villuercas y más que todo ello el haber nacido en estas tierras gran número de conquistadores y misioneros, nos explican suficientemente este aserto incontestable.

Por esta razón, y a pesar de que los interesados monjes de Guadalupe se oponían a ello y en favor de esa oposición lograron Reales Cédulas y Bulas Pontificias, extendiéronse bastante las copias —sobre todo en estampa— de la Virgen de Guadalupe, más o menos fielmente logradas, según se tomaran directamente del original o se reprodujeran de memoria. Los jerónimos de Madrid no hicieron mucho caso a la oposición de sus hermanos de Guadalupe; y por extender la devoción a una Virgen venerada en toda la Orden Jerónima y sobre todo por dar gusto a la Corte y al pueblo de Madrid, colocaron una imagen suya de talla, vestida y con las insignias todas de la original de Extremadura en un altar lateral de su templo conventual. Esto ocurría el 13 de junio de 1603 y algo más tarde era solemnemente bendecida dicha imagen por el obispo de Gaeta y sacada en procesión claustral con asistencia de las Ordenes religiosas, Clero madrileño, Corte y numeroso pueblo. Y a partir de entonces, su fiesta se celebró el 8 de septiembre —lo mismo que en Guadalupe— y se empezó a pedir limosna con ese título, igual que hacían los monjes del santuario extremeño, quienes en atención a mantener cuatro hospitales gratuitos y para socorrer a los peregrinos, consiguieron de los reyes este

privilegio, que duró —en España, Portugal y su Indias— hasta fines del siglo XVIII.

El monasterio de Guadalupe recibió en ello cierto daño, viendo contrariados sus privilegios en el seno mismo de la Orden. El prior y monjes protestaron enérgicamente en el Capítulo General privado de 1604 y enviaron quejas al Consejo de Castilla. Esto motivó un ruidoso y prolongado pletio, cuyos pasos bien quisiéramos reflejar aquí; pero renunciamos en honor a la brevedad.

En el pleito intervinieron el Rey Felipe III, el presidente del Consejo Real, don Juan de Acuña; el General de la Orden Jerónima y los monasterios interesados mediante sus abogados, fray Baltasar de Espinosa, prior del Parral, y fray Francisco de la Carrera, procurador de San Lorenzo de El Escorial. Fruto del pleito fue una Bula del Papa Paulo V, dada en Roma en diciembre de 1613. En ella impónese silencio perpetuo a las dos partes y se prohíbe a los monjes de San Jerónimo el Real llamar Guadalupe a la imagen de su iglesia y pedir limosnas con este título. Y en una concordia privada decídese llamar a dicha Virgen, como antes, Nuestra Señora de los Angeles, a la vez que los frailes de Guadalupe conceden se continúe celebrando su festividad el 8 de septiembre y siga vestida como entonces estaba.

Claro que esto quedó escrito; pero nadie más que los monjes de San Jerónimo dejaron de llamar Virgen de Guadalupe a dicha imagen. En su origen quiso ser una copia de ella y como tal continuó llamándose Guadalupe hasta nuestros días, pese a que desde la guerra de la Independencia y sobre todo desde la Exclaustración de 1835, su culto comenzó a declinar, hasta perderse totalmente, por incuria o porque ya no es lucrativo.

Pero no tendría mayor importancia este monasterio madrileño y su Virgen de Guadalupe si en torno a ellos no hubiese más que lo hasta aquí anotado. Tienen ambos singular importancia porque ante aquella Virgen se celebraron las principales solemnidades de la Corte desde el siglo XVII hasta la decadencia de la Monarquía española; y a los pies de tan célebre imagen —que para tales actos era trasladada de su altar lateral al centro del altar mayor— se coronaron casi todos nuestros Reyes, desde Felipe III hasta el piadoso Alfonso XIII. El monasterio de las Villuercas estaba lejos de Madrid y aunque eran muy frecuentes las visitas reales y cortesanas a este santuario, resultaba difícil organizar aquí actos oficiales con asistencia de la Corte y nobleza española. Pero al jurar la Constitución nuestros Reyes

ante una copia de la Virgen de Guadalupe, demostraban que su devoción hacia ella seguía pujante.

En demostración de lo que acabamos de escribir, podemos citar varias historias antiguas y modernas del cenobio guadalupense, un letrero que en el templo de San Jerónimo el Real corre sobre la cornisa por toda la iglesia y sobre todo un interesante lienzo conservado en el Museo del Prado. Es obra de L. Paret y representa la coronación del Rey Fernando VII ante la Virgen de Guadalupe madrileña.

¿Qué ha sido de todo esto? Al igual que por el monasterio de Guadalupe y otros muchos conventos españoles, los franceses y la Exclaustración pasaron también por San Jerónimo el Real, llevando en sus manos el robo, la destrucción y la muerte de la vida monacal. Del edificio conventual restan únicamente algunos derruidos muros; pero gracias al cardenal arzobispo de Toledo, don Juan Ignacio Moreno y a don Francisco de Asís de Borbón, podemos hoy contemplar la iglesia perfectamente restaurada, aunque en un estilo diferente del primitivo.

¿Y la histórica imagen de la Virgen de Guadalupe? En su altar se venera desde hace años un cuadro de la Guadalupana de Méjico. La efigie española—la que vio correr tantas efemérides de nuestra historia—se halla sin culto alguno en otro altar, esperando que algún día vuelva a tributársele la veneración a que es acreedora.

L

## ¡FUERA LOS MONJES! GRITO SOBRE EL GUADALUPE DE 1835

Un repaso a la historia de España en los años que siguieron a la fracasada invasión francesa de 1808, nos deja ver el enorme déficit que el Gobierno español tenía; y aunque el ministro de Hacienda, señor López Ballesteros trabajó eficazmente para sanearlo, no pudo impedir que la Deuda Real se elevara en 1832 a ¡18.000 millones de reales! En septiembre de 1833 fallecía el rey Fernando VII, dejando por heredera a su hija Isabel, bajo la regencia de la reina madre María Cristina; situación política débil, que aprovecharon sus ministros. Por otro lado, las ideas de antimonaquismo y filosofismo que dominaba en la sociedad española de aquellos años, son un exponente de lo que la España del primer medio siglo XIX pensaba en relación con la Iglesia y las Ordenes Religiosas.

En esta situación, nada podía extrañarnos que el conde de Toreno extinguiera la Compañía de Jesús y menos aún que más tarde el impío jefe del Gobierno, Juan Alvarez Mendizábal, obligase a la Reina Regente a decretar la total exclaustración de los varones regulares, apropiándose el Estado de sus casas y bienes todos, como un medio para nivelar la economía nacional, aunque, de hecho, lo que consiguió su torpe actuación fue empeorarla, haciendo más ricos a los ricos y más pobres a los que lo eran. Es verdad, tal vez, que en la España de 1835 las riquezas del clero desdecían mucho del Evangelio; pero, en todo caso, ¿por qué tan sólo a los frailes afectaba el decreto?





• OTRA VISTA PARCIAL DEL CLAUSTRO MUDEJAR.

Por otra parte, había caminos más lícitos y honestos que la violenta expropiación de bienes justos, para lograr lo que pretendió la pomposamente llamada Desamortización, cuando ante la Historia y ante la conciencia del mundo fue un inmenso robo sacrílego.

El decreto dióse el 25 de julio de 1835, extensivo a todos los Regulares de España, a los que se obligaba a dejar sus conventos, con todas sus pertenencias, permitiéndoseles sacar, tan sólo, los enseres personales.

Guadalupe no podía ser una excepción: por estar bajo la ley general y porque sus riquezas —aumentadas fabulosamente en la fantasía popular— atraían más que en sitio alguno la codicia del Estado y de otros muchos que pensaron beneficiarse. A este monasterio no le sorprendía la Real Orden; pues aún estaban frescos los expolios de los franceses y la Exclaustración de Riego (1823).

Sin embargo, en este monasterio no se ejecutó el Real Decreto en agosto de 1835, como en todos los demás conventos, sino el 18 de septiembre, ¿por qué? Parécenos muy acertada la opinión del P. Rubio, al pensar que los inventarios numerosos y detallados, obligaron a esta demora.

Pero al fin se cumplió la orden gubernamental, como en los demás conventos. Lo que, seguramente, no ocurrió en otros sitios fueron las violencias, odios y canalladas que rodearon la exclaustración de los jerónimos de Guadalupe.

Mendizábal dictó la ley y se quedó en Madrid; pero en Badajoz, en Trujillo y en el mismo pueblo de Guadalupe salió a flote la inquina anticlerical que estaba reprimida en el corazón de muchos, quizá los que más debían al benefactor cenobio extremeño; que si tenía riquezas, eran fruto de la devoción a la Virgen, y las emplearon siempre al servicio de su culto, del bien de España, del arte y de la caridad como ninguno de los que luego adquirieron sus bienes lo ha hecho.

El jefe superior de la Intendencia de Badajoz, señor Codecido, temía que los frailes de Guadalupe ocultaran bienes antes de abandonar el monasterio. Y así lo comunicó al subdelegado de Rentas de Trujillo, el indeseable tipejo José García de Atocha —su conducta con los indefensos monjes no le hace acreedor a otro calificativo—, por cuyo mandato se presentaron al prior, P. Zenón de Garbayuela, el 18 de septiembre del citado 1835, tres vecinos de Guadalupe —Tomás Pintor, Pedro Navas y Antonio Casilda— intimándole groseramente la inmediata salida de todos los monjes e incautándose de las llaves,

libros de cuentas, etc. del convento y sus oficinas. Pero el señor Co decido veía maldad porque su corazón estaba corrompido; sin darse cuenta que los frailes de Guadalupe llevaban tan meticulosamente los inventarios y cuentas del monasterio, oficinas, fincas y demás pertenencias, que no era posible ocultar cosa alguna. Sacaron, sí, lo que la Real Orden permitía: los enseres personales y algunos muebles.

Echados los monjes del monasterio y expulsados también del pueblo, por una orden del Capitán General de Extremadura, vino la actuación del comisionado Tomás Pintor, que hacía tiempo suspiraba por este día, saboreando el botín, y del señor Atocha, quien un mes después de salir los frailes de Guadalupe se presentó con gran número de milicianos de la Puebla para ejecutar lo ordenado.

¿Cómo se llevó a cabo la incautación de bienes, en nombre del Estado? De la manera más desvergonzada. El último administrador del convento —fray Rosado de Belalcázar— nos ha dejado una sabrosísima memoria sobre "La célebre Causa de Dilapidaciones de Guadalupe", demostrando con argumentos "ad hominen" que el "celoso" Atocha y sus compinches ocultaron 1.703 cabezas de ganado, joyas y otras cosas. ¿Cómo obraría el subdelegado de Rentas, que en julio de 1837 tuvo que soltar de sus manos, con mucha pena, la causa tan lucrativa de Guadalupe? Fue nombrado jefe político de Badajoz; pero hasta el subsecretario de Gobernación, señor Adán, se extrañaba confiara el Gobierno un cargo tan importante a un sujeto de vida tan irregular.

¿Qué pasó después? Los monjes de Guadalupe, poco antes capellanes de la excelsa Virgen de las Villuercas, mendigaban por España para no morir de hambre; y sus numerosos caseríos, sus inmensos olivares, sus feraces tierras de pan llevar, sus viñedos... robados y malvendidos a unos cuantos ricos que, de Extremadura y de otras partes, acudieron al olor de la presa. El patrimonio de la Virgen, que Ella hubiera dado con sumo agrado para los pobres, caía en manos de quienes menos lo necesitaban y que, durante muchos años, lo condenarían, tal vez, a servir para alimentar reses bravas. Hubo trozo del edificio conventual que se vendió por la Junta de Bienes Desamortizados en 14.000 reales, pagaderos en veinte años; y que en 1908, convertido en ruinas, costó a los franciscanos, 200.000 reales, a pagar en cinco años.

Camino de Trujillo —para quedarse allí o continuar a Cáceres, Badajoz o Madrid—, salieron las joyas de la Virgen —Barrantes nos dice que en un baile de la alta sociedad de Cáceres, años después,



UNA CALLE DEL GUADALUPE TIPICO

se gloriaban varias señoras de ser las herederas de las joyas de la Virgen de Guadalupe—, incontables obras de arte, que los franceses respetaron, los vestidos de la Virgen... y ¡hasta 50 arrobas de cobre de los canalones del claustro gótico y 25 arrobas que pesaron las alcayatas y el balcón de hierro de la celda prioral! Y no fue lo peor el robo, sino la destrucción del arte y la ciencia. que también desapareció con muchos cuadros y sobre todo con la gran biblioteca de Guadalupe, tan rica que ya en 1763 tenía 6.611 volúmenes. Sin inventario alguno —porque el que se hizo no merece este nombre— trasladóse a Cáceres en carros, que por el camino iban aligerando la carga. Y allí, en grandes pilas, estuvieron tres días en la plazuela de Santa María, sirviendo para hacer fuego, calzar puertas, llenar casas particulares... ¡En esto paraba el dinero, el trabajo y el arte derrochado durante siglos por los miniaturistas del gran "scriptorium" guadalupense!

Los ricos bordados del templo sirvieron para enriquecer a gran número de iglesias; pues tenemos recibos de las telas que se llevaron con permiso del Vicario eclesiástico de Talavera, a muchas parroquias de Extremadura y Toledo. Las oficinas del monasterio vendiéronse a gentes del pueblo y las que a nadie interesaron, abandonadas, empezaron muy pronto a derrumbarse. Ese fue el destino de los tres hospitales, talleres de herrerías, martinete para batir el cobre, carnicerías, fábrica de curtidos, donde tantos miles de peregrinos pobres fueron calzados...

Para colmo de males, la hospedería real y otras dependencias contiguas fueron convertidas en fuerte militar durante los años 1837-1854; y mientras las habitaciones que estaban sobre la fachada sirvieron para alojar a la oficialidad, los soldados repartiéronse por todo lo que aún estaba libre, y sus caballos fueron metidos en la antigua ropería del claustro mudéjar, sirviéndoles de abrevadero la fuente del templete central del patio.

Como parroquia que era el templo de Guadalupe, quedó su iglesia al margen de la ley en cuanto a su incautación, si bien fue desvalijada hasta llevar cuanto tenía color de oro o plata. Atocha quiso intervenir hasta en la jurisdicción eclesiástica, instituyendo como encargado al cismático sacerdote don Agustín Valmorisco; pero muy pronto la Mitra de Toledo encargó de la cura de almas a don Francisco Sierra. Este y los sacerdotes que le siguieron, aunque muy poco les fue posible, algo atendieron el desolado santuario. En 1865 el párroco don Benito Díaz reclamó para la iglesia el patio y claustro mudéjar,

que le devolvieron, aunque muy deteriorado. Y fue entonces cuando —derribada la suntuosa hospedería real que levantara el famoso arquitecto de San de los Reyes de Toledo Juan Guas y que inauguraron los Reyes Católicos en junio de 1492, fue dividido el edificio monacal en cuatro partes que, vendidas al mejor postor, sirvieron para vivienda, pajar, cuadras... o simplemente para cantera de piedra, ladrillos, tejas y madera.

La suerte del cenobio ya no tenía remedio: duraría tanto como resistiesen sus fuertes muros. En cambio, el templo corrió mejor suerte, gracias a los sacerdotes encargados, sobre todo a partir del primer párroco en propiedad, don Isidoro Ortega, que en 1890 reparó los tejados y piso del mudéjar. También se hicieron en 1900 importantes obras en la lucerna del camarín, que ya en un informe de 1849 se decía estar gravemente afectada por las lluvias, lo mismo que el relicario y la real capilla de Santa Catalina —ésta, para vergüenza de quienes llevan la restauración de tan valioso monumento—, hoy. a los ciento catorce años, sigue igual.

Sin embargo, en este cuadro desolador y en medio de tantas desgracias como se abatieron sobre el cenobio guadalupense —árbol caído del que todos hicieron leña—, brilló una luz, precursora de un amanecer venturoso.

Con las joyas de la Virgen habían emprendido el camino del exilio —ahora por tercera vez— los tres mantos ricos de la sagrada imagen. Pasando por Trujillo y Badajoz, acabaron en la Casa de la Moneda de Madrid, y de allí enviólos el regente general Espartero a los santuarios del Pilar (el rico), Atocha (el segundo de la Comunidad) y Desamparados de Valencia (el de la Infanta). La ciudad levantina devolvió en seguida lo que no era suyo, y una Real Orden de Isabel II obligó, el 20 de diciembre de 1844, a devolver los otros dos. Esto ya era un aliento para el desdichado Guadalupe.

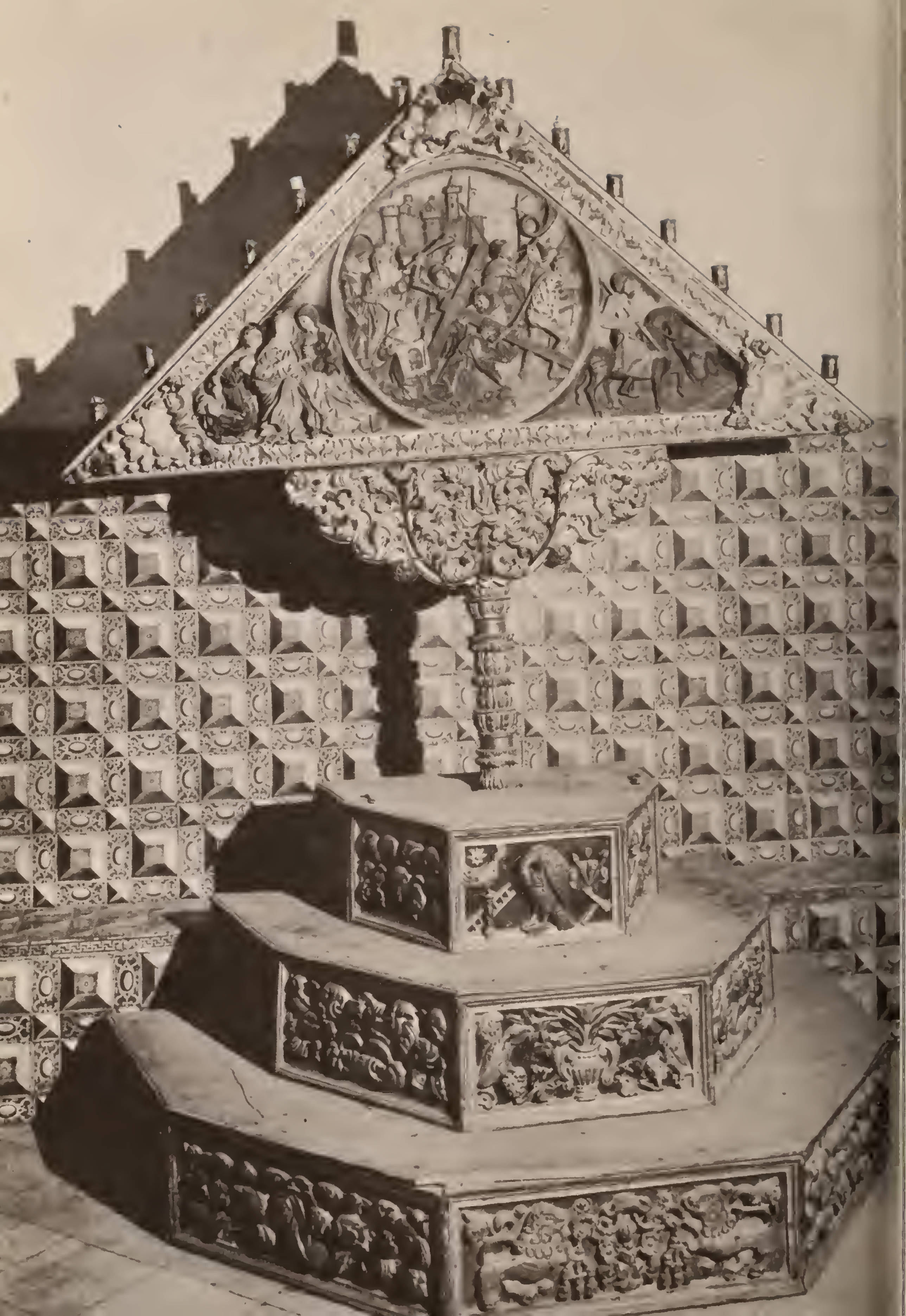
El 24 de abril de 1845 ordenó el jefe político de Cáceres a don Plácido Suárez Valdés sacara del santuario la colección de lienzos de Zurbarán y Lucas Jordán, para formar un Liceo en esta ciudad. Lo único que, inexplicablemente —tal vez por su tamaño y hallarse empotrados en la pared—, se había librado del saqueo, iba a desaparecer ahora porque así lo ordenaba un gobernador sin escrúpulos. Pero no; el alcalde de Guadalupe no era el que en 1856 mandó derribar la hospedería real; y el que ahora tenía la vara se negó a permitir tocarlos; y moviendo Roma con Santiago lograron, él y unos cuantos valientes devotos de la Virgen de Guadalupe, que la piadosa reina pro-

hibiera con otra Real Orden, el 23 de abril de 1846, que dichos cuadros saliesen de Guadalupe.

Y sin embargo de que estas dos efemérides eran el preludio de un risueño amanecer, quedaban todavía a Guadalupe muchos años de ostracismo, que nos explica muchos porqués que tantos no comprenden. Sobre todo nos dice cuál es la causa de que, habiendo sido este monasterio tan célebre como dicen sus historias y la devoción a su imagen tan universal como proclaman sus cronistas, ahora son menos conocidos que otras advocaciones y santuarios. Yo pregunto, a mi vez: ¿Qué sería hoy de la devoción y templo del Pilar, de Covadonga, de Montserrat, de Compostela..., si después de ser aquellos saqueados y echados los sacerdotes que los atienden, estuvieran abandonados durante tres cuartos de siglo y encima a ciento cincuenta kilómetros de la más cercana ciudad? Seguramente les quedaría bastante menos de lo que tiene Guadalupe.

Al fin pasó la tempestad y gracias, sobre todo, a la campaña de prensa que desplegó el gran extremeñó don Vicente Barrantes —cronista oficial de Extremadura, diputado a Cortes, gobernador de Manila y autor del libro "Santa María de Guadalupe Virgen y Mártir"—. España volvió a mirar a la que había sido eje de su grandeza y capitana de sus imperios, avergonzándose de la negra ingratitud con que supo pagar sus favores y protección.

¡1908! A los setenta y tres años de aquel tristemente célebre 1835, sonó la hora de la Providencia y Guadalupe, en ruinas pero con fuego bajo sus cenizas, comenzó a levantarse al contacto con el pardo sayal de los hijos del "Poverello" de Asís. El árbol tronchado volvía a brotar, dispuesto a extender otra vez sus frondosas ramas por el mundo entero.



LI

## EL ULTIMO MEDICO DE LOS REALES HOSPITALES DE GUADALUPE

Ultimamente hemos tenido la suerte de ver enriquecidos los fondos del archivo de Guadalupe con una valiosa donación que el benemérito otorrinolaringólogo don Pedro Cordero —hijo de esta Puebla y morador en Logroño— ha tenido la gentileza de obsequiarnos, la cual consiste en tres tarros de antiguo botamen de la farmacia de Guadalupe (siglos XVII-XVIII), una abultada carpeta de documentos, el birrete y muceta de doctor en Medicina y una preciosa caja de caoba conteniendo un equipo estupendo de material quirúrgico.

Todo ello perteneció al último médico del Real Monasterio de Guadalupe, doctor Ruperto Sacristán, y nos permite tejer sin gran dificultad la biografía de este galeno, que significó el último destello de los famosos reales hospitales del más importante cenobio que los hijos del penitente de Belén tuvieron en la península Ibérica. La abultada carpeta documental contiene: partidas sacramentales, títulos académicos, solicitudes hechas por el doctor Sacristán, etc., etc., amén de otros papeles relacionados con los postreros años del plurisecular monasterio extremeño.

* * *

Ruperto Vicente Sacristán Nieto nació en el Real Sitio de San Ildefonso (Segovia), el día 27 de octubre de 1797, siendo el cuarto de



* CANDELABRO TENEBRARIO DE MADERA POLICROMADA.

los ocho hijos tenidos por sus padres, Eusebio Sacristán Chapado —cirujano en la Real Fábrica de Cristales del Real Sitio de San Ildefonso—, y su legítima esposa, María Vicenta Nieto Bayanova.

Estudió latinidad en su pueblo natal, perdiendo a su padre en abril de 1809 y a la hermana mayor, Josefa, en abril de 1810. El mismo nos ofrece estos datos en su diario, y luego añade: "Todos se murieron, y sólo quedó el más miserable e incomodador Ruperto, el cual anduvo rodando por el mundo desde la muerte de su padre hasta el año de 1815."

Estudió dos cursos de Filosofía en el Seminario Conciliar de Segovia, cursando después Física y Matemáticas en Madrid. El día 14 de abril de 1815 entró de practicante en el Hospitai General de la Corte, orientando desde aquí su vida por la senda de la Medicina, que cursó con brillantez, como lo patentizan dos premios obtenidos en 1816, primer premio en las oposiciones de 1817 y el satisfactorio resultado de las pruebas finales hechas en 1820, en que se le confirió la plaza de segundo ayudante de Anatomía y la de interino de Remedios Mayores en la sala de San Carlos de Madrid. El día 27 de mayo de 1824 le conferían en la capital de España los títulos de bachiller en Filosofía y Cirugía cuando contaba veintisiete años de edad.

Para esta fecha habían descargado ya sobre el monasterio de Guadalupe dos rudos golpes: la invasión francesa de 1808, que robó gran parte del joyel de la Virgen, obras de arte y preciosos libros de la biblioteca —como un curioso tratado de cocina llevado a París por el general Francisco Borda—, y la primera Exclaustración, decretada por las Cortes de Madrid en 1822. En 1823 regresaron los monjes exclaustrados al monasterio, y poco después —el 21 de octubre de 1824— aparecía en la "Gaceta de Madrid" la siguiente convocatoria:

"Se halla vacante la plaza de médico del monasterio de Nuestra Señora de Guadalupe, cuya dotación consiste en 23 reales diarios, casa de balde, dos matanzas de 10 arrobas cada una al año, y en el caso de fallecer, dejando viuda, se le da a ésta por los días de su vida, si no vuelve a casarse, dos libras de pan diarias y una de carne. Sin embargo de vivir en un pueblo de más de 700 vecinos, no tiene otra obligación que la de asistir a los enfermos del monasterio y de los hospitales que sostiene a sus expensas."

La grandeza histórico-económica del opulento monasterio jerónimo —comenzada a declinar en la segunda mitad del siglo XVIII— había pasado ya para esta fecha. Los médicos de sus hospitales ni eran

tantos como en otros tiempos ni recibían aquellos sueldos de 50.000 y más maravedises anuales, que recibía en el siglo XVI el doctor Ceballos. Sin embargo, todavía se hallaba bien retribuido el oficio de médico en esta santa Casa y los monjes procuraban proveerlo con galenos muy competentes.

Don Ruperto Sacristán —que se hallaba trabajando en el hospital de San Carlos de Madrid— elevó una solicitud al prior de Guadalupe para que le admitiera a cubrir la vacante de médico, y aceptado por el Capítulo del monasterio, tomó posesión de este cargo el día 31 de diciembre de 1824.

Su preparación médica era muy completa, su conducta moral intachable, y el contento de los monjes, unánime, según vemos por un acta capitular leída ante la comunidad en 1828. Ello nos explica que en 1833 concediera el monasterio al doctor Sacristán "Carta de Hermandad", que era una gracia singular, que sólo a contados bienhechores se otorgaba.

Así las cosas, llegó el fatídico año 1835 y con él la Exclaustración de regulares e incautación de sus bienes, decretadas por Mendizábal, ministro de la Reina Isabel II.

El doctor Sacristán debió sentir profundamente la caída del cenobio de las Villuercas —cuyo último prior, fray Zenón de Garbayuela había extendido un certificado en septiembre de 1835, sobre los buenos servicios prestados por dicho médico al convento—. Por otra parte sabemos que don Ruperto era un gran entusiasta de la Reina Isabel II, postura que le ocasionó la persecución de los facciosos. Todo ello motivó que el doctor Sacristán pensase en abandonar Guadalupe, en cuyos reales hospitales había trabajado con unánime aplauso durante doce años.

De momento continuó atendiendo a los enfermos del Hospital Mayor o de San Juan Bautista, único que sobrevivió al naufragio de la Exclaustración. Y así tenemos un oficio, firmado por el Alcalde de Guadalupe, don Manuel Tena, el día 9 de enero de 1368, en que comunica a don Ruperto el sueldo de 10 reales de vellón diarios por sus servicios de médico (compárese esta cantidad exigua con lo que le pagaban los monjes).

En abril de 1836 había solicitado el doctor Sacristán la vacante de médico en Arenas de San Pedro (Avila), y por oficio de 18 de mayo del mismo año le comunica el comisionado de Arbitrios y Amortización de Trujillo, don Agustín García de Atocha —pariente de aquel José García de Atocha, de tan siniestro recuerdo en la expulsión de los

indefensos monjes de Guadalupe—, su cese como médico de los hospitales de esta Puebla, sustituyéndole don Manuel Cordero. Tenía a la sazón nuestro galeno treinta y ocho años y estaba soltero.

Tal vez no se le concedió aquella plaza o no le interesó, pues nos consta que el Ayuntamiento de Oropesa le nombró médico de esta villa el día 14 de mayo de 1836, pocos días antes de cesar en Guadalupe. A partir de esta fecha, don Ruperto continuó trabajando y haciendo un excelente papel como médico: el 5 de diciembre de 1839 fue nombrado subdelegado de ambas Facultades para el partido de Puente del Arzobispo; el 30 de julio de 1840 recibía el título de socio correspondiente de la Academia Médica de Emulación; el 1 de noviembre de 1841 le ofrecía el mismo honor el Instituto Médico de Emulación; y el 18 de abril de 1842 fue nombrado socio correspondiente de la Academia Nacional de Cirugía y Medicina de Madrid, premiando con ello una interesante memoria que presentó.

El 1 de octubre de 1843 certificaba el Ayuntamiento de Oropesa que la conducta del doctor Sacristán, observada en los siete años que trabajó allí de médico, era buena y muy leal a la Reina Isabel II. Este certificado debió pedirlo el propio don Ruperto para acompañar la solicitud que elevó desde Talavera de la Reina al ministro de Gobernación —el 26 de octubre de 1843— para que le concedieran una cátedra de Medicina.

En 1844 lo hallamos trabajando en el hospital de la Misericordia de Talavera de la Reina, para el cual redacta nuestro ilustre doctor un interesante reglamento. A partir de esa fecha lo perdemos de vista algunos años, aunque de seguro continuó en Talavera en el citado hospital.

El día 29 de marzo de 1854, y en la susodicha ciudad de Talavera, contrajo matrimonio con doña Dolores Cordero Reinoso, natural de Guadalupe y viuda de don Baltasar Rubio. En 26 de septiembre de ese mismo año hicieron testamento conjunto ambos esposos.

Después tenemos que el 16 de septiembre de 1558 era nombrado por un año como médico cirujano y médico físico por el Ilustre Ayuntamiento Constitucional de Talavera de la Reina. En 1856 figuraba como profesor de Medicina del establecimiento de beneficencia de esta ciudad y en este oficio debió permanecer durante varios años.

Finalmente, el día 28 de septiembre de 1865 fallece el doctor Ruperto Sacristán en la plaza de Villatoya, número 1, de Talavera de la Reina, a los sesenta y ocho años de edad, a causa de una lesión de corazón, después de recibir los Santos Sacramentos. Fue enterrado

con solemnidad de primera clase en el cementerio contiguo a la parroquia de Santa María la Mayor.

Su esposa —que había de seguirle el 7 de febrero de 1870 y ser enterrada junto a él— colocó en su tumba la siguiente lápida:

"Honra al médico por la necesidad, porque el Altísimo lo curó; porque de Dios viene toda la medicina, y la ciencia del médico exaltará su cabeza, y será alabado entre los magnates" (Eclesiástico, capítulo 38).

Aquí, pues, yacen los restos mortales de don Ruperto Sacristán, doctor en ciencias médicas, que procuró utilizar en favor de la humanidad doliente con aquel celo, meditación y prudencia que por su importancia requieren, y que le inspiraban sus cristianos sentimientos.

Nació en el Real Sitio de San Ildefonso el día 6 de las calendas de noviembre de 1797. Falleció en esta villa, con general sentimiento de los que le trataron, y aun de los que sólo le conocían, el día 4 de calendas de octubre de 1865.

"Cum labore perii, sed tu felicior annos vive tuos, conjux dilecte, vive meos.

R. I. P."

*

Esta es la sucinta biografía del ilustre médico don Ruperto Sacristán, que cerró la historia de los famosos reales hospitales del monasterio de Guadalupe.



* ANTIGUO REFECTORIO CONVERTIDO EN MUSEO DE RICAS TELAS Y BORDADOS.

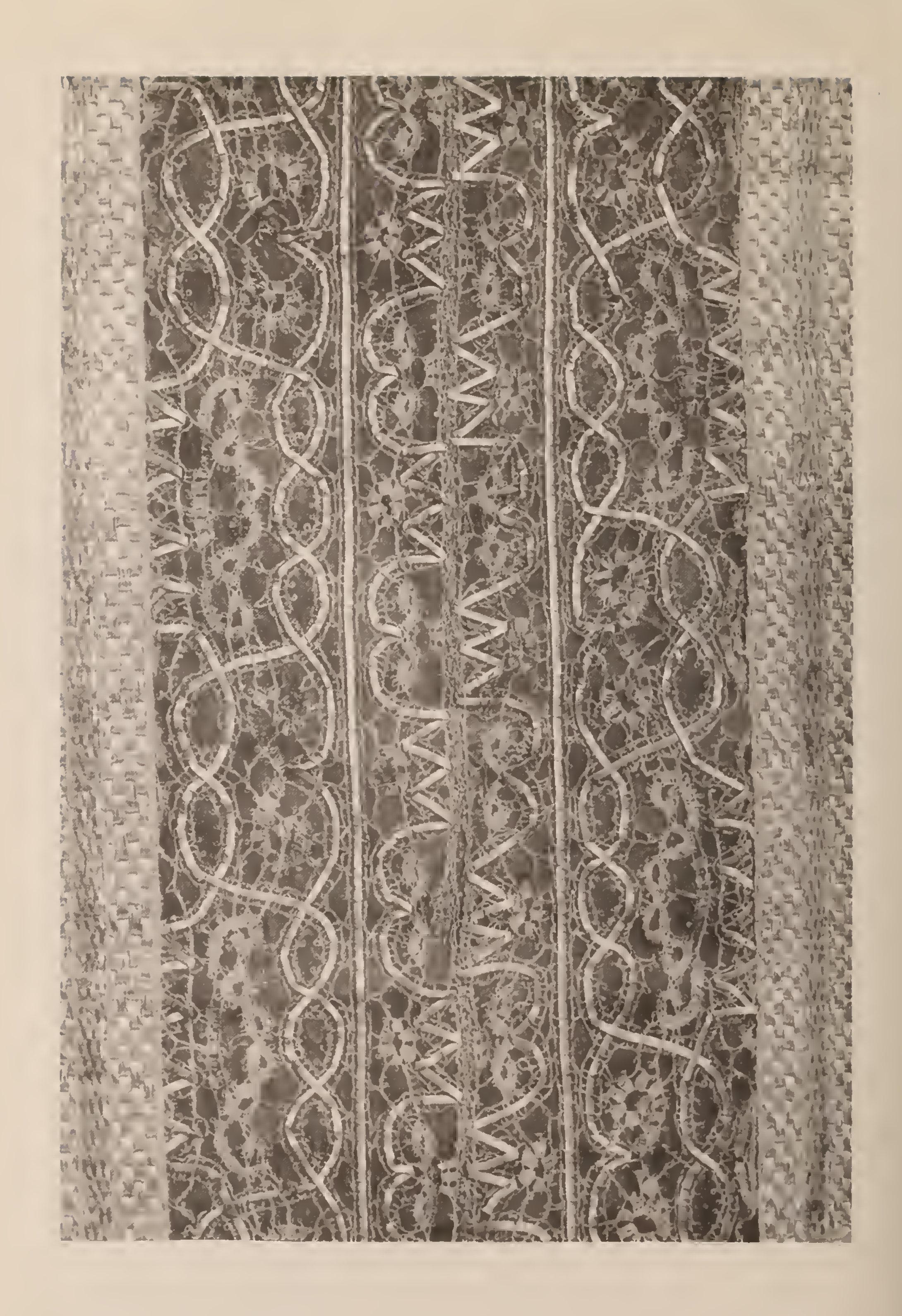
## LII

## EL REFECTORIO MONACAL CONVERTIDO EN MUSEO SIN PAR

Una de las cuatro grandes alas del bellísimo claustro mudéjar, que levantara, a finales del siglo XIV, el primer prior jerónimo de Guadalupe, P. Fernando Yáñez de Figueroa (1389-1412), destinóse desde sus comienzos para comedor o refectorio monacal. Más tarde se construyó otro debajo de éste, y con iguales dimensiones, para los criados y trabajadores del monasterio.

Describe este comedor el P. Talavera diciendo: "Es vna rica sala, tan grande, ancha, y espaciosa, que es comodo, y aun sobrado sitio, para ciento y veynte frayles que habitan de nuestra casa de ordinario (y casi el mesmo numero la moro desde sus principios). El alto de esta casa es de boueda, hermoseado de pinturas, y adornado en trechos de algunos florones de oro, y muchas ventanas con sus vedrieras..."

Frente a la hermosa portada del refectorio levantóse una capilla gótica, con el suelo cubierto de mosaicos finos; y en medio se colocó una gran taza de bronce, con una inscripción latina alrededor, que en castellano dice: "Año de mil y trecientos y ochenta y nueue, a veynte y dos de octubre, se fundó este monasterio, siendo arçobispo de Toledo don Pedro Tenorio, a petición e instancia de don Iuan el Primero, Monarca de Castilla, confirmolo nuestro santíssimo padre Benedicto Décimortercio. Y tres años después se leuantó esta fuente, por mandado





* DETALLE DEL ENCAJE DE LA CASULLA DE LA CONDESA DE OROPESA. (SIGLO XV.)

de fray Fernando, el primer prior y fundador deste Monasterio. Fue artífice Iuan Francés." Hallábase rematada esta fuente con una cierva de bronce, encontrada en las ruinas romanas de Córdoba; y sobre ella un joven desnudo que arrojaba gran cantidad de agua por la boca.

Del refectorio guadalupense hablan muchas veces los cronistas del monasterio al historiar la frecuencia con que los reyes acompañaban a los monjes en la pitanza; la que tantas falsedades ha suscitado, creyendo muchos que los frailes de Guadalupe se alimentaban con regalo epicúreo, cuando en verdad su comida era abundante y sana, pero no regalada. Sobre todo son muy celebradas las ocasiones en que honraron este comedor los reyes Juan II con su hijo Enrique IV, y más tarde Felipe II con don Sebastián de Portugal, que —servidos por el duque de Alba— celebraron aquí un banquete el 1 de enero de 1577, acompañados por sus respectivas Cortes.

El destino primero túvolo este gran salon hasta que, en 1835, fueron los monjes arrojados de Guadalupe. Entonces pasó a manos de particulares, como el resto del edificio conventual, y fue utilizado como carpintería y pajar. Asimismo existió frente a su entrada la bellísima fuente citada, que sirvió para lavarse las manos antes de comer. Después de 1835 continuó aquí varios años, hasta que hacia 1881 fue llevada al templo como baptisterio. Afortunadamente se conserva hoy en la iglesia, y en su lugar hase colocado una réplica exacta, hecha a poco de llegar a Guadalupe los franciscanos.

A pesar del abandono de casi setenta y cinco años en que estuvo el antiguo refectorio, consérvase casi perfecto, si exceptuamos la desaparición del zócalo de azulejos, los cuadros de Rivera que lo adornaban y casi la totalidad de finas columnitas de pizarra y mármol que sustentaban las grandes mesas. Todavía podemos ver las primitivas basas góticas en que dichas columnas iban asentadas y los antiguos asientos de material.

El paso de los siglos produce cambios radicales. Y aunque Guadalupe nos recuerda en muchas de sus antiguas estancias una grandeza que pasó..., sin embargo su espacioso refectorio ha venido a subir de categoría. Rescatado por los franciscanos en 1910, se restauró sin dificultad. Y el día 11 de octubre de 1928, S. M. el rey Alfonso XIII —en vísperas de la solemne coronación de la Virgen de Guadalupe—, inauguró en esta amplia sala una colección tan completa y valiosa de telas ricas y maravillosos bordados que, en sentir de los técnicos, puede ser considerada, en su clase, como el mejor museo de telas de Europa.

Es tan cierta la ofrenda de ricas telas a Guadalupe desde los primeros años de su vida, como lo es la existencia de una magistral escuela de bordaduría ya en pleno siglo xv. De lo primero poseemos datos sin cuento; y basta abrir el inventario que en 1389 entregó el último prior secular, don Juan Serrano, a la Orden Jerónima, que se hizo cargo del santuario, para darnos cuenta de la fabulosa cantidad de ornamentos riquísimos en frontales, capas, casullas, etc., que en aquella lejana fecha poseía Guadalupe. Después se aumentaron hasta lo insospechado con regalos de reyes, nobles y pueblo humilde. De lo segundo tenemos pruebas palmarias en el necrologio del monasterio, que ya en 1425 nos ofrece la muerte del bordador fray Gonzalo, en 1431 la del seglar Juan de Chaves, y en 1504 el fallecimiento de fray Gerónimo, francés.

Guadalupe —saqueado sin piedad en el siglo xix— es la sombra del pasado, y aún en telas, con perdurar muchas, se conserva una pequeña parte; pues nada podemos identificar de las incontables piezas inventariadas en 1389. De lo que atesoró Guadalupe falta mucho, que ha desaparecido o se halla en iglesias dentro y fuera de España. Podríamos citar ciudades y pueblos en que existen preciosos ornamentos procedentes de Guadalupe. Por vía de ejemplo vayan allá Toledo, Villar del Pedroso y Castañar de Ibor (Cáceres).

A pesar de todo, queda tanto —desde mediados del siglo xiv hasta principios de la décimonona centuria— que, a su vista, podría tejerse perfectamente la historia del bordado en España. No podemos hacer un recuento de todas las piezas, porque seríamos interminables. Tres de las mejores quedan estudiadas en otro capítulo. Aquí vamos a espigar algunos nombres y varias piezas, siguiendo un cierto orden cronológico.

*Siglo XIV*.—Aunque de esta centuria no sabemos nombres, sí podemos citar el "Frontal de la Pasión" y el "Frontal de Enrique II". Ciertamente el primero se trabajó en el monasterio, en el siglo xv, pero no es improbable que los retazos de variadas telas que sirvieron para formar —con arte magistral— los vestidos de las figuras pasionarias, sean de la anterior centuria. Por lo que toca al "Frontal de Enrique II", existe gran divergencia de pareceres. Muchos afirman ser de Enrique IV y, por ende, del siglo xv; pero la tradición está por Enrique "el viejo", que lo fue el II (1369-79). En todo caso es flamenco.

Por fin, el docto historiador del monasterio, P. Germán Rubio, no



* LA ASUNCION. DETALLE DEL "TRAPO VIEJO" BORDADO POR PERO LOPEZ. (SIGLO XVI.)



descarta la posibilidad de que pertenezcan a esa centuria las telas más interiores de la sagrada imagen.

*Siglo XV.*—Entre las piezas más destacadas que pertenecen a esta centuria, tenemos el "Frontal rico" y varios capillos, bordados por las manos divinas de fray Diego de Toledo, en cuyas obras no sabemos qué admirar más, si el colorido, la riqueza —pedrería, oro, plata y sedas, estas cultiváronse en Guadalupe muchas veses— o la técnica y movimiento de sus figuras. También pertenecen a esta centuria la casulla verde que bordó fray Gerónimo († en 1504) y en cuyas cenefas centrales admiramos hermosas figuras y entre ellas San Luis, obispo de Tolosa y paisano del artífice.

De este siglo son el citado "Frontal de la Pasión", el terno "Tanto Monta", la casulla del Condestable Alonso de Velasco y la casulla de la condesa de Oropesa; pero de esas piezas hablamos en otro capítulo. Aquí baste decir que la llamada "casulla de los Reyes Católicos" —con bellísima cenefa central y franjas de terciopelo morado—, no es de estos monarcas, sino anterior; pues el escudo que allí aparece —y que se ha creído de los Reyes Católicos, antes de la conquista de Granada— no es de ellos, sino de doña María de Aragón, madre de Enrique IV.

También pertenecen a este siglo la franja central de la casulla negra "rica", con bellas figuras recortadas sobre fondo de oro, y una "hazaleja" o paño de atril.

*Siglo XVI.*—En esta centuria son falange los bordadores, así religiosos como seglares, que florecen en los talleres de Guadalupe. Entre los monjes hallamos a fray Gonzalo de Burgos († en 1528) y a fray Juan de Palencia, sin que conozcamos obras suyas. En cambio floreció un seglar tan maravilloso bordador, que por sí solo bastaría para llenar toda la centuria. Fue Pero López († en 1576), vecino muchos años de esta Puebla y que está sepultado, con su cuarta esposa, en la basílica guadalupense. Sin duda fue el mejor bordador que tuvo el monasterio de las Villuercas, tanto por la calidad como por el número de piezas salidas de sus manos o dirigidas por él.

Entre otras son notabilísimas el "terno rico blanco", que es una obra de insuperable valor y belleza; la cenefa de la capa roja de San Jerónimo; y, sobre todo, el famoso y nunca bien ponderado "Trapo viejo" o manga de cruz procesional, que recibió este nómbre porque durante los años de Exclaustración anduvo rodando por los cajones de la sacristía. Bordado en 1542, dícenos de él el tantas veces citado padre Talavera: "Es vna manga de Cruz tan rica, que parece increyble

su valor. Pusose gran cuydado en que se descubriese en ella todo el arte y perfeccion que se pudiese: tomolo muy a su cargo el que tenia de acaballa, buscando quatro oficiales auentajadissimos, y dio a cada vno su quadro, esmerandose en el con tanta perfeccion el que le obraua, que salieron todos, con vna curiosa embidia, tan primos, perfectos, y bien acabados, que parecia imposible auer ordenado manos de hombres tanta belleza" ("Historia de Guadalupe", Toledo, 1597, folio 184).

Al siglo XVI pertenecen, además, dos ternos rojos cuajados de perlas y el "Frontal del Príncipe". Pero lo más destacado de aquella centuria es el famosísimo y sin segundo, "Manto rico" de la Virgen (que se guarda, con los demás vestidos de la Señora, en el joyel). Ignoramos quién lo bordara; pero con certeza es del siglo XVI, ya que, hacia 1550, hallamos al platero fray Alejo preparando en plata sobredorada las guarniciones para las piedras preciosas de este manto y en 1588 mandó Felipe II una libra de perlas y aljófares para enriquecerlo. Sin embargo tiene aditamentos muy barrocos que se añadieron en 1790, fecha que aparece bordada en perlas en el vestido.

El valor artístico y material de este fabuloso vestido no puede expresarse con palabras ni con cifras. Aparte su fina ejecución, podemos decir que aproximadamente tiene 150.000 perlas, formando cientos de veces las letras A M (Ave María), y 186 diamantes buenos, adornando la elegantísima greca y la gran M que ocupa todo el manto.

*Siglo XVII.*—Pertenecen a esta centuria buen número de piezas de la colección guadalupense, ya que en este siglo alcanzaron sus talleres de bordado un esplendor extraordinario. La figura central es, sin duda, fray Francisco de Sigüenza, que tomó el hábito jerónimo en 1612, cuando tenía veintinueve años, y murió en 1663. Entre las obras salidas de sus manos, destácase el bellísimo "Frontal rico de San Jerónimo", uno de los mejores bordados del museo. De los artistas seglares fue el mejor Gerónimo Audije de la Fuente, que desde 1661 aparece trabajando en el monasterio. Su obra cumbre es la espléndida "capa rica" (cuya franja delantera es de la anterior centuria). También salió de sus manos el magnífico terno "rico" de difuntos.

En este siglo hemos de colocar dos fantásticos mantos de la Virgen: el llamado "primero de la Comunidad" y el que bordó en Flandes la Infanta Isabel Clara Eugenia y del cual nos ocupamos en otro lugar. El de la Comunidad —que el padre Rubio y otros confunden con el de la Infanta— bordóse en los talleres del monasterio, aunque ignoramos el nombre del maestro. Tal vez sea el más vistoso de los



tres vestidos ricos; y a pesar de que en varias ocasiones ha salido de Guadalupe, consérvase perfectamente, si no es en su pedrería, que la perdió y fue sustituida por espejos, regalados en el siglo XIX por el exclaustrado monje guadalupense fray Juan Molinos.

*Siglo XVIII.*—Es época de gran decadencia artística y espiritual para Guadalupe —que en lo material también sufrió rudo golpe en el reinado de Carlos IV (1768-1808). Y, sin embargo de que en el miniado adviértese una caída a plomo, el bordado sigue cultivándose con todo esplendor, y en todo el siglo XVIII se bordan primorosas piezas y florecen grandes artistas.

Merece nuestro recuerdo el monje catalán fray Cosme de Barcelona (1738-1802). Entre sus bordados destaca una rica capa blanca, bordada en 1764, y el cuarto manto "rico" de la Virgen, que trabajó en hilo y lentejuelas de oro. Este vestido se conserva y lo usa la sagrada efigie en las grandes fiestas del año.

*Siglo XIX.*—Esta centuria marca la caída total del célebre monasterio, al que asestaron el primer golpe los franceses, en 1808. Sin embargo de que ya nada que merezca la pena se borda, hallamos algunos nombres que trabajaron en el "obrador" de la Santa Casa. Uno de ellos fue el seglar José Rivas, al que, en 1823, encontramos con el sacristán fray Alvaro del Castillo, en Badajoz, para recoger los vestidos ricos de la Virgen, que se habían llevado durante la primera Exclaustración (1820-1823).



• SANTIAGO EL MENOR. DETALLE DE UNA CASULLA. (SIGLO XVI.)





* VISTA PARCIAL DEL ANTIGUO CAPITULO, HOY MUSEO DE MINIADOS.

## LIII

## LA GRAN COLECCION DE MINIADOS

Siendo obispo de Córdoba el ex-prior de Guadalupe fray Gonzalo de Illescas —que había regido esta santa Casa en los años 1441-1444 y 1450-1453, y que está sepultado en el claustro mudéjar—, dio a este monasterio mil doblas de oro para la construcción de la librería de Guadalupe; majestuoso pabellón de piedra con doble fachada, flanqueado en tres de sus cuatro esquinas por sendos y macizos torreones labrados por fray Juan de Guadalupe "el viejo" (1469-1475), que rematan bellos capiteles de azulejos policromados.

En su parte alta estuvo la famosa biblioteca que los cronistas del monasterio describen como una de las mejores de España. Como dato que refleja su importancia diremos que Felipe II mandó al célebre arabista extremeño Arias Montano para que de Guadalupe llevara los libros repetidos a la biblioteca de El Escorial. Y a favor de su riqueza están las listas de libros que en pleno siglo xv se adquirieron, sin gran número que se escribían, bellamente iluminados, en Guadalupe.

En la parte inferior, con entrada desde el patinillo mudéjar de la Mayordomía, púsose el Capítulo del monasterio —que desde los comienzos del priorato jerónimo había estado en la capilla de San Martín, al fondo de la nave central del templo—. El padre Talavera lo describe así: "Es vna hermosa y capacíssima sala, en que dexo el artificio y primor muy claras muestras. La fortaleza y grueso de las paredes es muy grande, cercan los asientos entorno: la boueda esta



cubierta de muchas, varias, y bien diferenciadas pinturas y colores. El altar y retablo es de los santos Reyes: acompañando este mysterio otras imagines, que forman vn hermoso y bien acabado cuerpo. En este lugar se ponen, a vista de los religiosos que se juntan a capitulo, las cosas que de nueuo se van ofreciendo a Nuestra Señora, para que agradeciendolo, le supliquen por quien con tanta liberalidad aumenta su casa... No solo se juntan aqui los religiosos a tratar cosas del monasterio, pero a conferir y despachar las del pueblo: por ser nuestro el señorio temporal, y espiritual administracion, sin reconocer en lo vno y otro mas superior que al Pontifice y Rey. Aqui tambien se congregan, quando se han de hazer algunas limosnas crecidas. Aquí se eligen los Priores, y se confirman sus elecciones, y se despachan las hermandades, participaciones de los sufragios y sacrificios que esta casa ofrece...

Aqui vienen todos los años, vispera de san Iuan, la justicia, regimiento, y oficiales de la republica, en nombre del pueblo, a reconocer por señor y dar vassallage al Prior. Y en señal deste dominio, le ofrecen pan, vino, gallinas, terneras, carneros y otras cosas..."

Estas palabras tan autorizadas del más clásico y prestigioso historiador de Guadalupe demuestran la importancia que en la floreciente vida de uno de los más célebres monasterios españoles tuvo esta sala, escenario y testigo de tantas importantes decisiones, incluso de interés nacional.

Es cierto que durante los años en que Guadalupe estuvo sin monjes, tanto la librería como el Capítulo sufrieron considerablemente; aquélla —robada su biblioteca, que llevaron con carros a Cáceres y en parte ha ido a parar a Madrid y otros lugares— destinóse a teatro del pueblo; y éste fue convertido en salón de baile. Sin embargo, era tal su solidez, que resistió a tan indignos usos; y al ser rescatada para el santuario a principios del siglo XX, se conservaba perfectamente, tanto en su arquitectura como en su bella decoración al fresco en bóvedas y paños.

Encauzado Guadalupe por la senda del resurgimiento espiritual y artístico, bajo la égida franciscana se destinó el Capítulo a museo de libros miniados, que en número de 186 forman —lo afirmamos sin miedo— la mejor colección de España.

Más antigua que la tradición del bordado fue, en Guadalupe, la escribanía e iluminación de libros, así grandes para el rezo coral como pequeños para la biblioteca; pues no siendo aquélla anterior a la mitad del siglo XV, el más antiguo códice de Guadalupe —escrito a fina-



* JESUS ARROJA A LOS VENDEDORES DEL TEMPLO. VIÑETA DE UN LIBRO CORAL. (SIGLO XVI.)

les de la XIV centuria— dícenos que mientras unos frailes se ocupaban en la edificación del monasterio, "otros escriuian libros que perteneçían para el oficio de la eglesia". Y lo hacían "con tal arte y curiosidad, que apenas se conoce si es impreso o de mano lo que nos dejaron escrito por las suyas" (Padre Pío Rosi, en la vida del venerable fray Lope de Olmedo).

Pero, sin embargo de que ya en el siglo XIV se miniaban grandes libros, fue a mediados de la siguiente centuria cuando se organizó en forma el "Scriptorium" y se hicieron las primeras colecciones de magníficos y enormes libros corales, siendo Prior el padre Zamora (1444-1447). Y tuvo ya entonces tal fama la escribanía de Guadalupe, que Isabel la Católica, en carta fechada en Zaragoza el año 1488, encargaba al Prior que le escribiesen en el monasterio un "Flos sanctorum", "de muy buena letra e cistanado en pergamino". (La carta original se conserva en el archivo de Guadalupe.)
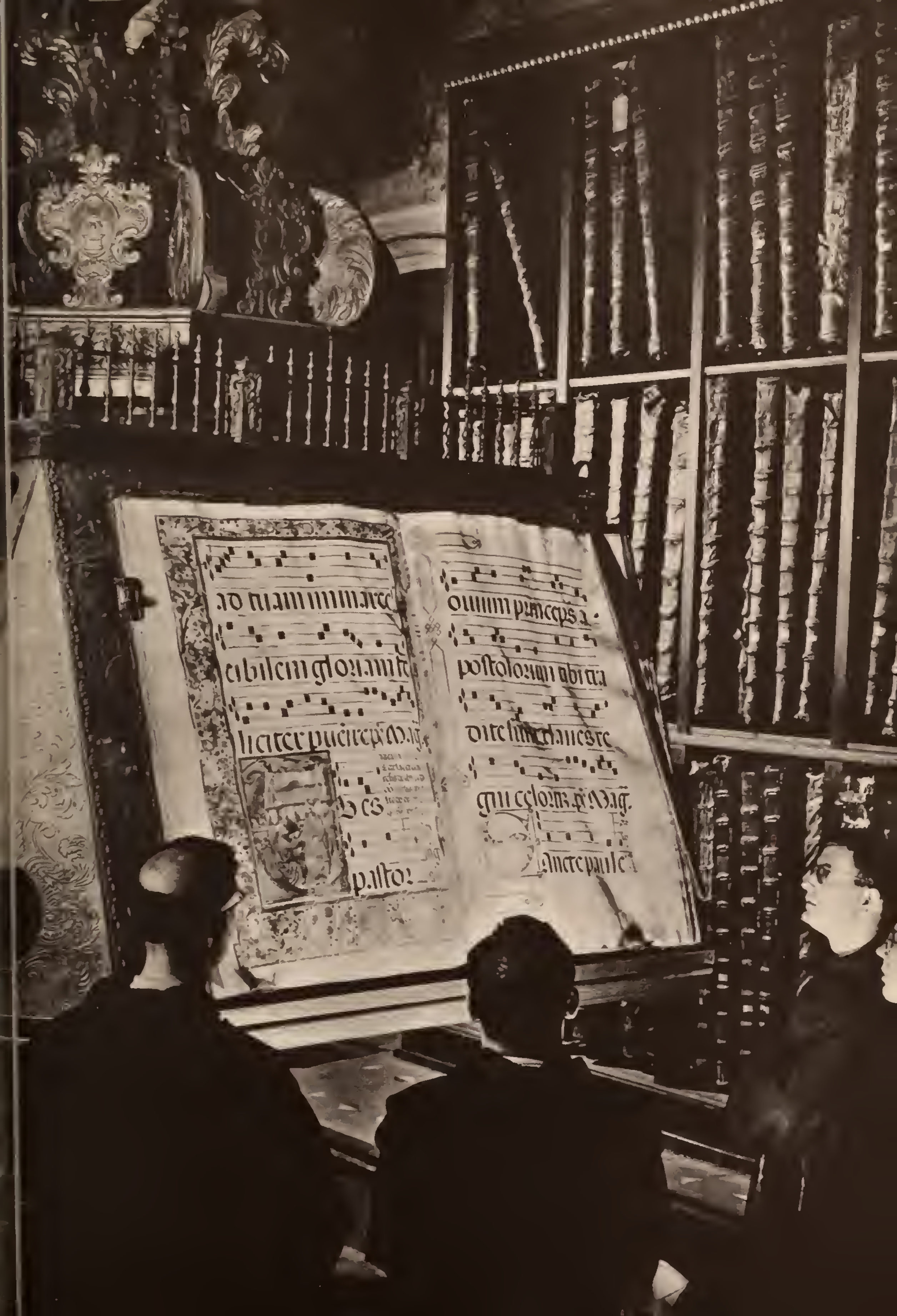
A su arte iba unida una gran humildad que les impedía firmar las obras. Por eso teniendo tan abundantes testimonios de su trabajo, apenas conocemos alguno que otro nombre de miniaturistas, siendo el que, durante la centuria décimoquinta más destacó, fray Antón de San Lúcar y su discípulo fray Alonso de Sevilla, hijo del alcalde de aquella ciudad. Varios otros aparecen en el necrologio del monasterio; pero casi nunca podemos identificar sus trabajos anónimos.

Por razones que ignoramos, la colección del siglo XV no satisfacía a la Comunidad y en Acta Capitular celebrada el año 1502, se acuerda labrar otra nueva y más suntuosa colección; advirtiendo, además, "que vinieran iluminadores seglares a iluminar las letras y la imaginería de ellas". ¿Qué ocurría? Muy sencillo; la influencia flamenca del siglo XV era desplazada por el renacimiento italiano y el nuevo equipo de iluminadores traídos de fuera nos legaría esa enorme y maravillosa colección de libros que hoy pasma, por su ejecución acabada, colorido de viñetas y orlas perfecto y tamaño descomunal (miden 1 × 0,70 metros). En el grupo de iluminadores seglares hallamos los nombres de Pérez, Juan Manzano, Juan de Castro, Maestre Antonio, Juan de Burgos (probable autor de la finísima decoración mudéjar del Kyrial guadalupense), Diego de la Carrera, etc. Tampoco faltan monjes en esta época: los padres fray Pedro de Zamora y fray Alonso de Cáceres, el corista fray Julián y otros más, salieron acabados maestros.

¿Qué se hizo de la colección del siglo XV? Todavía se conservan tres o cuatro hermosos libros. El paradero de los demás nos lo enseñan varias actas capitulares celebradas el año 1504, 1507 y 1523 en



* FACISTOL O ATRIL DE BRONCE Y COLECCION DE LIBROS DE CORO.



las que se da noticias de cómo el monasterio de San Jerónimo de Granada, la Colegiata de San Isidoro de León y el monasterio jerónimo de La Luz (Huelva), solicitaron se les vendiesen dichos libros. A La Luz, por ejemplo, se mandaron XIX cuerpos de libros "que fueron tasados en 80.000 maravedís, y los llevó un religioso de la Luz e pagó por ellos 40.000 maravedís, porque de la otra mitad les fue hecha graçia e limosna".

En el siglo XVII hallamos el nombre de otros varios monjes y seglares miniaturistas, con fray Julián de la Fuente del Saz en cabeza. Este no consta trabajara en Guadalupe; pero de su mano tenemos firmadas, en 1589, una bellísima Sagrada Cena y una Resurrección. También dejaron huella indeleble fray Juan de León —monje de Yuste al que se permitió morar en Guadalupe para escribir libros y murió en 1660— y fray Bartolomé de Logrosán. Y aunque en el siglo XVIII llega la escuela de pergaminería y miniado a una lamentable decadencia, todavía se escriben libros, por más que éstos nada tiene que ver con las grandes colecciones de los siglos XV-XVII.

Ligado al taller de pergaminería —del cual se conserva en el archivo el reglamento, con las recetas para hacer tintas y colas de pegar—, estuvo en Guadalupe el taller de encuadernación, donde se labraron esos preciosos cueros repujados mudéjares que admiran tanto como las mismas viñetas. Y el complemento para ofrecernos el trabajo acabado eran los broncistas que labraron los hermosos y finos herrajes de cobre, de que tenemos muestras en cantidad abrumadora; y en algún ejemplar pequeño, salvado del expolio, podemos ver hasta delicados broches en plata, a veces con medallones de este metal guarneciendo hermosas planchas de esmaltes y nácar.

Al hablar de grandes libros de coro miniados, sale al encuentro, en seguida, El Escorial. No es aquélla la única colección de España: en León, Sevilla, Toledo y otros lugares también existen importantes colecciones; pero muy por encima de todas ellas —en antigüedad, tamaño, conservación, número de viñetas y calidad— está la de Guadalupe, aunque, tal vez, sea la menos conocida.



• BELLISIMA INMACULADA BORDADA EN UN CAPILLO DEL SIGLO XV. (FRAY DIEGO DE TOLEDO.)





* MOMENTO EN QUE EL CARDENAL SEGURA Y EL REY ALFONSO XIII COLOCAN LA DIADEMA SOBRE LAS SIENES DE LA VIRGEN EL 12 DE OCTUBRE DE 1928.

## LIV

## EL PATRONATO MARIANO SOBRE LA HISPANIDAD SE DECIDIO EN 1928

La gloriosa efemérides quedó grabada en los anales de España con letras de oro y no es fácil "pase a la historia" aquel memorable 12 de octubre de 1928 en que el piadoso monarca Alfonso XIII reivindicaba la verdad y la justicia en favor del españolísimo Santuario y Virgen de Guadalupe. Heredero nuestro rey del nombre de aquel otro Alfonso "El Justiciero" que en 1340 derrotara las huestes musulmanas en aguas del Salado, quiso semejársele, también, en el amor a la Virgen en su advocación de Guadalupe, entonces naciente y hoy cargada de historia; y tan pronto como pudo visitar el ruinoso templo extremeño, después del huracán de la Desamortización, hízose cargo de los valores que aquellos muros resquebrajados envolvían; ya que si es cierto que Alfonso XIII sólo pudo contemplar los despojos del naufragio a que el siglo XIX arrojó al, por tantos títulos, ilustre monasterio; pero su espíritu quedaba íntegro, la historia permanecía intangible y la Virgen Morena —despojada de sus joyas y en un olvido incomprensible— era la que nos llevó a la victoria en el Salado, Granada, Pavía y Lepanto, lo que regaló a los Reyes Católicos un mundo y la misma ante cuyas plantas se templaron y humanizaron las espadas de aquellos fieros conquistadores que junto al pendón de Castilla llevaron a las ignotas regiones de allende el Atlántico la fe de Cristo.

En 1908 Alfonso XIII entregó las venerandas ruinas del glorioso monasterio a los hijos de San Francisco para que restañasen sus heridas y resucitaran el amor y devoción a la Virgen Morena; y cuando estos dos objetivos alcanzaban su meta, cuando España volvía sus ojos a la estrella que guió los pasos de su grandeza, quiso el católico Monarca proclamar oficialmente un título que a nadie como a la Virgen de las Villuercas correspondía: su Patronato sobre la Hispanidad, esa palabra simbólica que estaba naciendo como fruto del resurgir de una España a la que una política torpe había separado de aquellos pueblos que ella civilizó y que en su significado quería englobar la proyección de nuestra Patria a las naciones que han heredado su fe, sangre, lenguaje y cultura.

La ocasión no podía ser más solemne ni la fecha mejor elegida: El 12 de octubre evocaba la gesta cumbre de la historia española y aún de la civilización, ya que ese día había cambiado el curso de la historia y los derroteros de la geografía. Y porque la gesta colombina se llevó a cabo bajo la mirada de Santa María de Guadalupe, esa era, lógicamente, la fecha indicada para ceñir las sienes de la veneranda imagen con diadema imperial, que al ser costeada por toda España, ya daba al acto carácter nacional.

Sobre la Hispanidad se ha escrito mucho y no falta quien, dando de lado a la historia, trata de encauzar su patronato mariano por senderos totalmente torcidos. Creo que no merece la pena discutir argumentos sin valor o posiciones sin sentido; pues la verdad flota sobre falsas interpretaciones de la historia y está muy por encima de intereses creados.

No es cosa de repetir aquí lo que ya antes hemos dicho en relación con los títulos de la Virgen extremeña de Guadalupe como Patrona de la Hispanidad. Para los que miran las cosas con espíritu objetivo, lo dicho basta; y para quienes se empeñan en cerrar los ojos a la misma luz del sol, no habrá argumento convincente.

Sin embargo, queremos destacar aquí el significado histórico de la Coronación de la Virgen de Guadalupe: 12 de octubre, un Cardenal Primado que en nombre del Papa corona a la Virgen, el Nuncio del Santo Padre que asiste al acto, dos arzobispos y once obispos que representan la Iglesia española, los ministros de la nación y con ellos el rey de España Alfonso XIII, que no sólo preside el solemnísimo acto, sino que ayuda al cardenal primado a ceñir las sienes de la Augusta Virgen.

Por voluntad expresa de quienes en aquel momento ostentaban la



* MOMENTO EN QUE EL EMBAJADOR DE CHILE EN ESPAÑA, DON SERGIO FERNANDEZ LARRAIN, LEE ANTE LA VIRGEN DE GUADALUPE LA OFRENDA DE LAS BANDERAS HISPANICAS.

máxima autoridad eclesiástica y civil de la nación, la corona —de incalculable valor artístico y material— llevaba grabadas estas palabras: "Santa María de Guadalupe, llena de gracia, Madre de Dios. Reina de la Hispanidad ruega por nosotros pecadores."

¿No fue ésta una declaración explícita y clara del Patronato sobre la Hispanidad? ¿Qué más podía exigirse para llamar a esto *declaración oficial*, cuando la realizaban el rey de España y el cardenal primado con asistencia de la Santa Sede, representada por el Nuncio del Papa? Y tengamos presente que la Virgen de Guadalupe no es Reina de la Hispanidad porque así la declarasen en aquel acto, sino que la Iglesia y el Gobierno proclamaron en aquel momento un título que la Virgen extremeña por derecho de historia ya tenía.

Y aunque frente a un hecho clarísimo se hayan levantado interpretaciones tan ridículas como la de quien, bajo el título "Así se escribe la historia" (revista "El Pilar", enero de 1961), dijo que Alfonso XIII ni leyó ni entendió estas palabras; o se esgrima el sofístico argumento que distingue entre ESPAÑAS e HISPANIDAD, como si fueran dos cosas totalmente distintas, creemos que la tesis queda en pie.

En efecto, la corona de la Virgen de Guadalupe no dice REINA DE LA HISPANIDAD, sino REINA DE LAS ESPAÑAS. ¿Cómo iba a decir "Hispanitatis Regina" si en 1928 aún no había sido creado ese vocablo que ideó años más tarde el gran cantor de la obra hispánica Ramiro de Maeztu, defendió monseñor Vizcarra y ensalzó bellamente —ligándolo a Guadalupe— el cardenal Gomá? Estamos conformes en que GRAMATICALMENTE no es igual ESPAÑAS que HISPANIDAD; pero ¿a qué viene salir por la tangente buscando diferencias gramaticales cuando la Hispanidad no es gramática, sino historia? Españas, en sentido estricto, solamente existe una. Ahora bien: si hablamos de muchas Españas ¿a qué podemos referirnos sino a los pueblos hispanos, herederos de nuestra fe, sangre, cultura y lenguaje? Y ¿qué es la Hispanidad sino la comunidad de pueblos a los que España llevó la civilización?

No creo sea preciso extenderse más en aclarar lo que es palmario. Españas e Hispanidad en el campo histórico tienen idéntico significado, y por ello es plenamente recto traducir "Sancta María de Guadalupe... Hispaniarum Regina" por "Santa María de Guadalupe... Reina de la Hispanidad", aunque gramaticalmente se diferencien.

## LV

## EN GUADALUPE SE ESTRELLO LA "COLUMNA FANTASMA"

"... *Y al detenerse las invasiones rojas y las explosiones de sus bombas en los dos grandes templos marianos del Pilar y Guadalupe, como proa inexpugnable de nuestro frente resistieron durante más de dos años el ataque de nuestros adversarios.*"
(Palabras del Caudillo en Santiago de Compostela el 25 de julio de 1954.)

Al evocar el Alzamiento glorioso que salvó a España en 1936 y la liberó de la hidra marxista, es obligado tender una mirada retrospectiva a los días trágicos, y felices a la vez, que decidieron el triunfo de la España verdadera; y se impone recapacitar sobre hechos que para los españoles de hoy deben ser una lección y un escarmiento, precisamente en momentos que determinan sobre muchos pueblos un estado semejante al que reinaba en la España republicana de 1936, y cuyo drama nos dice sin ambages lo que sería hoy de nuestra Patria si el Alzamiento Nacional no se hubiese producido o hubiera fracasado.

Entre los hechos militares que decidieron la victoria derechista hemos de constar la liberación del glorioso santuario de Guadalupe, enclavado en esa Extremadura que por su compleja situación económico-social fue campo abonado al comunismo y sirvió de maravillosa



* EL GENERAL ROJO RIQUELME CONVERSA CON UNOS PASTORES DE GUADALUPE Y ALIA, A SEIS KILOMETROS DEL MONASTERIO, Y SE ENTERA DEL DESCALABRO DE "LA COLUMNA FANTASMA".

tribuna a los mítines revolucionarios de la Pasionaria y otros corifeos del marxismo. Aunque tal vez muchos crean no tuvo gran importancia este hecho de armas y a veces pase inadvertido, a la vista de lo que publicó la "Historia de la Cruzada Española", y sobre todo ante el sentir de su libertador, el entonces comandante Castejón, y a través del interesante diario que un testigo ocular nos ha dejado, hay que decir que Guadalupe jugó un papel, si no esencial, sí importantísimo en el conjunto de operaciones que decidieron la victoria final.

El Ejército del Sur, al mando del valeroso teniente coronal Yagüe, avanzó con rapidez y en siete días dominó el camino de 199 kilómetros que separan Mérida de Sevilla. Su objetivo era claro y triple: cortar las comunicaciones entre Madrid y Lisboa, enlazar los ejércitos franquistas del Norte y Sur y avanzar sobre la capital. Esto explica la decisiva importancia de Extremadura, campo obligado de acción para lograr esos vitales propósitos.

Mérida ofreció dura resistencia, pero al fin cayó tras fiero combate de reconquista; y tras ella, la ciudad de Badajoz —fronteriza, bien defendida e importante plaza roja— rindióse a la bravura de Asensio y Castejón, después de aquella lucha feroz que de una compañía sólo respetó la vida a quince legionarios, que en premio a su valor merecieron oír aquella arenga de Yagüe que ha pasado a la Historia:

> "*Legionarios: Merecéis el triunfo porque frente a los que sólo saben odiar vosotros sabéis amar, y cantar, y reír. Allá lejos está Madrid, legionarios, y llegaremos allí todos, porque para guiar nuestros pasos en la lucha resucitarán los que aquí cayeron luchando por España.*
>
> *Legionarios de la décimosexta compañía: ¡Qué pocos habéis quedado y qué orgulloso me siento de vosotros!*"

Los tres objetivos se habían alcanzado y no se ocultó al mando rojo lo que esto representaba. Ante la noticia, el Gobierno de Madrid nombró al general Riquelme jefe supremo del Ejército de Extremadura, y como primera medida trató de establecer una línea fuerte a orillas del Tajo, entre Oropesa y Navalmoral de la Mata, situando tropas en la estratégica sierra de Guadalupe, que serían el cebo de atracción del ejército de Yagüe, al que buscaban estrangular junto al quebrado río romano, que tantas batallas contempló a través de los siglos.

El oficial destinado a ocupar la sierra de Guadalupe y apoderarse





* EL CAUDILLO FRANCO PEREGRINO A GUADALUPE PARA AGRADECER A LA VIRGEN LA VICTORIA DE 1939.

del sagrado monasterio —relicario de historia, crisol de fe y emporio de riqueza artística— era el capitán de la Guardia Civil Uribarri, verdadero fantoche, fracasado en Mallorca y que en Guadalupe esperaba cubrirse de gloria y llenarse con sus riquezas. Desde Madrid se dirigió al monasterio de las Villuercas al frente de la famosa "columna fantasma" compuesta de 1.250 hombres y dotada de camiones blindados, coches ligeros y abundante armamento. Con el señuelo de riquezas inmensas arrastró fácilmente a sus milicianos, engrosados con muchos paisanos en el camino, dispuestos a pasmar a España con tres hechos que daban por seguros: toma de Guadalupe, conquista de Trujillo y Miajadas y avance hasta Sevilla, destruyendo el Ejército del Sur.

Mientras tanto, ¿qué ocurría en Guadalupe? Un Comité rojo dominaba el pueblo desde que se conoció el Alzamiento Nacional; y para seguridad preparan armas, enseñan su manejo a los adictos al partido y celebran largas reuniones; pero el 22 de julio, un puñado de guardias civiles y cuatro falangistas procedentes de Logrosán entran en la Puebla después de corta lucha con un puesto rojo sito en la entrada de Guadalupe. La atmósfera se tranquilizó, y a pesar de los horrores rojos que se cuentan de pueblos cercanos, los buenos guadalupenses viven optimistas. El 6 de agosto se enteran de la existencia de un polvorín en el cercano puerto de San Vicente, y de noche, con faros apagados y sin miedo, lo traen a Guadalupe en dos camionetas. La alta torre del reloj —levantada en el siglo XIV— se convierte en punto de observación, utilizando un catalejo que José Bonaparte abandonó en Talavera de la Reina en 1809.

El 12 de agosto es ocupado el vecino pueblo de Alía por rojos venidos de Puente del Arzobispo. Por su parte, llega a Guadalupe una centuria de falangistas de Miajadas, y con los guardias civiles y algunos paisanos armados forman un pequeño grupo que se encamina a liberar Alía, donde los rojos han quemado ya la iglesia y asesinado a 32 personas. El día 14 aparecen en el cielo de Guadalupe cinco siniestros pájaros de aceradas alas y dejan caer varias bombas, que no causan daños, pero inquietan y turban la inestable paz. Es presagio de algo peor, ya que en la mañana del día 19 comienzan a llegar a Puerto de San Vicente los primeros camiones de la temible "Columna Fantasma", que obligan a huir hacia el monasterio de Guadalupe a los defensores guardias civiles y a más de 2.000 vecinos de Alía. La situación se agrava y la aviación roja visita nuevamente Guadalupe, obligando a refugiarse en el santuario al vecindario en número de

casi 5.000. Aprovechando la oscuridad de la noche, llegan al monasterio algunos guardias y varios falangistas procedentes de Logrosán, formando el ejército defensor del glorioso templo, ridículo —eran 80 guardias civiles, 30 falangistas y algunos paisanos—, pero que a su lado tendría a la capitana que tantas victorias nos dio desde el Salado. Tienen abunudante dinamita, pero sólo una ametralladora —se sitúan en la torre del reloj—, fusiles y escopetas de caza.

El 20 de agosto ordena Riquelme la operación sobre el codiciado monasterio de Guadalupe. La "Columna Fantasma" suma ya casi 5.000 hombres, que en camiones y coches ligeros avanzan desde Alía en largas filas hasta situarse a las nueve de la mañana, en el cruce de la carretera Madrid-Cáceres, a tres kilómetros de Guadalupe. Uribarri se adueña de una fábrica de maderas, a dos kilómetros, y allí estará su cuartel general, organizando el avance por tres flancos. El guardia civil entorpece su marcha con la ametralladora desde la torre del reloj; pero no logra impedir ocupen el cementerio y varios puntos de los alrededores del convento. Unos valientes paisanos instalados en la Fuente de los tres Chorros —uno de los accesos a la Puebla Baja— tienen a su lado una estampa de la Virgen de Guadalupe y mantienen a raya a los rojos que por allí intentan llegar a la entrada principal del monasterio, ocasionándoles varias bajas. El fuego por ambas partes es intenso durante todo el día. La aviación roja procedente de Herrera del Duque, arroja muchas bombas, que en el pueblo apenas causan daño y al contacto con el recinto del santuario enmudecen y quedan sin explotar milagrosamente. Uribarri llama por teléfono a Cañamero, fingiéndose nacional y trata de evitar el envío de refuerzos. A las cinco de la tarde el fuego se intensifica; cae el heroico guardia civil de la única ametralladora y se produce el momento más peligroso del asedio. Después va cesando el fuego y el silencio hace recordar a los sitiados que tienen hambre, que se han acabado los víveres, que la luz eléctrica está cortada y que la atmósfera es irrespirable. La noche se presta al saqueo de las casas por los rojos y a orgías, pero también oculta bajo su negro manto a seis valientes —entre ellos dos legos franciscanos, fray Bernardino Alonso y fray Feliciano Romero— que atrochando por entre jarales van a Cañamero e informan de la verdadera y desesperada situación del monasterio.

El día 21 es el más duro. El tiroteo vuelve a tomar proporciones alarmantes desde las primeras horas, y aunque gracias a los falsos informes de un buen guadalupense los rojos no lograron cortar el agua al monasterio, el pesimismo de los sitiados toma proporciones de tra-

gedia. El hambre, los tiros, las explosiones de bombas... les hacen desconfiar y casi a hurtadillas se pronuncia entre algunos la cobarde frase "abrir la puerta". No faltan quienes amenazan al que lo intente, y merecerá siempre la gratitud de España la actitud del virtuoso y valiente guardián del monasterio, fray Martín Aranguren, que al saber los rumores se presenta y dice: "Prohibido a todos que, mientras los enemigos de Dios nos asedien, nadie abra las puertas del santuario. Sólo yo tengo que dar la orden de abrir."

El peligro continúa agravándose. El citado padre superior esconde secretamente la imagen de la milagrosa Virgen y manda a los religiosos vestirse de paisanos por si acaso... El queda con el hábito franciscano diciendo a los que desean seguir su ejemplo: "Sólo yo tengo la obligación de recibir a los visitantes de esta santa Casa, sean los que sean." A las cuatro de la tarde amaina el fuego. Llegan 160 legionarios y regulares con el comandante Serrano, pero desconocen la fuerza del enemigo y su posición estratégica y fracasan en su intento de liberar el monasterio, siendo diezmados por los rojos. Sin embargo, esta es la aurora de un feliz amanecer: Guadalupe no puede perderse ni su Virgen abandonará a los que en Ella confían.

¡22 de agosto! Sábado de la Virgen y día feliz en los fastos de Guadalupe. En las primeras horas de la mañana llega el comandante Castejón con una bandera de la Legión y un tabor de Regulares, llenos de laureles y con orden terminante de liberar Guadalupe. Se produce un violento choque, pero el arrojo de los soldados de Africa y la táctica de Castejón no pueden fallar; y después de cinco horas de duro combate, el cornetín de Uribarri toca retirada, y su "Columna Fantasma", que se iba a tragar al mundo, huye en desbandada después de perder cerca de 2.000 hombres y de abandonar sus armas. La victoria fue rotunda y el botín espléndido: cuatro morteros, 28 ametralladoras, 500 fusiles, 300 pistolas, 100 cartuchos, 30 camiones, un hospital de campaña, cinco coches ligeros, cocinas, grandes cantidades de víveres y material sanitario.

Como final es curioso recordar que el general Riquelme, que estaba en Alía esperando la caída del monasterio, impaciente por la inexplicable tardanza, dirigióse en su coche a Guadalupe llegando hasta el kilómetro 6, en cuya casa de peones camineros supo el descalabro de su columna y huyó apresuradamente. Unos metros más y hubiera caído prisionero como el mejor botín de la victoria.

El 23 de agosto amaneció bañado en luces de triunfo y envuelto con las notas alegres de seis legionarios, que sentados en el granítico



• PATIO MUDEJAR. VISTA COMPLETA DESDE UN TORREON DEL MONASTERIO.

atrio del invicto monasterio esperaban el momento de postrarse ante la mejor capitana de nuestros ejércitos, mientras el valiente Castejón entraba a saludar a otro valeroso capitán, el padre Martín Aranguren.

## LVI

## TELAS DE GUADALUPE, EN BRUSELAS

El monasterio de Guadalupe, que llamó poderosamente la atención en las Exposiciones Iberoamericanas de Sevilla y Barcelona, celebradas en 1929 y 1930, por los objetos de arte que allí presentó, bien habría podido tener él solo una gran sala del pabellón español de Bruselas, ya que atesora todavía —sombra y despojos de lo que tuvo en sus buenos tiempos— obras de imponderable valor por su riqueza, arte e historia. No era posible, ni conveniente, una exhibición completa, y ante el problema de elegir algo característico y valioso a la vez, se optó por enviar a nuestro pabellón en aquella Exposición tres piezas del museo de bordados, que representasen el principal valor de Guadalupe, cuya colección de telas puede considerarse —según repetidas veces dijera Emile Berteaux en su visita al monasterio, el año 1912— "como la mejor y más numerosa de España y, tal vez, del extranjero". Y no advirtió el ilustre profesor de la Sorbona que lo que se exhibe en el museo es una parte mínima de las telas que guardara Guadalupe, ya que nada queda del maravilloso inventario levantado en 1389; y de lo que había en 1835 faltan muchas piezas, que fueron llevadas a Toledo y a otros lugares de España.

El monasterio extremeño atesoró cantidades ingentes de telas ricas en una variedad extraordinaria de tejidos desde sus mismos orígenes, ya que sabemos que ése fue uno de los más frecuentes regalos de reyes y grandes de España a la Virgen milagrosa, ofreciéndonos los inven-

tarios y tablas de bienhechores los nombres de Alfonso XI, Juan I y II, María de Aragón, Enrique II y IV, Reyes Católicos, Felipe II, emperatriz Isabel de Portugal, Isabel Clara Eugenia, conde Haro, María Teresa Enríquez, la "loca del Sacramento"; Gonzalo Fernández de Córdoba, el "Gran Capitán", y tantos y tantos que sería interminable enumerar, que donaron a Guadalupe ricos presentes de preciosas telas bordadas y pintadas.

Paralela a esos donativos estaba la escuela de bordado del monasterio, de que ya hemos hablado. Por concesión especial del Papa Sixto IV, en 1445, eran convertidas esas ricas piezas en ornamentos sagrados por la habilidad de los bordadores del monasterio, explicándose con ello los frecuentes anacronismos que hallamos en el museo de Guadalupe cuando vemos, entre sencillas franjas de terciopelo u otras telas inferiores, maravillosas cenefas centrales de exquisitos brocados y valor incalculable.

De las 76 piezas que actualmente atesora el museo de ornamentos de Guadalupe (sin gran cantidad de piezas, que se guardan en la sacristía) y que se hallan expuestas en el antiguo refectorio monacal —inmortalizado con la presencia de reyes y personajes que lo honraron— lleváronse a Bruselas tres ornamentos que en el catálogo del museo figuran con los números 3-23-64.

## *CASULLA DE LOS CONDES DE OROPESA*

Fue regalada, en 1499, por la condesa de Oropesa, según consta en el códice C-90 del archivo de Guadalupe (antigua sign. H-20) que lleva por título "Libro de Capellanías, Lámparas y Bienhechores", el cual en su folio 19 vuelto, dice: "El Conde de Oropesa ofreció a Ntra. Sra. dos lámparas de plata, la una de diez marcos y la otra de cinco, año de 1499, y dió mil maravedises para que començase a arder la una, desde luego. Y la Condesa, su muger, ofresció a Ntra. Sra. una casulla de brocado sortijado."

Trátase, pues, de una maravillosa casulla de seda dorada, con bordes de terciopelo rojo y grandes florones que nacen de gruesos tallos de plata. Su franja central, que va enmarcada por galón de plata, la forma un encaje de bolillo con hilo de plata, de notable mérito por su difícil ejecución.

## *CASULLA DEL CONDESTABLE*

Es ésta una de las piezas más interesantes del museo guadalupense. Respecto a su donante, no consta con plena exactitud quién fuera;

sin embargo, de que suele atribuirse a don Alonso de Velasco, conde de Haro y condestable de Castilla, enterrado con su mujer, Isabel de Cuadros, en la capilla de Santa Ana, de la basílica de Guadalupe, en bellísimo arcosolio gótico, labrado en fina piedra caliza blanca el año 1476 por el famoso arquitecto holandés Anequín Egas, maestro de la catedral toledana, en la que construyó su notable pórtico.

Que esta casulla fue regalada por los condes de Haro o Velasco parece cierto, ya que en la cenefa central aparece su escudo, y nos consta lo devotos que fueron de esta santa Casa de Guadalupe, pero lo difícil es precisar cuál de ellos fue el donante, ya que tanto el citado don Alonso como sus padres hicieron sendos regalos de telas preciosas. Con el padre Germán Rubio, O. F. M. —que mejor que otro alguno ha estudiado los bordados guadalupenses—, nos inclinamos a creer que esta pieza es de principios del siglo XV o finales del XVI, y por ello es muy probable la donara el primer conde de Haro, don Pedro de Velasco, tenido por su madre estéril, doña María Solier, gracias a los ruegos del venerable prior padre fray Fernando Yáñez de Figueroa (1389-1412); pues nos dice el citado libro de Bienhechores que en acción de gracias vino dicha señora a visitar a la Virgen y le ofreció valioso regalos de telas; aunque no podemos identificar esta casulla entre ellos.

Tal como hoy aparece esta pieza, debió construirse con diversos elementos de diferentes épocas. Su cuerpo general lo forma un precioso damasco morado del siglo XVI, en que contemplamos un dibujo formado por grandes círculos, que enlaza tallos, flores y frutos.

Su franja central va dividida en rectángulos verticales, tres en la parte anterior y cuatro en la parte posterior. Dentro de ellos y bajo doseletes cupuliformes con almenas y capiteles estilo gótico, se cobijan diversas figuras de la Pasión y ángeles alados y lujosamente vestidos, que los sostienen, lo mismo que sostiene uno de ellos el escudo de los condes de Haro.

## *DALMATICA DEL TERNO "TANTO MONTA"*

Por su mérito artísticomaterial y, sobre todo, por su valor histórico, es este famoso terno una de las cosas más admiradas de Guadalupe. Dejando a un lado la casulla —de factura y época diferente—, nos haremos eco tan sólo de las dos dalmáticas, idénticas y de igual mérito.

Sin admitir en bloque cuanto en torno a estas piezas se ha fantaseado tomando pie de la sincera devoción de los Reyes Católicos a la Virgen extremeña de Guadalupe, a la que visitaron con suma frecuencia, es lo cierto que el mote heráldico de estos monarcas "Tanto Monta" y los emblemas de su escudo —tan repetidos en la tela de estas dalmáticas—, nos demuestran que este ornamento fue regalado por ellos y procede, probablemente, de un vestido suyo.

Entre otros regalos que hicieron al monasterio señalan las Tablas de Bienhechores "una rica capa de brocado verde", que ofreció don Fernando, y "una muy rica capa de brocado carmesí", que regaló Isabel cuando, después de la toma de Granada, vinieron a descansar a Guadalupe, en junio de 1492; visita memorable, entre otras cosas, porque el 20 de junio firmaron en Guadalupe las famosas sobrecartas a Juan de Peñalosa, para que entregara las carabelas a Cristóbal Colón.

El dato anterior, unido a lo que en 1622 nos dice el "Libro de la Sacristía" del monasterio: "de la capa de brocado verde se hicieron dos dalmáticas, porque avia casulla y la capa no servia mas que para el asperges. Y ansi esta ahora terno cumplido", nos hace concluir fundadamente que estas dalmáticas del terno "Tanto Monta", proceden de la capa regalada por los Reyes Católicos en 1492, dándoseles la forma que ahora tienen en 1622.

Por lo que respecta a las telas del vestido, nos encontramos ante un precioso brocado español del siglo XV, a excepción de sus manguitos y faldones, que son bordados de aplicación del siglo XVI sobre terciopelo carmesí y medallones clásicos con las figuras de los cuatro Evangelistas. El oro entra casi por completo en la trama y urdimbre del magnífico tejido. Sus dibujos destacan sobre el fondo liso, contorneados por terciopelo verde y rellenos de afelpado de oro, constituido por anillitos o sortijillas.

El asunto decorativo de estas telas se compone de un yugo dentro de un gran romboide, que arranca desde el centro en dos gruesas ramas. En el centro interior, un haz de hojas lobuladas, que parecen ser de cardo y en las que alguno ha visto el complemento del escudo de los reyes con el haz de flechas. En torno a estos ramos se extienden otros de diversos árboles con hojas, flores y frutos de encina, peral, manzano y sobre todo granadas, distinguiéndose en todo el campo y repetidas veces el yugo, y sobre él una cartelita o filacteria con el lema "TANTO MONTA" bordado de derecha a izquierda y que ha dado nombre a este notable terno.

Todos estos motivos ornamentales indican a las claras que este te-

jido fue preparado para los Reyes Católicos. Pero ¿en qué fecha podrá situarse su factura? Algunos han creído sea posterior a la toma de Granada, sin otro fundamento que hallarse repetidas veces esta fruta en su ornamentación. Sin embargo, ha de advertirse que tal fruta venía usándose en telas españolas antes de ese año y aún antes del reinado de los Reyes Católicos. No olvidemos que la historia del monasterio nos dice que cuando vinieron a Guadalupe Isabel y Fernando, en 1492, la Comunidad les regaló un salero de plata en que aparecía un león rampante destrozando entre sus garras una granada, y añade que este salero fue labrado años antes por el orfebre del monasterio, fray Juan de Segovia "el Platero", para regalarlo al rey Enrique IV.

De todo lo cual concluimos que el tejido de estas dos dalmáticas del terno "TANTO MONTA" es anterior a 1492 y, probablemente, salió de algún telar árabe existente en cualquier ciudad conquistada antes de esa fecha a los moros.



## LVII

## GUADALUPE NO SE CONJUGA CON EL PRETERITO DEL VERBO SER

La Virgen de Guadalupe y con Ella su monasterio, han pasado a la historia." "Guadalupe es un nombre de archivo." "De todo su glorioso pasado Guadalupe sólo guarda el recuerdo." "En Guadalupe sólo quedan unos viejos muros de su añorada grandeza."

Estas frases se dicen por ahí. Claro está, por quienes no conocen a Guadalupe más que a través de su leyenda negra, que también la tiene, y, a veces, creada por los mismos españoles. Tales frases nos obligan a romper lanzas en defensa del Guadalupe actual, donde no todo es historia.

Es cierto que el santuario de las Villuercas cuenta ya en su haber con una brillante ejecutoria ganada a lo largo de siete centurias. Esto se va ya admitiendo, aunque con reservas que no existirían si los que todavía discuten su gloriosa historia se molestaran en hojear por encima alguno de los muchos libros que sobre Guadalupe se han publicado y de los que en 1881 el ilustre extremeño Vicente Barrantes analizó casi un centenar en su obrita "Santa María de Guadalupe, Virgen y Mártir".

La historia está escrita en los viejos papeles y la abrumadora cantidad de los que, referentes al monasterio cacereño existen —salvados del naufragio de la Exclaustración del siglo XIX— nos demuestran que el santuario de las Villuercas fue, desde el siglo XIV al XVIII, tem-



* FUENTE DE LOS "TRES CHORROS".

plo nacional y el santuario mariano más célebre de la Cristiandad. Esos añejos documentos nos dicen que entre los capítulos más bellos de la historia guadalupense se destaca el relativo a los cautivos, que en los muros de su templo dejaron más de 200 carros de grillos y cadenas; que en el siglo XVII ardían ante la Señora más de 130 lámparas que cristalizaban la devoción de los reyes, nobles y conquistadores; que Guadalupe fue un hormiguero de peregrinos llegados de todos los rincones de España y de los países más apartados de Europa; que fue visitado más de una veintena por Isabel y Fernando, y más de 15 reyes españoles y gran número de monarcas extranjeros oraron cabe las plantas de la Virgen Morena; que Guadalupe tuvo cuatro hospitales y en sus famosas escuelas de medicina se anatomizó por vez primera el cuerpo humano; que por Guadalupe desfilaron incontables figuras próceres de nuestra historia, llevando a la cabeza a Colón, Pizarro, Cortés, Teresa de Jesús, Juan de Dios, Cervantes, Lope de Vega, Carlos I..., que en este monasterio florecieron las bellas artes y sus monjes lograron una insuperable maestría en el miniar libros y bordar telas; que Guadalupe ha tenido, tal vez más que otro santuario alguno, gran reflejo de la literatura clásica española, desde el canciller Pero López de Ayala, el marqués de Santillana, Lope de Vega, Cervantes y Tirso de Molina; que, en fin, la Virgen de las Villuercas amparó la gesta colombina, y, llevada en los rosarios de nuestros misioneros y en el pendón de los conquistadores, paseó su fama y milagros por todo el mundo hispánico.

Algunos dirán que todo esto ya pasó. Es verdad, pero, ¿es que la historia no vale para nada? "El porvenir se forja en el pasado", decía Bergson; y por lo menos debemos respetar éste. Además, si en Guadalupe no pesa la historia, ¿por qué tanto la evocamos en otros sitios? En el inmenso campo del pasado se hallan más de diecinueve siglos de Cristianismo, las gestas más gloriosas de nuestra España; allí están la conquista de Granada, Lepanto, Descubrimiento del Nuevo Mundo, Guerra de la Independencia, Cruzada anticomunista de 1936. ¿Para qué evocamos todo esto, si ya pasó?

Pero es que, además, en Guadalupe no todo pasó; quedaron sólo restos de un terrible naufragio, sí, pero ¡qué restos!, que todavía forman uno de los más variados y valiosos museos, no de España, de Europa; restos que nada pierden de su valor real porque muchos españoles los desconozcan y ni sepan que existen.

La Virgen no ha pasado. El decir lo contrario pensando en lo que la imagen de Guadalupe representa sería un error teológico, y afir-

marlo en un plano histórico es una flagrante equivocación. La venerable imagen que escuchó las plegarias de España durante siete siglos y dio origen a la devoción mariana hoy existente y extendida por todo el mundo hispano, es la misma que hoy veneramos y el mismo su poder, aunque tal vez menor nuestra fe. Ella continúa siendo el centro espiritual de Extremadura, cabe sus plantas acudan constantemente muchos peregrinos. El más o menos no muda la especie —dice un principio filosófico— y, naturalmente, no podemos comparar el número de romeros con los que se postran ante la Virgen de Lourdes, Fátima, el Pilar, Monserrat... porque no son iguales las circunstancias en estos santuarios, ya que Guadalupe ni tiene medio millón de habitantes, ni posee buenas carreteras, rápidos trenes y veloces aviones. Pero ¿no pesan nada esos 75.000 devotos que cada año llegan, desde lugares muy diversos, a orar ante la Señora de este perdido rincón de España? La devoción a la Virgen de Guadalupe sigue viva y pujante, como nos lo evidencian hechos tan elocuentes como su Coronación solemnísima el 12 de octubre la 1928, la milagrosa liberación del asediado santuario en 1936, la ofrenda de varios ricos mantos y de un suntuoso trono, la declaración de Basílica concedida por Pío XII a su templo, la consagración oficial de Extremadura a su corazón llevada a cabo en 1947 por el cardenal primado, la ofrenda de las banderas hispánicas por los distintos embajadores en 1960.

En torno a la Virgen nació el santuario y pueblo de Guadalupe, en el siglo XIV; y en su derredor tenemos hoy valiosas obras de arte. ¿O es que la sacristía —reina de las sacristías de España—, la gran colección de Zurbarán, el bellísimo camarín de la Señora, con nueve lienzos de Jordán..., no valen nada? ¿O es que han pasado a la historia su célebre claustro mudéjar, su museo de telas ricas, su colección de cantorales miniados, su grandiosa reja, su hermoso retablo? En ese caso, también serían palabras de archivo, sin valor actual, el Museo del Prado, el Lázaro Galdiano, el Palacio Real, el Museo del Louvre... ; porque no creemos que los autores de las frases que encabezan estas cuartillas piensen que Zurbarán vale si está en Sevilla o Madrid y carece de interés cuando se halla en Guadalupe, único marco en que se conserva su obra como él la dejó. ¿O es que en Madrid, Sevilla, Zaragoza..., dos y dos son cuatro y en Guadalupe son tres?

Guadalupe tiene, sí, un legado de historia gloriosísimo; pero a éste únese un presente tan valioso que hace del santuario extremeño uno de los grandes templos marianos de Europa y tal vez el más variado museo de España, donde tantos y tan buenos los tenemos.

## LVIII

## CAMINO DE SU TOTAL RESURGIMIENTO

Sin embargo de tantos elogios tributados al monasterio de Guadalupe en este libro, no todo en él es admirable. El abandono casi absoluto en que estuvo sumido desde 1835 hasta 1908, dejó huellas muy profundas que aún no se han borrado. En los primeros años del siglo xx comenzó la sistemática restauración del enorme edificio, primero bajo la personal dirección de los franciscanos custodios del santuario y desde 1923 —más o menos— por el arquitecto don Luis Menéndez Pidal, que sigue al frente de las obras.

Han transcurrido 55 años, más de medio siglo, tiempo sobrado, no para restañar heridas en un edificio que, siendo inmenso, se conservaba bastante sano en su ciclópea estructura, sino para edificar un Guadalupe nuevo. En menos años que estos se han restaurado totalmente Samos, Poblet, Yuste... ; y, sin embargo, la restauración del glorioso monasterio extremeño —que, sin duda, entraña muchos más valores que aquellos—, va a menos de mitad de camino y sus obras llevan un paso que exigirá siglos para acabar, dejando a Guadalupe como estuvo y merece estar. ¿A qué obedece esta lentiud? Ciertamente las obras de restauración son caras —lo mismo en Guadalupe que en otros sitios—; pero son 55 años de trabajos, con un presupuesto anual del Estado, que desde hace tiempo se eleva a casi 400.000 pesetas.

Algo se ha hecho, ciertamente, y tal vez más se adelantó en la restauración cuando se costeaba con limosnas por el benemérito P. Ger-

mán Rubio y otros primeros franciscanos, que después, cuando los medios han aumentado y cuestan menos sudores. El Guadalupe que hoy contemplamos es muy distinto del que en 1908 vieron aquellos valientes frailes que echaron sobre sus espaldas un peso tan enorme. Se rescataron para el monasterio oficinas que eran de él y estaban en manos particulares; se salvó de la total ruina y se restauró el claustro de la botica... Después hanse derribado varios tejados, sustituyéndolos por azoteas almenadas; se han abierto los tabicados ventanales del cimborrio del templo; se han restaurado los lienzos del camarín, se han montado dos magníficos museos, para telas ricas y libros miniados..., y se han hecho otras muchas cosas, de poca monta, que se pierden en un tan extenso edificio. Pero ¡falta tanto por hacer!... Una visita a la sacristía, donde vemos la gran colección de Zurbarán reseca y enormes desconchados en la bóveda; el relicario, cuyas pinturas al fresco y azulejos de fina cerámica talaverana se están perdiendo por la humedad y filtraciones del tejado; el escritorio de Felipe II y la bellísima arqueta de esmaltes, estropeadísimos; la capilla de Santa Catalina, amenazando ruina; los tejados todos y su maderamen en pésimo estado y plagados de termites; gran número de libros miniados y telas bordadas amontanados en el museo y en la sacristía, por falta de adecuados salones donde exhibirlas, en un Guadalupe lleno de grandes habitaciones vacías y abandonadas; la colección de lienzos del altar mayor pidiendo urgente restauración y los cuadros del claustro mudéjar horrorosamente estropeados; la amplia y hermosa iglesia nueva convertida en garaje y llena de enterramientos; el hermoso templo lastimosamente afeado, cegados sus ventanales y rosetones mudéjares... Y que no siempre se realizan las obras con acierto lo patentizan cada año en la época de lluvias las azoteas de las torres, donde las continuas filtraciones de agua son un constante peligro.

Es cierto que así y todo Guadalupe entusiasma al que por vez primera lo visita; pero de millares de turistas hemos oído estas o parecidas palabras: Guadalupe es un museo incomparable de arte e historia, tiene una arquitectura variadísima y alegre; pero está sumamente abandonado. Y no es exageración, como no lo es decir que el riquísimo joyel de la Virgen se halla sin la menor seguridad y tantas otras cosas que se oyen y que tanto nos duelen a los que amamos a Guadalupe.

Al problema de restauración de la basílica —lo más importante, desde luego—, únese el edificio conventual, enorme, estupendo desde fuera, pero incomodísimo para vivir, lleno de antiguas celdas inhabitables y separadas unas de otras cientos de metros. Esto sin orillar el

problema que entraña la hospedería monacal; pues resulta pequeña, carece de toda comodidad y en manera alguna se presta al fomento de un creciente turismo, el que Guadalupe merece y atrae.

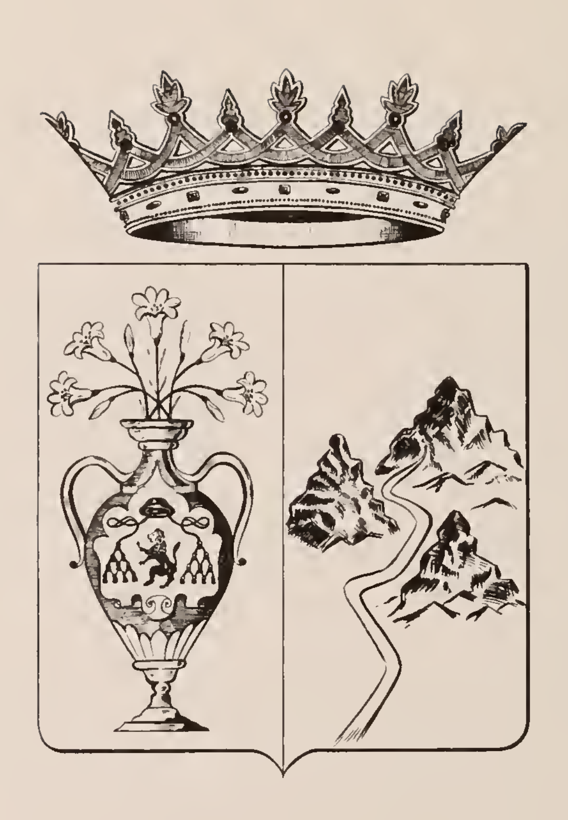
Son estos tres graves problemas que Guadalupe tiene planteados desde hace muchos años y cuya solución no se ha buscado con eficacia. Sin embargo, el valor de este monumento nacional a nadie se oculta y cada día crece el interés por verlo dignamente restaurado, como el símbolo espiritual de la España que también resurge.

*

Por fin parece se vislumbra el amanecer cercano de un Guadalupe nuevo. Con gran interés hízose la prensa toda eco amplio de una noticia, facilitada con la autorización del competente organismo oficial. Se habla del "Plan Guadalupe", que van a llevar a cabo la Dirección General de Bellas Artes y el Ministerio de la Vivienda. gracias al interés del señor Ministro don José María M. Sánchez-Arjona. El proyecto se extiende a la solución total —y de una vez— del triple y grave problema que hasta ahora se va afrontando con desgana, en pequeño y tan despacio que no permite adivinar su término. Aprobado ya en Consejo de Ministros un Patronato especial, las obras están para empezar y afectarán, en primer lugar, a la completa restauración de la grandiosa basílica de la Patrona de Extremadura. También se atenderá a la reforma y adecentamiento del edificio conventual, tanto en su parte artística como en las viviendas de los monjes. Por fin, es propósito del plan, ampliar y mejorar la hospedería monacal y cuidar los accesos al santuario, hoy casi rodeado por casas del siglo XIX, que le quitan vista y belleza.

Más rápidas que este plan de la Dirección General de Arquitectura y Bellas Artes —que todos los amantes de Guadalupe esperan con viva impaciencia, y no pocos con cierto escepticismo, pareciéndoles imposible que el siempre postergado santuario extremeño atraiga alguna vez la decisiva mirada de España—, van las obras de un parador de Turismo que ha de ser uno de los más grandes y hermosos de España. Se levantará frente a la actual iglesia nueva (hoy garaje), en los edificios que fueron Colegio de Gramática —maravilloso claustro mudéjar del siglo XVI— hospital de San Juan Bautista (siglos XV-XVIII) y Hospedería de Nobles (siglos XVI-XVII).

El obligado complemento del "Plan Guadalupe" será la urbanización de la pintoresca, pero abandonadísima Puebla; y, sobre todo, una buena carretera que, enlazando los paradores de Oropesa, Guadalupe y Mérida, facilite el acceso a este Santuario desde Madrid y desde el sur.




INDICE

NIHIL OBSTAT: FR. JOSE ANTONIO CIFUENTES, OFM.—IMPRIMI POTEST: FR. SANTIAGO ALCALDE, OFM. MIN. PROV.—NIHIL OBSTAT: D. ANTONIO MUÑOZ.—IMPRIMASE: JOSE MARIA, OBISPO. VIC. GRAL.—MADRID, JUNIO, 1964.

# INDICE

Págs.

ACABOSE DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES
GRAFICOS HUECOLOR, EL DIA 13 DE JU-
NIO DE 1964, FESTIVIDAD DE SAN
ANTONIO DE PADUA.

el autor más calificado para escribir esta obra que aparte de su valor universal tiene, porqué no decirlo. una enorme trascendencia turística, incluyéndose sin duda en las bibliotecas de esta especialidad.

Para los millares de visitantes de Guadalupe cuyo emplazamiento y arquitectura lo incluye entre los más espectaculares santuarios que existen en Europa, el libro monumental de Fray Arturo Alvarez, constituirá un valioso complemento de la visita realizada, teniendo en cuenta la inmensidad de los tesoros que se encuentran celosaemnte guardados en el Monasterio. Por otra parte, no cabe duda, de que esta magnífica obra sobre el Real Monasterio de Guadalupe será otro aliciente para los inquietos promotores extremeños de turismo, los cuales desde Cáceres a Badajoz y desde Trujillo hasta el valle de la Vera, pueden apuntarse grandes méritos, habiendo conseguido con su incansable labor la entrada de esa bellísima región extremeña en el concierto turístico peninsular.

*Oskar A. DIGNOES*
Director de la Oficina Nacional
Austriaca del Turismo

